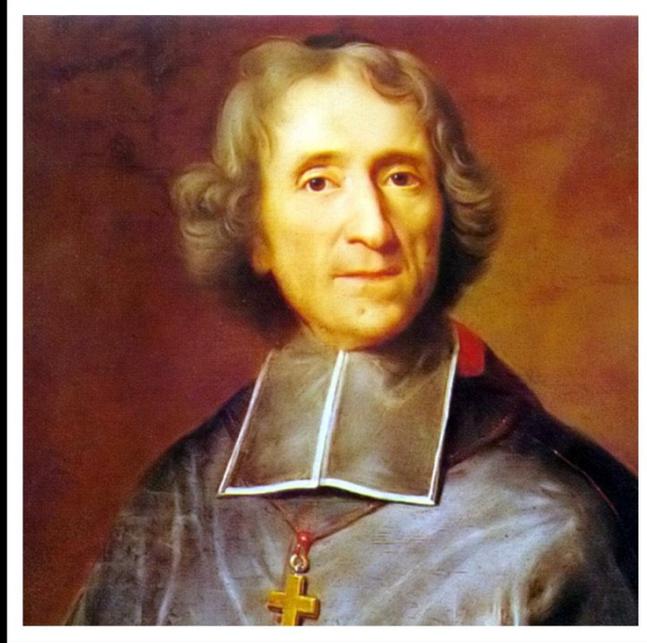


François Fénelon



**Las Aventuras
de Telémaco**

textos.info
biblioteca digital abierta

Las Aventuras de Telémaco

François Fénelon

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8693

Título: Las Aventuras de Telémaco

Autor: François Fénelon

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 31 de diciembre de 2025

Fecha de modificación: 31 de diciembre de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Libro I

Conducido Telémaco por Minerva bajo la figura de Méntor, arriba, después de un naufragio, a la isla de Calipso, que aún se lamentaba de la partida de Ulises. Recíbele la diosa favorablemente; enamórase de él, le ofrece hacerle inmortal y exige la relación de sus aventuras. Refiere Telémaco su viaje a Pilos y a Lacedemonia, su naufragio en las costas de Sicilia, el riesgo en que se halló de ser sacrificado a los manes de Anquises, el auxilio que él y Méntor prestaron a Acestes en una invasión de los bárbaros y el cuidado de aquel rey para recompensar este servicio.

Sin consuelo vivía Calipso desde la partida de Ulises, y el exceso de su dolor hacía se considerase más infeliz aun, por ser inmortal. No resonaban ya en su gruta los armoniosos acentos de su dulce voz, ni las ninfas que la acompañaban se atrevían a turbar su melancólico silencio. Paseábase muchas veces por las floridas praderas que esmaltaban la isla, encantando la vista con las gracias de una perpetua primavera; mas lejos de templar su amargura la amenidad de tan deliciosos sitios, traían a su memoria el triste recuerdo de Ulises, a quien había visto complacida tantas veces a su lado. Quedábase inmóvil en la playa, y bañándola con sus lágrimas volvía sin cesar el rostro hacia el sitio por donde, rompiendo las olas, había desaparecido a sus ojos el navío de Ulises.

Esta era su deplorable situación cuando descubrió los despojos de una nave que acababa de naufragar: flotaban sobre las aguas el mástil, las jarcias y el timón; veíanse esparcidos en la playa remos y bancos hechos pedazos, y descubríanse a lo lejos dos hombres, uno anciano al parecer, y el otro, aunque joven, semejante a Ulises en la arrogancia de su agradable aspecto, estatura y paso majestuoso. Conoció Calipso al momento que era Telémaco el hijo de aquel héroe; pero sin embargo de que los dioses exceden en mucho a la inteligencia humana, no pudo penetrar quién era el anciano venerable que le seguía, sin duda porque las deidades superiores ocultan a las inferiores cuanto les place, y Minerva, que acompañaba a Telémaco bajo la figura de Méntor, no quiso ser conocida de Calipso.

Gozábase esta, entre tanto, en el naufragio que conducía a su isla al hijo

de Ulises, tan parecido a su padre. Adelantose hacia él, y ocultando haberle conocido le dijo estas palabras: ¿Cuál es la causa de que oses arribar a mi isla? Sabe, joven extranjero, que ninguno entra en ella impunemente. Con cuya amenaza procuraba desfigurar el contento que a pesar suyo brillaba en su semblante.

Oh vos, respondió Telémaco, quien quiera que seáis, mortal o diosa, aunque al veros no es posible consideraros sino como una divinidad, ¿seríais insensible al infortunio de un hijo que ha visto perecer su nave contra esas rocas, cuando corría en busca de su padre a merced de los vientos y de las aguas? ¿Quién es ese padre que buscáis?, replicó la diosa. Llámase Ulises, dijo Telémaco; y es uno de los reyes que han arrasado la famosa ciudad de Troya, después de un sitio de diez años. Su nombre se ha hecho célebre en toda la Grecia y en el Asia por su valor en los combates, y más aún por su prudencia en los consejos. Mas ahora, errante por la dilatada extensión de los mares, recorre los más terribles escollos; mientras al parecer huye de él su propia patria. Su esposa Penélope, y yo que soy su hijo, hemos perdido la esperanza de volverle a ver. Corro iguales peligros para adquirir noticias de su existencia. Pero ¿qué digo? Tal vez se hallará sumergido en el profundo abismo de las aguas. Compadeced nuestras desgracias, y si sabéis, oh diosa, lo que haya hecho el destino para salvar o perder a Ulises, dignaos comunicarlo a su hijo Telémaco.

Admirada y enternecida Calipso al advertir en tan floreciente juventud tal cordura y discreción, no se cansaba de mirarle y permanecía silenciosa. Por último le dijo: Telémaco, yo os referiré lo que ha acaecido a vuestro padre; mas la historia es larga y debéis ya descansar de vuestras fatigas: venid a mi morada, yo os recibiré en ella como un hijo: venid a consolarme en la soledad en que vivo: yo proporcionaré vuestra dicha, si sabéis aprovecharos de ella.

Seguía Telémaco a la diosa cercada de hermosas ninfas, entre las cuales sobresalía por su estatura, a la manera que la robusta encina eleva sus corpulentas ramas en el bosque sobre todos los árboles que la rodean. Admiraba el brillo de su belleza, la rica púrpura de su túnica larga y flotante, su hermosa cabellera cogida a la espalda sin compostura, aunque con gracia, el fuego de sus ojos y la dulzura que templaba la vivacidad de ellos. Méntor seguía también a Telémaco con la cabeza baja y guardando un modesto silencio.

Llegaron a la entrada de la gruta de Calipso, y quedó sorprendido Telémaco al advertir todo lo que puede encantar la vista bajo las apariencias de rústica sencillez. No se veían metales preciosos, mármoles, columnas, pinturas ni estatuas: aquella gruta estaba abierta en la roca en forma de bóveda cubierta de conchas y caracolas, y vestida de robustos pámpanos que se extendían con igualdad por su recinto. El agradable soplo de los céfiros conservaba la deliciosa frescura que burla los ardores del sol: corrían manantiales con apacible murmullo por entre las violetas y amarantos, y formaban en varios sitios balsas tan puras y diáfanas como el cristal: mil flores nuevas y lozanas esmaltaban el verde tapiz que cercaba la gruta. Ora se veía un bosque de aquel árbol frondoso que produce manzanas de oro y cuya flor renovada en cada estación esparce la más dulce fragancia, coronando al parecer las bellas praderas y formando una sombra impenetrable a los rayos del sol; ora se percibían los concertados gorjeos de las aves, o el ruido de las aguas que, precipitándose desde lo alto de una roca, descendían convertidas en espuma para perderse en la pradera.

Hallábase situada la gruta de la diosa en el declive de una colina, desde donde se descubría el mar sereno y transparente a las veces cual un hermoso espejo, e irritado otras furiosamente contra las rocas, en las cuales se estrellaba bramando y elevando espumosas olas hasta sus cimas. Veíase por otra parte un río que formaba varias islas pobladas de frondosos sauces y elevados olmos, cuyas copas competían con las nubes. Canales formados por islas, parecían gozarse en las llanuras, corriendo unos con rapidez, presentando otros sosegada y dormida su corriente, y retrocediendo otros hasta su origen con largos rodeos cual si no pudiesen dejar las encantadas riberas. Ofrecíanse a la vista de lejos colinas y montañas que se perdían entre las nubes, cuyas formas raras presentaban un horizonte tan agradable como pudiera desearse. Las montañas vecinas estaban cubiertas de verdes pámpanos en forma de festones, entre cuyas hojas sobresalía la uva encarnada cual la púrpura, agobiando con su peso a las frondosas vides. El olivo y la higuera, el granado y otros árboles formaban un hermoso jardín.

Después de haber mostrado Calipso a Telémaco estas bellezas naturales, le dijo: Descansad: vuestros vestidos se hallan mojados y es tiempo ya de mudarlos: volveremos a vernos y os referiré los sucesos de Ulises, que afectarán vuestro corazón. Al mismo tiempo le hizo entrar con Méntor en lo

más secreto y retirado de una gruta inmediata a la en que habitaba la diosa, en donde habían cuidado las ninfas de encender una grande hoguera de cedro, cuyo aroma se esparcía por todas partes, y dejado vestiduras para los dos huéspedes.

Al advertir Telémaco se había destinado para él una túnica de lana fina, que excedía en blancura a la nieve, y un manto de púrpura recamado de oro, experimentó el placer natural en un joven considerando tal magnificencia.

¿Son esos, oh Telémaco, le dijo Méntor con gravedad, los sentimientos que deben ocupar el corazón del hijo de Ulises? Procurad más bien sostener la reputación de vuestro padre, venciendo al hado que os persigue. El joven que gusta de adornarse vanamente como una mujer, es indigno de la sabiduría y de la gloria; porque esta es debida únicamente a los corazones que saben soportar los trabajos y despreciar los placeres.

¡Que los dioses me sacrifiquen, respondió Telémaco suspirando, antes que permitan se apoderen de mi corazón la molicie y la sensualidad! No, no: jamás será vencido el hijo de Ulises por las delicias de una vida ociosa y afeminada. Pero ¿qué protección del cielo nos favorece encontrando después de nuestro naufragio a esta diosa o mortal que nos colma de beneficios?

Temed, replicó Méntor, que os agobie de infortunios; temed su engañosa dulzura mucho más que los escollos en que se ha estrellado vuestra nave, porque el naufragio y la muerte son menos funestos que los placeres que atacan la virtud. Guardaos de dar crédito a lo que os refiera. La juventud es presuntuosa y todo se lo promete de sí misma: aunque frágil, cree poderlo todo y no tener nada que temer, confiando con ligereza y sin precaución. Guardaos de escuchar las palabras dulces y lisonjeras de Calipso, que se deslizarán de su boca cual la serpiente entre las flores; temed este veneno oculto, desconfiad de vos mismo y escuchad siempre mis consejos.

Volvieron en seguida adonde se hallaba Calipso, que los esperaba: sirvieron las ninfas, vestidas de blanco y con el cabello trenzado, una comida sencilla, pero exquisita por el gusto y aseo. No se veían otras viandas que las aves cogidas por aquellas en las redes, y los animales que habían traspasado con sus flechas en la caza: circulaba un vino más dulce que el néctar desde grandes vasijas de plata a tazas de oro coronadas de

flores. Trajeron en canastillos todas las frutas que ofrece la primavera y que esparce el otoño sobre la tierra. Al mismo tiempo comenzaron a cantar cuatro ninfas, primero el combate de los dioses contra los gigantes, después los amores de Júpiter y de Semele, el nacimiento de Baco y su educación dirigida por el viejo Sileno, la carrera de Atalanta y de Hipómenes, vencedor con el auxilio de las manzanas de oro traídas del jardín de las Hespérides; y por último cantaron también la guerra de Troya, encumbrando hasta los cielos los combates y prudencia de Ulises, acompañando la primera de las ninfas, llamada Leucótoe, con la armonía de su lira la dulce voz de las demás.

Nuevo realce dieron a la hermosura de Telémaco las lágrimas que bañaron sus mejillas al oír el nombre de su padre; y advirtiéndole Calipso que no podía comer porque se hallaba su corazón oprimido por el dolor, hizo seña a las ninfas que, al momento, cantaron el combate de los centauros con los lapitas, y la bajada de Orfeo a los infiernos para sacar a Eurídice.

Acabada la comida, habló así la diosa dirigiéndose a Telémaco: Ya veis, hijo del grande Ulises, cuán favorablemente os he recibido. Soy inmortal y ninguno de los que no lo son puede entrar en esta isla sin que sea castigada su temeridad: ni aun vuestro naufragio os libraría de mi indignación si por otra parte yo no os amase. Vuestro padre tuvo igual dicha que vos; mas ¡ah!, no supo aprovecharla. Le he detenido por mucho tiempo en esta isla, y en él ha consistido no vivir conmigo en estado de inmortalidad; mas la ciega pasión de regresar a su miserable patria le hizo despreciar todas estas ventajas. Ved lo que ha perdido por Ítaca, que aún no ha podido volver a ver. Quiso dejarme, partió, y fui vengada por las tempestades: después de haber sido su nave por mucho tiempo el juguete de los vientos, se sumergió en las olas: aprovechaos de tan triste ejemplo. Su naufragio hace inútil la esperanza de volverle a ver y de reinar en la isla de Ítaca: consolaos de haberle perdido, pues halláis aquí una deidad dispuesta a haceros feliz y un reino que os ofrece.

Añadió a estas palabras la diosa largos razonamientos para demostrar cuán feliz había sido Ulises a su lado: refirió las aventuras de este en la caverna del cíclope Polifemo y en casa de Antífates, rey de los lestrigones, sin olvidar cuanto le ocurrió en la isla de Circe, hija del Sol, ni los peligros que corrió entre Escila y Caribdis, y la última tempestad excitada por Neptuno cuando se separó de ella, procurando dar a entender había

perecido en aquel naufragio, y omitiendo su arribo a la isla de los feacios.

Telémaco, que se había entregado con ligereza al gozo que experimentaba viéndose tan bien recibido de Calipso al principio de la narración de esta, conoció al fin su artificio y la prudencia de los consejos que Méntor acababa de darle, y respondió estas pocas palabras: Disimulad, oh diosa, mi dolor: no puedo dejar de afligirme: tal vez más adelante me hallaré en disposición de disfrutar la dicha que me ofrecéis; dejadme ahora llorar a mi padre, pues conocéis mejor que yo cuán digno era de ser llorado.

No se atrevió Calipso a instarle, y fingió participar de su dolor enterneciéndose por la suerte de Ulises; mas deseosa de conocer los medios de afectar el corazón del joven, le preguntó cómo había naufragado y qué sucesos le condujeron a aquellas costas. La relación de mis aventuras, respondió, sería demasiado larga. No, no, replicó la diosa; me hallo impaciente por escucharlas: apresuraos a referírmelas; y no pudiendo Telémaco resistir a sus ruegos habló de esta manera.

Partí de Ítaca para buscar a los otros reyes que habían regresado del sitio de Troya con el objeto de adquirir noticias de mi padre. Sorprendió mi partida a los amantes de mi madre Penélope, a quienes había cuidado de ocultarla conociendo su perfidia. Vi a Néstor en Pilos y en Lacedemonia a Menelao, que me recibió amistosamente; mas ni uno ni otro pudieron decirme si aún existía. Cansado de vivir siempre en la indecisión e incertidumbre, resolví pasar a Sicilia adonde me dijeron haber sido arrojado por los vientos; mas el prudente Méntor, a quien veis, se opuso a tan temeraria resolución, representándome por una parte el peligro de los cíclopes, gigantes descomunales que devoran a los hombres, y por otra la escuadra de Eneas y de los troyanos que cruzaba en aquellas costas: estos, me dijo, se hallan irritados contra todos los griegos, y derramarán con especial placer la sangre del hijo de Ulises. Regresad a Ítaca: tal vez vuestro padre, protegido de los dioses, llegará antes que vos. Mas si estos tienen determinada su pérdida, si no debe volver nunca a su patria, id a lo menos a vengarle, a dar libertad a vuestra madre, a mostrar vuestra prudencia a todos los pueblos, y a hacer ver a toda la Grecia que sois tan digno de reinar cual lo fue el mismo Ulises.

Tan saludable era este consejo como yo poco cuerdo para seguirle, pues solo escuché a mi pasión. El sabio Méntor me dio una prueba de su cariño siguiéndome en el temerario viaje que emprendía contra su dictamen, y

han permitido los dioses que yo cometa esta falta para corregir mi presunción.

Mientras hablaba así Telémaco miraba Calipso a Méntor llena de admiración, y creía descubrir en él algo sobrenatural; mas sin poder descifrar sus confusas ideas. Permaneció largo rato sobrecogida y llena de desconfianza observando a aquel incógnito; mas temiendo fuese conocida su turbación, dijo a Telémaco: Proseguid: satisfaced mi curiosidad. Y este continuó.

Tuvimos por largo tiempo un viento favorable para pasar a Sicilia; mas después ocultó el cielo a nuestros ojos una oscura tempestad, y nos vimos envueltos en la más tenebrosa noche. A la fugaz claridad de los relámpagos descubrimos otras naves que corrían el mismo riesgo que la nuestra, y que en breve advertimos ser la escuadra de Eneas, tan temible para nosotros como los escollos. Entonces conocí, aunque demasiado tarde, haberme arrastrado la fogosidad de la juventud, impidiéndome reflexionar con madurez. En tal peligro se mantuvo Méntor no solo sereno e intrépido, sino más alegre que solía: él me alentaba inspirándome un ánimo invencible. Mientras el piloto estaba lleno de turbación, daba él las órdenes oportunas. Mi querido Méntor, le decía yo, ¿por qué no he seguido vuestros consejos? Soy desgraciado por haberme escuchado a mí mismo en una edad en que ni hay previsión de lo futuro, ni experiencia de lo pasado, ni prudencia para conducirse en lo presente. Mas ¡ay!, si escapamos de esta borrasca, desconfiaré de mí mismo como de mi mayor enemigo: solo vuestros consejos he de seguir siempre.

Sonreíase Méntor diciéndome: No trato de haceros ver el yerro que habéis cometido; basta le conozcáis y que os sirva de regla para ser más circunspecto en vuestros deseos. Sin embargo, cuando haya pasado el peligro, volveréis a ser presuntuoso. Ahora preciso es mantenerse con esfuerzo; pues si bien han de temerse y precaverse los peligros, también deben sufrirse con valor cuando llega la ocasión de arrostrarlos. Obrad como hijo de Ulises, mostrando que os anima un corazón superior a las desgracias que os amenazan.

Encantábanme el valor y la dulzura del sabio Méntor; pero todavía quedé más sorprendido al ver la destreza con que libertó nuestro bajel de la escuadra troyana. Cuando el cielo comenzaba a presentarse sereno, y por estar cerca de los troyanos no era posible dejasen de reconocernos, advirtió había sido extraviada por la borrasca una de sus naves, que era

muy semejante a la nuestra. Su popa estaba adornada con ciertas flores, y se apresuró a colocar sobre la nuestra otras semejantes, atándolas él mismo con cintas de igual color. Mandó a los remeros se agachasen entre los bancos cuanto les fuese posible, con el objeto de que no les conociesen los enemigos, y de este modo pasamos por medio de ellos, que lanzaban aclamaciones de gozo cual si volviesen a ver a los compañeros que creían perdidos. Oblígonos la violencia de las olas a navegar con ellos largo trecho, hasta que por fin nos fuimos quedando atrás, y mientras la impetuosidad del viento los conducía hacia el África, hicimos los mayores esfuerzos para arribar a fuerza de remos sobre la inmediata costa de Sicilia, adonde llegamos en efecto.

Mas no era lo que buscábamos menos funesto para nosotros que la escuadra de que huíamos; pues encontramos en la costa otros troyanos enemigos de los griegos. Reinaba en aquella parte el viejo Acestes, procedente de Troya. Apenas llegamos a la playa creyeron aquellos habitantes que, o bien éramos de algún pueblo de la isla, armados para sorprenderles, o extranjeros que venían a apoderarse de sus tierras. En el primer arrebató quemaron nuestro bajel y degollaron a todos nuestros compañeros, a excepción de Méntor y yo para presentarnos a Acestes con el fin de que este se asegurase de nuestras intenciones y del punto de donde veníamos. Entramos en la ciudad con las manos atadas a la espalda y no debía retardarse nuestra muerte más tiempo que el preciso para que sirviésemos de espectáculo a un pueblo cruel luego que supiesen éramos griegos.

Presentáronnos a Acestes que, empuñando el cetro de oro, juzgaba a su pueblo y se preparaba a un gran sacrificio. Preguntonos con gravedad cuál era nuestro país y el objeto de nuestro viaje, y Méntor se apresuró a responder diciéndole: Venimos de las costas de la grande Hesperia, de la cual no dista mucho nuestra patria; evitando por este medio decir que éramos griegos. Pero Acestes sin escucharle más, y reputándonos por extranjeros que ocultaban su intención, mandó nos condujesen a un bosque inmediato para que sirviésemos como esclavos a los que guardaban sus ganados.

Esta condición me pareció más dura aún que la muerte, y exclamé: ¡Oh rey!, condenadnos a la muerte antes de tratarnos tan indignamente: sabed que soy Telémaco, hijo del sabio Ulises, rey de Ítaca. Busco a mi padre por la dilatada extensión de los mares; pero si no puedo hallarle, ni

regresar a mi patria, ni evitar la esclavitud, quitadme una vida que no sabré soportar.

Apenas hube pronunciado estas palabras, comenzó todo aquel pueblo conmovido a gritar diciendo debía perecer el hijo del cruel Ulises, cuyos ardides habían arrasado la ciudad de Troya. ¡Oh hijo de Ulises!, me dijo Acestes, no me es posible negar vuestra sangre a los manes de tantos troyanos, a quienes vuestro padre ha precipitado en las orillas del negro Cocito: pereceréis con ese que os acompaña.

A este tiempo propuso un anciano de la multitud fuésemos inmolados sobre el sepulcro de Anquises: su sangre, decía, será agradable a los manes de aquel héroe, y el mismo Eneas, cuando tenga noticia de este sacrificio, se complacerá de que améis tanto lo que él más amaba en el mundo.

Aplaudió todo el pueblo esta proposición, y solo se trataba de inmolarnos. Ya nos conducían al sepulcro de Anquises; ya estaban preparados dos altares en que resplandecía la llama sagrada, y brillaba a nuestros ojos la cuchilla que debía dividir nuestra garganta; ya nos veíamos adornados de flores sin que pudiese asegurar nuestra vida la menor compasión; ya en fin estaba decidida nuestra suerte, cuando Méntor pidió permiso con serenidad para hablar al rey.

¡Oh Acestes!, le dijo, si el infortunio del joven Telémaco, que jamás esgrimió sus armas contra los troyanos, no puede conmover vuestro corazón, muévalo al menos el interés propio. El conocimiento que he adquirido de los presagios y de la voluntad de los dioses me hace anunciaros que antes de tres días seréis atacado por pueblos bárbaros, que cual un torrente descienden de las más elevadas montañas para inundar la ciudad y devastar todo el país. Apresuraos a evitar tantos daños: haced que el pueblo tome las armas, y no perdáis un momento en asegurar dentro de las murallas los numerosos rebaños que discurren por la campiña. Si esta predicción no sale cierta, podéis inmolarnos dentro de tres días; mas si llega a serlo, acordaos de que no debe privarse de la vida a aquellos de quienes se recibe.

Sorprendieron a Acestes estas palabras de Méntor dichas con una seguridad que jamás advirtió en mortal alguno: Bien veo, le respondió, oh extranjero, que los dioses que tanto os han escaseado los bienes de fortuna, os han concedido una sabiduría de más estima que la mayor

prosperidad. Al mismo tiempo dilató el sacrificio, y dio con urgencia las órdenes oportunas para prepararse contra el ataque anunciado por Méntor. Por todas partes se veían mujeres despavoridas, agobiados ancianos, llorosos infantes que se retiraban presurosos y trémulos a la ciudad. El toro bramador y el balador cordero venían en tropas dejando sus abundantes pastos, y sin encontrar establos suficientes para estar a cubierto. Por dondequiera se percibía la algazara confusa de las gentes que se atropellaban, que no podían entenderse, que equivocaban en medio de su turbación al desconocido con el amigo, y que corrían sin saber adonde dirigían sus pasos. Entre tanto, se creían más cautos los primeros personajes de la ciudad, que imaginaban ser la predicción de Méntor una impostura para salvar su vida.

Antes de cumplirse los tres días, y mientras se hallaban poseídos de esta idea, descubriose un torbellino de polvo sobre las montañas vecinas, y después considerable número de bárbaros armados. Eran estos los himerianos, pueblos salvajes reunidos con otras naciones que habitan en los montes Nebrodi y en las cimas del Acragas, en donde reina un perpetuo invierno jamás templado por los céfiros. Los que habían despreciado la predicción de Méntor perdieron esclavos y rebaños, y el rey dijo a este: Olvido que sois griegos: nuestros enemigos se han convertido en amigos fieles. Los dioses os han enviado aquí para salvarnos, y no me prometo menos de vuestro valor que de la prudencia de vuestros consejos; apresuraos a socorrernos.

Los más intrépidos guerreros admiraron el desnudo de Méntor. Armado de escudo, celada, espada y lanza, ordenó las tropas de Acestes, y a su cabeza se dirigió hacia el enemigo; y aunque animoso aquel rey, solo pudo seguirle de lejos a causa de su ancianidad. Hícelo yo más de cerca; pero no pude igualar a su valor. Su coraza parecía ser la égida inmortal y sus golpes llevaban la muerte por todas las filas enemigas; semejante al león de Numidia cuando acosado por el hambre cae sobre el rebaño de tímidas ovejas, las degüella y despedaza cebándose en su sangre, en tanto que los pastores poseídos del miedo huyen pavorosos para libertarse de su furor, en vez de proteger los ganados. Prometíanse los bárbaros sorprender la ciudad; mas fueron sorprendidos y deshechos, pues los soldados de Acestes, animados con el ejemplo y disposiciones de Méntor, manifestaron un valor de que no se creían capaces. Yo atravesé con mi lanza al hijo del rey de aquel pueblo enemigo: contaba mi edad, mas era de mayor estatura; porque aquellos salvajes descienden de una raza de

gigantes del mismo origen que los cíclopes. Despreciaba a un enemigo como yo; pero, sin intimidarme su prodigiosa fuerza ni su aspecto salvaje y brutal, introduje la lanza en su pecho, y arrojó con la vida torrentes de sangre. El ruido de sus armas resonó en los valles y montañas: creyó que al caer podría aniquilarme; mas recogí sus despojos y volví adonde se hallaba Acestes. Acabó Méntor de desordenar a los enemigos, los dispersó e hizo retirar a los fugitivos hasta los bosques.

El éxito de tan inesperado suceso hizo considerasen a Méntor como un hombre favorecido e inspirado de los dioses, y agradecido Acestes nos advirtió el peligro que nos amenazaba en el caso de que llegase a Sicilia la escuadra de Eneas: nos facilitó un navío para que regresásemos a nuestro país sin dilación, nos hizo varios presentes instándonos para que partiésemos, deseoso de evitar las desgracias que preveía; mas no quiso facilitarnos ningún piloto ni remero de su nación, temiendo exponer sus vidas en las costas de Grecia, y sí mercaderes fenicios que, por comerciar con todos los pueblos del mundo, ningún peligro correrían, los cuales debían restituir el navío a Acestes después que nos hubiesen dejado en Ítaca.

Pero ¡cómo frustran los dioses las intenciones del hombre! ¡Qué nuevos infortunios nos tenían reservados!

Libro II

Telémaco refiere que habiendo sido cogido por la armada de Sesostris fue llevado a Egipto. Describe la belleza de aquel país y el sabio gobierno de su monarca: que Méntor fue conducido a Etiopía como esclavo y que Telémaco se vio reducido a guardar un rebaño en el desierto de Oasis: que Termosiris, sacerdote de Apolo, le prestó consuelos enseñándole a imitar a este dios, que había sido pastor del rey Admeto: que las maravillas ejecutadas por Telémaco persuadieron al rey de su inocencia, le llamó, le ofreció permitirle regresar a Ítaca; pero que su muerte le sumergió de nuevo en la desgracia: que le encerraron en una torre, desde la cual vio perecer al rey Boccoris en una refriega contra los sediciosos.

La altivez de los tirios había suscitado la indignación del gran Sesostris, que reina en Egipto después de haber conquistado tantas provincias. Envanecidos aquellos pueblos con las riquezas adquiridas por su comercio, y animados con la fortaleza y situación marítima de la inexpugnable ciudad de Tiro, se resistieron a pagar a Sesostris el tributo que les impuso cuando regresaba de sus conquistas, y auxiliaron con tropas a su hermano, que intentó asesinarle en medio del regocijo y profusión de un sarao.

Deseoso Sesostris de humillar su altivez, había resuelto impedirles el comercio en todos los mares, y cruzaban por todas partes sus bajeles en busca de los fenicios. Encontramos una escuadra egipcia cuando empezábamos a perder de vista las montañas de Sicilia, y cuando el puerto y la tierra huían de nosotros al parecer para ocultarse entre las nubes. Acercose a nosotros cual una ciudad flotante, y al reconocerla quisieron alejarse los fenicios; mas no era ya tiempo. Sus bajeles eran más veleros que los nuestros, los favorecía el viento, y llevaban mayor número de remeros: nos abordaron, ocuparon el navío, y nos condujeron prisioneros a Egipto.

En vano les manifesté que no éramos fenicios, pues apenas me escucharon: consideráronnos como esclavos, con quienes trafican los fenicios, y solo se ocuparon de la utilidad de la presa. Descubrimos las

aguas del mar mezcladas ya con las del Nilo, y después de haber visto las costas de Egipto casi tan bajas como el mar, llegamos a la isla de Faros, inmediata a la ciudad de No, desde donde subimos por aquel caudaloso río hasta Menfis.

Si el dolor consiguiente a la esclavitud no nos hubiese hecho insensibles al placer, hubiera encantado nuestros ojos la vista de aquel fértil país, semejante a un delicioso jardín regado por innumerables canales. No era posible dirigirla a sus riberas sin descubrir populosas ciudades, casas de campo, terrenos que sin descansar jamás se cubren todos los años de doradas mieses, praderas pobladas de ganados, labradores cuyas trojes no son suficientes para encerrar los frutos abundantes de aquella tierra, y pastores que hacían resonar en las quebradas de los valles vecinos los sonidos agradables de sus rústicos instrumentos.

¡Feliz, decía Méntor, el pueblo a quien rige un sabio monarca, pues vive dichoso en la abundancia amando al autor de su felicidad! Así, oh Telémaco, debéis reinar para bien de vuestros pueblos, si algún día os colocan los dioses en el trono de Ítaca. Amadlos como a vuestros hijos, y gustaréis el placer de que os amen, y hacedles conocer que nunca pueden vivir contentos y en paz sin recordar ser deudores de estos beneficios al rey sabio y prudente que supo proporcionárselos. El monarca que solo piensa en ser temido y en humillar a sus vasallos para que vivan más sumisos es el azote de la especie humana: se le teme como él desea; mas también se le aborrece y detesta, y tiene que temer de aquellos más que estos de su tiranía.

¡Ah!, respondía yo a Méntor, en vano es recordar las máximas que debe seguir un soberano, pues ya acabó Ítaca para nosotros: no volveremos a ver nuestra patria, ni tampoco a Penélope; y aunque regrese Ulises a su reino cubierto de gloria, no tendrá el placer de abrazar a su hijo Telémaco, así como yo careceré también del de obedecerle para aprender a reinar. Muramos, querido Méntor, muramos pues los dioses no se apiadan de nosotros.

Esto decía yo, interrumpiendo mi voz sollozos repetidos. Pero Méntor, que preveía los males antes de llegar, no sabía temerlos cuando se presentaba la ocasión de sufrirlos. ¡Hijo indigno del sabio Ulises!, exclamó, ¡cómo, pues, os dejáis vencer de las desgracias! Día llegará en que volváis a ver a Ítaca y también a Penélope; veréis con todo el esplendor de su primitiva gloria al que no habéis conocido, al invencible Ulises, que en medio de

infortunios mucho mayores que los vuestros jamás se abatió: él os enseña a no abatiros; y si supiese desde los remotos países adonde le arrojaron las tempestades que su hijo no sabe imitar su valor y sufrimiento, se llenaría de oprobio, y le sería esta nueva mucho más sensible aún que las desventuras que sufre ha tanto tiempo.

Después de haber hablado así Méntor, me hizo notar el gozo y la abundancia en que viven todos los habitantes de las veintidós mil poblaciones que se cuentan en las llanuras de Egipto. La buena policía, la justicia administrada con igualdad al pobre y al rico, la bien dirigida educación de los niños a quienes acostumbran a la obediencia, al trabajo, a la sobriedad y al amor a las ciencias y a las artes; la exactitud en las ceremonias religiosas; y el interés, el honor y la fidelidad hacia los hombres, y la veneración hacia los dioses que inspiran los padres a sus hijos. No se cansaba de ponderar tan sabio orden de administración, y a cada instante me decía: ¡Felices los pueblos que así gobierna un rey sabio; pero más feliz todavía el monarca que hace dichosos a tantos pueblos, y encuentra la felicidad en su propia virtud, pues sujeta a los hombres por medio de un vínculo cien veces más fuerte que el del temor; esto es, por el amor de sus vasallos, que no solo le obedecen sino que desean obedecerle, y reinando en los corazones de todos temen perderle y darían por él sus vidas!

Examinaba yo cuanto me decía Méntor, y sentía reanimarse mi valor a medida que le escuchaba.

Apenas llegamos a Menfis, ciudad opulenta y magnífica, mandó el gobernador pasásemos a Tebas para presentarnos a Sesostris, que gusta de examinar las cosas por sí mismo, y se hallaba irritado contra los tirios. Volvimos a emprender la navegación por el Nilo, y subimos hasta Tebas, ciudad famosa por sus cien puertas, donde reside aquel poderoso rey, la cual nos pareció muy extensa y de mayor población que las más florecientes de Grecia. Hállase allí la policía en estado de perfección por el aseo de sus calles, por el mucho surtido de aguas, comodidad de baños, adelantamiento en las artes y seguridad pública: sus plazas están adornadas con fuentes y obeliscos; los templos son de mármol y de una arquitectura sencilla, pero majestuosa. El palacio del príncipe ocupa tanto como una gran ciudad, y en él solo se ven columnas preciosas, pirámides, obeliscos, estatuas colosales, y muebles de oro y plata.

Los que nos habían apresado dijeron a Sesostris haberlo sido en un bajel

fenicio. Escucha este diariamente y a horas señaladas a todos los que tienen quejas que dar, o que comunicarle avisos, y no desprecia ni rehúsa a ninguno, pues vive persuadido de que es rey para hacer bien a sus vasallos, a quienes ama como hijos. En cuanto a los extranjeros los recibe con benevolencia y quiere verlos, persuadido de que siempre se aprende de ellos alguna cosa útil, instruyéndose de las costumbres y máximas de pueblos lejanos.

Esta recomendable curiosidad de Sesostris dio margen a que nos presentasen a él. Hallábase sobre un trono de marfil, y empuñaba el cetro de oro. Es ya anciano, pero agradable y lleno de majestad y dulzura. Administra justicia a sus pueblos con tal paciencia y sabiduría que pudiera admirarse sin adulación; y después de haber ocupado el día en arreglar los negocios y administrar una rigurosa justicia, se solaza durante la noche escuchando hombres sabios u honrados, a quienes sabe elegir antes de dispensarles su confianza. En el discurso de su vida solo puede censurársele por haber triunfado con excesivo aparato de los reyes vencidos, y fiándose de uno de sus vasallos cuyo carácter describiré más adelante. Llamó su atención mi juventud, me preguntó mi nombre y patria, y quedamos admirados al oírle: la prudencia dictaba sus palabras.

Poderoso rey, le respondí, no ignoráis el sitio de Troya que ha durado diez años, ni la ruina de aquella ciudad que tanta sangre ha costado a la Grecia. Ulises mi padre ha sido uno de los principales reyes que la han arrasado, y vaga por los mares sin encontrar la isla de Ítaca que forma sus dominios. Yo le busco, y una desgracia igual a la suya me ha arrastrado a la esclavitud. Volvedme a mi padre y a mi patria, y quieran los dioses conservar a vuestros hijos y dejarles disfrutar el gozo de vivir regidos por un padre tan bueno.

Compadeciose de mí, pero quiso saber si era cierto lo que le decía, y a este fin nos entregó a uno de sus ministros, encargándole se informase de los que nos habían apresado acerca de si éramos griegos o fenicios. Si son fenicios, le dijo, preciso es castigarlos con mayor rigor por ser enemigos, y haber intentado engañarnos valiéndose de una mentira. Si griegos, quiero se les trate bien y que regresen a su patria en uno de mis bajeles, porque estimo a la Grecia; muchos egipcios han dictado leyes en ella; conozco la virtud de Hércules y la gloria de Aquiles, y admiro cuanto me han referido de la prudencia del desdichado Ulises: sobre todo, deseo proteger la virtud desgraciada.

El ministro encargado de este examen posee un corazón tan artificioso y corrompido cuanto es el de Sesostris generoso y sincero. Llámase Metofis, y nos hizo varias preguntas procurando sorprendernos; mas advirtiendo que Méntor respondía con más sagacidad que yo, le miró con aversión y desconfianza, porque los malos se irritan siempre contra los buenos, y nos separó, desde cuyo momento ignoro lo que haya ocurrido a Méntor.

Fue para mí esta separación un golpe mortal. Prometíase Metofis que examinándonos separadamente podríamos contradecirnos; y sobre todo que alucinándome con lisonjeras promesas, llegaría a confesar lo que ocultase Méntor. Por último, no buscaba la verdad de buena fe, y deseaba hallar algún pretexto para decir al rey que éramos fenicios, con el objeto de hacernos esclavos. En efecto, sin embargo de nuestra inocencia, y a pesar de la sabiduría de Sesostris, halló un medio para engañarle.

¡Cuántos peligros rodean a los reyes! Aun los más sabios son engañados muchas veces, porque en torno suyo se hallan siempre hombres falaces y codiciosos. Huyen de ellos los buenos, porque ni adulan ni solicitan: esperan ser buscados, y los reyes no saben hacerlo. Los malos, por el contrario, son atrevidos, engañosos, solícitos para insinuarse y agradar, diestros para fingir, y están dispuestos a hacerlo todo contra el honor y la conciencia para satisfacer las pasiones de los que reinan. ¡Ah! ¡Qué infelices son los reyes por estar expuestos a los artificios del malo! Si no desoyen la lisonja, si no aman a los que les dicen la verdad, cierta es su perdición. He aquí las reflexiones que yo hacía en medio de mi desgracia, recordando cuanto había oído decir a Méntor.

Enviome Metofis hacia las montañas del desierto de Oasis, en compañía de otros esclavos, para que con ellos me ocupase en guardar sus numerosos rebaños.

Y bien, interrumpió Calipso, ¿qué hicisteis entonces, vos que preferisteis en Sicilia la muerte a la esclavitud?

Iba en aumento mi desgracia, respondió Telémaco: carecía hasta del miserable consuelo de elegir entre la esclavitud y la muerte. Fue preciso que me viese esclavo, y que agotase todos los rigores de la fortuna. Ninguna esperanza me quedaba, y ni aun podía decir una sola palabra para procurar mi libertad. Después me ha dicho Méntor que le habían vendido a los etíopes y conducídole a Etiopía.

Llegué a aquellos espantosos desiertos en que solo se ven arenas encendidas en la llanura, y nieves eternas que producen un continuo invierno en las cumbres de las montañas: encuentran los ganados, entre las breñas y en la parte media del declive de las escarpadas rocas, el pasto que necesitan, y son tan profundos los valles que apenas luce en ellos el encendido Apolo.

Allí no hallé otra cosa que pastores tan rústicos como el país. Lastimábame de mi suerte durante la noche, y pasaba el día en pos de mi rebaño para libertarme del furor brutal de un esclavo que se prometía la libertad manifestándose celoso por los intereses de su señor, acusando incesantemente a sus compañeros: llamábase Butis, y fue preciso sucumbir a su rigor. Estrechado por el dolor, olvidé un día el rebaño y me recosté sobre la yerba cerca de una caverna, y allí aguardaba la muerte no pudiendo sobrellevar mi desgracia.

De improviso noté que se estremecía la montaña, que las corpulentas encinas y elevados pinos se precipitaban al parecer desde las cumbres, que los vientos suspendían su acelerado curso, y llegó a mi oído una voz profunda y pavorosa que articuló estas palabras: Hijo del sabio Ulises, imita el ejemplo de tu padre, y sé como él, grande por tu sufrimiento. Los príncipes venturosos no siempre son dignos de serlo, porque los corrompe la molicie y los embriaga la vanidad. ¡Cuán dichoso serás si sufres resignado la desgracia y jamás la olvidas! Volverás a Ítaca, y tu gloria competirá con los astros; pero cuando te veas superior a los demás hombres, recuerda que has sido débil, pobre y afligido como ellos, y complácete en consolarlos: ama a tu pueblo, detesta la lisonja, y sabe que nunca serás grande si no llegas a ser moderado y animoso para vencer tus pasiones.

Estas palabras celestiales penetraron hasta lo íntimo de mi corazón, y reanimaron en él el gozo y el valor; mas no experimenté aquel pavor que hace erizar el cabello y hiela la sangre en las venas cuando los dioses se dejan oír de los mortales: levánteme con tranquilidad, y adoré a Minerva postrado y con las manos alzadas hacia el cielo, por haber creído que a ella debía este oráculo. Desde aquel momento me sentí superior a la desgracia: la sabiduría ilustraba mi entendimiento, y ya era capaz de moderar mis pasiones y contener la impetuosidad de mi juventud. Me hice amar de todos los pastores del desierto, y mi agrado, sufrimiento y exactitud vencieron al cruel Butis, que se había complacido en

atormentarme, y cuya autoridad reconocían todos los esclavos.

Para hacer más soportable la esclavitud y la soledad me procuré libros, pues me hallaba en extremo triste por no encontrar consejos prudentes que pudiesen alimentar mi entendimiento y confortar mi corazón. ¡Felices, decía yo, aquellos que disgustados de los placeres violentos llegan a vivir satisfechos con el goce de ocupaciones inocentes! ¡Y felices también los que se instruyen y recrean cultivando el vasto campo de las ciencias! Adonde quiera que los conduzca una fortuna adversa llevan recursos contra su desgracia, siéndoles desconocido el disgusto que experimentan los demás hombres en el centro mismo de los placeres. ¡Afortunado el que hallando su encanto en la lectura no se ve como yo privado de ella!

Mientras que así discurría, iba internándome en un espeso bosque, en donde vi cierto anciano que tenía en la mano un libro. Su frente era espaciosa, aunque surcada de arrugas; cubríale el pecho la blanca barba; su estatura era alta y majestuosa, y su tez aún fresca y sonrosada; los ojos penetrantes; suave la voz e insinuantes las palabras: nunca vi anciano tan venerable. Llamábase Termosiris, y era sacerdote de Apolo, a quien servía en un templo de mármol, consagrado a este dios por los reyes de Egipto en aquel bosque. El libro que tenía en las manos era una colección de himnos en loor de los dioses.

Acercose a mí afectuosamente, y comenzamos a hablar. Refería de tal manera las cosas pasadas que parecía estarlas viendo, mas con tal concisión que nunca me cansaron sus narraciones, y preveía lo futuro por la sabiduría profunda que le hacía conocer a los hombres y los designios de que son capaces; pero a pesar de su prudencia era jovial, complaciente, y no podía encontrarse en la más florida juventud tanta gracia como la que se notaba en aquel hombre en medio de sus muchos años: al mismo tiempo amaba a los jóvenes dóciles e inclinados a la virtud. Bien pronto me amó con ternura: llamábame su hijo, y me dio libros para entretenerme y consolarme. Sin duda, le decía yo muchas veces, los dioses que me han arrebatado a Méntor, se apiadan de mí dándome en vos un nuevo apoyo. Inspiraban los dioses a aquel hombre, semejante a Orfeo y a Lino. Recitábame los versos que había hecho y los de los más célebres poetas, y cuando revestido de su larga y blanca túnica tomaba la lira de marfil y cantaba el poder de los dioses, la virtud de los héroes y la sabiduría del hombre que prefiere la gloria a los placeres, postrábanse los tigres y leones ante él para halagarle y lamer su planta, abandonaban los

sátiros los bosques para danzar en torno suyo, parecían sensibles los troncos, y que conmovidas las peñas se precipitaban desde la cima de los montes al compás de sus canoros acentos.

Me excitaba a que cobrase ánimo, pues no podían abandonar los dioses a Ulises ni a su hijo, y a que siguiese el ejemplo de Apolo enseñando a los pastores a cultivar las musas. Apolo, me decía, indignado de que Júpiter turbase el cielo con sus rayos en los días más serenos, quiso vengarse hiriendo con sus flechas a los cíclopes que los forjaban. Desde entonces cesó el Etna de vomitar torrentes de fuego, ya no se oyeron los fuertes golpes de sus terribles martillos, que cayendo con violencia en los yunques estremecían las profundas cavernas de la tierra y los abismos del mar; y empezó a enrobinarse el hierro, a causa de no trabajarle los cíclopes. Abandonó Vulcano su fragua, y aunque cojo, subió presuroso al Olimpo cubierto de polvo y de sudor: quejose amargamente a presencia de todos los dioses, e irritándose Júpiter arrojó a Apolo de los cielos precipitándole en la tierra: entre tanto seguía su hermoso carro el acostumbrado curso, y proporcionaba a los hombres la oscuridad y la luz, dividiendo la noche del día, y marcando el inalterable período de las estaciones.

Privado Apolo de sus rayos, viose precisado a ser pastor, y apacentó los rebaños del rey Admeto. Tañía la flauta, y todos los pastores concurrían a escucharle a la orilla de una clara fuente que nacía risueña bajo la apacible sombra de copudos olmos. Todos ellos vivieron hasta entonces cual feroces bestias, sin otra ocupación que apacentar los ganados, esquila las ovejas, y elaborar el queso, de modo que el país parecía un horrible desierto.

Mas bien pronto les hizo conocer Apolo las delicias de la vida campestre. Cantaba la hermosura de las flores que produce la primavera, los aromas que exhalan, y la amena verdura que cubre la tierra en pos de aquella estación florida: describía las hermosas noches del verano, refrescadas por el soplo de los céfiros para consolar al hombre, y el plateado rocío que mitiga la sed de la madre común. Eran objeto de sus canciones las doradas mieses con que recompensa el otoño las afanosas tareas del labrador, y la sosegada calma del invierno durante el cual se divierte la tierna juventud danzando en derredor de la hoguera; y por último representábales ora los sombríos bosques que cubren los montes y profundos valles, ora los ríos que con mil rodeos discurren por las praderas gozándose al regarlas, y también enseñó a los pastores los

encantos de la vida campestre para los que saben gozar de la sencillez y gracias de la naturaleza.

Considerábanse los pastores más felices que los monarcas, y reinaban en sus humildes chozas los placeres puros que huyen de los palacios. Los juegos, la risa y la jovialidad acompañaban su inocencia. Eran diarias las fiestas, y solo escuchaban el trinado gorjeo de las aves, el agradable soplo de los céfiros que movían dulcemente las hojas del árbol, el ruido de las aguas que se precipitaban desde las elevadas rocas, o el melodioso canto que inspiraban las musas a los pastores compañeros de Apolo. Aprendieron de este a ganar el premio en la carrera y a herir con sus flechas al gamo y al ciervo. Envidiaron los dioses la felicidad de los pastores, pareciéndoles la vida que gozaban superior a su misma gloria, y volvió Apolo al Olimpo.

Hijo mío, añadía, la historia de Apolo debe instruirlos, pues os halláis en el mismo estado. Romped esta tierra inculta; haced como él que brote flores el desierto; conozcan los pastores los encantos de la armonía; dulcificad sus corazones salvajes; enseñadles la virtud, y lleguen a conocer cuán agradable es la soledad, cuyos inocentes placeres nadie puede quitarles. Vendrá un día, hijo mío, vendrá un día en que los afanes propios de los que reinan os harán desear la vida pastoril.

Después de haber hablado así Termosiris, me dio una flauta, cuyos agradables sonidos se repitieron en los ecos de los montes, y atrajeron en torno mío a los pastores vecinos. Los acentos de mi voz encerraban una armonía celestial; sentíame superior a mí mismo para cantar las bellezas con que la naturaleza ha hermosado los campos, y pasábamos días enteros y parte de las noches cantando juntos. Todos los pastores olvidaron sus cabañas y ganados, y permanecían como absortos en derredor mío mientras yo les daba lecciones: al parecer nada tenían ya de salvaje los desiertos; todo era en ellos agradable y risueño, pues civilizados los habitantes, civilizábase la tierra por imitarlos.

Reuníamos frecuentemente en el templo que servía el sacerdote Termosiris para hacer sacrificios a Apolo. Iban los pastores coronados de laureles en honor de este dios, y las pastoras danzando con guirnaldas de flores y cestas sobre su cabeza, que contenían los dones sagrados; y después del sacrificio celebrábamos un festín campestre, siendo los más regalados manjares leche de las cabras y ovejas que ordeñábamos nosotros mismos, y frutas recientes cogidas por nuestra propia mano,

como el dátil, el higo y la uva: sentábamonos sobre la florida yerba, y dábannos los frondosos árboles sombra más grata que los dorados techos de opulentos palacios.

Pero nada extendió mi fama entre los pastores como un león hambriento que acometió a mi rebaño y comenzó a causar horribles estragos. Corrí a él sin otras armas que el cayado. Erizó la melena, enseñó el carnívoro diente y la terrible garra, y abriendo los encendidos ojos batía los ijares con la cola. Tendile en tierra, y la débil cota de malla que cubría mi pecho, según la costumbre de los pastores de Egipto, impidió me despedazase. Tres veces quedó tendido en tierra, y otras tantas se levantó: sus rugidos estremecían los bosques; por último, le ahogué entre mis brazos, y los pastores testigos del vencimiento quisieron me adornase con sus despojos vistiendo la hermosa piel de aquella fiera.

La fama de esta hazaña, y el cambio en el carácter y costumbres de los pastores, se difundió por todo Egipto y llegó a oídos de Sesostris, a quien dijeron que uno de los dos cautivos apresados como fenicios, había hecho aparecer de nuevo el siglo de oro en aquellos desiertos casi inhabitables, y quiso verme, porque era aficionado a las musas e interesaba a su corazón cuanto podía instruir a los hombres. Me presenté a él, me oyó con agrado, y averiguó haber sido engañado por la codicia de Metofis, a quien condenó a una prisión perpetua privándole además de las riquezas que injustamente poseía. Desdichados, decía, aquellos que se encuentran en una condición superior a la de los demás hombres. Las más veces no pueden descubrir la verdad por sí mismos. Rodeados de personas que impiden llegue a los ojos del que manda, se interesan en engañarle ocultando su ambición bajo aparente celo. Dicen aman al rey; mas en realidad aman solo las riquezas que les da, y tan escaso es su amor que le adulan y engañan solo para obtener su favor.

Desde entonces me trató Sesostris con particular estimación, y resolvió regresase a Ítaca con tropas y bajeles para libertar a Penélope de todos sus amantes. Ya estaba dispuesta la armada y pensábamos embarcarnos. Admiraba yo la inestabilidad de la fortuna que ensalza de repente a los más abatidos; y con esta experiencia me prometía volviese Ulises a su reino después de padecimientos prolongados, y que podría hallar a Méntor aunque le hubiesen conducido a los países más remotos de la Etiopía.

Pero mientras retardaba yo mi partida con la esperanza de lograr nuevas del uno y del otro, murió repentinamente Sesostris, que era muy anciano,

quedando yo expuesto a nuevas calamidades.

Esta pérdida causó el mayor desconsuelo a todo el Egipto. Lamentábanse de ella las familias cual pudieran hacerlo de la de su mejor amigo, de su protector, de su padre. Alzaban las manos al cielo los ancianos exclamando: ¡Jamás hubo en Egipto mejor rey, ni le habrá semejante! ¡Oh dioses, o no haberle dado a los hombres, o no privarles nunca de él! ¿Por qué sobrevivimos al gran Sesostris? Murieron las esperanzas de Egipto, decían los jóvenes: felices nuestros padres que han vivido bajo el suave imperio de tan buen rey; mas desdichados nosotros que solo le hemos conocido para lamentar su pérdida. Y sus criados lloraban amarga e incesantemente. Por espacio de cuarenta días corrieron de tropel los moradores de los más lejanos pueblos para asistir a sus funerales, deseosos de ver el cadáver de Sesostris para grabar en la memoria su imagen; y muchos de ellos quisieran ser encerrados con él en el sepulcro.

Hizo su pérdida más dolorosa todavía el carácter de su hijo Boccoris, que ni era humano con los extranjeros, ni protegía las ciencias, ni amaba la virtud ni la gloria. La grandeza de su padre contribuyó a hacerle indigno del cetro, pues, educado en la molicie y de carácter altivo, despreciaba a los hombres por creerlos nacidos solo para él, y ser de otra naturaleza que ellos; ocupándose únicamente de satisfacer sus pasiones, dilapidando los inmensos tesoros reunidos por su padre a costa de fatigas, afligiendo a los pueblos, chupando la sangre de los desgraciados, y siguiendo por último los perniciosos consejos de inexpertos jóvenes que le rodeaban, mientras alejaba de sí con desprecio a los prudentes ancianos que obtuvieron la confianza de aquel. Era un monstruo, no un rey. Lamentábase todo el Egipto, y sin embargo de que la memoria de Sesostris era a los egipcios tan cara y les hacía soportar las crueldades de su hijo, corría este a su perdición, pues no podía ocupar el trono por mucho tiempo un príncipe tan indigno de él.

Ninguna esperanza tenía de regresar a Ítaca. Permanecí en una torre situada a las orillas del mar, cerca de Pelusio, en donde debía haberse verificado mi embarque si no lo hubiese impedido la muerte de Sesostris. Logró Metofis la libertad y el favor del nuevo rey, y me hizo encerrar en aquella torre para satisfacer su encono por haber sido causa de su desgracia. Pasaba allí los días y las noches en la mayor aflicción, pareciéndome un sueño la predicción de Termosiris y lo que había escuchado a la entrada de la caverna: me hallaba en un abismo de dolor.

Contemplaba las olas que venían a estrellarse al pie de la torre, y los bajeles que, agitados por las borrascas, corrían el peligro de perecer en las rocas que la servían de cimiento; y, lejos de compadecer a los que tan próximos se veían al naufragio, envidiaba su suerte. En breve, decía yo, hallarán término sus desgracias, o arribarán a su patria; ¡pero triste de mí, que no puedo esperar lo uno ni lo otro!

Cuando así me consumía inútilmente, descubrí una grande armada, cuyos mástiles y entenas parecían un dilatado bosque. El mar se veía cubierto de velas hinchadas por el viento, y el incesante golpe de innumerables remos convertía en espuma la superficie de las aguas. Por dondequiera llegaba a mis oídos una confusa gritería: corrían espantados varios egipcios para tomar las armas, mientras corrían otros en busca de la armada. Pronto conocí que los bajeles que la componían, parte eran fenicios y parte de la isla de Chipre; porque mis desgracias me habían suministrado experiencia acerca de la navegación. Pareciome no estar de acuerdo los egipcios, y sin dificultad juzgué que las violencias del insensato Boccoris habrían sublevado sus vasallos encendiendo la guerra civil. Desde lo más elevado de la torre fui testigo de un combate encarnizado.

Aquellos egipcios, que habían llamado en su auxilio a los extranjeros, favorecieron el desembarco y en seguida acometieron a sus compatriotas, a cuya cabeza venía el rey. Animábalos este con su ejemplo, y semejante al dios Marte corrían en torno suyo ríos de sangre: teñíanse en ella las ruedas de su carro, que apenas podían rodar sobre los montones de cadáveres mutilados. Aquel joven rey, bien formado, vigoroso, de aspecto altivo y fiero, tenía pintados en sus ojos el furor y la desesperación, y cual un caballo desbocado guiaba el azar su valor sin que le moderase la prudencia. Ni sabía reparar sus faltas, ni dar órdenes precisas, ni preveía los males que le amenazaban, ni conducía sus escuadrones adonde lo exigía la necesidad. Mas no porque le faltase disposición, no: su valor y su talento eran iguales; sino porque jamás había recibido las lecciones de la desgracia, y su corazón se hallaba emponzoñado por la adulación de sus maestros. Embriagado con el poder y la fortuna, pensaba que debía ceder todo a sus impetuosos deseos, y le irritaba la menor resistencia. Entonces ya no raciocinaba y, como fuera de sí, le convertía su propio orgullo en una bestia feroz, abandonándole la razón y la bondad hasta verse obligados sus más fieles servidores a huir de su lado; pues solo escuchaba a los que adulaban sus pasiones. Por esta razón adoptaba siempre resoluciones violentas, contrarias a sus verdaderos intereses, y detestaban su

imprudente conducta todos los hombres de bien.

Sostúvose por largo tiempo su valor contra una multitud de enemigos; mas sucumbió. Yo le vi perecer: el dardo de un guerrero fenicio atravesó su pecho, quedaron abandonadas las riendas de los caballos, cayó del carro y expiró: cortó su cabeza un soldado de Chipre, y alzándola del suelo cogida de la cabellera la presentó como en triunfo al ejército victorioso.

Mientras viva no se borrará de mi memoria la vista de aquella cabeza ensangrentada, con los ojos cerrados, el rostro desfigurado y pálido, la boca entreabierta como si quisiese acabar la palabra comenzada, y aquel aire altivo y amenazador que no pudo borrar la misma muerte. Sí, toda mi vida estará ante mis ojos, y si los dioses me elevasen al trono algún día, no olvidaré, después de tan funesto ejemplo, que un rey no es digno del cetro, ni le hace dichoso el poder, si no le somete a la razón. ¡Ah! ¡Qué desventura es para el hombre destinado a hacer la felicidad pública, el ser superior a los demás hombres solo para causar su desgracia!

Libro III

Refiere Telémaco que el sucesor de Boccoris volvió todos los prisioneros tirios: que él mismo fue conducido a Tiro en el navío de Narbal, comandante de la armada tiria, y la pintura que este le hizo de Pigmalión su rey, temible por su avaricia. Refiere también que Narbal le instruyó en los reglamentos de comercio de Tiro y que ya iba a embarcarse en un navío de Chipre para dirigirse por esta isla a la de Ítaca cuando descubrió Pigmalión que era extranjero y quiso ponerle preso: que estuvo entonces a pique de perecer; pero que Astarbé, dama del tirano, le libertó haciendo morir en su lugar a un joven que la tenía irritada porque había despreciado su amor.

Escuchaba Calipso con admiración tan sabios discursos; pero lo que más le maravillaba era la ingenuidad con que Telémaco refería las faltas que había cometido por precipitación y olvidando la docilidad que debía al sabio Méntor, hallando una nobleza maravillosa en aquel joven que se acusaba a sí mismo, y que había aprovechado su imprudencia para hacerse prudente, cauto y moderado. Continuada, le decía, mi querido Telémaco: deseo saber con ansia de qué modo salisteis de Egipto, y adónde encontrasteis al sabio Méntor, cuya pérdida os fue tan justamente sensible.

Los egipcios más virtuosos y fieles a su rey, prosiguió Telémaco, tenían menos fuerza, y al verle muerto cedieron a sus enemigos, y alzose otro rey llamado Termutis. Retiráronse los fenicios y las tropas de la isla de Chipre después de haber ajustado alianza con el nuevo rey. Diose libertad a todos los prisioneros fenicios, y yo también la obtuve considerándome como tal. Salí de la torre, me embarqué con los demás, y comenzó la esperanza a reanimar mi corazón. Hinchaba las velas un favorable viento, azotaban los remeros las espumosas olas, hallábase el mar cubierto de bajeles, gritaban gozosos los marineros, alejábanse de nosotros las costas de Egipto, y desaparecían a nuestros ojos las montañas y colinas; por último ya veíamos únicamente cielo y agua, y entre tanto alzábase el sol, cuyos reflejos salían al parecer del centro de las aguas, doraban sus rayos las

cumbres de las montañas, que apenas se percibían en el horizonte, y cubierta toda la bóveda celeste de un oscuro azul, nos anunciaba un próspero viaje.

Aunque había obtenido la libertad como fenicio, no era conocido de los que me acompañaban. Narbal, que mandaba el bajel en que yo iba, me preguntó mi nombre y patria. ¿De qué ciudad de la Fenicia sois? me dijo. De ninguna, le respondí; pero los egipcios me apresaron en una nave fenicia: bajo este nombre he padecido mucho tiempo, y bajo el mismo me han dado libertad. ¿De qué país sois pues?, replicó Narbal. Y yo le hablé así: Soy Telémaco, hijo de Ulises, rey de Ítaca en Grecia. Mi padre se ha hecho célebre entre todos los reyes que asediaron la ciudad de Troya; mas los dioses no le han permitido regresar a su patria: le he buscado en varios países, y la fortuna me ha perseguido como a él: ved en mí un desgraciado que suspira únicamente por volver a su país y hallar a su padre.

Mirome Narbal lleno de admiración, creyendo descubrir en mí alguna cosa de las que conceden los dioses para hacer dichosos a los que quieren proteger, y que no son comunes a los demás. Era naturalmente generoso y sincero: excitó su compasión mi desgracia, y me trató con la mayor confianza, inspirado sin duda por los dioses para salvarme de un gran peligro.

Telémaco, me dijo, no dudo de lo que me decís, ni debo dudar de ello, porque no me permiten desconfiar de vos la aflicción y la virtud que se ven retratadas en vuestro semblante, y aun creo que los dioses, a quienes siempre he procurado servir, os protegen inclinándose a que os ame cual un hijo. Os daré un consejo saludable, y en recompensa solo exijo de vos el secreto. No temáis, le respondí, tenga que violentarme para callar lo que me confiáis: aunque joven, ya es en mí vieja la costumbre de no decir mis secretos, y aun mucho más la de no burlar la confianza del que deposita los suyos en mi pecho. ¿Y cómo habéis podido, volvió a decirme, contraer ese hábito siendo tan joven? Mucho celebraría me dijeseis los medios que os han hecho adquirir tan recomendable cualidad, que es el fundamento de la prudencia, y sin la cual son inútiles los más esclarecidos talentos.

Al partir Ulises, le respondí, para ir al sitio de Troya, me sentó sobre sus rodillas y me estrechó entre sus brazos, según me han referido, y después de besarme con ternura, me dijo estas palabras, aunque no podía yo entenderlas por mis pocos años: Hijo mío, no permitan los dioses que

vuelva a verte jamás; antes la guadaña de la parca corte el hilo de tu vida ahora que apenas comienzas a existir, a la manera que el segador corta con su hoz la tierna flor que empieza a crecer; que mis enemigos te despedacen a los ojos de tu madre y a los míos, si ha de llegar día en que corrompido por el vicio abandones la virtud. ¡Oh amigos míos!, continuó: os dejo este hijo que tan caro me es: cuidado de su infancia: si me amáis, alejadle de la perniciosa adulación; enseñadle a vencerse, cual al tierno arbusto cuyas ramas se doblan para darles dirección. Sobre todo, nada olvidéis para hacerle justo, benéfico, sincero y fiel para guardar un secreto; porque cualquiera que sea capaz de mentir, es indigno de que se le considere como hombre; y el que no sabe callar no es digno del cetro.

Os he referido estas palabras, porque han cuidado de repetírmelas, y, penetrando hasta el fondo de mi corazón, yo también las repito muchas veces.

Cuidaron los amigos de mi padre de acostumbrarme desde niño al secreto, y aun me hallaba en la infancia cuando ya me confiaban sus penas al ver expuesta a mi madre a la temeridad de los muchos que deseaban enlazarse con ella, y tratáronme desde entonces como a un hombre prudente y formado, ocupándome en asuntos de importancia e instruyéndome de cuanto practicaban para alejar a aquellos obstinados pretendientes. Complacíame tal confianza, y me consideraba ya como hombre experimentado; pero nunca abusé de ella, ni salió de mi boca una sola palabra que pudiese descubrir el menor secreto. Por el contrario, procuraban aquellos muchas veces les dijese cuanto hubiese visto u oído, con la esperanza de que por ser niño no sabría callarlo; mas respondíales sin mentir ocultándoles lo que no debían saber.

Ya veis, Telémaco, me dijo entonces Narbal, el poder de los fenicios: son temibles a todas las naciones vecinas por el crecido número de sus bajeles, y porque el comercio que hacen, hasta las columnas de Hércules, les proporciona riquezas mucho mayores que las de los pueblos más florecientes. El gran Sesostris, que nunca hubiera podido vencernos por mar, con dificultad nos venció por tierra con los numerosos ejércitos que conquistaron todo el oriente, y nos impuso un tributo que hemos pagado poco tiempo, pues nos hallábamos demasiado ricos y poderosos para sufrir con paciencia el yugo de la dependencia, y recobramos nuestra libertad. La muerte ha impedido a Sesostris terminar la guerra. Cierto es que debíamos temerlo todo de su prudencia, más aún que de su poder;

pero pasando este a las manos de su hijo, conocimos haber llegado el término de nuestros temores. En efecto, lejos de invadir de nuevo los egipcios nuestro territorio para sojuzgarnos segunda vez, se han visto precisados a llamarnos en su auxilio para libertarles del ominoso yugo de su impío rey, y hemos sido sus libertadores. ¡Qué nueva gloria para la libertad y opulencia de los fenicios!

Pero mientras les damos libertad somos esclavos. ¡Oh Telémaco!, temed caer entre las manos de nuestro rey Pigmalión; en aquellas manos crueles, manchadas con la sangre de Siqueo, esposo de su hermana Dido, que deseosa de venganza huyó de Tiro con muchas naves, seguida de casi todos los que aprecian la virtud y la libertad para establecerse en la costa de África, fundando la famosa ciudad de Cartago. Pigmalión se hace cada vez más odioso por la insaciable sed de riquezas que le atormenta: el poseerlas es un delito en Tiro, pues el que las posee se hace sospechoso a sus ojos codiciosos: persigue al rico y desconfía del pobre.

Mas para él, es mayor delito la virtud; pues conoce que los buenos no pueden soportar sus injusticias, y condenado por la virtud se exaspera e irrita contra los virtuosos. Todo agita, inquieta y atormenta su corazón; teme a su propia sombra, no reposa de día ni de noche, y los dioses le colman de tesoros, que no se atreve a disfrutar, sin duda para confundirle: así es que lo mismo que busca para ser dichoso, le hace infeliz: siente dar, y temiendo perder no se sacia de adquirir.

Rara vez se le ve: hállase solo, triste, abatido en el retiro de su palacio, sin que osen acercarse a él sus amigos para evitar sospeche de ellos. El palacio está siempre circuido de una terrible guardia, armada de picas y de espadas desnudas. Habita encerrado en treinta aposentos que se comunican unos con otros, y todos ellos tienen gruesas puertas de hierro, cada una con seis cerrojos; pero jamás puede saberse en cuál se entrega al descanso, y aun aseguran no ocupa uno mismo dos noches seguidas, temeroso de que le asesinen. Le son desconocidos los placeres inocentes, y hasta la amistad que es todavía más grata; y cuando le dicen que se entregue al gozo, siente que huye de él, rehusando albergarse en su corazón. En sus ojos hundidos brilla un fuego feroz, vagan inquietos sin cesar de un objeto a otro, cáusale desasosiego el menor ruido, píntase la palidez en su rostro, y descúbrese el remordimiento en su arrugada frente. Siempre taciturno y suspirando, lanza del pecho profundos ayes, y no puede ocultar los remordimientos que despedazan sus entrañas.

Disgústale los más exquisitos manjares, y lejos de fundar esperanzas en sus hijos, son para él objeto de terror, porque los considera sus más peligrosos enemigos. En su vida ha gozado un momento de tranquilidad: consérvase a fuerza de sangre, derramando la de aquellos a quienes teme. ¡Insensato! ¿No ve que su crueldad producirá su muerte? Tal vez alguno de sus domésticos, tan suspicaz y desconfiado como él, se apresurará a librar al mundo de semejante monstruo.

Por mi parte temo a los dioses: a costa de cualquier sacrificio permaneceré fiel al rey que me han dado: será preferible para mí decrete él mi muerte que arrebatarme yo la vida, y también que olvide la obligación de defenderle. Mas vos, Telémaco, guardaos de decirle que sois hijo de Ulises, porque os encerraría en una prisión con la esperanza de la considerable suma que daría por vuestro rescate a su regreso a Ítaca.

Seguí el consejo de Narbal después que llegamos a Tiro, y hallé confirmada la verdad de cuanto me había referido, sin que pudiese comprender de qué modo llegaría un hombre a hacerse tan despreciable como parecía Pigmalión a mis ojos.

Sorprendido del espantoso cuadro que se me ofrecía, nuevo para mí, exclamaba: He aquí un hombre que ha procurado ser feliz: ha creído llegar a serlo en el centro de las riquezas, y revestido de un poder absoluto: posee cuanto puede desear: sin embargo vive miserable a causa de sus tesoros y de su autoridad. Si fuese pastor, cual yo en otro tiempo, viviría tan feliz como yo lo era entonces; gozaría sin remordimiento los placeres inocentes del campo; no temería el puñal ni la ponzoña; amaría a los hombres y sería también amado; carecería de las riquezas que le son tan inútiles como el barro, pues no osa tocarlas; pero gozaría libremente los frutos hermosos de la tierra, y no experimentaría ninguna necesidad verdadera. Este hombre obra en todo según desea, mas es preciso que no lo haga, pues le conducen sus impetuosas pasiones arrastrado siempre por la codicia, por el temor y por la sospecha; y mientras se le cree señor de los demás hombres, no lo es ni aun de sí mismo, porque tiene tantos dueños y tantos verdugos cuantos son sus violentos deseos.

Así juzgaba de Pigmalión sin conocerle, pues no se le veía: solo era lícito mirar aquellas elevadas torres, rodeadas día y noche de guardias, donde se había encerrado con sus tesoros cual un preso, y al mirarlas no se hacía sin temor. Comparaba a este invisible rey con el amable Sesostri, tan accesible, tan afectuoso, tan solícito de conocer a los extranjeros, tan

atento para escuchar a todos y para extraer del corazón humano la verdad que se oculta siempre a los reyes. Sesostris, decía yo, ni temía, ni debía temer nada; presentábase a sus vasallos como a sus hijos: Pigmalión todo lo teme y debe temerlo. Este mal rey se ve a todas horas amenazado de un fin funesto, aun dentro de su propio palacio y rodeado de sus guardias. Por el contrario, Sesostris vivía seguro entre la multitud, cual un buen padre de familia en su hogar y en medio de sus hijos.

Mandó Pigmalión regresasen a la isla de Chipre las tropas que habían venido a auxiliar a las suyas a consecuencia de la alianza de ambos pueblos, y aprovechó Narbal esta ocasión para darme libertad, haciéndome pasar revista entre los soldados chipriotas, porque aquel sospechaba hasta de las cosas de menos importancia.

Es defecto ordinario en los príncipes demasiado fáciles y descuidados depositar una confianza ciega en favoritos corrompidos y falaces; mas el de Pigmalión era desconfiar de los más honrados: no sabía conocer la ingenuidad y rectitud de los que obraban sin doblez, y por esta razón nunca vio a su lado hombres de bien, pues estos no buscan a un rey corrompido. Además, desde que se halló en el trono advirtió tal fingimiento y perfidia en los que le servían, y tantos vicios horribles disfrazados con las apariencias de virtud, que consideraba a los hombres, sin distinción, como si estuviesen enmascarados. Suponía que no existe sobre la tierra virtud sincera, y por consecuencia de tal error, considerábalos a todos iguales. Cuando hallaba un hombre falso y corrompido no cuidaba de buscar otro, juzgando no le hallaría mejor; y parecíanle los buenos peores que los malos más declarados, porque los creía tan malos como ellos y más engañosos.

Mas volviendo a mí, confundieronme con los chipriotas, y burlé la penetrante suspicacia del rey. Temblaba Narbal temeroso de que fuese descubierto, porque a él y a mí nos hubiera costado la vida. Deseaba con impaciencia que partiese, mas detuviéronme largo tiempo en Tiro los vientos contrarios.

Aproveché esta detención para instruirme de las costumbres de los fenicios, tan célebres en todas las naciones conocidas. Admiraba la situación ventajosa de aquella gran ciudad, edificada sobre una isla. La costa inmediata es deliciosa por su fertilidad, por los frutos exquisitos que produce, por las muchas y contiguas poblaciones que se ven en ella, y últimamente por la benignidad de su clima; pues defendida por las

montañas de los abrasados vientos del mediodía, la refresca el norte que sopla por la parte del mar. Hállase aquel país al pie del Líbano, cuya alta cima atraviesa las nubes y se empina para tocar con los astros. Hielos eternos cubren la cresta y precipítanse ríos de nieve desde las rocas que coronan la cumbre. Debajo de ella crece un dilatado bosque de cedros tan viejos al parecer como la tierra que los sustenta, alzando atrevidos sus pobladas copas hacia el cielo: a su sombra hallan los ganados pastos abundantes en el declive de la montaña; y allí se ven vagar el toro y la oveja con sus crías, paciendo a la vez y retozando: deslízanse por entre la yerba cristalinos arroyos, y reinan por último a un mismo tiempo la primavera y el otoño en la parte baja, formando un delicioso jardín que produce a la par flores y frutas; y ni el bravo aquilón ni los infestados soplos del mediodía, que todo lo secan y abrasan, han osado jamás borrar los vivos colores que adornan aquel hermoso vergel.

Cerca de aquella hermosa costa se halla la isla en que está situada la ciudad de Tiro, que parece flotar sobre las aguas y señorear los mares. A ella arriban los mercaderes de toda la tierra, y sus habitantes hacen el comercio más extenso del universo. Al entrar en ella parece llegar, no a la capital de una nación, sino a la metrópoli común, al centro del comercio universal. Tiene dos grandes muelles, que a manera de dos brazos se extienden hacia el mar y ciñen un anchuroso puerto al abrigo de los vientos, en el cual se ve un bosque de mástiles, pues sus bajeles son tan numerosos que apenas puede descubrirse el agua en que flotan. Todos los moradores se dedican al comercio, y sus riquezas no los distraen del trabajo necesario para aumentarlas. Encuéntrase allí por todas partes el delicado lino de Egipto y la admirable púrpura de Tiro dos veces teñida, cuyo doble tinte no puede borrar el tiempo: úsanle para las telas finas de lana, que recamadas de oro y plata adquieren un nuevo realce. El comercio de los fenicios se extiende hasta Gades, y penetrando en el vasto océano han abrazado toda la tierra. También han hecho largas navegaciones en el mar Rojo, y por este camino van a buscar a islas desconocidas el oro, los aromas, y varios animales que no se hallan en ninguna otra parte.

No me cansaba yo de considerar el cuadro que presentaba aquella gran capital, donde todo era actividad, todo era vida, todo movimiento. No se veían, como en otras ciudades de Grecia, ociosos y noveleros que corren a los sitios públicos a adquirir noticias, o pasean los muelles para ver a los extranjeros que arriban. Ocupábanse los hombres en descargar las naves,

trasportar las mercaderías o venderlas, colocarlas en los almacenes, llevar cuenta exacta de sus créditos contra los negociantes de otros países, y las mujeres en doblar piezas de ricas telas, hilar lanas, o hacer diseños para los bordados.

¿Cuál es la causa, pregunté a Narbal, de que los fenicios se hayan hecho dueños del comercio de toda la tierra, y de que por este medio se enriquezcan a costa de los demás pueblos? La situación de Tiro, me respondió, es como veis a propósito para el comercio. Nuestra patria tiene la gloria de haber inventado la navegación; pues si hemos de dar crédito a lo que nos refiere la más remota antigüedad, los tirios fueron los primeros que humillaron las olas mucho tiempo antes de la época de Tifis y de los Argonautas tan ponderados en Grecia. Los tirios, digo, fueron los primeros que osaron confiarse a un frágil leño al capricho de las olas y de los vientos, para sondar los abismos del mar, para observar los astros lejos de su patria, según la ciencia de los egipcios y babilonios, y que reunieron en fin tantos pueblos que habían separado los mares. Son industriosos, sufridos, laboriosos, aseados, sobrios y económicos: su policía es exacta, viven en la más estrecha armonía, y jamás pueblo alguno fue más constante y sincero, más fiel y seguro, ni más cómodo para los extranjeros.

He aquí, sin buscar otra, la causa de que sea suyo el imperio de los mares, y de que florezca en su puerto tan útil comercio. Si se introdujesen entre ellos la rivalidad y la discordia; si comenzasen a afeminarse con los deleites y la ociosidad; si desdeñasen el trabajo y la economía las primeras personas de la nación; si cesasen de ser honradas en Tiro las artes; si desapareciese la buena fe para con los extranjeros; si sufriesen la menor alteración las reglas establecidas para su libre comercio; si descuidasen las manufacturas y suspendiesen los grandes desembolsos necesarios para la perfección de cada una de las mercancías, bien pronto veríais declinar el poder que admiráis.

Pero explicadme, le dije, los medios a propósito para establecer yo un día en Ítaca igual comercio. Haced, contestó, lo que aquí se hace: recibid bien y sin dificultad a todos los extranjeros: hallen en vuestros puertos absoluta libertad, seguridad, comodidades, y no os dejéis nunca arrastrar por la codicia y la vanidad, pues el verdadero medio de ganar mucho, es no aspirar nunca a ganar demasiado, y saber perder a propósito. Procurad que os amen los extranjeros, toleradles algunas cosas, y guardaos de excitar su envidia: sed constante en observar las reglas de comercio, pues

son tan fáciles y sencillas: acostumbrad a vuestros pueblos a que las guarden inviolablemente: castigad con severidad el fraude, el descuido, y hasta el lujo de los mercaderes, que arruina el comercio al mismo tiempo que a ellos.

Sobre todo absteneos de poner trabas al comercio para conducirle a vuestros fines; porque no debe el príncipe mezclarse en él, temeroso de estrecharle, dejando toda la utilidad a los vasallos que sufren las penalidades que le son anejas: de otra manera se desalentarán estos; él ya obtendrá grandes ventajas por las grandes riquezas que entrarán en sus estados. El comercio es semejante a algunos manantiales que se agotan si se intenta alterar su corriente. La utilidad y las comodidades atraen a los negociantes, y si hacéis el comercio incómodo o poco útil, se retirarán insensiblemente y no volverán, porque aprovechándose otros pueblos de vuestra imprudencia, los atraerán a sus puertos y se acostumbrarán aquellos a pasar sin el que hacían en los vuestros. Sin embargo, es preciso convenir en que la gloria de Tiro hace algún tiempo que se ve oscurecida. ¡Oh mi querido Telémaco, si hubieseis sido testigo de ella antes del reinado de Pigmalión, os hubiera admirado mucho más! Aquí no halláis ahora otra cosa que reliquias tristes de una grandeza que amenaza ruina. ¡Desventurada Tiro! ¡En qué manos has venido a caer! ¡En otro tiempo te traía el mar tributos de todos los pueblos de la tierra!

Mas Pigmalión todo lo teme de los extranjeros y de sus vasallos, y en vez de abrir sus puertos, según costumbre antigua, a todas las naciones más lejanas concediéndoles libertad absoluta, quiere saber el número de bajeles que arriban, de dónde, el nombre de los pasajeros, el objeto de su comercio, la clase y precio de sus mercancías, y el tiempo que deben permanecer en ellos. Y aun hace cosas peores, pues obra con engaño para sorprender a los negociantes y confiscar las mercancías inquietando a los que juzga más opulentos, estableciendo impuestos nuevos bajo diversos pretextos. Quiere negociar, y todo el mundo teme hacerlo con él, y así desfallece el comercio y olvidan poco a poco los extranjeros el camino de Tiro, tan grato para ellos en otro tiempo; y si Pigmalión no cambia de conducta, bien pronto pasarán nuestra gloria y poder a otro pueblo mejor gobernado que nosotros.

Pregunté en seguida a Narbal cómo se habían hecho los tirios tan poderosos por mar, pues deseaba no ignorar cosa alguna de las que pueden ser útiles para gobernar un estado. Los bosques del Líbano, me

respondió, nos proveen de maderas para las naves: a cuyo objeto las reservamos cuidadosamente, pues jamás se cortan sino para usos de utilidad pública, y tenemos además la ventaja de hábiles operarios para la construcción.

¿Y cómo habéis podido encontrar esos operarios?, repliqué.

Han ido formándose poco a poco en el país, me respondió; porque cuando hallan recompensa los aventajados en las artes, puede asegurarse que en breve haya quien las lleve al mayor grado de perfección, dedicándose a ellas los que poseen grandes talentos con el estímulo de considerables recompensas. Aquí se honra a cuantos sobresalen en las artes y ciencias útiles a la navegación: se dispensan consideraciones al buen geómetra; se aprecia mucho al hábil astrónomo; se colma de bienes al piloto que aventaja a los demás; no se desprecia al buen carpintero, al contrario, se le paga y trata bien; halla recompensas ciertas y proporcionadas a sus servicios el diestro remero, se le alimenta y asiste cuando se halla enfermo, se cuida de su familia en su ausencia, se indemniza a esta si aquel perece en el naufragio, regresa a sus hogares después de haber servido por determinado tiempo, y por este medio se hallan cuantos son necesarios. Complácese el padre en dedicar al hijo a tan buena ocupación, y se apresura a instruirle en el manejo del remo desde la primera edad, a tender el cable y despreciar las borrascas. Así se conduce a los hombres sin violencia por el camino de las recompensas y del buen orden, y es en vano que la autoridad sola quiera producir el bien, porque no basta para ello la obediencia de los inferiores: preciso es ganar los corazones, y que hallen los hombres ventajas en aquellas mismas cosas en que haya de aprovechar su industria.

Después de haber hablado así Narbal, me condujo a los almacenes, arsenales y demás menesteres destinados a la construcción naval: exigía yo la explicación de cada cosa, y escribía cuanto me era nuevo, recelando olvidar alguna circunstancia útil.

Sin embargo, como me amaba y conocía a Pigmalión, esperaba con impaciencia mi partida, temeroso de que fuese descubierto por los espías del rey, que día y noche discurrían por la ciudad; mas los vientos me impedían realizarla. Cuando nos ocupábamos en reconocer detenidamente el puerto e instruirnos de varios negociantes, se acercó a nosotros un ministro de Pigmalión que dijo a Narbal: El rey acaba de saber por uno de los capitanes de las naves que han regresado con vos de

Egipto, que habéis conducido un extranjero que pasa por chipriota: quiere que sea detenido y que se averigüe con certeza de qué país es: con vuestra cabeza responderéis de su persona. Hallábame yo a alguna distancia ocupado en observar las proporciones empleadas por los tirios en la construcción de una nave casi nueva, que por guardarlas exactamente en todas sus partes decían ser la más velera que se había visto en el puerto, y me informaba del que había dirigido su construcción.

Sobrecogido y lleno de temor, Narbal respondió: Voy a buscar a ese extranjero que es de la isla de Chipre. Mas luego que le perdí de vista corrió a avisarme del peligro en que me hallaba. Ya lo había yo previsto, me dijo, mi querido Telémaco: estamos perdidos. El rey, a quien atormenta día y noche la desconfianza, sospecha que no sois de la isla de Chipre; manda se os arreste, y que yo perezca si no os pongo en sus manos. ¿Qué haremos? ¡Dioses, inspiradnos para salir de este peligro! No habrá otro remedio, Telémaco, que conduciros al palacio del rey: sostened que sois chipriota, natural de Amatunte, e hijo de un estatuario de Venus: yo diré que he conocido a vuestro padre, y acaso os dejará partir sin más investigaciones: no hallo otro medio de salvar vuestra vida y la mía.

Dejad perezca un desgraciado a quien el destino persigue, respondí a Narbal: yo sé morir, y os debo demasiado para envolveros en mi infortunio. No puedo resolverme a mentir: ni soy chipriota, ni diré tampoco que lo soy. Los dioses ven mi sinceridad, y a ellos toca conservar mi vida si les place; mas no pretendo salvarla por medio de una mentira.

Telémaco, replicó Narbal, esta nada tiene que no sea inocente, ni aun los dioses pueden condenarla: sin perjudicar a nadie, salva a dos inocentes, y engaña al rey sin otro objeto que impedirle un crimen. Lleváis al extremo el amor a la virtud y el temor de ofender a la religión.

Basta, le dije yo, que la mentira lo sea, para considerarla indigna de un hombre que habla en presencia de los dioses y que todo lo consagra a la verdad: el que la empaña ofende a aquellos y a sí mismo, pues habla contra su conciencia. No me propongáis, Narbal, lo que es indigno de vos y de mí. Si los dioses se compadecen de nosotros, ellos nos libentarán: si quieren que perezcamos, seremos víctimas de la verdad y dejaremos un ejemplo a los hombres de haber preferido la virtud sin mancha a una vida prolongada: la mía ya es demasiado larga para ser tan desventurado. Por vos solo se aflige mi corazón, mi querido Narbal. ¿Por qué ha de seros tan funesta la amistad que habéis dispensado a un infeliz extranjero?

Así permanecíamos largo tiempo cuando vimos acercarse presuroso a otro ministro del rey, que venía de parte de Astarbé.

Era esta bella como una diosa: a las gracias del cuerpo reunía los talentos: jovial, lisonjera, insinuante, pero estos atractivos engañosos ocultaban un corazón cruel y maligno como el de las sirenas; pues poseía el arte de disfrazar sus sentimientos por medio de la ficción y el artificio. Su belleza, su talento, su encantadora voz y su armoniosa lira habían ganado el corazón de Pigmalión, que, ofuscado por un amor violento hacia ella, abandonó a la reina Tofa, su esposa. Solo pensaba en satisfacer los deseos de la ambiciosa Astarbé, cuyo amor no le era menos funesto que su infame codicia. Pero sin embargo de amarla tanto, causábale a ella el rey desprecio y disgusto, ocultando sus verdaderos sentimientos y aparentando desear vivir solo para él mientras era este insufrible a sus ojos.

Había en Tiro un joven de Lidia llamado Malacón, de maravillosa hermosura pero afeminado, delicado y encenagado en todos los placeres: cuidaba solo de conservar la finura de su tez, peinar el rizado cabello que descendía sobre la espalda, perfumarse, llevar con garbo los vestidos, y cantar sus amores acompañado de la lira. Viole Astarbé y le amó con frenesí. Desprecióla él, porque amaba a otra y porque temía además exponerse al cruel resentimiento del rey: ofendióse esta al verse despreciada, y en el exceso de su desesperación imaginó podía lograr pasase Malacón por el extranjero a quien buscaban de orden del rey, y que decían haber llegado a Tiro en compañía de Narbal.

En efecto, persuadió a Pigmalión y corrompió a cuantos podían haberle desengañado, pues como este no apreciaba a los hombres virtuosos, ni sabía conocerlos, estaba rodeado de personas interesadas, artificiosas y dispuestas a ejecutar sus órdenes injustas y sanguinarias, las cuales temían la autoridad de Astarbé, y contribuían a engañar al rey temerosos de desagradar a aquella mujer altiva, que gozaba toda su confianza; y así, aunque conocido Malacón por lidio en toda la ciudad, fue reputado por el joven extranjero que Narbal condujera de Egipto, y se le puso en prisión.

Recelando Astarbé se presentase Narbal al rey y descubriese su impostura, envió apresuradamente a aquel ministro que le dijo estas palabras: Astarbé os prohíbe descubráis al rey quien es el extranjero que habéis conducido de Egipto: solo exige guardéis silencio, y obrará de

modo que el rey quede satisfecho de vos. Sin embargo, daos prisa a que se embarque con los chipriotas a fin de que no sea visto en la ciudad. Prometió callar Narbal lleno de gozo al ver podría salvar por este medio su vida y la mía; y satisfecho aquel ministro de haber logrado lo que deseaba, fue a dar cuenta a Astarbé de su comisión.

Admiramos la bondad de los dioses que recompensaban nuestra sinceridad, y cuidan solícitos de aquellos que todo lo arriesgan por la virtud.

Mirábamos con horror a un monarca entregado a la codicia y la sensualidad. El que con tanto exceso, decíamos, teme ser engañado, merece serlo y lo es casi siempre groseramente. Desconfía de los hombres de bien y deposita su confianza en los malvados, y solo él ignora lo que pasa. Ved a Pigmalión que es juguete de una mujer liviana. No obstante, los dioses hacen a la mentira instrumento de salvación para los buenos que prefieren la verdad a la vida.

Notamos haber cambiado los vientos y que eran ya favorables para navegar a Chipre. Los dioses manifiestan su voluntad, exclamó Narbal: quieren salvaros, Telémaco: huid de esta tierra de maldición y de crueldad. ¡Ojalá pudiera seguiros a las más desconocidas riberas para vivir y morir a vuestro lado! Mas un destino adverso me une a mi desdichada patria, y es preciso padecer con ella: tal vez me veré obligado a sepultarme entre sus ruinas: no importa, con tal que diga siempre la verdad y ame mi corazón la justicia. En cuanto a vos, caro Telémaco, quieran los dioses guiaros y concederos hasta el último instante de vuestra vida la virtud, don el más precioso de todos los dones. Vivid, regresad a Ítaca, consolad a Penélope y libradla de sus temerarios amantes. Vean vuestros ojos, estrechen vuestros brazos al sabio Ulises, y halle él en vos un hijo que le iguale en sabiduría; pero en medio de vuestra felicidad acordaos del desventurado Narbal y conservadle siempre en vuestro corazón.

Al acabar estas palabras le estrechaba silencioso en mis brazos, porque los sollozos enmudecían mi voz y bañábale con mis lágrimas. Me acompañó hasta el navío, permaneció en la orilla del mar, y partí sin que dejásemos de mirarnos mutuamente mientras pudimos vernos.

Libro IV

Calipso interrumpe a Telémaco para que descanse. Repréndele Méntor a solas porque había hecho tan exacta narración de sus aventuras y le aconseja que las acabe de contar, pues que ya las había empezado. Telémaco refiere que durante su navegación desde Tiro tuvo un sueño en que vio a Venus y a Cupido contra quienes le protegía Minerva: que después le pareció haber visto también a Méntor que le exhortaba a que huyese de aquella isla: que al despertar notó que se había levantado una borrasca en la que sin duda hubiera perecido si él mismo no hubiera tomado el timón del navío, porque los chipriotas se habían embriagado de modo que no estaban en estado de dirigirle: que a su arribo a la isla vio con horror los ejemplos más contagiosos, pero que hallándose también en ella el sirio Hazael, de quien Méntor había venido a ser esclavo, le devolvió a este su sabio director y los embarcó en su navío para llevarlos a Creta, en cuya travesía vieron el hermoso espectáculo de Anfitrite en su carro tirado de caballos marinos.

Inmóvil había permanecido Calipso arrebatada de gozo escuchando las aventuras de Telémaco; mas le interrumpió recordándole la necesidad de descanso. Tiempo es, le dijo, de que vayáis a disfrutar las dulzuras del sueño después de tantos trabajos. Aquí nada debéis temer: todo os es propicio. Regocijaos y disfrutad la paz y todos los demás beneficios de que van a colmaros los dioses; y mañana cuando la Aurora descubra con su purpúrea mano las puertas doradas del oriente, y cuando los caballos de Febo salgan de las aguas para difundir la luz del día ahuyentando las estrellas que reverberan en el éter, volveremos a emprender la historia de vuestros infortunios. ¡Caro Telémaco, nunca Ulises os igualó en valor y sabiduría! Aquiles vencedor de Héctor, Teseo después de su salida del averno, hasta el grande Alcides que purgó la tierra de tantos monstruos, no mostraron jamás tal esfuerzo y valor como vos. Ojalá que rendido al dulce sueño se os haga corta la noche; mas ¡ay!, ¡cuán larga será para mí!, ¡cuánto se retardará el placer de veros, de escucharos y de haceros referir de nuevo lo que ya sé y lo que aún no me habéis referido! Retiraos con el sabio Méntor a quien os han restituido los dioses; id a esa gruta

retirada en donde todo se halla preparado para que descanséis. Quiera Morfeo derramar los más dulces encantos sobre vuestros cansados párpados, que circule por vuestros fatigados miembros un bálsamo divino, y que se presenten a vuestra fantasía las más placenteras imágenes, que, volando risueñas en torno vuestro, embriaguen de placer los sentidos alejando cuanto pueda sacaros de los brazos del sueño.

Ella misma condujo a Telémaco a una gruta separada de la suya, que no era menos rústica, ni menos agradable. Corría desde el extremo de ella una fuente, cuyo murmullo convidaba al sueño, y allí habían preparado las ninfas dos lechos de tierna y olorosa verdura, y extendido sobre ellos dos hermosas pieles, una de león para Telémaco y otra de oso para Méntor.

Os habéis dejado llevar, dijo este a Telémaco antes que el sueño cerrase sus ojos, de la satisfacción de referir vuestras aventuras y encantado a Calipso describiendo los peligros de que os han sacado el valor y la astucia, y con ello no habéis hecho otra cosa que inflamar más y más su corazón, preparándoos una esclavitud más duradera. ¿Cómo esperáis que os deje salir de esta isla habiéndola encantado vuestra narración? El amor de una gloria vana os ha hecho olvidar la prudencia. Prometió decir los sucesos ocurridos a Ulises y cuál haya sido su destino; mas ha encontrado medio de hablar mucho sin decir nada, comprometiéndos a explicar cuanto deseaba saber. He aquí los ardides de las mujeres lisonjeras y apasionadas. ¿Cuándo tendréis, ¡oh Telémaco!, cordura y discreción para que la vanidad no dicte vuestras palabras? ¿Cuándo sabréis callar lo que os sea ventajoso y no debáis decir? Admiran todos vuestra prudencia en una edad en que es disimulable no tenerla; pero yo nada puedo disimularos, porque soy el único que os conoce y que os ama bastante para dejar de advertiros vuestros yerros. ¡Cuán distante os halláis todavía de la cordura de vuestro padre Ulises!

¿Cómo, pues, dijo Telémaco, podía yo negarme a referir a Calipso mis desgracias? No: replicó Méntor: debíais hacerlo, mas únicamente de aquello que pudiera excitar su compasión. Dijerais que os habíais visto, ora errante, ora cautivo en Sicilia y en Egipto: esto era suficiente; lo demás solo ha servido para dar pábulo al veneno que abrasa sus entrañas. ¡Quieran los dioses preservar de él vuestro corazón!

¿Qué haré pues?, exclamó Telémaco con docilidad. No es ya tiempo, respondió Méntor, de ocultar el resto de vuestras aventuras, pues sabe Calipso demasiado para dejarse engañar en lo que aún ignora, y vuestra

reserva solo serviría para irritarla. Terminad mañana la relación de cuanto han hecho los dioses en beneficio vuestro, y sed más cauto en adelante para hablar de lo que pueda atraeros alguna alabanza.

Recibió Telémaco amistosamente tan acertado consejo; y entregáronse al descanso.

Apenas acababa el encendido Febo de difundir sus primeros rayos sobre el horizonte, cuando oyó Méntor los acentos de la diosa que llamaba a las ninfas en el bosque, y despertó a Telémaco diciéndole: Tiempo es ya de abandonar el sueño. Vamos a ver a Calipso; pero desconfiad de sus lisonjeras palabras: no descubráis vuestro corazón: temed la ponzoña de sus alabanzas. Ayer os encumbró sobre la gloria de Ulises, sobre la del invencible Aquiles, del famoso Teseo y hasta del inmortal Hércules. ¿No conocéis el exceso de tal ponderación? ¿Creisteis lo que os dijo? Pues sabed que tampoco ella lo cree. Os alaba porque os considera débil y demasiado vano para dejaros seducir, celebrando con exageración vuestras acciones.

Dicho esto pasaron adonde los esperaba la diosa. Sonrió al verlos, ocultando bajo una apariencia de gozo el temor que la inquietaba, pues preveía que, conducido Telémaco por Méntor, huiría de ella como Ulises. Apresuraos, Telémaco, dijo, a satisfacer mi curiosidad: durante la noche he creído veros partir de Fenicia para buscar nuevo destino en la isla de Chipre: decidnos, pues, el término de este viaje: no perdamos un momento; y en seguida sentáronse a la agradable sombra de un espeso bosque, sobre la hermosa yerba tapizada de fragantes violetas.

Sin cesar dirigía Calipso la vista a Telémaco pintándose en sus ojos el amor y la ternura; pero al mismo tiempo se llenaba de indignación al notar que observaba Méntor con el mayor cuidado todas sus acciones. Entre tanto guardaban silencio las ninfas, y prestaban atención colocadas en forma de medio círculo para ver y escuchar más fácilmente, y todos inmóviles tenían fija la vista en el gallardo joven.

Bajó este los párpados, y suspirando con mucha gracia continuó así el hilo de su narración.

No bien hinchó las velas un viento favorable, cuando desapareció a nuestros ojos la tierra de Fenicia. Como iba en compañía de los chipriotas, cuyas costumbres ignoraba, resolví callar, notarlo todo y observar las

reglas que dicta la prudencia para captarme su estimación; mas durante mi silencio se apoderó de mí un sueño agradable que embotó mis sentidos sumergiéndome en una calma, en un gozo profundo que embriagó mi corazón.

Al momento creí ver a Venus hendiendo las nubes sobre un etéreo carro, tirado por dos palomas. Tenía aquella admirable belleza, aquella floreciente juventud, aquellas gracias seductoras que aparecieron en ella y deslumbraron al mismo Júpiter cuando salió de las espumas del Océano. Descendió sobre mí volando con rapidez, me puso la mano sobre el hombro y, llamándome por mi nombre, me dijo risueña estas palabras: Joven griego, vas a entrar en mi reino: en breve llegarás a aquella isla afortunada en donde nacen en pos de mí los placeres, la risa y los regocijos. Allí quemarás aromas en mis aras y yo te sumergiré en un piélago de delicias: abre tu corazón a lisonjeras esperanzas, y guárdate de resistir a la más poderosa de las deidades que quiere hacerte dichoso.

Al mismo tiempo vi al niño Cupido, que agitando las ligeras alas volaba placentero en torno de su madre. Aunque brillaban en su rostro la ternura, las gracias y la candidez de la infancia, había en sus penetrantes ojos cierta cosa que me causaba temor. Reíase al mirarme: pero su risa era maligna, engañosa y cruel. Sacó de la aljaba de oro la más aguda de sus flechas, tendió el arco y ya iba a herirme, cuando se dejó ver Minerva repentinamente y me cubrió con su égida. No tenía el rostro de esta diosa aquella afeminada hermosura, aquella languidez amorosa que había advertido en el rostro y actitudes de Venus. Por el contrario, era sencilla su belleza, modesta y sin compostura, y en ella todo grave, vigoroso, noble y majestuoso. No pudiendo la flecha de Cupido penetrar la égida, cayó al suelo, y Cupido, indignado, suspiró amargamente y quedó avergonzado al verse vencido. ¡Huye de aquí, gritó Minerva, huye, niño audaz! Nunca vencerás sino a los cobardes que prefieren los vergonzosos placeres a la sabiduría, a la virtud y a la gloria.

Irritado el Amor al oír estas palabras, desapareció volando, y remontándose Venus hacia el Olimpo, vi por largo tiempo el carro y las palomas en una nube de oro y azul: mas al fin la perdí de vista. Bajé los ojos a la tierra y ya no hallé a Minerva.

Pareciome haber sido trasportado a un delicioso jardín tal como describen los Campos Elíseos, en donde vi a Méntor que me dijo estas palabras: Huid de esta tierra cruel, de esta corrompida isla en donde solo se respira

sensualidad. La más sólida virtud debe temblar en ella, y solo puede salvarse huyendo. Al verle quise abrazarle, mas sentí que no podían moverse mis pies: que desfallecían mis rodillas, y que procurando alcanzar con las manos a Méntor, buscaban una sombra vana que jamás podía encontrar. Estos esfuerzos ahuyentaron el sueño, y conocí que aquella misteriosa visión era un aviso celestial. Sintiéndome animoso contra los placeres y desconfiando de mí mismo, detesté la vida sensual de los chipriotas; pero lo que afligió mi corazón fue haber creído que no existía ya Méntor, y que después de atravesar las aguas de la Estigia habitaba la dichosa mansión de las almas justas.

Esta idea me hizo derramar un torrente de lágrimas. Preguntáronme por qué lloraba, y yo les respondí: demasiado debe llorar un desventurado extranjero que vaga errante sin esperanza de volver a su patria. Sin embargo, entregáronse todos los chipriotas que iban a bordo de la nave a una inconsiderada alegría. Los remeros, enemigos del trabajo, dormían sobre los remos; coronado de flores el piloto, abandonaba el timón; tenía en la mano una gran copa de vino que casi había consumido, y, agitados los demás por los furores de Baco, entonaban cánticos capaces de causar horror a cuantos aman la virtud, en loor de Venus y de Cupido.

Mientras que así olvidaban los peligros que ofrece el mar, se oscureció el cielo y agitó las aguas una repentina borrasca. Desencadenados los vientos bramaban con furor soplando contra las velas, y estrellábanse las espumosas olas en los costados de la nave, que crujía al recibir multiplicados golpes. Ora nos remontábamos sobre las irritadas olas, ora parecían elevarse las aguas sobre la nave para precipitarnos en su seno. Descubríamos cerca de nosotros quebradas rocas, contra las cuales embestían con horrísono estruendo las aguas; y entonces conocí por experiencia que los hombres corrompidos por los placeres, carecen de ánimo en los peligros, como tantas veces lo había oído decir a Méntor. Consternados los chipriotas lloraban cual mujeres; solo se oían lamentos, lastimeros ayes por dejar las delicias de la vida, y promesas a los dioses de algún sacrificio si arribaban al puerto. Pero ninguno tenía el ánimo necesario para mandar ni ejecutar las maniobras, y creí que salvando mi vida debía salvar también la de los demás. Empuñé el timón, pues perturbado el piloto por el vino, cual si estuviera en una bacanal, no se hallaba en estado de conocer el peligro que corría la nave; alenté a los asustados marineros, les hice amainar las velas, remarón esforzadamente, y aunque vimos de cerca los horrores de la muerte, burlamos todos los

escollos.

Mirábanme con asombro los que me eran deudores de la vida, a quienes pareció un sueño el éxito de la azarosa borrasca. Arribamos a la isla de Chipre en el mes de la primavera, consagrado a Venus, pues decían aquellos naturales ser la época más propia de esta divinidad; porque al parecer se anima la naturaleza produciendo los placeres del mismo modo que las flores.

Llegado a la isla sentí un aire agradable que a la vez laxaba la fibra, inclinando a la pereza, e inspiraba alegría y liviandad; y noté hallarse casi inculta la campiña, sin embargo de ser aquella tierra naturalmente fértil, lo cual me hizo conocer eran sus naturales poco laboriosos. Por todas partes vi al bello sexo que, adornado con desenvoltura, se dirigía al templo de Venus entonando cánticos en loor de esta diosa, y en cuyos rostros sobresalían a un tiempo la belleza, las gracias, el gozo y la sensualidad; mas su gracia era afectada, pues no se descubría aquella noble sencillez, aquel insinuante pudor que forma la mayor hermosura. Su aire muelle y afeminado, el artificio estudiado de sus rostros, los vanos adornos, paso lánguido, miradas que parecían buscar al sexo opuesto, rivalidad por inspirar vehementes pasiones, y en una palabra, todo era en ellas despreciable, y esforzándose para agradar, dejaban de agradarme.

Condujéronme al templo de la diosa. Tiene varios en esta isla, pues en Citera, en Idalia y en Pafos se la adora particularmente, aunque tiene otros muchos en aquella isla. Era el templo de mármol, y su forma de un perfecto peristilo, sus columnas de tal grosura y elevación que hacían majestuoso el edificio. Sobre el arquitrabe y el friso sobresalían en cada una de sus fachadas grandes medallones, en donde se veían esculpidas de bajo relieve las aventuras más agradables de aquella deidad; y a todas horas había a la puerta del templo multitud de personas que llegaban a él a presentar sus ofrendas.

Jamás se degüella víctima alguna en el recinto de aquel lugar sagrado, ni se quema tampoco como en otros templos la grasa de los toros, ni se derrama su sangre; y solamente se presentan ante el altar las víctimas que se ofrecen, sin que pueda hacerse de ninguna que no sea nueva, blanca, y sin defecto ni mancha, cubiertas siempre de bandas de púrpura bordadas de oro, dorados sus cuernos y adornados de ramilletes de olorosas flores, y después de haber sido presentadas delante del altar, las conducen a un sitio retirado en donde las degüellan para que sirvan en los festines de los

sacerdotes de la diosa.

Ofrecen también toda clase de aguas olorosas y vino más dulce que el néctar. Los sacerdotes visten largas túnicas blancas, con cinturones de oro y franjas de la misma clase en la falda de ellas. Día y noche queman en los altares los más exquisitos perfumes del oriente, los cuales forman una densa nube que se eleva hacia el cielo. Penden festones de las columnas del templo, son de oro todos los vasos que sirven para los sacrificios, y ciñe su recinto un bosque sagrado de mirtos. Solo pueden presentar las víctimas a los sacerdotes y atreverse a encender el fuego en los altares los varones jóvenes o las hembras de extraordinaria belleza; mas deshonran aquel magnífico templo la disolución y la impudencia.

Causábame horror al principio cuanto veía; pero insensiblemente fui acostumbándome a ello. El vicio no me asustaba, y cuantos me acompañaban me inspiraban cierta especie de inclinación a la sensualidad. Burlábanse de mi inocencia y pudor, y mi reserva era el escarnio de aquellos habitantes disolutos. Nada dejaron de hacer para excitar en mí todas las pasiones: tendíanme lazos para despertar en mi corazón el gusto a los placeres. Sentíame más débil cada día, y apenas bastaba a sostenerme la buena educación que había recibido; pero mis buenos propósitos se evaporaban, viéndome sin fuerzas para resistir el mal que me rodeaba por todas partes, y aun me ruborizaba de ser virtuoso, a la manera que es arrastrado por la corriente el que nadando en un caudaloso río rompe las aguas al principio, logra vencer su acelerado curso, mas llegando a la escarpada ribera ni puede salir a ella ni mantenerse, y abandonándole las fuerzas poco a poco quedan sin acción sus fatigados miembros y parece anegado.

Del mismo modo desfallecía el corazón y comenzaban a oscurecerse mis ojos, sin que pudiese recobrar la razón, ni recordar la memoria y virtudes de mi padre, habiendo acabado de desalentarme el sueño en que me pareció ver al sabio Méntor en los Campos Elíseos. Apoderábase de mí una languidez interior agradable; amaba la ponzoña lisonjera que corría por mis venas y penetraba hasta la médula de mis huesos. Sin embargo, lanzaba todavía profundos suspiros, vertía amargas lágrimas, rugía como un furioso león. ¡Oh desventurada juventud!, decía: ¡oh dioses que os burláis cruelmente de los hombres! ¿Por qué les hacéis pasar por esta edad que puede llamarse locura y fiebre ardiente? ¡Ah! ¡Por qué no veo mi cabeza encanecida, agobiado mi cuerpo y próximo a la tumba cual Laertes

mi abuelo! La muerte sería para mí menos terrible que la flaqueza vergonzosa en que me hallo.

Conocía así templarse mi dolor después de hablar, y que embriagado mi corazón de una pasión frenética casi olvidaba el pudor; mas después veíame sumido en un abismo de remordimientos. Mientras duraba esta agitación, vagaba de una parte a otra del bosque sagrado, cual la cierva que herida por el cazador atraviesa corriendo la dilatada selva buscando el alivio de su dolor, mas habiendo penetrado la flecha en su costado corre con ella el cruel instrumento de su muerte. Del mismo modo corría yo en vano procurando olvidarme de mí mismo; mas nada remediaba la herida de mi corazón.

Así me encontraba cuando vi a bastante distancia y entre la espesa sombra del bosque al sabio Méntor; pero pareciome tan pálido su rostro, tan triste y austero que no experimenté ningún placer. ¿Sois vos, exclamé, oh caro amigo, mi única esperanza? ¿Sois vos? ¡Qué! ¿Sois vos mismo, o viene a engañar mis ojos una visión falaz? ¿Sois vos Méntor? ¿Es todavía vuestra sombra sensible a mis desgracias? ¿No os halláis en el número de las almas afortunadas que gozan la recompensa de su virtud; y a quienes dan los dioses goces puros en una paz eterna en los Campos Elíseos? Hablad, Méntor, ¿vivís todavía? ¿Seré tan feliz que aún pueda poseeros, o bien sois una sombra vana? Diciendo estas palabras corría yo hacia él enajenado, pudiendo apenas respirar. Esperábame él tranquilamente y sin dar un paso hacia mí. ¡Oh dioses! ¡Vosotros sabéis cuál fue mi júbilo cuando mis manos le tocaron! ¡No, no es una vana sombra, yo toco, yo abrazo a mi querido Méntor! Así exclamé; y entre tanto bañaban mis lágrimas su rostro, permanecía abrazado a su cuello sin poder articular palabra, y él me miraba triste y poseído de una afectuosa compasión.

Finalmente le dije: ¿De dónde venís? ¡En qué peligros me he visto durante vuestra ausencia! ¿Y qué sería de mí sin vos en esta ocasión? ¡Huid!, me respondió con voz terrible sin satisfacer a mis preguntas; ¡huid con presteza! Aquí solo produce veneno la tierra; el aire que se respira está emponzoñado; y, corrompidos los hombres, solo se comunican para transmitir un veneno mortal. La vil e infame sensualidad, que es la más horrible de las plagas que abortó la caja de Pandora, enerva los corazones y destierra todas las virtudes. ¡Huid! ¿Qué os detiene? Ni aun volváis el rostro cuando os alejéis de esta execrable isla: borrad de vuestra memoria hasta el menor recuerdo de ella.

Dijo: y al momento advertí disiparse una especie de nube densa que me dejó ver con toda su pureza la verdadera luz, y renacer en mi corazón la alegría; pero alegría bien diferente de la sensual y voluptuosa que había embotado mis sentidos, pues esta producía en mí la inquietud y enajenamiento, interrumpidos de accesos de furor y de agudos remordimientos, y aquella, por el contrario, satisfacía mi razón proporcionándome un no sé qué de felicidad celestial, permanente e inalterable, de tal naturaleza que arrebatava mi alma sirviéndome de mayor consuelo a medida que se introducía en ella. Entonces me arrancó el gozo las lágrimas y conocí cuán agradable es llorar por tal causa. ¡Felices, exclamé, aquellos a quienes se muestra la virtud con toda su belleza! ¡Podrá conocerse sin apreciarla! ¡Podrá apreciarse sin ser feliz!

Debo dejaros, interrumpió Méntor: parto, no puedo detenerme. ¿A dónde vais?, le repliqué. ¿A qué tierra por inhabitable que sea no os seguiré? No penséis apartaros de mí: antes moriré siguiendo vuestras huellas; y al decirle estas palabras le estrechaba en mis brazos con todas mis fuerzas. En vano es, me dijo, pretendáis detenerme, porque el cruel Metofis me vendió a los árabes o etíopes, y habiendo pasado estos a Damasco en la Siria para traficar, quisieron deshacerse de mí pensando adquirir una suma considerable de Hazael, que deseaba hallar un esclavo griego para instruirse de las costumbres de la Grecia y de nuestras ciencias, y en efecto me compró Hazael por crecido precio. Lo que le he referido acerca de nuestras costumbres, le ha excitado a pasar a la isla de Creta para aprender las sabias leyes de Minos. Los vientos nos han obligado a recalar en la de Chipre, y ha venido al templo para presentar sus ofrendas en tanto que comienza a soplar el que nos sea favorable: hele allí; ya sale; los vientos nos llaman; ya se hinchan nuestras velas: adiós, caro Telémaco; un esclavo que teme a los dioses debe seguir fielmente a su señor. Ellos impiden que sea libre mi voluntad: si lo fuese, también saben que solo sería vuestro. Adiós: acordaos de los trabajos de Ulises y de las lágrimas de Penélope; acordaos de los justos dioses. ¡Oh deidades, protectoras de la inocencia, en qué país me es forzoso abandonar a Telémaco!

No, no, exclamé, mi querido Méntor: no dependerá de vos el dejarme aquí: moriré antes que partáis solo. ¿No conocerá la piedad ese sirio de quien sois esclavo? ¿Le habrán nutrido las fieras en su infancia? ¿Querrá arrancaros de entre mis brazos? O habrá de darme la muerte, o permitirá que os siga. ¡Me exhortáis a huir y os negáis a que huya con vos! Hablaré

a Hazael; tal vez compadecerá mi juventud y mis lágrimas. Pues aprecia la sabiduría y va a buscarla tan lejos, no puede ser insensible su corazón: me arrojaré a sus pies, estrecharé sus rodillas, y no le dejaré partir hasta que me haya concedido la gracia de seguiros. Mi querido Méntor, seré esclavo por acompañaros, me ofreceré a serlo suyo; y si lo rehúsa, se decidirá mi suerte: me arrebataré la vida.

A este tiempo llamó Hazael a Méntor; postreme ante él, y le sorprendió ver en tal postura a un desconocido. ¿Qué queréis?, me dijo. La vida, respondí: pues no podré conservarla si no me permitís seguir a Méntor, que es esclavo vuestro. Soy el hijo del grande Ulises, rey el más sabio de los de Grecia que han destruido la soberbia ciudad de Troya, célebre en toda el Asia. No os hablo de mi nacimiento por orgullo, sino para que mis desgracias os exciten a la piedad. He buscado a Ulises por la dilatada extensión de los mares, en compañía de este hombre que era mi segundo padre. Para colmo de mis infortunios me le ha arrebatado la fortuna y le ha hecho esclavo vuestro: permitid que yo lo sea también. Si es cierto que amáis la justicia, y que corréis a Creta para aprender las leyes del sabio rey Minos, hallen acogida en vuestro corazón mis lágrimas y mis suspiros. Aquí tenéis al heredero de un reino, que se ve reducido a pedir la esclavitud como su único remedio. En otro tiempo quise morir en Sicilia por evitarla; mas ¡ay!, mis primeras desgracias eran solo anuncios de los ultrajes que me preparaba el destino; y en prueba de ello me encuentro ahora temeroso de no ser recibido en el número de vuestros esclavos. ¡Ved, oh dioses, mis males! ¡Oh Hazael!, acordaos de Minos, cuya sabiduría admiráis, y que ha de juzgarnos un día en el oscuro reino de Plutón.

No ignoro la sabiduría y virtudes de Ulises, me dijo Hazael, mirándome bondadosamente y extendiendo su brazo para alzarme: varias veces me ha referido Méntor la gloria que adquirió entre los griegos; además de que su nombre se ha extendido entre todos los pueblos de oriente con celebridad. Seguidme, hijo de Ulises; yo os serviré de padre hasta que hayáis encontrado al que os dio el ser, pues aun cuando fuese insensible a la gloria de este, a sus infortunios y a los vuestros, la amistad de Méntor me empeñaría en cuidar de vos. Cierto es que lo he adquirido como esclavo, mas le conservo como un amigo fiel; y la suma que desembolsé al adquirirle me ha proporcionado el mejor amigo: a él debo la sabiduría y el amor a la virtud que arde en mi pecho. Ya es libre; también lo sois vos: solo os pido a ambos el afecto de vuestro corazón.

Pasé de repente del más acerbo dolor al más vivo gozo que pueden experimentar los mortales. Veíame libre del mayor peligro; aproximábame a mi país y encontraba auxilios para regresar a él; gustaba las delicias, el consuelo de estar cerca de un hombre que me amaba ya por amar la virtud; en fin, lo hallé todo al encontrar de nuevo a Méntor para no dejarle jamás.

Adelantose Hazael hacia la orilla y le seguimos: entramos en la nave, azotaron los remeros las pacíficas olas, dio impulso a nuestras velas una ligera brisa que animando el bajel le movió suavemente, y en breve desapareció la isla de Chipre. Hallábase Hazael impaciente por penetrar mis sentimientos, y me preguntó cuál era mi opinión acerca de las costumbres de aquella isla. Díjele con ingenuidad los peligros que corriera en ella mi juventud, y la lucha interior que había sufrido. Complaciose notando mi horror al vicio, y dijo estas palabras: ¡Oh Venus, conozco vuestro poder y el de vuestro hijo: he quemado inciensos en vuestros altares; pero permitid deteste la infame sensualidad de los habitantes de la isla de Chipre, y la impudencia con que celebran vuestras fiestas!

En seguida hablaron él y Méntor de aquella primera causa que creó cielo y tierra; de aquella luz perpetua e inalterable que todo lo alumbraba sin dividirse; de aquella universal y suprema verdad que ilumina los espíritus como el sol los cuerpos. El que jamás ha visto, decía, aquella pura luz, puede compararse con el ciego de nacimiento, pues pasa la vida en una oscura noche, semejante a los pueblos que no alumbraba el sol durante algunos meses del año: considérase sabio y es insensato; cree verlo todo y todo se le oculta; muere sin haber visto nada; y descubre cuando más, tinieblas, falsos resplandores, vanas sombras, y fantasmas que nada tienen de realidad. Así son arrastrados los hombres por el placer de los sentidos y las delicias de la imaginación. Ninguno sobre la tierra puede llamarse hombre verdaderamente, sino el que busca, aprecia y sigue a la razón, que nos inspira cuando pensamos rectamente y nos reprende si caemos en el error. A ella lo debemos todo; y es como un grande océano de luz, de donde salen a manera de pequeños arroyos los entendimientos humanos para volver a él, y perderse en el inmenso caudal de su origen.

Sin embargo de que aún no comprendía yo perfectamente la profunda sabiduría de este discurso, hallele puro y sublime: inflamábase mi corazón, y brillaba al parecer la hermosa verdad en todas sus palabras. Continuaron hablando del origen de los dioses, de los héroes y poetas, del siglo de oro,

del diluvio, de las primeras historias de la especie humana, del Leteo o río del olvido en donde se anegan las almas de los muertos, de las penas eternas preparadas al impío en la oscura mansión del Tártaro, y de aquella paz dichosa que goza el justo en los Campos Elíseos sin temor de perderla.

Mientras hablaban Hazael y Méntor, descubrimos muchos delfines cubiertos de una escama que parecía de oro y azul, los cuales elevaban las aguas en torbellinos de espuma. En pos de ellos venían los tritones sonando las trompas con sus retorcidas caracolas en torno del carro de Anfitrite, arrastrado por dos caballos marinos más blancos que la nieve, que cortando las aguas señalaban su camino por el surco que seguía su dirección; arrojaban fuego sus ojos, humo sus bocas. Era el carro de la diosa una concha de maravillosa estructura, blanca cual el marfil, y sus ruedas de oro, cuyo acelerado movimiento parecía ser un vuelo sobre la superficie de las pacíficas aguas. Nadaban en derredor del carro varias ninfas coronadas de flores, cuyas hermosas cabelleras descendían sobre la espalda flotando a merced del viento. Empuñaba la diosa en una mano el cetro de oro con que manda las aguas, y con la otra sujetaba al pequeño dios Palemón, su hijo, que sentado sobre la rodilla pendía de su pezón. Resplandecía en su rostro la serenidad, y una especie de majestad agradable que ahuyentaba los vientos inquietos y las oscuras nubes. Guiaban los tritones con riendas doradas a los caballos, y flotaba encima del carro una vela de púrpura, medio hinchada por el soplo de multitud de ligeros céfiros que se esforzaban a arrojar su aliento. En el espacio de los aires veíase a Eolo presuroso e inquieto, cuyo aspecto melancólico, frente arrugada, largas y pobladas cejas, y vista encendida y sombría, rechazaba las nubes e imponía silencio a los fieros aquilones. Ballenas enormes, y otros monstruos marinos, salían acelerados de las grutas profundas que les sirven de guarida deseosos de ver a la diosa, y alteraban las aguas el soplo repetido de sus prodigiosas fosas nasales.

Libro V

Refiere Telémaco que al llegar a Creta supo que Idomeneo, rey de aquella isla, había sacrificado a su hijo único por cumplir un voto indiscreto: que los cretenses, queriendo vengar la muerte del hijo, habían obligado al padre a abandonar el país, y que después de largas deliberaciones se hallaban a la sazón congregados para elegir otro rey. Asimismo refiere Telémaco que los cretenses le admitieron en aquella asamblea: que ganó el premio de diferentes juegos: que resolvió las cuestiones dejadas por Minos en el libro de sus leyes, y que, viendo su sabiduría, los ancianos, jueces de la isla, y el pueblo le quisieron hacer su soberano.

Después de haber admirado lo que acabo de describir, comenzaron a ofrecerse a nuestros ojos las montañas de Creta, que aún distinguíamos con bastante trabajo de las nubes y olas del mar. En breve descubrimos la cima del monte Ida, que descollaba sobre las otras montañas de la isla, cual eleva su poblada cabeza el viejo ciervo sobre los cervatillos que le siguen; y poco a poco fuimos viendo distintamente sus costas, que presentaban la perspectiva de un anfiteatro, pareciéndonos tan cultivada, tan fértil y adornada con frutos de todas especies por la laboriosidad de sus habitantes, cuanto inculta y descuidada la de Chipre.

Por todas partes descubríamos opulentas ciudades y poblaciones bien edificadas que competían con ellas. No veíamos ningún campo donde no se hallase impresa la mano del diligente labrador: por donde quiera había dejado hondos surcos el corvo arado, siendo desconocidas allí todas las plantas que alimenta la tierra inútilmente. Ora recreaban nuestra vista hondos valles en que pacían piaras de toros, por hallar pastos abundantes en las orillas de arroyos cristalinos; ora numerosos rebaños que se apacentaban en el declive de una colina; ora dilatadas campiñas cubiertas de doradas mieses, presentes ricos de la fecunda Ceres; ora en fin coronadas las montañas de frondosos pámpanos y roja uva, que ofrecía a los vendimiadores los agradables beneficios de Baco para templar las penalidades y fatigas del hombre.

Díjonos Méntor haber estado en Creta en otro tiempo, y nos explicó cuanto

le era conocido. Esta isla, dijo, admirada de todos los extranjeros, y célebre por sus cien ciudades, alimenta con comodidad a los innumerables habitantes que la pueblan; pues nunca se cansa la tierra de derramar sus frutos sobre los que la cultivan, ni pueden agotarse sus fecundas entrañas. Cuanto mayor es el número de brazos en un país, si son laboriosos, tanto mayor es la abundancia: nunca se excita la envidia entre ellos, porque la tierra multiplica cual buena madre sus dones en proporción del número de hijos, que por el trabajo se hacen acreedores a los frutos de ella. La ambición y la codicia de los hombres son los únicos manantiales de su desgracia: aspiran a poseerlo todo, y se hacen infelices por desear lo superfluo: si deseasen vivir sencillamente; si se contentasen con satisfacer sus necesidades verdaderas, verían por donde quiera la abundancia y el gozo, la paz y la fraternidad.

Así pensaba Minos, el mejor y más sabio de los reyes: cuanto veáis de más admirable en esta isla es fruto de sus leyes, pues la educación que prescribe a los niños da salud y robustez a sus cuerpos, acostumbrándolos desde el principio a una vida sencilla, frugal y laboriosa; y suponiendo que la sensualidad debilita el cuerpo y el alma, les proponen como único placer el ser invencibles por la virtud y adquirir mucha gloria. Aquí no solo se hace consistir el valor en despreciar la muerte en los peligros de la guerra, sino también las mayores riquezas y los deleites vergonzosos; y se castigan tres vicios que alienta la impunidad en los demás pueblos, a saber: la ingratitud, la simulación y la codicia.

El lujo y la molicie no se castigan en Creta, porque son desconocidos. Trabajan todos, y ninguno piensa en enriquecerse, considerando cada cual recompensado su trabajo con una vida pacífica y arreglada que deja gozar en paz la abundancia de lo que es verdaderamente necesario para vivir. No se permiten muebles preciosos, festines, vestidos magníficos, ni opulentos palacios. Visten ropas de lana fina y hermosos colores; pero sin bordados ni adornos. Las comidas son sobrias: beben poco vino, y consiste su principal alimento en buen pan, frutas que ofrecen los árboles casi espontáneamente, leche de los ganados, y cuando más alguna carne sin salsas ni condimento, cuidando de conservar las mejores reses para que ocupadas en la agricultura florezca esta. Respiran las casas el mayor aseo, son cómodas y alegres, pero sin adornos de lujo; no porque se desconozca la sublime arquitectura, sino porque la reservan para los templos de los dioses, y no osarían los hombres levantar para usos profanos edificios semejantes a los que están destinados a los seres

inmortales. He aquí los grandes bienes que forman la riqueza de los cretenses: salud, robustez, valor, paz y fraternidad entre las familias, libertad de los ciudadanos, abundancia de lo necesario, desprecio de lo superfluo, costumbre de trabajar y horror a la ociosidad, emulación por la virtud, sumisión a las leyes y temor a los justos dioses.

¿En qué consiste, le pregunté, la autoridad de un rey? En que todo lo puede, me contestó, sobre sus vasallos, aunque nada hay en lo humano superior a las leyes: en que es absoluto para hacer bien, y se hallan ligadas sus augustas manos para el mal a que tal vez pudieran arrastrarle el error u otras causas: en que a su autoridad están confiados los pueblos que rige, cual un rico depósito; pero con la condición de que haya de ser el padre de sus vasallos, porque el objeto de las leyes es que un hombre solo haga la felicidad de muchos hombres con su moderación y sabiduría; no que estos contribuyan a lisonjear el orgullo y molicie de uno solo sumidos en la miseria e infame esclavitud. Ni debe tampoco gozar más que cualquiera otro hombre, a excepción de aquello que es necesario para aliviarle de sus penosas funciones, o para imprimir en sus vasallos el respeto debido siempre al protector de las leyes. Por el contrario, ha de ser más sobrio, más enemigo de la molicie, y estar más exento del fasto y altivez que el común de los hombres; siendo mayor su sabiduría, su virtud y su gloria. Fuera de sus dominios, el defensor de su pueblo, poniéndose a la cabeza de los ejércitos; y en lo interior, el juez de sus vasallos, para hacerlos buenos, sabios y felices. A este fin le han elevado los dioses a la dignidad real; para que sea el director, el apoyo de sus vasallos; para que consagre a estos sus tareas, su solicitud y su afecto; y en tanto es digno del cetro un soberano, en cuanto se olvida de sí mismo para sacrificarse por el público bien.

No quiso Minos que reinasen sus hijos después de él, sino con la condición de que obrarían según sus máximas; pues para él era más caro su pueblo que su familia. Con tal sabiduría ha hecho a Creta más poderosa y feliz, borrando con esta moderación la gloria de todos los conquistadores que intentan hacer a los pueblos instrumentos de su propia grandeza, es decir, de su vanidad; y su justicia le ha hecho digno de ser en el averno supremo juez de los muertos.

En tanto que así hablaba Méntor, arribamos a la isla, en donde vimos el famoso laberinto, obra de las ingeniosas manos de Dédalo, que era una imitación del gran laberinto que habíamos visto ya en Egipto. Mientras

considerábamos aquel curioso edificio, notamos ocupada la playa por el pueblo, que corría de tropel a un sitio bastante inmediato a la orilla del mar: preguntamos la causa, y voy a referiros lo que nos contó un cretense llamado Nausícrates.

Idomeneo, nos dijo este, hijo de Deucalión y nieto de Minos, había concurrido al sitio de Troya como los demás reyes de la Grecia, y después de la ruina de aquella ciudad regresaba a Creta; mas sobrevino una tempestad tan violenta que el piloto de su nave y todos los demás, que eran muy experimentados en la náutica, creyeron inevitable el naufragio. Veíanse todos próximos a la muerte y abiertos los abismos de las aguas para sumergirlos: lamentaban su desgracia, sin esperanza ni aun del triste reposo concedido a los manes que logran cruzar las aguas de la Estigia después de haber sido sepultados. Alzó Idomeneo hacia el cielo las manos y la vista, e invocando a Neptuno: ¡Oh poderoso dios!, exclamó, tú que tienes el imperio de las aguas, dignate escuchar a un desgraciado: si me dejas regresar a la isla de Creta, sin embargo del furor de los vientos, inmolaré en holocausto de tu divinidad la primera cabeza que lleguen a ver mis ojos.

Entre tanto apresurábase su hijo a abrazarle lleno de impaciencia por volverle a ver: ¡desdichado!, ignoraba que corría a su perdición. Llegó el padre salvo al deseado puerto; daba gracias a Neptuno por haber escuchado sus votos; mas en breve conoció cuán funestos le eran. Presintiendo su desgracia arrepentíase de su indiscreto voto: temía llegar al seno de su familia y ver de nuevo lo que le era más caro. La cruel Némesis, deidad implacable que vela para castigar a los hombres, y sobre todo a los reyes orgullosos, conducía a Idomeneo con su invisible pero fatal mano. Llega: apenas se atreve a levantar los ojos. Ve a su hijo: retrocede lleno de horror; y en vano procura su vista encontrar otra cabeza menos querida que pueda servirle de víctima.

Arrójase el hijo a los brazos del padre, y llena a todos de admiración no corresponda este a su ternura: le ve y comienza a correr su llanto. ¡Oh padre mío!, exclama, ¿cuál es la causa de vuestra tristeza? ¿Podrá disgustaros después de tan dilatada ausencia veros entre vuestros vasallos y llenar de júbilo a vuestro hijo? ¿Qué ha hecho este? ¡Apartáis la vista por no mirarle! Traspasado de dolor Idomeneo nada respondía; mas después de profundos y multiplicados suspiros: ¡Ah!, dijo, ¡qué te he prometido, Neptuno! ¡A qué precio me has libertado del naufragio!

Vuélveme a las aguas, a las rocas en donde debía estrellarme y acabar mi triste vida: deja vivir a mi hijo. ¡Oh dios cruel! He aquí mi sangre, no se derrame la suya: y al decir esto desnudó su espada para herirse; mas le detuvieron los que se hallaban cerca de él.

Asegúrele el anciano Sofrónimo, intérprete de la voluntad de los dioses, que podía aplacar a Neptuno sin sacrificar a su hijo. Imprudente, le dijo, ha sido vuestra promesa: no agrada a los dioses que se les honre con crueldad; guardaos bien de añadir a esta falta la de consumarla contra las leyes de la naturaleza. Presentad a Neptuno cien toros blancos cual la nieve; corra la sangre de ellos en derredor de su altar coronado de flores; quemad en honor suyo olorosos inciensos.

Escuchaba esto Idomeneo silencioso y con la cabeza baja; brillaba el furor en sus ojos; alterábase a cada momento el color de su rostro pálido y desfigurado, y veíanse temblar sus miembros. Vedme aquí, padre mío, le decía su hijo entre tanto; vuestro hijo se halla dispuesto a morir para aplacar a Neptuno; no excitéis su enojo: yo muero contento, pues mi muerte asegura vuestra vida. Herid; no receléis encontrar en mí un hijo indigno de vos que tema morir.

Entonces fuera de sí Idomeneo, y como poseído de las furias infernales, sorprendió a cuantos le observaban introduciendo la espada en el pecho de su hijo: sácala cubierta de sangre inocente para traspasar con ella sus propias entrañas; mas lograron impedirlo segunda vez los que le rodeaban.

Cae el hijo envuelto en su sangre: oscurecen sus ojos las sombras de la muerte; procura abrirlos; mas apenas son heridos de la luz no pueden soportarla. A la manera que el hermoso lirio cortado en su raíz por la aguda reja, desfallece y cae sin haber aún perdido el color blanco y hermoso que recreaba la vista, y sin que la tierra le nutra ya; así el hijo de Idomeneo, cual una tierna flor, pereció en la lozanía de su primera edad.

Quedó insensible el padre en el exceso de su dolor, sin saber dónde se hallaba, qué hacía ni debía hacer, y caminó vacilante hacia la ciudad clamando por su hijo.

Compadecido el pueblo del desgraciado hijo de Idomeneo, y lleno de horror por la bárbara acción que acababa este de ejecutar, alzó la voz diciendo haberle entregado a las furias los justos dioses; e introduciendo la discordia su ponzoña en los corazones de aquellos habitantes, armáronse

de palos y de piedras, llevados de su ciego furor. Los cretenses, los sabios cretenses, olvidaron la prudencia que tanto respetaran, y desconocieron al nieto del sabio Minos. Los adictos a Idomeneo no encontraron para él otro medio de salvación que conducirlo de nuevo a la armada; y embarcándose con él huyeron a merced de las aguas. Restablecida la calma en el corazón de Idomeneo, manifestó su gratitud por haberle sacado de aquella tierra regada con la sangre de su hijo, en donde no hubiera podido habitar, y conduciéndolos el viento a la Hesperia, fundaron un nuevo reino en el país de los salentinos.

Hallándose sin rey los cretenses, resolvieron elegir uno que mantuviese la pureza de las leyes establecidas: para ello convocaron a los principales ciudadanos de las cien ciudades de la isla; celebraron varios sacrificios, reuniendo a todos los sabios más célebres de los países vecinos para examinar la aptitud de los que parecieren dignos de gobernar; prepararon juegos y ejercicios públicos para el combate de los candidatos, pues deseaban dar la corona al que juzgasen vencedor, ora por los talentos, ora por la fuerza, a fin de lograr un rey esforzado y ágil, que se hallase adornado de prudencia y sabiduría, y convocaron también a todos los extranjeros.

Después de habernos referido Nausícrates tan maravillosa historia, nos dijo: Apresuraos, oh extranjeros, a concurrir a nuestra asamblea: combatiréis con los demás, y si los dioses conceden la victoria a uno de vosotros, reinará en la isla. Seguámosle sin deseo de vencer, y solo por la curiosidad de examinar tan extraordinario acontecimiento.

Llegamos a una especie de circo muy extenso, ceñido por un espeso bosque en cuyo centro estaba preparada la arena para los combatientes, y en derredor de él había un grande anfiteatro formado de floridos céspedes, en donde se hallaba sentado por su orden innumerable concurso. Nos recibieron honrosamente, pues no hay sobre la tierra pueblo que ejerza la hospitalidad más generosa y religiosamente. Concediéronnos asiento y nos convidaron al combate; pero Méntor y Hazael se excusaron, aquel por su avanzada edad, y este por su quebrantada salud.

No me daba lugar a excusa alguna mi robustez y juventud; pero sin embargo dirigí la vista a Méntor para descubrir su intención, y advirtiendo deseaba que combatiese, acepté la oferta que me hacían. Me despojé de los vestidos, bañaron mis miembros con lustroso y suave aceite, y me mezclé entre los combatientes. Decían por todas partes era yo el hijo de

Ulises, venido para alcanzar el premio, y me reconocieron varios cretenses que habían estado en Ítaca durante mi infancia.

La lucha fue el primer combate, y venció a cuantos osaron presentarse un rodio que contaría treinta y cinco años. Hallábase todavía en el vigor de la juventud: eran sus brazos fornidos y nerviosos, y descubríanse en ellos todos los músculos al menor movimiento que hacían: su agilidad igualaba a su fuerza. No le parecí yo digno de ser vencido, y mirando compasivo mis pocos años quiso retirarse; pero presentándome ante él, nos asimos estrechándonos tanto que nos era difícil respirar. El pecho del uno oprimía el del otro, y pisándonos mutuamente el pie, enlazados nuestros brazos cual dos serpientes, dirigíanse los esfuerzos de cada uno a levantar de tierra al contrario. Ora procuraba sorprenderme inclinando mi cuerpo a la derecha, ora haciéndolo con todas sus fuerzas hacia la izquierda; pero mientras que por tales medios tanteaba las mías, le estreché la cintura con tanta violencia que cayó en la arena, arrastrándome al caer. Procuró en vano ponerse encima de mí, pero le hice permanecer inmóvil debajo. ¡Victoria al hijo de Ulises!, gritó el pueblo, y entonces ayudé a levantarse al rodio confundido y avergonzado.

Fue más difícil y peligroso el cesto, pues había adquirido gran reputación en él el hijo de un rico ciudadano de Samos. Venció a todos los demás; y solo yo esperaba vencerle. Diome al principio en la cabeza y después en el pecho dos fuertes golpes, que me hicieron vomitar sangre y turbaron mi vista. Vacilaba yo, pues me estrechaba tanto que podía apenas respirar; mas reanimáronme las palabras de Méntor que exclamó: ¡Oh hijo de Ulises!, ¿serás vencido por ventura? Y dándome la cólera nueva fuerza, burlé muchos golpes que me hubieran aniquilado. Cuando el samio acababa de dirigirme uno, que no me alcanzó, y tenía extendido el brazo e inclinado el cuerpo, alcé yo el cesto para descargarle con más fuerza; quiso evitarlo, pero perdió el equilibrio, proporcionándome la ocasión de hacerle caer: así sucedió, y apenas le vi en tierra tendile el brazo para ayudarle a levantarse, mas hízolo él solo, cubierto de polvo y sangre: su vergüenza fue grande y no osó renovar el combate.

Al momento comenzó la carrera de los carros, que se distribuyeron por suerte. Me cupo el menos ligero a causa de sus ruedas y poco vigor de los caballos. Empezamos la carrera y se levantó una nube de polvo que cubrió el cielo. Al principio de ella dejé pasasen los demás, y un joven lacedemonio, llamado Crántor, los dejó atrás a todos. Seguíale de cerca

un cretense nombrado Polícleto. Hipómaco, pariente de Idomeneo, y que aspiraba a sucederle, aflojó las riendas de sus caballos que humeaban cubiertos de sudor; iba inclinado sobre las flotantes crines de ellos, siendo tan veloz el movimiento de las ruedas de su carro, que parecían fijas cual las alas del águila cuando corta con rapidez los aires. Animáronse poco a poco mis caballos: dejé muy atrás a los que con tanto ardor habían comenzado la carrera; y castigando Hipómaco demasiado a los suyos, cayó el más vigoroso, dejando a su dueño sin la esperanza de reinar.

Inclinándose demasiado Polícleto sobre los caballos que arrastraban su carro, no pudo mantenerse erguido en una sacudida; escapáronsele las riendas de la mano, cayó, y no fue pequeña su fortuna en evitar la muerte. Advirtiéndome Crántor con indignación que me hallaba muy cerca de él, aumentó sus esfuerzos, ora invocando a los dioses, ora prometiéndoles ricas ofrendas, ora hablando a sus caballos para animarlos. Recelaba pasase yo entre su carro y la espina, porque mis caballos, mejor manejados que los suyos, se hallaban en estado de adelantarle, y no le quedaba otro recurso que cerrarme el paso. Para conseguirlo se aventuró a tropezar contra la espina, y efectivamente quebró una de las ruedas. Procuré rodearle con presteza para que este accidente no me impidiese llegar al término de la carrera, adonde afortunadamente me vi a breves momentos, y segunda vez gritó el pueblo: ¡Victoria al hijo de Ulises, pues a él destinan los dioses para que reine sobre nosotros!

Nos reunimos después en un bosque sagrado en que no podían penetrar los hombres profanos, y adonde fuimos conducidos por los cretenses más sabios e ilustres, a quienes Minos había establecido por jueces del pueblo y depositarios de las leyes; pero solo admitieron a los que habíamos combatido en los juegos. Abrieron el libro en donde estaban reunidas las leyes de Minos. Al acercarme a aquellos ancianos a quienes la edad hacía venerables, sin quitarles el vigor del alma, me sentí lleno de respeto y vergüenza. Hallábanse sentados por su orden, y permanecían inmóviles en sus asientos: tenían unos blanco el cabello y carecían otros de él. Resplandecían en sus rostros la gravedad, la prudencia y la calma. No se precipitaban al hablar, ni decían otra cosa que lo que habían resuelto decir. Cuando no era conforme su parecer, lo sostenían con moderación, de modo que podía creerse eran todos de una misma opinión. La dilatada experiencia de las cosas pasadas, y el hábito del trabajo les suministraban grandes conocimientos sobre todo; pero lo que más perfeccionaba su razón era la calma de ánimo, libre ya de insensatas pasiones y de los

caprichos de la juventud. Guiábales solamente la sabiduría, y el fruto de sus ejercitadas virtudes les proporcionaba el resultado de tener a raya las inclinaciones y de no escuchar otra cosa que la razón. Admirábalos yo, y deseaba pasase mi vida para llegar en breve a tan apreciable senectud; pues consideraba infeliz la edad juvenil por ser impetuosa y distar tanto de la virtud pacífica e ilustrada de aquellos ancianos.

El primero de ellos abrió el libro de las leyes de Minos. Era grande, y le custodiaban en una caja de oro que contenía además varios perfumes. Besáronle todos con respeto, porque decían que después de los dioses, de quienes proceden las buenas leyes, nada hay tan sagrado a los ojos del hombre como las destinadas a hacerle bueno, sabio y feliz: que aquellos que las tienen en su mano para gobernar a los pueblos, deben dejarse siempre gobernar por ellas: que la ley y no el hombre ha de reinar. Tal era el parecer de aquellos sabios; y en seguida propuso el que presidía tres cuestiones, que debían ser resueltas por las máximas de Minos.

Fue la primera relativa a cuál sea el más libre entre todos los hombres. Respondieron unos que el rey que tiene sobre sus vasallos un poder absoluto, y triunfa de sus enemigos. Sostuvieron otros que el hombre que por su riqueza puede satisfacer todos sus deseos. Dijeron otros que el que jamás se casa, y viajando siempre por varios países no se sujeta a las leyes de ninguno. Imaginaron otros que el salvaje que se mantiene de la caza entre los bosques, independiente de las necesidades de la sociedad. Creyeron otros que el recién salido de la esclavitud, porque al verse exento de los rigores de ella, goza más que otro alguno las dulzuras de la libertad; y otros finalmente que el moribundo, porque la muerte le liberta de todo sin que ejerza poder sobre él el de todos los hombres reunidos.

No tuve dificultad en responder cuando me tocó, porque no había olvidado lo que tantas veces oí a Méntor. El más libre de todos los hombres, dije, es aquel que puede serlo en la esclavitud misma. En cualquier país, en cualquiera condición que viva, puede ser libre con tal que solo tema a los dioses; en una palabra, es verdaderamente libre el que desnudo de temor y deseos se someta únicamente a los dioses y a la razón. Miráronse los ancianos sonriéndose, y quedaron sorprendidos al ver que mi solución era precisamente la de Minos.

Propusieron después la segunda cuestión concebida en estos términos: ¿Cuál es el más infeliz de todos los hombres? Dijeron todos lo que les pareció, a saber: que el que carece de bienes, de salud y de honor: que el

que no cuenta con ningún amigo: que el que tiene hijos ingratos e indignos de él; y por último dijo un sabio de la isla de Lesbos: El que cree serlo, porque la desgracia depende menos de los padecimientos que se sufren que de la impaciencia con que se acrecienta la desgracia misma.

Aplaudió toda la asamblea esta solución, y creyeron que el lesbio obtendría el premio; mas preguntáronme y respondí con arreglo a las máximas de Méntor. Entre todos los hombres ninguno más infeliz que un monarca que cree ser dichoso haciendo miserables a sus vasallos; pues por su ceguedad es doblemente infeliz, porque ni conoce su desgracia, ni puede evitarla al mismo tiempo que teme conocerla. La verdad no puede llegar a él por entre la turba de lisonjeros que le rodean: se ve tiranizado por sus pasiones; desconoce sus deberes, y jamás ha gozado la satisfacción de producir el bien, ni experimentado las delicias de la virtud. Vive infeliz y digno de serlo, porque su desgracia se aumenta de día en día; corre a su perdición, y los dioses se preparan a confundirle en un castigo eterno. Convino toda la asamblea en que yo había vencido al sabio lesbio, y declararon los ancianos haber penetrado el verdadero sentido de Minos.

La tercera cuestión que propusieron fue esta: ¿Cuál es preferible de dos reyes, uno conquistador e invencible en la guerra y otro sin experiencia de ella, pero a propósito para gobernar con sabiduría a sus vasallos en el seno de la paz? Respondió la mayor parte debía preferirse al primero; porque ¿de qué sirve, decían, tener un rey que sepa gobernar con acierto en la paz, si no sabe defender su territorio en la guerra? Le vencerán sus enemigos haciendo esclavos a sus vasallos. Sostuvieron otros, por el contrario, sería mejor un rey pacífico porque temiendo la guerra la evitaría cuidadosamente; y otros dijeron que un rey conquistador procuraría a la vez su gloria y la de sus pueblos, haciendo por este medio a sus vasallos señores de las otras naciones, al paso que el pacífico los tendría sumidos en vergonzosa ociosidad. Quisieron saber mi parecer, y respondí de esta manera.

El rey que solo sabe gobernar en la paz o en la guerra, y que no es capaz de regir a sus pueblos en uno y otro estado, puede considerarse que llena a medias sus deberes; mas si comparáis al que solo conoce la guerra con el que, sin ser práctico en ella, sabe sostenerla por medio de sus caudillos cuando es necesaria, le hallaréis preferible al otro. Un monarca dedicado absolutamente a la guerra, querrá hacerla siempre para extender su

dominación y su propia gloria, y así arruinará a su pueblo. ¿Qué utilidad presta a una nación el que su rey subyugue a las demás si es infeliz durante su reinado? Además las guerras producen siempre grandes desórdenes, y los mismos vencedores se corrompen en tales períodos de confusión. Ved cuánto ha costado a la Grecia triunfar de Troya: carecer de sus reyes por espacio de más de diez años. Cuando el fuego de la guerra todo lo consume, debilitanse la agricultura y las artes, y enérvase la acción de las leyes; porque aun los mejores príncipes se ven obligados a causar grandes males para sostenerla, tolerando la licencia y aprovechando los servicios de hombres malvados. ¡Cuántos de estos serían castigados en la paz, y cuya audacia es preciso recompensar en el desorden de aquella! Nunca el pueblo gobernado por un rey conquistador dejó de padecer por efecto de su ambición, pues embriagado con el brillo de la gloria marcial, arruina poco menos a la nación victoriosa que rige que a las vencidas. El príncipe que carece de las cualidades necesarias para la paz, no podrá hacer que sus vasallos gocen el fruto de una guerra terminada felizmente, semejante al colono que defendiese su propiedad de la agresión del vecino y que usurpase la de este, pero sin saber cultivarla ni sembrarla para recoger ningún fruto; pues parece haber nacido para destruir, asolar y trastornar el mundo, y no para hacer feliz a su pueblo gobernándole con sabiduría.

Contraigámonos ahora al rey pacífico. Ciertamente no es a propósito para grandes conquistas, es decir, que no ha nacido para turbar la felicidad de su pueblo, deseoso de vencer a las demás naciones, que no ha sometido a su cetro la justicia; pero si lo es verdaderamente para gobernar en la paz, reúne todas las cualidades necesarias para poner en seguridad a sus pueblos contra las agresiones de sus enemigos. He aquí de qué manera: Justo, moderado, accesible a sus vecinos, jamás emprende contra ellos cosa alguna que pueda alterar la paz: fiel en las alianzas, le aman sus aliados, no les inspira recelo, y por lo mismo depositan en él una entera confianza. Si tienen algún vecino inquieto, altivo y ambicioso, únense a él para evitar que sea oprimido, pues como pacífico no les causa recelo al paso que temen al díscolo e inquieto. Su probidad, su buena fe, su moderación le hacen árbitro de todos los estados limítrofes; y mientras que el monarca emprendedor se hace odioso a sus iguales, y se ve expuesto incesantemente a coaliciones, tiene el que describimos la gloria de ser el padre, el tutor de todos los reyes. Tales son las ventajas que disfruta fuera de sus dominios.

Pero todavía son más sólidas las que goza en lo interior de ellos, pues sabiendo gobernar en la paz, supongo que ha de hacerlo por leyes sabias. Reprime el fasto, la ociosidad y todas las artes cuya utilidad se ciñe a lisonjear los vicios; haciendo florecer las que son útiles a las necesidades verdaderas de la vida, aplicando principalmente sus vasallos a la agricultura. Por medio de ella les proporciona la abundancia de las cosas necesarias; y este pueblo laborioso, sencillo en sus costumbres, habituado a vivir con poco, y adquiriendo fácilmente el sustento con el cultivo de la tierra, se multiplica prodigiosamente, presentando una población innumerable, sana, robusta, vigorosa, no debilitada por la sensualidad, ejercitada en la virtud, no apegada a las dulzuras de una vida infame y deliciosa, que sabe despreciar la muerte, y que antes moriría que perder la libertad que goza bajo el cetro de un rey sabio, dedicado a reinar para mantener el imperio de la razón. Ataque en buen hora sus dominios un pueblo belicoso: tal vez no le hallará bastante habituado a acampar, a ordenarse en batalla o a usar de las máquinas de guerra para formalizar el sitio de una plaza; mas le encontrará invencible por su multitud, valor, sufrimiento en las fatigas, hábito de soportar las privaciones, esfuerzo en los combates, y por una virtud que no sucumbirá ni aun a los más infelices acontecimientos. Además, si tal rey no fuese capaz de mandar por sí los ejércitos, pondrá a la cabeza de ellos caudillos que lo sean, de quienes sabrá aprovecharse sin deprimir su propia autoridad. Obtendrá socorros de sus aliados, preferirán sus vasallos la muerte a la dominación de otro rey violento e injusto, y los mismos dioses pelearán en su favor. ¡Ved cuántos recursos en medio de los mayores peligros!

Concluyo pues: el rey pacífico que ignora el arte de la guerra, es monarca imperfecto, pues no sabe llenar uno de sus mayores deberes cual es vencer a los enemigos; pero añadido que es sin embargo infinitamente superior al rey conquistador a quien faltan las cualidades necesarias en la paz, y solo es apto para la guerra.

Advertí en la asamblea muchas personas que no aprobaban esta opinión; porque la mayor parte de los hombres, alucinados con el brillo exterior de las cosas, dan la preferencia a las victorias y conquistas sobre lo que es sencillo y sólido como la paz y el buen orden de los pueblos; pero todos los ancianos declararon haber yo hablado como Minos.

Veo cumplido, exclamó el primero de estos, un oráculo de Apolo sabido en toda la isla. Había consultado Minos a este dios para saber cuánto tiempo reinaría su dinastía, según las leyes que acababa de dictar; y respondióle Apolo: Dejarán de reinar los tuyos cuando entre en la isla un extranjero para hacer reinar tus leyes. Habíamos recelado viniese alguno a conquistar la isla de Creta; pero la desgracia de Idomeneo y la sabiduría del hijo de Ulises, que entiende cual ningún otro mortal las leyes de Minos, nos aclara el sentido del oráculo. ¿Por qué tardamos en colocar la corona sobre las sienes del que nos dan por rey los destinos?

Libro VI

Refiere Telémaco que rehusó la corona de Creta para volver a Ítaca: que también la rehusó Méntor a quien con este motivo instó la asamblea a que en nombre de la nación eligiese el que conceptuase más digno. Que a este fin expuso lo que acababa de saber de las virtudes de Aristodemo, el cual fue al instante proclamado rey. Refiere finalmente que se embarcaron para Ítaca; pero que Neptuno, por complacer a Venus irritada, les hizo padecer un naufragio, de cuyas resultas acababa de recibirles Calipso en su isla.

Salieron los ancianos del bosque sagrado, y tomándome de la mano uno de ellos, anunció al pueblo (que esperaba con impaciencia la resolución) haber yo obtenido el premio; y apenas acabó de hablar cuando se percibió un confuso ruido en toda la asamblea. Lanzaban todos aclamaciones de júbilo, que resonaban en la playa y montañas vecinas, diciendo: ¡Reine en Creta el hijo de Ulises, tan semejante a Minos!

Detúveme un momento haciendo señal con la mano para dar a entender que deseaba me escuchasen; y entre tanto decíame estas palabras Méntor: ¿Renunciáis a vuestra patria? ¿La ambición de una corona os hará olvidar a Penélope, que os aguarda cual su única esperanza, y al grande Ulises, a cuyos brazos han resuelto volveros los dioses? Estas palabras penetraron en mi corazón haciéndome superior al vano deseo de reinar.

¡Oh ilustres cretenses!, exclamé aprovechándome del momento en que advertí un profundo silencio en aquella tumultuosa asamblea: no soy digno de gobernaros. El oráculo que acaban de citar manifiesta que cesará de reinar la dinastía de Minos luego que entre en esta isla un extranjero y establezca el imperio de las leyes de aquel sabio rey; mas no dice el oráculo que haya de reinar. Creeré en buen hora ser yo el que designa el oráculo. Ya cumplí la predicción, pues arribando a esta isla he explicado el sentido verdadero de las leyes, y anhelo que mi explicación contribuya a hacerlas reinar con el hombre a quien elijáis. Pero doy la preferencia a mi patria, la pequeña isla de Ítaca, sobre las cien ciudades de Creta, y sobre

la gloria y opulencia de tan poderoso reino. Permitid siga la suerte que me señalan los hados. Si combatí en vuestros juegos no era con la esperanza de reinar en Creta, sino para procurar merecer el aprecio y compasión de los cretenses, con el objeto de que me suministraseis medios de regresar con brevedad al lugar de mi nacimiento; pues quiero más obedecer a mi padre Ulises y consolar a mi madre Penélope que mandar a todos los pueblos del universo. ¡Cretenses!, vosotros veis el fondo de mi corazón: me es preciso dejaros; mas solo la muerte podrá borrar de él mi gratitud. Sí: hasta el postrer suspiro serán caros a Telémaco los cretenses, y se interesará en la gloria de ellos como en la suya propia.

Apenas hube acabado de hablar se suscitó en la asamblea un sordo rumor, semejante al que causan las olas del mar embravecido cuando chocan en el furor de la tempestad. ¿Es por ventura, decían unos, alguna divinidad bajo la forma humana? Sostenían otros conocerme por haberme visto en varios países; y otros por último exclamaban debía obligárase a reinar en Creta. Volví a tomar la palabra, y apresuráronse todos a guardar silencio ignorando si iba a aceptar lo que había rehusado antes.

Permitid, les dije, oh cretenses, que os manifieste mi opinión. Sois el pueblo más sabio de todos; pero entiendo que la prudencia reclama una precaución que no habéis tenido presente. Debe recaer vuestra elección no en el hombre que mejor discurra sobre las leyes, sino en el que las practique con la más constante virtud. Yo soy joven, y por lo mismo carezco de experiencia: estoy expuesto a la violencia de las pasiones, y más bien en estado de instruirme obedeciendo para mandar un día, que en el de gobernar ahora. No busquéis, pues, al vencedor en los juegos y ejercicios, sino al que se haya vencido a sí mismo: buscad al que tenga grabadas en su corazón vuestras leyes, y las practique en todo el decurso de su vida, pues así os las hará observar más con el ejemplo que con las palabras.

Encantados al escucharme todos los ancianos, y advirtiéndome que iban en aumento los aplausos de la asamblea, me dijeron: Pues los dioses nos quitan la esperanza de veros reinar en medio de nosotros, ayudadnos al menos a elegir un rey que haga observar nuestras leyes. ¿Conocéis alguno que pueda gobernarnos según ellas? Conozco, les dije, un hombre a quien debo todo lo que estimáis en mí: no mi sabiduría, sino la suya acaba de dictar mis palabras: él me ha inspirado las respuestas que habéis escuchado de mi boca.

Al mismo tiempo dirigieron todos la vista a Méntor, a quien les presenté conduciéndole de la mano. Referí sus cuidados durante mi infancia, los peligros de que me había libertado, y los infortunios que experimenté desde que dejé de seguir sus consejos.

Al principio no habían reparado en él a causa de la sencillez y descuido de sus vestiduras, aspecto modesto, silencio casi continuo, y exterior tranquilo y reservado; mas luego que comenzaron a mirarle con cuidado, descubrieron en su rostro cierta firmeza y superioridad, notando la viveza de sus ojos y el vigor con que ejecutaba hasta las menores acciones. Preguntáronle, y le admiraron: resolvieron elegirle rey, y se excusó sin alterarse diciéndoles prefería las dulzuras de la vida privada al brillo de la diadema; que los mejores reyes son desgraciados porque rara vez hacen el bien que desean, y causan muchos males involuntarios sorprendidos por la lisonja; que si es miserable la esclavitud, no lo es menos la dignidad real por ser una esclavitud disfrazada, pues un rey, decía, depende de todos aquellos a quienes necesita para hacerse obedecer. ¡Feliz el que no está obligado a mandar! Solo a la patria debemos el sacrificio de nuestra libertad para contribuir a su bien cuando nos confía la autoridad.

No pudiendo los cretenses salir de su sorpresa, preguntáronle cuál era el hombre a quien debían elegir. Al que os conozca bien, les respondió, pues al mismo tiempo que os gobierne temerá gobernaros. El que desea la corona ignora el peso de ella: ¿cómo, pues, llenará los deberes que impone no conociéndolos? La busca para sí, mas vosotros debéis desear un hombre que la acepte para vuestro bien.

Llenáronse de admiración los cretenses al ver rehusaban dos extranjeros la corona a que tantos aspiraban, y quisieron saber quién los había conducido. Nausícrates que nos acompañó desde el puerto hasta el circo, les mostró a Hazael con quien Méntor y yo arribamos desde la isla de Chipre; pero aumentose su admiración al saber que Méntor había sido esclavo de Hazael; que persuadido de la sabiduría y virtudes de su esclavo le consideraba como su director y mejor amigo; que este mismo esclavo, obtenida su libertad, era el que acababa de rehusar el cetro; y por último, que Hazael venía desde Damasco en Siria para instruirse de las leyes de Minos, pues tal imperio ejercía en su corazón el amor a la sabiduría.

No osaremos rogaros que nos gobernéis, dijeron a Hazael los ancianos;

pues creemos pensaréis como Méntor. Despreciáis demasiado a los hombres para tomar a vuestro cargo dirigirlos: además, influyen poco en vuestro ánimo las riquezas y el brillo de la diadema, para que deseéis adquirir uno y otro en cambio de las penalidades que trae consigo el gobierno de los pueblos. No creáis, cretenses, respondió Hazael, que yo desprecie a los hombres. No, no: conozco cuán grande es ocuparse en hacerlos buenos y dichosos; mas tal ocupación trae consigo penalidades y peligros, y el brillo que proporciona es un oropel que solo puede alucinar a las almas orgullosas. La vida humana es corta: la grandeza inflama los deseos mucho más de lo que es capaz de satisfacerlos; y vengo de tan lejanos países no para adquirir bienes falaces, sino para buscar los medios de vivir contento sin ellos. Adiós, cretenses. No deseo otra cosa que volver a la vida retirada y pacífica; que la sabiduría ilumine mi entendimiento, y que las esperanzas de mejor vida que proporciona la virtud, cuando haya dejado de existir, me sirvan de consuelo en las penalidades de ella. Si algo tuviera que desear no sería el ceñir la corona, y sí el no separarme jamás de estos dos hombres que veis.

Decidnos, ¡oh el más sabio y grande de todos los mortales!, exclamaron por último los cretenses hablando con Méntor: decidnos, pues, a quién podemos elegir por rey: no os dejaremos partir hasta que nos hayáis indicado la elección que debemos hacer. Cuando me hallaba confundido entre la multitud de espectadores, respondió Méntor, ha llamado mi atención un anciano robusto que manifestaba serenidad, y me han dicho llamarse Aristodemo. He sabido después se hallaban sus dos hijos entre los combatientes, sin que haya él dado al oír esto señales de gozo, diciendo que al uno de ellos no le desea los peligros del trono, y que ama demasiado a su patria para permitir reine el otro en ella. Esto me ha hecho conocer que es racional el cariño al uno de sus hijos por sus virtudes, y que no lisonjea al otro disculpando sus extravíos; y, habiendo excitado mi curiosidad, he preguntado la clase de vida del referido anciano. Ha empuñado las armas largo tiempo, me ha respondido uno de vuestros ciudadanos, y su cuerpo se halla cubierto de heridas; mas su virtud, sinceridad y odio a la lisonja le habían atraído la enemistad de Idomeneo. Por esta razón no se sirvió de él en el sitio de Troya, temiendo a un hombre cuyos prudentes consejos no podría resolverse a seguir, y aun excitó su emulación la gloria que adquiriría en breve: olvidó sus buenos servicios; dejole aquí pobre, despreciado de los hombres soeces e infames que solo dan estimación a las riquezas. Sin embargo, contento en la miseria, vive en un sitio retirado de la isla cultivando la tierra con sus

propias manos; con él trabaja uno de sus hijos; se aman con ternura y viven felices. Su frugalidad y laboriosidad les proporcionan la abundancia de cuanto es necesario a una vida sencilla, dando ese sabio anciano a los pobres enfermos del contorno lo que sobra después de satisfacer sus necesidades y las de sus hijos. Proporciona trabajo a los jóvenes, y los exhorta e instruye, termina las discordias de sus vecinos y es el patriarca de todas las familias; mas causa la desgracia de la suya un hijo que desoye sus consejos: después de haberle sufrido mucho tiempo, esforzándose a corregir sus vicios, le ha arrojado de su casa, y desde entonces se ha entregado a los placeres y a una loca ambición.

He aquí, ¡oh cretenses!, lo que me han referido: vosotros sabréis si es cierto. Pero si es tal como me le han pintado, ¿a qué celebráis juegos y ejercicios?, ¿a qué convocar a tantos desconocidos? Tenéis en medio de vosotros un hombre que os conoce y a quien conocéis; que sabe el arte de la guerra y ha acreditado su valor, no solo contra los dardos y las flechas, sino contra los rigores de la miseria; que ha despreciado las riquezas que proporciona la vil adulación; que aprecia el trabajo; que conoce la utilidad que presta la agricultura; que detesta el fasto; que no se deja ablandar por el ciego amor hacia sus hijos, estimando las virtudes de uno y condenando los vicios del otro; en una palabra, un hombre que ya es padre de su pueblo. He aquí vuestro rey, si es cierto que deseáis llegar a gobernaros las leyes del sabio Minos.

Verdaderamente, gritó el pueblo, es Aristodemo tal cual decís: merece la corona. Hiciéronle llamar los ancianos: buscáronle entre la multitud en donde se hallaba confundido con las últimas clases del pueblo. Presentose con serenidad, y le anunciaron que le elegían por rey. Solo puedo aceptar, respondió, con tres condiciones. Primera, que dejaré el cetro dentro de dos años si no os hago mejores de lo que sois, o si resistís las leyes. Segunda, que tendré la libertad de continuar viviendo con frugalidad y sencillez. Tercera, que mis hijos no gozarán ninguna distinción, y que después de mis días serán tratados según su mérito como los demás ciudadanos.

Resonaron mil exclamaciones de júbilo al oír estas palabras: los ancianos custodios de las leyes colocaron la corona en las sienes de Aristodemo e hicieron sacrificios a Júpiter y otros supremos dioses. Hízonos varios presentes Aristodemo, no con la magnificencia que es ordinaria en los reyes, pero sí con noble franqueza: dio a Hazael las leyes de Minos, escritas por aquel mismo rey legislador, y un compendio de la historia de

Creta desde la época de Saturno hasta el siglo de oro: proveyó su bajel de toda clase de frutos de Creta, desconocidos en Siria, y le ofreció además cuantos auxilios pudiese necesitar.

Como nos urgía partir, hizo preparar una nave con gran número de buenos remeros y soldados, y nos suministró ropas y provisiones. Levantose al momento un viento favorable para navegar a Ítaca, y por ser contrario a Hazael le fue preciso detenerse. Vionos este partir y nos abrazó como amigos a quienes no volvería a abrazar jamás. Los dioses, decía, son justos: ven una amistad fundada solo en la virtud; algún día volverán a unirnos en aquellos campos afortunados en donde dicen gozan los justos de una paz perpetua después de la muerte, y en donde se juntarán de nuevo nuestras almas para no separarse nunca. ¡Ah!, si pudiesen mis cenizas ser recogidas con las vuestras. Al decir estas palabras derramaba un torrente de lágrimas, y los sollozos enmudecían su voz: no llorábamos nosotros menos que él; y nos acompañó llorando hasta la nave.

Vosotros, nos dijo Aristodemo, acabáis de hacerme rey: acordaos de los peligros en que me habéis puesto. Rogad a los dioses que me inspiren la verdadera sabiduría, y que sea tan superior en moderación a los demás hombres cuanto lo es mi autoridad. Por mi parte les suplico os lleven con felicidad a vuestra patria para confundir allí la insolencia de vuestros enemigos, y que os dejen ver en paz a Ulises reinando en compañía de su cara Penélope. Telémaco, os doy un buen bajel lleno de soldados y remeros que podrán servirlos contra esos hombres injustos que persiguen a vuestra madre. ¡Oh Méntor!, vuestra sabiduría que de nada necesita, no me deja que desearos cosa alguna. Id los dos, vivid felices juntos, acordaos de Aristodemo; y si alguna vez pueden ser útiles a Ítaca los cretenses, contad conmigo hasta el postrer aliento. Abrazonos, y en justa retribución de sus lágrimas no pudimos negarle las nuestras.

Entre tanto nos anunciaba próspero viaje el favorable viento que hinchaba nuestras velas. Ya el monte Ida se nos ofrecía semejante a una colina: ya desaparecían las playas, y se adelantaban al parecer hacia el mar las costas del Peloponeso para venir a encontrar el bajel; cuando de improviso cubrió el cielo una oscura tempestad que agitó las aguas: trocose en noche el día: presentose la muerte a nuestros ojos. ¡Oh Neptuno, vuestro soberbio tridente irritó las olas! Deseando Venus vengar el desprecio hecho a su divinidad hasta en el templo de Citera, corrió en busca de Neptuno, y bañados en lágrimas sus hermosos ojos, pintole su dolor: al

menos así me lo ha asegurado Méntor, que se halla instruido de las cosas divinas. ¿Sufriréis, dijo Venus a Neptuno, que esos impíos burlen mi poder impunemente? ¡Se han atrevido a condenar cuanto se hace en mi isla, y los mismos dioses se sujetan al yugo de mi imperio! Considéranse sabios a toda prueba, y llaman locura al amor. ¿Olvidáis que he nacido en el seno de las aguas? ¿Por qué tardáis en sumergir en los profundos abismos de ellas a esos temerarios que me son insoportables?

Apenas acabó de hablar alteró Neptuno las olas elevándolas hasta el cielo, y complacíase Venus considerando inevitable el naufragio. Turbado el piloto gritaba no poder resistir los vientos que nos impelían hacia las rocas: cayó roto uno de los mástiles, y al momento oímos el choque del bajel, que tropezando en un escollo abrió paso a las aguas. Entraban estas por mil partes, y sumergíase la nave: lanzaban gritos de dolor los remeros, y abrazándome yo a Méntor: He aquí la muerte, dije: esperémosla con valor. Los dioses nos han libertado de tantos peligros para que perezcamos hoy. Muramos, Méntor, muramos; me sirve de consuelo morir a vuestro lado: inútil sería poner resistencia a la muerte contra el furor de la tempestad.

El verdadero valor, me respondió, halla siempre algún recurso. No basta prepararse a recibir la muerte con serenidad; preciso es, sin temerla, hacer esfuerzos para rechazarla. Tomemos uno de los bancos de los remeros. Mientras que esta multitud de hombres cobardes y sobresaltados siente perder la vida olvidando los medios de conservarla, no desperdiciemos nosotros un momento. Empuñó un hacha, acabó de cortar el mástil, que por hallarse roto se inclinaba a tocar con las aguas: lo arrojó fuera de la nave, se tiró sobre él, y me llamó por mi nombre alentándome para que le siguiese. A la manera que un grueso árbol, contra el cual se conjuran los huracanes, permanece inmóvil sostenido por sus profundas raíces, sin que la tempestad le cause otro daño que dar acelerado movimiento a sus hojas; del mismo modo se mantenía Méntor, no solo animoso y sereno, sino dominando al parecer los vientos y las aguas. Seguile yo. ¡Ah!, ¿quién hubiera podido dejar de hacerlo animado con su ejemplo?

Conducíamos sobre el flotante leño que nos servía de grande auxilio, porque podíamos sentarnos sobre él, y se hubieran agotado bien pronto nuestras fuerzas si hubiésemos tenido que nadar sin descanso. Pero muchas veces retrocedía el leño de nuestra salvación impelido por la borrasca, y nos veíamos sumergidos en el mar. Entonces bebíamos sus aguas, que arrojábamos por boca y nariz, y nos era forzoso luchar con las

olas para asirnos de nuevo a él. Algunas veces cubríannos olas elevadas cual una montaña, y nos agarrábamos al leño con todas nuestras fuerzas, temerosos de que al violento impulso que recibía se nos escapase y quedásemos privados de nuestra única esperanza.

Mientras que nos hallábamos en tan deplorable situación, me decía Méntor con la misma serenidad que si estuviera sentado sobre este florido césped: ¿Creéis, Telémaco, esté abandonada vuestra vida a los vientos y a las aguas? ¿Teméis perecer sin la voluntad de los dioses? No, no, ellos deciden de todo: a ellos, no a las aguas, debe temerse. Ora os vieseis en lo más profundo del abismo, ora elevado sobre el Olimpo contemplando los astros a vuestros pies, podría Júpiter sacaros del uno, sumergiros en el otro o precipitaros entre las llamas del oscuro Tártaro. Escuchábale yo, y le admiraba, sirviéndome de algún consuelo; pero no me hallaba en estado de responderle. Ni él me veía, ni yo podía verle. Pasamos toda la noche yertos de frío y desfallecidos, sin saber a dónde nos conduciría la tempestad. Por último, comenzó a amainar el viento, y bramando las aguas cual el que por haber estado largo tiempo irritado conserva solo un resto de inquietud y se halla fatigado de los accesos de la ira, causaba un sordo rumor, y eran sus olas semejantes a los surcos que se ven en un campo labrado.

Presentose la aurora para abrir las puertas del cielo al dorado Apolo, y nos anunció un hermoso día. Aparecía el oriente cual una grande hoguera; y las estrellas, escondidas por largo tiempo, volvieron a presentarse para esconderse de nuevo al comenzar Febo su carrera. Descubrimos a lo lejos la tierra, y el viento nos aproximaba a ella: entonces renació la esperanza en mi corazón. No vimos a ninguno de nuestros compañeros: sin duda les abandonaría el valor y los sumergiría la tempestad a todos con el bajel. Cuando nos vimos cerca de la tierra, arrojábanos el mar contra las rocas, en donde nos hubiéramos estrellado; pero procurábamos presentarles el extremo del leño, del cual hacía Méntor el mismo uso que hace del timón el diestro piloto. Así nos salvamos de este nuevo peligro, y llegamos a encontrar una costa agradable y llana, y nadando sin dificultad arribamos sobre la arena. Allí nos visteis, gran diosa que habitáis esta isla; allí fue en donde os dignasteis recibirnos.

Libro VII

Admira Calipso a Telémaco y sus aventuras, y no perdona medio para retenerle en su isla y enamorarle. Sostiénese Méntor contra sus artificios y contra Cupido que llevó Venus consigo para socorrerla. Telémaco, sin embargo, y la ninfa Eucaris conciben una mutua pasión que excita al principio los celos de Calipso y su enojo luego. Jura por la Estigia que Telémaco saldrá de la isla. Va Cupido a consolarla y obliga a sus ninfas a que mientras Méntor se llevaba a Telémaco para embarcarlo, quemasen el navío que a este fin había construido. Alégrase interiormente Telémaco de verle arder, y conociéndolo Méntor le precipita consigo al mar para ganar a nado otro navío que veía cerca de la costa.

Cuando hubo acabado Telémaco esta narración, comenzaron a mirarse las ninfas que habían permanecido inmóviles con la vista fija en él, y se preguntaban llenas de admiración: ¿Quiénes son estos dos hombres tan favorecidos de los dioses? ¿Oyéronse jamás aventuras tan maravillosas? Ya es Telémaco superior a Ulises en elocuencia, sabiduría y valor. ¡Qué gallardía! ¡Qué afabilidad! ¡Qué modestia! ¡Qué heroísmo! Si ignorásemos ser hijo de un mortal, creeríamos que era Baco, Mercurio, o el mismo Apolo. Pero ¿quién será ese Méntor, al parecer oscuro y de mediana condición? Al mirarle atentamente se encuentra en él cierta cosa inexplicable superior a los seres mortales.

Escuchaba Calipso estas palabras con una turbación que procuraba ocultar en vano, y sin cesar dirigía la vista ora a Méntor, ora a Telémaco. Deseaba a veces volviere a comenzar esta la historia de sus aventuras; mas en breve se arrepentía de ello, hasta que levantándose por último con precipitación, condujo a Telémaco a un bosque de mirtos, e hizo todos sus esfuerzos para cerciorarse de si era Méntor alguna divinidad que se ocultase bajo la forma humana; pero nada podía este decirle, pues Minerva, que le acompañaba bajo la de Méntor, no se había dado a conocer a causa de los pocos años de aquel joven, no fiándose todavía de él para revelarle sus designios: además de que deseaba experimentar en los mayores peligros, y los hubiera despreciado sabiendo le acompañaba

Minerva, confiado en tan poderoso auxilio. Ignoraba quién era Méntor, y por esta razón fueron inútiles todos los ardidés de Calipso para saber lo que deseaba.

Reunidas entre tanto las ninfas alrededor de Méntor, se entretenían en hacer varias preguntas a este; ora acerca de la circunstancia de su viaje a Etiopía, ora de lo que había visto en Damasco, ora en fin si conocía a Ulises antes del sitio de Troya. Respondió a todas con afabilidad, y aunque sus palabras eran sencillas les fueron agradables en extremo.

Mas no las dejó disfrutar Calipso de su conversación por largo tiempo: volvió adonde se hallaban; y mientras recogían varias flores, cantando para divertir a Telémaco, llamó a Méntor a un sitio apartado con el objeto de hablarle. No es el dulce sueño más grato a los cansados párpados del hombre, cuyos miembros se hallan fatigados por el exceso del trabajo, que fueron lisonjeras las palabras de la diosa para seducir el corazón de Méntor; pero semejante este a la escarpada roca cuya cima se oculta entre las nubes y burla el ímpetu furioso de los huracanes, rechazaba inalterable los esfuerzos de la diosa, dejando le estrechase para que concibiese la esperanza de que le envolvería con sus reiteradas preguntas y extraería la verdad; aunque en el momento en que se gloriaba de haber obtenido el triunfo, desvanecíanse aquellas por medio de una sola palabra de Méntor que la sumía de nuevo en la incertidumbre.

Así pasaba los días ocupada, ora en lisonjear a Telémaco, ora empleando los medios de apartarle de Méntor, de quien no se prometía extraer lo que deseaba: y valíase de las ninfas más hermosas para hacer brotar el amor en el corazón de aquel joven, cuya empresa fue protegida por una poderosa divinidad que vino en su auxilio.

Resentida Venus de haber visto menospreciado por Méntor y Telémaco el culto que se la tributaba en la isla de Chipre, no hallaba consuelo al considerar que aquellos dos mortales temerarios hubiesen burlado los vientos y las olas en la tempestad suscitada por Neptuno. Dio a Jove amargas quejas: sonriose este, y ocultando haber sido Minerva quien bajo la figura de Méntor salvó al hijo de Ulises, permitió a Venus procurase los medios de satisfacer su venganza.

Deja el Olimpo la diosa del amor; olvida los suaves perfumes que ardían en los altares de Pafos, de Citera y en la Idalia; vuela en el carro tirado por las palomas; llama a su hijo; y aumentándose las gracias de su hermosura,

le habla de esta manera:

¿Ves, hijo mío, esos dos hombres que desprecian nuestro poder? ¿Quién nos adorará desde hoy? Ve, hierre con tus flechas sus insensibles corazones: desciende conmigo a la isla en donde se encuentran: yo dirigiré a Calipso mi voz. Dijo: y hendiendo los aires la dorada nube, preséntase a Calipso que a la sazón se hallaba sola cerca de una fuente bastante lejana de su gruta.

Desventurada deidad, le dice: el ingrato Ulises os despreció, y su hijo aun más endurecido que él, prepárase a hacer otro tanto; pero el Amor, el mismo Amor viene a vengaros. Yo os dejo: él permanecerá entre vuestras ninfas, cual en otro tiempo el joven Baco que fue alimentado por las de la isla de Naxos. Le verá Telémaco y no le conocerá; no le inspirará desconfianza, y en breve reconocerá su poder. Apenas dijo estas palabras se remontó en la misma nube en que había descendido, despidiendo un olor de ambrosía que embalsamó todos los bosques de la isla.

Quedose el Amor en el regazo de Calipso; y aunque deidad, sintió el fuego que emanaba de él. Por aliviar su mal dióle a la ninfa Eucaris que la acompañaba; mas ¡ay!, ¡cuántas veces se arrepintió de haberlo hecho! Nada le parecía al principio más inocente, más agradable, ingenuo y gracioso que aquel niño, pues al verle jovial, lisonjero y siempre risueño, era indudable que no pudiese producir más que placeres; pero apenas se entregaron a sus caricias sintieron la fuerza de su veneno. El maligno y engañoso niño acariciábalas sin otro objeto que engañarlas, riendo de los daños que había causado o intentaba causar.

Mas no osaba aproximarse a Méntor, porque su aspecto severo le atemorizaba; conocía era invulnerable a sus flechas aquel desconocido. Aunque las ninfas experimentaron en breve el fuego que encendía en sus corazones el niño falaz, sin embargo, ocultaban cuidadosamente la profunda herida que produjera en ellos.

Vio entre tanto Telémaco aquel hermoso niño que jugaba con las ninfas, y encantado de su belleza le abrazó: ora le ponía sobre la rodilla, ora le abrazaba de nuevo, experimentando una inquietud cuya causa le era desconocida; y mientras más se entretenía en tan inocentes caricias, era mayor su turbación y desfallecimiento. ¿Veis, decía a Méntor, cuán diferentes son estas ninfas de las mujeres de la isla de Chipre, cuya inmodestia disminuía su hermosura? Estas bellezas inmortales encantan

por su inocencia, recato y sencillez; y al decir esto, ruborizábase sin saber el motivo. Hablaba sin querer; mas apenas comenzaba a hablar faltábanle las palabras, y su discurso era oscuro, interrumpido, y algunas veces vacío de sentido.

¡Oh Telémaco!, le decía Méntor: nada eran los riesgos que corríais en la isla de Chipre comparados con los que ninguna desconfianza os inspiran ahora. El vicio causa horror, indignación la impudencia; pero es mucho más peligrosa la modesta hermosura, pues amándola se cree amar la virtud, dejándose llevar insensiblemente de los atractivos engañosos de una pasión que solo se conoce cuando no es tiempo de sofocarla. Huid, querido Telémaco, huid de esas ninfas que fingen pudor para engañaros más fácilmente; huid los peligros de la juventud, y sobre todo de ese niño a quien no conocéis. El Amor se halla en esta isla conducido por su madre Venus para vengarse del desprecio que hicisteis del culto que se la tributa en Citera; él ha traspasado el corazón de Calipso que se halla enamorada de vos; inflamado también a las ninfas que la rodean; y vos, desventurado joven, vos mismo os abrasáis sin conocerlo.

Y ¿por qué, interrumpía Telémaco muchas veces, no hemos de permanecer en esta isla? Ulises ya no existe; pues hace tiempo le habrán sumergido las aguas; y Penélope no habrá podido resistir a sus pretendientes viendo no regresamos ni el esposo, ni el hijo: su padre Ícaro la habrá obligado a enlazarse con otro. ¿Regresaré para verla unida con nuevos vínculos, olvidada la fe que juró a mi padre? Quizá los de Ítaca le hayan olvidado también: y no podemos volver a aquella isla sino para arriesgarnos a una muerte cierta, porque los amantes de Penélope ocuparán todas las entradas del puerto para asegurar mejor nuestra pérdida cuando regresemos.

He ahí, respondía Méntor, los efectos de una pasión naciente. Búscanse con sutileza cuantas razones la favorecen, extraviándose con el recelo de no ver las que pueden condenarla, y siendo ingeniosos para engañarse y sofocar el remordimiento. ¿Se ha borrado de vuestra memoria cuanto han hecho los dioses para conducirnos de nuevo a vuestra patria? ¿Cómo salisteis de Sicilia? ¿No se trocaron en prosperidad repentinamente las desgracias que os afligieron en Egipto? ¿Qué mano invisible protegió vuestra vida contra los peligros que os amenazaron en Tiro? Y después de tan repetidas maravillas, ¿ignoráis aún lo que os prepara el destino? Pero ¿qué digo?, sois indigno de su protección: yo parto: buscaré los medios de

salir de esta isla, y vos, hijo infame de padre tan sabio y generoso, quedaos a vivir sin honor en el seno de la molicie y rodeado de mujeres: haced, a pesar de los dioses, lo que Ulises juzgó indigno de su gloria.

Penetró hasta el corazón de Telémaco el desprecio que envolvían estas palabras, conmoviéndole y experimentando a la vez dolor y vergüenza: temía la indignación y ausencia del sabio Méntor, a quien tanto debía; mas la pasión naciente, que aún no le era conocida, hacía fuese ya otro hombre. ¡Cómo pues!, replicaba bañados en lágrimas sus ojos, ¿en nada tenéis la inmortalidad que me ofrece la diosa? En nada tengo, interrumpía Méntor, todo lo que es contrario a la virtud y a los decretos del Olimpo. Aquella os llama a Ítaca para regresar a los brazos de Ulises y de Penélope, y os prohíbe entregaros a una loca pasión; y estos, que os han libertado de tantos peligros para prepararos una gloria igual a la de vuestro padre, os ordenan salir de esta isla. Solo puede deteneros en ella el Amor, ese vergonzoso tirano. ¡Ah!, ¿de qué os serviría la inmortalidad sin virtud, sin libertad, sin gloria? En ella seríais aún más infeliz, porque no tendría término.

Solo respondía Telémaco suspirando. Deseaba algunas veces que Méntor le arrancase de la isla, y parecíale otras tardaba en partir para no tener a la vista aquel amigo severo que le reprendía su flaqueza. Agitábanle alternativamente contrarios afectos; mas ninguno de ellos era permanente, pues veíase su corazón cual el mar, cuyas olas se agitan al capricho de los vientos. Ora permanecía inmóvil tendido en la playa, ora en lo más espeso de algún bosque sombrío vertiendo amargas lágrimas y lanzando gritos semejantes a los rugidos del león. Enflaqueciose, resplandecía en sus hundidos ojos un fuego devorador; y al mirarle pálido, abatido y desfigurado, podía dudarse fuera el mismo Telémaco. Abandonábanle el vigor y gallardía, y semejante a la flor que exhala agradables perfumes al abrirse con la Aurora, y se marchita poco a poco al ausentarse Febo, desapareciendo con él sus hermosos colores; así desfallecía el hijo de Ulises, que se veía próximo al sepulcro.

Considerando Méntor que no podía Telémaco resistir la violencia de aquella pasión, formó el plan de libertarle de tan gran peligro por medio de un ardid. Había observado le amaba Calipso con frenesí y que este amaba igualmente a la ninfa Eucaris, pues el cruel amor para atormentar a los mortales hace que nadie ame a quien le ama. Resolvió excitar los celos de Calipso, y debiendo Eucaris acompañar a Telémaco a una cacería, dijo a

la diosa: He advertido en Telémaco una inclinación a la caza que jamás había notado en él. Esta diversión comienza a alejarle de las demás, prefiriendo a todo las selvas, los bosques y las más escabrosas montañas. ¿Por ventura seréis vos quien le inspira esta ardiente pasión?

Experimentó Calipso cruel enojo al escuchar estas palabras, y no pudiendo contenerse respondió: Telémaco, que ha menospreciado cuantos placeres le ofrecía la isla de Chipre, no puede resistir a la mediana belleza de una de mis ninfas. ¿Cómo osa vanagloriarse de haber ejecutado tan maravillosos hechos, cuando su corazón se debilita vilmente por la sensualidad, y cuando parece nacido para vivir oscurecido y rodeado de mujeres? Observando Méntor con satisfacción que los celos inquietaban el corazón de Calipso, nada más dijo recelando inspirarla desconfianza; pero se manifestó melancólico y abatido. Descubríale la diosa sus pesares, y dábale sin cesar nuevas quejas; habiendo acabado de excitar su furor la cacería que Méntor indicó. Supo que Telémaco había procurado burlar la vigilancia de las demás ninfas para hablar con Eucaris; y proponiendo ya otra en que no dudaba ejecutase otro tanto, declaró su voluntad de asistir a ella para dejar sin efecto los proyectos de Telémaco, a quien, no pudiendo contener su resentimiento, habló de esta suerte:

¿Para esto, oh temerario joven, has arribado a mi isla por escapar del justo naufragio que te preparaban Neptuno y la cólera de los dioses? ¿Has pisado esta isla inaccesible a todo otro mortal para despreciar mi poder y el amor que te he manifestado? ¡Oh deidades del Olimpo y de la undosa Estigia, escuchad a una desventurada diosa! ¡Apresuraos a aniquilar a este pérfido, a este ingrato e impío! Pues que eres aún más duro e injusto que tu padre, ¡quieran los dioses hacerte sufrir males todavía más prolongados y crueles que los suyos! ¡No, no: jamás vuelvas a ver tu patria, la pequeña y miserable isla de Ítaca, que no has tenido vergüenza de preferir a la inmortalidad! ¡Antes perezcas mirándola de lejos en medio de los mares, y hecho tu cuerpo juguete de las aguas, sea arrojado sin esperanza de sepultura sobre la arena de estas playas! ¡Véante mis ojos devorado por los buitres! Vea también tu cadáver la que amas: véalo, sí: esto despedazará su corazón, y su desesperación producirá mi ventura.

Así hablaba Calipso con los ojos inflamados sin fijar la vista en ningún objeto. Temblábale el mentón y cubríase su rostro de manchas lívidas y negras, que a cada instante le alteraban. Ora esparcíase sobre su faz una palidez mortal, ora cesaban de correr sus lágrimas con la abundancia que

solían, agotadas al parecer por la rabia y la desesperación, humedeciendo sus mejillas solamente alguna, ora en fin articulaba las palabras con voz trémula, ronca e interrumpida.

Observábala Méntor sin decir nada a Telémaco, considerándole como un enfermo desahuciado, aunque de cuando en cuando le miraba compasivo.

Conocía Telémaco cuán culpable e indigno era de la amistad de Méntor, y no osaba alzar la vista temiendo encontrar la de su amigo, cuyo silencio le condenaba. Quería algunas veces correr a sus brazos para darle una prueba de que no desconocía su error; mas ora le contenía la vergüenza, ora el temor de avanzar demasiado para huir del peligro, pues le parecía este agradable, y no podía aún resolverse a vencer la vehemente pasión que le arrastraba.

Reunidos entre tanto en el Olimpo, los dioses y diosas guardaban un profundo silencio, y con la vista fija sobre la isla de Calipso esperaban la victoria de Minerva o del Amor. Jugando este con las ninfas había introducido en la isla un fuego devorador, mientras Minerva, bajo la figura de Méntor, se servía de los celos inseparables del Amor, contra el Amor mismo; y Jove, que había resuelto ser espectador de la lucha, permanecía neutral.

Eucaris, que temía se escapase Telémaco de sus lazos, empleaba mil artificios para detenerle en ellos. Ya iba a partir con él a la segunda cacería, vestida cual Diana, embellecida con nuevas gracias que derramaron sobre ella Venus y Cupido, de suerte que su hermosura era superior aquel día a la de la diosa Calipso; cuando viéndola esta de lejos, y mirándose al mismo tiempo en el trasparente líquido de una fuente clara, se avergonzó, y ocultándose en lo interior de su gruta comenzó a hablar sola diciendo:

Inútil me ha sido el proyecto de inquietar a los dos amantes manifestando mi voluntad de acompañarles a la cacería. ¿Y lo haré? ¿Iré para contribuir al triunfo de Eucaris, y para que mi belleza haga sobresalir la suya? ¿Será posible que al verme Telémaco se aumente su pasión hacia Eucaris? ¡Desventurada! ¿Qué he hecho? No, no iré; ni ellos tampoco: yo lo impediré. Buscaré a Méntor, le rogaré saque a Telémaco de la isla y le conduzca a la de Ítaca. Mas ¿qué digo? ¡Ah!, ¿qué será de mí después de la ausencia de Telémaco? ¿Dónde estoy? ¿Qué podré hacer? ¡Venus, cruel Venus, cómo me habéis engañado! ¡Qué presente me habéis hecho!

¡Pernicioso niño, emponzoñado Amor, yo te abrí mi corazón con la esperanza de vivir feliz con Telémaco, y has introducido en él la desesperación y la inquietud! Las ninfas se han rebelado contra mí, y el ser inmortal sirve solo para hacer eterna mi desgracia. ¡Ah!, si fuese libre para privarme de la vida, hallaría término mi dolor. Pero toda vez que yo no puedo morir, preciso es muera Telémaco. Yo vengaré su ingratitud; heriré su pecho a los ojos de Eucaris. Mas ¡cómo me extravió! ¡Oh Calipso infeliz! ¿Qué intentas hacer? ¡Que perezca el inocente a quien has sumido en un abismo de infortunios! Yo encendí la llama fatal en el casto seno de Telémaco. ¡Qué inocencia!, ¡qué virtud!, ¡qué horror al vicio!, ¡qué valor contra los placeres vergonzosos! ¿A qué emponzoñar su corazón? ¡Me hubiera abandonado! Mas ¿no será preciso que lo haga ahora también, o que sea yo testigo de su desprecio y de que vive solo para mi rival? No, no; lo que sufro lo he merecido bien. Partid, Telémaco; id al otro lado de los mares: dejad sin consuelo a Calipso que no puede soportar la vida ni esperar la muerte: dejadla inconsolable, cubierta de oprobio y desesperación en compañía de la orgullosa Eucaris.

Así hablaba sola en lo interior de la gruta; mas saliendo de ella con precipitación: ¿Adónde estáis, dijo, oh Méntor? ¿De este modo sostenéis a Telémaco contra el vicio que le vence? Dormís mientras vela contra vos el Amor. Yo no puedo soportar por más tiempo la vil indiferencia que manifestáis. ¿Veréis tranquilo al hijo de Ulises deshonorar a su padre y olvidar el alto destino que le aguarda? ¿Es a vos o a mí a quien los padres de Telémaco han confiado su conducta? Busco yo los medios de curar la llaga de su corazón, y ¿no haréis nada vos para lograrlo? En lo interior y más apartado del bosque existen álamos robustos muy a propósito para la construcción de un bajel: de ellos se valió Ulises para construir el que le sirvió cuando salió de esta isla. En el mismo sitio encontraréis una profunda caverna en donde hay todos los instrumentos necesarios para cortar y unir las piezas de la nave.

Apenas acabó de decir estas palabras se arrepintió de haberlas dicho; pero sin perder un instante Méntor, corrió a la caverna, halló las herramientas, cortó los árboles, y en un día construyó un bajel y le puso en estado de flotar, pues el poder e industria de Minerva no necesitan largo tiempo para ejecutar las más grandes obras.

Era terrible el estado en que se hallaba Calipso, por una parte deseaba saber si adelantaba su trabajo Méntor, y por otra no podía resolverse a

faltar a la cacería en que Telémaco y Eucaris gozarían entera libertad. No le permitían los celos que perdiese de vista a los dos amantes, y procuraba dirigirlos hacia el sitio en donde se hallaba Méntor ocupado en construir el bajel. Oía los golpes del hacha y del martillo, que la estremecían; mas al mismo tiempo recelaba que esta distracción la ocultase alguna señal o mirada de Telémaco a la ninfa Eucaris.

¿No teméis, decía esta entre tanto a Telémaco irónicamente, que os reprenda Méntor por haber venido sin él a la caza? ¡Oh, cuán digno sois de lástima por vivir sujeto a tan severo preceptor! Nada es bastante para templar su austeridad: afecta ser enemigo de todos los placeres, y no puede tolerar que disfrutéis de ninguno: las cosas más inocentes os las reprende como crímenes. En buen hora dependieseis de él mientras no os hallabais en estado de conducir; pero no debéis permitir que os trate cual un niño después de haber mostrado tanta sabiduría.

Penetraban en el corazón de Telémaco estas artificiosas palabras, y le llenaban de enojo contra Méntor, cuyo yugo deseaba sacudir. Temía volverle a ver, y nada respondía a Eucaris por el estado de turbación en que se hallaba. Por último, al fin de la tarde y después de esta continua agitación, llegaron a una parte del bosque, muy inmediata al sitio en donde había estado Méntor trabajando todo el día. Vio Calipso desde lejos acabado el bajel, y al momento cubriéronse sus ojos de una espesa nube semejante a las pálidas sombras de la muerte.

Trémulas sus rodillas la sostenían con dificultad; corría por todo su cuerpo un sudor frío, y viose obligada a apoyarse en las ninfas que la rodeaban: tendióle Eucaris el brazo para sostenerla; mas le rechazó mirándola con indignación.

Cuando Telémaco vio la nave y no a Méntor, por haberse ya retirado después de concluido su trabajo, preguntó a Calipso a quién pertenecía y el objeto a que se destinaba. No pudo responderle esta al principio; mas por último le dijo: La he mandado construir para que parta Méntor, a fin de que no os embarace este amigo severo que se opone a vuestra dicha, y cuya envidia se excitaría al veros gozar de la inmortalidad.

¡Me abandona Méntor!, exclamó Telémaco: ¡qué será, pues, de mí! Si él me deja, solo me quedáis vos, Eucaris. Escapáronsele involuntariamente estas palabras en el exceso de su pasión, y aunque conoció el daño que había hecho al pronunciarlas, no le fue posible contenerse. Admiráronse

todas las ninfas y guardaron silencio. Ruborizada Eucaris y con la vista en el suelo, permaneció detrás de ellas llena de turbación y procurando ocultarse; pero mientras que el rubor alteraba su rostro, gozábale interiormente. Apenas podía persuadirse Telémaco haber hablado con tanta indiscreción. Parecíale un sueño; mas sueño en que permanecía confuso y alterado.

Corría Calipso por el bosque sin dirección fija, más furiosa que la leona a quien arrebataron el fruto de sus entrañas, y sin saber adónde iba; hasta que hallándose a la entrada de la gruta en donde la aguardaba Méntor: Salid, dijo, oh extranjeros que habéis venido a turbar mi reposo: huya lejos de mí ese insensato joven; y vos, anciano imprudente, vos experimentaréis la cólera de una deidad si no le sacáis inmediatamente de la isla. No quiero verle más, ni sufrir que ninguna de mis ninfas le hable ni le mire. Lo juro por las aguas de la Estigia, juramento que estremece a los mismos dioses; mas sepa Telémaco que no han terminado sus desgracias: ¡ingrato!, saldrás de mi isla para ser blanco de nuevos infortunios. Quedaré vengada: te acordarás de Calipso; pero en vano. Irritado todavía Neptuno contra tu padre por haberle ofendido en Sicilia, y excitado por Venus a quien despreciaste en Chipre, te prepara nuevas tempestades. Verás a tu padre, que aún existe; mas sin conocerlo. Te reunirás a él en Ítaca; pero antes sufrirás una suerte cruel. Ve: yo invoco el poder celestial para mi venganza, y quieran los dioses que en medio de los mares, pendiente de la elevada punta de una roca y herido del rayo, invoques inútilmente a Calipso, a quien colmará de gozo tu suplicio.

No bien acabó de hablar así cuando ya se hallaba inclinada a adoptar resoluciones contrarias. El amor excitaba el deseo de detener a Telémaco. Viva, decía: permanezca en la isla: tal vez llegará a conocer mi pasión. Eucaris no podrá como yo concederle la inmortalidad. ¡Oh alucinada Calipso! Tu juramento ha hecho traición a tu voluntad: ya estás ligada; y las aguas de la Estigia, por las cuales juraste, no te dejan esperanza. Nadie la escuchaba; pero veíanse retratadas las furias en su rostro, y exhalaba de su pecho al parecer los envenenados hálitos del negro Cocito.

Llenose Telémaco de horror. Conoció a Calipso; porque ¿qué no adivina el amor celoso?, y el horror que manifestaba Telémaco aumentó el furor de la diosa, que corría por el bosque con un dardo en la mano llamando a las ninfas y amenazándolas de que atravesaría con él a las que no la siguiesen, cual la bacante que llena de alaridos los aires, haciéndolos

repetir por los ecos de las elevadas montañas de Tracia. Corrían aquellas despavoridas en tropa al oír sus amenazas, y acercose a ella la misma Eucaris vertiendo lágrimas y mirando de lejos a Telémaco, a quien no se atrevía a dirigir la palabra. Estremeciose Calipso al verla a su lado, y en vez de apaciguarla la sumisión de la ninfa, excitó de nuevo su furor advirtiéndole que la aflicción aumentaba la belleza de Eucaris.

Hallábase Telémaco entre tanto en compañía de Méntor. Abrazó sus rodillas, pues no se atrevía ni aun a mirarle, y comenzó a derramar copioso llanto; quería hablar, mas faltábanle la voz y las palabras, e ignoraba lo que hacía, lo que deseaba y lo que debía hacer. Por último, ¡oh mi verdadero padre!, exclamó: ¡oh Méntor, salvadme de tantos males! Ni puedo abandonaros ni seguiros. ¡Libertadme de mí mismo: dadme la muerte!

Abrazole Méntor para consolarle, y le animó enseñándole a sufrirse a sí mismo sin lisonjear su pasión, diciéndole: Hijo del sabio Ulises a quien tanto han protegido los dioses y a quien todavía protegen: por un efecto de su protección sufrís males tan horribles; pues el que no ha experimentado su flaqueza y la violencia de las pasiones, no puede llamarse sabio, porque no se conoce ni sabe desconfiar de sí mismo. Los dioses os han conducido hasta el borde del precipicio para que conozcáis su profundidad; pero sin dejaros caer en él. Conoced ahora lo que nunca hubierais conocido a no haberlo experimentado. En vano os hubieran hablado de las traiciones de Amor, que lisonjea para arrastrar a la perdición, y que bajo las apariencias del deleite oculta las más crueles amargas. Se os presentó risueño, jovial y lleno de gracias y de encantos. Le visteis: arrebató vuestro corazón, experimentando placer cuando os le arrebatava. Buscabais pretextos para desconocer la llaga que padecíais, y procurabais engañarme y engañaros vos mismo sin temor alguno. Ved los efectos de vuestra temeridad: pedís la muerte como la única esperanza que os queda. Agitada, la diosa parece una furia infernal: abrázase Eucaris por un fuego devorador más cruel que las angustias de la muerte, y, celosas todas las ninfas, se hallan próximas a despedazarse: ¡he aquí los efectos del pérfido Amor, tan delicioso al parecer! Recobrad el valor. ¡Cuánto os protegen los dioses, pues os abren un camino fácil para huir del Amor y restituiros a la patria querida! La misma Calipso se ve obligada a arrojaros de la isla. La nave nos aguarda: ¿por qué tardamos en dejar este suelo en donde no puede habitar la virtud?

Mientras decía Méntor estas palabras conducía de la mano hacia la playa a Telémaco, y seguía este aunque con repugnancia y dirigiendo la vista a la espalda. Consideraba que Eucaris se alejaba de él, y no pudiendo descubrir su rostro miraba su hermoso cabello trenzado, sus vestidos flotantes y su noble continente, y hubiera deseado poder besar sus huellas; y aun después que la perdió de vista, prestaba el oído imaginando escuchar su voz. Veía la aunque ausente, y pintada al vivo ante sus ojos: creía hablar con ella sin saber dónde se hallaba, ni poder escuchar a Méntor.

Por último, volviendo en sí, como si despertase de un profundo sueño, dijo a Méntor: Me resuelvo a seguirla; pero no me he despedido de Eucaris, y preferiría la muerte a abandonarla con ingratitud. Esperad a que la dé un adiós eterno: permitid que al menos la diga: ¡Oh ninfa!, los crueles dioses, envidiosos de mi felicidad, me obligan a partir; pero antes me privarán de la existencia que os borren de mi memoria. ¡Oh caro padre!, o dejadme este último consuelo, que tan puro es, o arrancadme la vida en este mismo instante. No: ni quiero permanecer en esta isla, ni abandonarme al amor. Este no ha triunfado de mi corazón: solo me anima la amistad y la gratitud hacia Eucaris. Me basta decirle adiós una sola vez, y partiré con vos sin dilación.

¡Os compadezco!, respondió Méntor: vuestra pasión es tan frenética que no la conocéis. Os parece estar tranquilo, ¿y pedís la muerte? Os atrevéis a decir que no ha triunfado de vuestro corazón el amor, ¿y no podéis apartaros de la ninfa que amáis? No veis ni escucháis sino a ella; estáis sordo y ciego cual el enfermo a quien la calentura hace delirar, y niega estarlo. ¡Oh alucinado Telémaco!, ¿estabais resuelto a renunciar a Penélope que os aguarda, a Ulises a quien volveréis a ver, a Ítaca en donde debéis reinar, a la gloria y altos destinos que os han prometido los dioses por tantas maravillas como han obrado en vuestro favor? ¡A todos estos beneficios renunciabais por vivir deshonorado con Eucaris! ¿Y aun diréis que no os arrastra el amor hacia ella? ¿Qué, pues, os inquieta? ¿Por qué deseáis la muerte? ¿Por qué hablasteis tan enajenado en presencia de Calipso? No os haré el cargo de mala fe; pero me lastimo de vuestra ceguedad. ¡Huid, Telémaco, huid! La fuga es el único medio de vencer el amor. Contra tan terrible enemigo, el verdadero valor consiste en temerle y huirle; pero huyendo sin reflexionar y sin detenerse a mirar hacia atrás. No habréis olvidado los cuidados que me costáis desde la infancia y los peligros que habéis burlado por mis consejos: o seguidlos ahora o sufrid

que os abandone. ¡Si supieseis cuán doloroso es para mí el veros correr a vuestra perdición, y cuánto he padecido mientras que no me atreví a hablaros de esta suerte! Menos padecería la madre que os llevó en sus entrañas cuando os dio a luz. He callado y sufrido mi pena; he sofocado mis suspiros con la esperanza de que volvieseis a mí. ¡Oh hijo mío, hijo mío querido!, consolad mi corazón, volvedme lo que me es todavía más caro que mis propias entrañas: restituidme a Telémaco a quien he perdido: volved a vos mismo. Si la sabiduría vence al amor, vivo y viviré feliz; mas si el amor os arrastra a pesar de la sabiduría, Méntor no podrá ya existir.

En tanto que así hablaba seguía andando hacia la orilla, y Telémaco que aún no se hallaba con el valor necesario para seguirle voluntariamente, lo estaba ya para dejarse llevar sin resistencia. Oculta Minerva bajo la figura de Méntor, cubría a Telémaco invisiblemente con su égida, y esparciendo en torno de él un rayo divino, excitó en su corazón el ánimo que no había experimentado desde que se hallaba en la isla. Por último, llegaron a la parte más escarpada de la orilla del mar, donde existía una roca batida siempre por sus espumosas olas, desde cuya elevación miraron si la nave preparada por Méntor se hallaba en el mismo sitio; mas observaron un triste acontecimiento.

Resentido el Amor de que aquel anciano desconocido no solamente fuera insensible a sus flechas, sino de que le arrebatase también a Telémaco, lloraba despechado, y fue en busca de Calipso que vagaba por lo más sombrío del bosque. No pudo esta verle sin estremecerse, sintiendo renovaba las llagas todas de su corazón. ¿Sois deidad, dijo el Amor, y os dejáis vencer por un débil mortal a quien tenéis cautivo en vuestra isla? ¿Por qué le permitís salir de ella? ¡Oh malhadado Amor!, respondió Calipso, no quiero escuchar tus perniciosos consejos: tú me has arrebatado la dulce paz en que vivía para precipitarme en un abismo de desgracias. Ya está hecho: juré por las aguas de la Estigia que dejaría partir a Telémaco. El mismo Jove, padre de los dioses, con todo su poder no osaría contrariar tan terrible juramento. Telémaco sale de mi isla; sal tú también, pernicioso niño, pues me has hecho más daños que a él.

Riose maligno el Amor, y enjugando sus lágrimas: Ciertamente, dijo, he aquí una gran dificultad. Dejadme obrar: no alteréis vuestro juramento, ni os opongáis a la partida de Telémaco; pero ni vuestras ninfas ni yo hemos jurado por las aguas de la Estigia dejarle partir. Yo les inspiraré el proyecto de incendiar la nave construida por Méntor con tal brevedad, y su

actividad, que tanto os ha sorprendido, quedará sin efecto. Sorprenderase él también, y no le quedará arbitrio para arrebatáros a ese joven.

Hicieron renacer la alegría y la esperanza en el corazón de Calipso las lisonjeras palabras del Amor, produciendo igual efecto que la frescura del céfiro cuando sopla a orillas de un cristalino arroyo para aliviar las fatigas del ganado en la abrasada estación del verano. Serenose su rostro, templese el fuego de su vista, y alejéronse de ella por un momento la pesadumbre y los cuidados que la devoraban: detúvose, y se sonrió Amor falaz, preparándola nuevo dolor mientras le acariciaba.

Gozoso el Amor de haberla persuadido, corrió a persuadir también a las ninfas, que vagaban dispersas por las montañas cual un rebaño de tímidas ovejas a quienes alejó el lobo hambriento de los pastores que las custodiaban. Reuniólas el Amor y les dijo: Todavía se halla Telémaco en vuestro poder: apresuraos a incendiar el bajel que ha construido el temerario Méntor para huir de la isla. Encendieron antorchas al momento, y corrieron a la playa llenas de furor poblando el aire de alaridos, con el cabello flotante como lo hacían en las bacanales. Elévase la llama, consume el bajel construido de madera seca cubierta de brea, arrojando torbellinos de humo y fuego hasta las nubes.

Miraban Telémaco y Méntor aquella hoguera desde la roca en donde se hallaban, y percibían las voces de las ninfas: poco faltó a Telémaco para alegrarse, pues aún no estaba fortificado su corazón, y Méntor consideraba su pasión cual un fuego mal apagado que, ardiendo oculto entre cenizas, arroja chispas de tiempo en tiempo. Vedme aquí, dijo Telémaco, ligado de nuevo con las mismas ataduras: ninguna esperanza nos queda ya de salir de esta isla.

Conoció Méntor que iba a caer de nuevo Telémaco en la flaqueza, y que por lo mismo no debía perder ni un momento; y descubriendo a lo lejos en medio de las aguas un bajel que no osaba aproximarse a la isla, pues todos los pilotos sabían que era inaccesible a los mortales, empujó a Telémaco, que se hallaba sentado en el borde de la roca, le precipitó en el mar y se arrojó en seguida. Sorprendido Telémaco de esta violenta caída, tragó sus aguas, y quedó hecho juguete de las olas; pero volviendo en sí y viendo a su lado a Méntor, que le tendía el brazo para ayudarle a nadar, se ocupó solo de alejarse de la isla fatal.

Las ninfas que habían creído retenerles en la isla lanzaron gritos de furor

cuando advirtieron que no podían impedirles la fuga, e inconsolable Calipso entrose en la gruta, en cuyas bóvedas resonaban sus repetidos ayes, y el Amor, que vio trocado su triunfo en vergonzosa derrota, elevose en los aires sacudiendo sus ligeras alas, y voló presuroso al bosque de Idalia en donde le aguardaba su cruel madre; y más cruel aún que esta, se consoló riendo con ella de los males que había causado.

A medida que Telémaco se alejaba de la isla, sentía con placer que renacían en su corazón el valor y el amor a la virtud. Experimento, exclamaba hablando a Méntor, lo que me decíais y lo que no podía creer por falta de experiencia: no se triunfa del vicio sino huyendo de él. ¡Oh amado padre mío! ¡Cuánto me han protegido los dioses concediéndome piadosos vuestro auxilio! Merecía verme privado de él y abandonado a mí mismo; mas ya no temo a las aguas, a los vientos, ni a las tempestades, sino a mis pasiones. El amor solo es más temible que todos los naufragios.

Libro VIII

El navío que vio Méntor desde la roca era tirio, y su capitán un hermano de Narbal llamado Adoam, el cual los recibió favorablemente, y reconociendo a Telémaco le refirió la muerte trágica de Pigmalión y de Astarbé, y la elevación de Baleazar que a persuasión de ella estaba en desgracia de su padre. Mientras Adoam da un refresco a Telémaco y Méntor, se llegan alrededor del bajel los tritones, las nereidas y demás divinidades del mar, atraídas del dulce canto de Aquitoas: toma entonces Méntor una lira y sobrepaja a aquel. Refiere después Adoam las maravillas de la Bética: describe el suave temperamento del aire y demás circunstancias de aquel país: la vida tranquila de los habitantes y la simplicidad de sus costumbres.

Era fenicio el bajel: dirigíase al Epiro; y aunque los que venían a su bordo habían visto a Telémaco en su viaje a Egipto, no pudieron conocerle en medio de las aguas; pero luego que Méntor se halló bastante próximo para que pudiesen entenderle, dijo en alta voz y alzando la cabeza sobre las olas: ¡Fenicios, protectores de todas las naciones!, no neguéis la vida a dos hombres que la esperan de vuestra humanidad. Si os mueve el respeto a los dioses, recibidnos en vuestro bajel: nosotros iremos doquiera que vayáis. Os recibiremos con gusto, respondió el que mandaba la nave, pues no ignoramos lo que debe hacerse con los desconocidos, al parecer desgraciados; y al momento fueron recibidos.

Apenas saltaron a la nave quedaron inmóviles y sin aliento, porque habían nadado largo espacio y con esfuerzo para vencer las olas; mas recobraron poco a poco las fuerzas; diéronles vestidos; y luego que estuvieron en estado de hablar, rodeáronles los fenicios deseosos de escuchar sus aventuras. ¿Cómo habéis podido entrar en esa isla de donde venís?, les preguntó el comandante del bajel. Según dicen, la posee una deidad cruel que no permite arriben a ella; está defendida por rocas escarpadas en donde va a estrellarse el mar con braveza, y no es posible acercarse a ellas sin naufragar.

Hemos sido arrojados a esa isla, respondió Méntor: somos griegos: nuestra patria es la isla de Ítaca, vecina al Epiro adonde os dirigís; y aun

cuando no quisieseis recalar en aquella isla situada en vuestro derrotero, bastaría nos condujeseis al Epiro, pues allí encontraremos amigos que cuidarán de proporcionarnos la corta travesía que resta, y os seremos deudores para siempre de la satisfacción de ver de nuevo lo que nos es más caro sobre la tierra.

Así hablaba Méntor que llevaba la voz y a quien dejaba hablar Telémaco, porque los yerros que cometiera en la isla de Calipso le hicieron más prudente. Desconfiaba de sí mismo: conocía la necesidad de seguir siempre los sabios consejos de Méntor, y cuando no le era posible preguntarle su parecer, consultaba al menos sus ojos procurando adivinar sus pensamientos.

Mirando con atención a Telémaco el comandante fenicio, creyó acordarse de haberle visto; pero era tan confuso este recuerdo que no podía descifrarlo. Permitted, le dijo, os pregunte si hacéis memoria de haberme visto otra vez, como me parece hacerla yo; no me son desconocidas vuestras facciones, y desde el principio llamaron mi atención, mas no puedo recordar en dónde os haya visto: tal vez vuestra memoria ayudará a la mía.

Al veros, le respondió Telémaco con sorpresa, me ha sucedido lo que a vos: os he visto, os conozco; mas no puedo recordar si ha sido en Tiro o en Egipto: y oyendo esto el fenicio exclamó repentinamente, cual aquel a quien abandona el sueño por la mañana y va recordando poco a poco el que desapareció al despertar: Sois Telémaco con quien estreché amistad Narbal al regresar de Egipto, y yo su hermano, de quien os habrá hablado sin duda muchas veces. Os dejé en su compañía cuando me fue preciso cruzar los mares para ir a la famosa Bética, situada cerca de las columnas de Hércules. Por esta causa os vi alguna vez, y no debe parecer extraño me haya costado tanto trabajo el reconoceros ahora.

Conozco, respondió Telémaco, que sois Adoam: os vi entonces pocas veces; pero os he conocido por las conversaciones de Narbal. ¡Qué gozo experimento al hallaros y adquirir noticias de un hombre que será siempre caro a mi corazón! ¿Permanece en Tiro? ¿Se ve maltratado por el bárbaro y suspicaz Pigmalión? Sabed, Telémaco, interrumpió Adoam, que la fortuna os pone en manos de quien se empleará gustoso en complaceros. Yo os conduciré a Ítaca antes de pasar al Epiro, y la amistad del hermano de Narbal no será inferior a la de Narbal mismo.

Al acabar de decir estas palabras advirtió comenzaba a soplar el viento que aguardaba: hizo levar anclas, desplegar velas, partió el bajel, y llamando aparte a Telémaco y a Méntor, dijo al primero:

Voy a satisfacer vuestra curiosidad. Pigmalión ya no existe: los justos dioses han purgado de él a la tierra. Como de nadie se fiaba, ninguno podía tener confianza de él. Contentábanse los buenos con lamentarse y evitar su crueldad sin resolverse a causarle el menor daño; pero los malos no creían aseguradas sus vidas sino acabando con la suya; pues no había tirio alguno que diariamente no corriese el peligro de ser objeto de sus sospechas, y aun era mayor el riesgo de sus guardias, como custodios de su vida, por cuya razón le eran más temibles que los demás hombres y los sacrificaba al menor recelo. Por este medio hallaba menos seguridad cuanto eran mayores sus esfuerzos para vivir seguro. Los depositarios de su vida corrían un peligro continuo a causa de su excesiva desconfianza, y no podían salir de tan horrible estado sino previniendo con la muerte de aquel tirano los efectos de su suspicacia.

La impía Astarbé, de quien habréis oído hablar tantas veces, fue la primera que resolvió la ruina de Pigmalión, pues amaba en extremo a un joven tirio muy rico, llamado Joazar, y se prometió colocarle en el trono. Para conseguirlo persuadió al rey que su primogénito Fadael había conspirado contra su vida, impaciente por sucederle, y halló testigos perjuros que probaron la conspiración, cuya trama costó la vida al desgraciado Fadael. El hijo segundo Baleazar fue enviado a Samos con el pretexto de que se instruyese de las ciencias cultivadas en Grecia y de las costumbres de aquel país; pero en realidad hizo entender Astarbé al rey que era preciso alejarle para evitar adquiriese relaciones con los malcontentos. Apenas partieron cuando corrompidos por aquella mujer cruel los que le conducían, procuraron naufragar durante la noche, arrojaron al mar al joven príncipe, y se salvaron a nado en los barcos extranjeros que les aguardaban.

Solo Pigmalión ignoraba la pasión de Astarbé, imaginando ser el único objeto de sus amores. Así, depositaba una ciega confianza en tan perversa mujer aquel príncipe desconfiado: el amor le cegaba hasta el extremo; pero al mismo tiempo le inspiró pretextos la avaricia para sacrificar al amante de Astarbé, pensando solo en despojarle de las riquezas que poseía.

Mientras Pigmalión era presa de la desconfianza, de la codicia y del amor,

se apresuró Astarbé a privarle de la vida, creyendo que tal vez había descubierto sus infames amores con aquel joven; además de que sabía que la avaricia sola bastaba para que el rey cometiese cualquiera acción cruel con Joazar, y de todo ello dedujo que no debía perder un momento para evitarlo. Veía dispuestos a los principales ministros de palacio a teñir sus manos en la sangre del rey; oía diariamente hablar de nuevas conjuraciones; pero temía confiarse a alguno que la vendiese. Por último, le pareció más seguro envenenar a Pigmalión.

Comía este las más veces solo con Astarbé, y preparaba él mismo los manjares que debía comer, pues no quería fiarse de otras manos, y se encerraba en el sitio más retirado del palacio para ocultar mejor su desconfianza y para que nadie le observase mientras preparaba los alimentos. No osaba entregarse a ninguno de los placeres de la mesa, ni podía resolverse a comer lo que no sabía preparar por sí mismo; de consiguiente, no solo no hacía uso de las carnes cocidas y sazonadas por los cocineros, sino ni aun del vino, pan, sal, aceite, leche y todos los demás alimentos ordinarios, comiendo únicamente las frutas cogidas por su mano en el jardín, y las legumbres sembradas y condimentadas por él. Tampoco bebía otra agua que la cogida por él mismo en una fuente cerrada en cierto sitio del palacio, cuya llave guardaba; y aunque al parecer dispensaba tanta confianza a Astarbé, no por ello omitía las precauciones, haciéndola comer y beber de todo antes que él, con el objeto de que no pudiesen envenenarle sin envenenarla a ella, y de que no quedase a esta ninguna esperanza de sobrevivirle. Pero tomó Astarbé cierto contraveneno que le suministró una anciana más perversa que ella y protectora de sus amores, después de lo cual ningún temor le quedó de emponzoñar al rey.

Ved de qué manera lo consiguió. Cuando iba este a comenzar la comida, hizo ruido la anciana en una puerta, y el rey que recelaba siempre iban a asesinarle, se llenó de turbación y corrió a cerciorarse de si estaba bien cerrada. Retirose la anciana, y quedó Pigmalión sobresaltado, no sabiendo a qué atribuir lo que había oído, y sin atreverse a abrir la puerta para averiguarlo. Tranquilizole Astarbé, le aduló y le estrechó a que comiese; mas ya había derramado el veneno en su copa de oro mientras corrió a la puerta. La hizo beber primero Pigmalión, según su costumbre; bebió esta sin recelo confiada en el contraveneno; bebió también aquel, y poco tiempo después cayó desmayado.

Conociendo Astarbé que era capaz Pigmalión de matarla si llegase a concebir la menor sospecha, comenzó a desgarrar sus vestidos, arrancarse el cabello y lanzar gritos de dolor: abrazó al moribundo rey, a quien estrechaba entre sus brazos derramando un torrente de lágrimas que nada costaban a aquella mujer artificiosa: mas luego que le vio exánime, pasó de las caricias y tiernas señales de amistad al más horrible furor: se arrojó sobre él y le ahogó, temiendo que si volvía en sí quisiese obligarla a morir con él; y en seguida le arrebató el anillo real, le quitó la diadema e hizo entrarse Joazar a quien entregó uno y otro. Se persuadía que no dejarían de seguir su parcialidad todos los que la habían sido adictos, y que su amante sería proclamado rey; pero los más solícitos de agradarla eran bajos y mercenarios, e, incapaces de un sincero afecto, les faltaba también el valor y temían a los muchos enemigos de Astarbé, cuya elevación les inspiraba mayor recelo por la simulación y crueldad de aquella impía mujer que deseaban todos pudiese por su propia seguridad.

Entre tanto era el palacio teatro del más espantoso desorden: ¡El rey ha muerto!, resonaba en todos los ángulos de él. Aterrados unos, corriendo otros a empuñar las armas, y todos al parecer ocupados de las consecuencias; pero sobrecogidos por el acaecimiento, que se extendió con velocidad de boca en boca sin que hubiese en la populosa Tiro quien lamentase la pérdida de Pigmalión, porque su muerte servía de consuelo y dejaba en libertad al pueblo.

Consternado Narbal por lo repentino de tan terrible suceso, lamentó como hombre de bien la desgracia de su soberano, que confiándose a la impía Astarbé se había vendido a sí mismo, y que prefirió ser tirano a llenar los deberes de rey, siendo padre de sus vasallos. Pensó en el bien de su patria, y apresurose a reunir a las personas honradas, a fin de oponerse a Astarbé, cuya elevación habría sido más insoportable aún que la anterior.

Sabía que Baleazar no había perecido cuando le arrojaron al mar, pues aunque lo aseguraron así a Astarbé persuadidos de ello, logró salvarse a nado favorecido de la oscuridad de la noche, y fue recibido en un bajel mercante de Creta, excitados de compasión los que iban a su bordo; que no había osado regresar al reino sospechando la intención de sacrificarle, y temiendo tanto a la cruel rivalidad de Pigmalión como a los artificios de Astarbé; que permanecía había mucho tiempo errante y disfrazado en las costas de Siria, adonde le dejaron los mercaderes cretenses, llegando al

extremo de verse obligado a guardar un rebaño para proporcionarse el sustento, pues halló conducto para enterar de todo a Narbal, creyendo podía confiarle su secreto y su vida como hombre de experimentada virtud; porque aunque maltratado Narbal por el padre, no dejó de amar al hijo ni de ocuparse de sus intereses, si bien no cuidó de otra cosa que de impedir faltase a lo que debía a su soberano y padre mientras este vivió, aconsejándole sufriese con paciencia su desgraciada suerte.

Si juzgáis que puedo regresar, enviadme un anillo de oro, había avisado Baleazar a Narbal, y al momento comprenderé que ha llegado el tiempo de ir a reunirme con vos. Sin embargo, mientras existió Pigmalión no lo creyó oportuno, pues hubiera arriesgado la vida del príncipe y la suya, según era difícil burlar la rigurosa vigilancia de Pigmalión; mas luego que aquel desgraciado monarca halló el fin que merecían sus delitos, se apresuró Narbal a enviarle la señal convenida. Partió Baleazar inmediatamente, y llegó a las puertas de Tiro cuando toda la ciudad se hallaba alarmada por ignorar quién sucedería a Pigmalión. Reconociéronle con facilidad los principales tirios, y también todo el pueblo; y como le amaban no por ser hijo de su rey, a quien odiaban todos, sino por su afabilidad y moderación, diéronle los prolongados infortunios cierto realce que aumentaba sus buenas cualidades e interesaba a los tirios en su favor.

Reunió Narbal a los jefes del pueblo, a los ancianos que componían el consejo y a los sacerdotes de la gran deidad de Fenicia, quienes saludaron a Baleazar por su soberano y le hicieron proclamar por los reyes de armas, correspondiendo el pueblo con mil aclamaciones de júbilo, que hirieron los oídos de Astarbé encerrada en lo interior del palacio con el cobarde e infame Joazar, abandonada de los pérfidos que la habían servido mientras vivió Pigmalión, por ser propiedad del malo temer al que lo es y no desear verle ensalzado desconfiando de él; pues el hombre corrompido conoce cuánto abusarán de la autoridad sus semejantes, y la violencia con que obrarán, al paso que se acomodan mejor con el bueno, prometiéndose encontrar en él al menos moderación e indulgencia. Solo permanecían con Astarbé algunos cómplices de sus más atroces delitos, que esperaban el suplicio.

Forzaron el palacio sin que los malvados se atreviesen a resistir mucho tiempo, ocupados de huir. Quiso Astarbé salvarse entre la multitud en traje de esclava; mas la conoció un soldado, fue detenida, y costó gran trabajo impedir que la despedazase el pueblo enfurecido. Ya habían comenzado a

arrastrarla, mas la sacó Narbal de las manos del populacho. Solicitó hablar a Baleazar prometiéndole le alucinarían sus gracias, y le haría concebir la esperanza de que descubriría secretos importantes, y no pudo Baleazar negarse a escucharla. Al principio mostró a la par de su belleza tal modestia y dulzura que podía aplacar el más irritado corazón; adulando a Baleazar con alabanzas delicadas e insinuantes, manifestándole cuánto la amara Pigmalión, y suplicándole por las cenizas de este tuviese clemencia de ella: invocó a los dioses como si los hubiese adorado sinceramente; vertió abundantes lágrimas; se arrojó a los pies del nuevo rey, y concluyó esforzándose a hacerle sospechosos a los más fieles servidores. Acusó a Narbal de haber tomado parte en una conjuración contra Pigmalión, y procurado seducir al pueblo para alzarse rey en perjuicio de Baleazar, añadiendo que intentaba envenenar a este. Inventó calumnias semejantes contra todos los demás tirios que amaban la virtud, esperando hallar en el corazón del nuevo rey igual desconfianza que en el de su padre; mas no pudiendo tolerar la maldad de aquella mujer, la interrumpió y llamó a las guardias. Pusiéronla en prisión, y fueron encargados de examinar todas sus acciones los ancianos más sabios.

Descubrieron con horror que había envenenado y ahogado a Pigmalión, y que toda su vida era una cadena no interrumpida de atroces delitos. Iba a ser condenada al suplicio destinado en Fenicia para el castigo de los grandes crímenes, que consistía en perecer entre las llamas; pero cuando se persuadió de que ninguna esperanza le quedaba, se convirtió en una furia abortada por el averno, y bebió el veneno que llevaba siempre encima para darse la muerte cuando quisiesen hacerla sufrir grandes tormentos. Advirtieron los que la custodiaban que padecía dolores violentos, y trataron de socorrerla; mas nunca les quiso responder, indicándoles por señas que ningún auxilio necesitaba. Habláronla de los justos dioses a quienes había irritado; pero en vez de dar señales de la confusión y arrepentimiento que merecían sus delitos, dirigió la vista al cielo con desprecio y arrogancia como para insultar al Olimpo.

Ya no existían las gracias y belleza que causaran la desdicha de tantos hombres. Su rostro moribundo solo ofrecía los furores de la impiedad: vagaban sus ojos de un objeto en otro sin fijarse en ninguno: agitaba sus labios un movimiento convulsivo, y abierta la boca presentaba horrible magnitud: contraídas las facciones hacia gestos espantosos, y habíase apoderado de su cuerpo el frío y la lividez de la muerte. Algunos momentos parecía reanimarse; mas era solo para lanzar alaridos. Al fin

expiró dejando llenos de horror y espanto a cuantos la miraban; y sus manes impíos bajaron sin duda a aquellos tristes lugares en donde las crueles Danaides sacan sin cesar el agua en vasijas horadadas; en donde Ixión hace girar perpetuamente su rueda; en donde abrasado Tántalo de sed, no puede beber el agua que huye de sus labios; allí donde Sísifo da vueltas a una peña que torna a caer al instante, y en donde las entrañas de Ticio no serán devoradas jamás por el buitres que sin cesar las muerde.

Libre Baleazar de tal monstruo, dio gracias a los dioses y empieza su reinado por una conducta opuesta enteramente a la de Pigmalión. Se ha dedicado a restablecer el comercio, que desfallecía diariamente; sigue el consejo de Narbal en los asuntos de más importancia, pero sin ser gobernado por este, pues desea verlo todo por sí mismo; oye los diferentes dictámenes que le dan, y resuelve en seguida conforme al que mejor le parece. Ámale el pueblo, y poseyendo los corazones posee mayores tesoros que había reunido la cruel avaricia de su padre; porque no hay una sola familia que no le diese cuanto tiene si se hallara en necesidad urgente, y de este modo es más suyo lo que les deja que lo que aquel les quitaba. Ninguna necesidad tiene de precauciones para la seguridad de su persona, porque siempre vela en torno suyo la más segura guardia, que es el amor del pueblo. Todos sus vasallos temen perderle, y arriesgarían su propia vida para asegurar la de un rey tan bueno. Vive feliz, y lo es con él todo su pueblo: teme exigirles demasiado, y estos temen también no ofrecerle bastante porción de sus bienes. Les proporciona vivir en la abundancia; mas esta no los hace indóciles ni insolentes, pues son laboriosos, inclinados al comercio, y constantes en conservar la pureza de las antiguas leyes. Se ha elevado la Fenicia al más alto grado de poder y de gloria, y debe esta prosperidad a su actual joven monarca.

Narbal merece su confianza. ¡Oh Telémaco! ¡Si os viese ahora, con cuánto placer os colmaría de presentes! ¡Qué satisfacción sería para él restituirlos con opulencia a vuestra querida patria! ¿No soy yo feliz en ejecutar lo que él mismo desearía hacer, pasando a la isla de Ítaca para colocar en el trono al hijo de Ulises, a fin de que reine allí con tanta sabiduría como Baleazar en Tiro?

Luego que Adoam acabó de hablar le abrazó Telémaco afectuosamente, encantado de la historia que acababa de referir, y más aún de las señales de amistad que recibía de él en su desgracia; y en seguida le preguntó

aquel qué aventura le había conducido a la isla de Calipso. Contole Telémaco su salida de Tiro; el paso a la isla de Chipre; cómo había vuelto a encontrar a Méntor; el viaje a Creta; los juegos públicos para la elección de rey, después de la fuga de Idomeneo; la cólera de Venus; el naufragio; el júbilo con que le recibió Calipso; los celos que inspiró a esta diosa una de sus ninfas, y la acción de Méntor que le arrojó al mar cuando descubrió el bajel fenicio.

Hizo Adoam servir una comida espléndida, reuniendo cuantos placeres podían gozar para manifestarle el mayor júbilo; y durante ella, que fue servida por jóvenes fenicios vestidos de blanco y coronados de flores, quemaron los más exquisitos perfumes del oriente. Los bancos de remeros se hallaban ocupados por músicos que tañían varios instrumentos, interrumpiéndoles Aquitoas de tiempo en tiempo con la dulce consonancia de su voz acompañada de la lira, dignas una y otra de adornar la mesa de los dioses, y de arrebatarse el oído del mismo Apolo. Los tritones, las nereidas, las divinidades todas que obedecen a Neptuno, y hasta los monstruos marinos, salían de sus profundas grutas para venir en derredor de la nave encantadas de aquella melodía. Una comparsa de jóvenes fenicios de extraordinaria belleza, vestidos de delicado lino más blanco que la nieve, bailaron largo tiempo las danzas de su país, las de Egipto y las de Grecia. Resonaba en las aguas y hasta en las remotas orillas de tiempo en tiempo el eco de los clarines; y el silencio de la noche, la serenidad del mar, el incierto resplandor de la luna reflejando sobre la superficie de las aguas, y el oscuro azul de la etérea bóveda sembrada de brillantes estrellas, hacían más bella y majestuosa la escena que describimos.

Gozaba Telémaco tan sabrosos placeres por ser de natural vivo y sencillo; pero sin entregarse a ellos, pues desde que en la isla de Calipso tuvo desengaños vergonzosos de la facilidad con que se inflama la juventud, inspirábanle temor aun los más inocentes: sospechaba de todo, y mirando a Méntor procuraba leer en su semblante el juicio que debía formar de lo que veía.

Complacíase este de verle indeciso aunque disimulaba conocerlo; mas encantado de la moderación de Telémaco, le dijo sonriéndose: Comprendo lo que teméis, y es laudable vuestro temor; pero conviene que no seáis excesivamente tímido. Ninguno os deseará más que yo el goce de los placeres; pero sin exceso, y de aquellos que no enerven vuestro

entendimiento, pues bastan los que distraen y se disfrutan sin dejarse arrastrar de ellos. Gocéis en buen hora los que no os priven de la razón y no os hagan semejante a una bestia feroz. Ahora deben hallar alivio vuestras penas. ¡Regocijaos, Telémaco, regocijaos! Sed complaciente con Adoam, porque la sabiduría desecha la austeridad y afectación: ella proporciona los verdaderos placeres; solo ella sabe sazonarlos para hacerlos puros y duraderos, combinando el entretenimiento y la risa con las ocupaciones graves, preparando el placer para el trabajo y aliviando la fatiga de este con la diversión. Por último, la sabiduría no se ruboriza de aparecer jovial cuando es preciso.

Luego que Méntor dijo estas palabras, tomó una lira y la tocó con tanta destreza que Aquitoas dejó la suya disgustado y lleno de envidia: encendiéronse sus ojos, alterósele el color del rostro, y se hubieran notado su turbación, sentimiento y vergüenza si los dulces acentos de la lira de Méntor no hubiesen arrebatado los oídos de todos. Ninguno osaba respirar temiendo turbar el silencio y perder solo un acento de su divino canto, y todos temían cesase de cantar demasiado pronto; mas no era su voz afeminada, sino flexible, sonora y expresiva.

Cantó primero las alabanzas de Júpiter, padre y rey de los dioses y de los hombres, cuyo menor movimiento estremece al universo. Representó después a Minerva saliendo de la cabeza de Júpiter, es decir, a la sabiduría que formó dentro de sí mismo y que arroja bondadoso de sí para instruir al hombre dócil. Cantó Méntor estas verdades con voz tan expresiva y con tal veneración, que todos los circunstantes creyeron hallarse trasportados a lo más elevado del Olimpo y a la presencia de Júpiter, cuya vista es más penetrante que sus rayos; y por último la desgracia del joven Narciso, que enamorado locamente de su propia hermosura, y contemplándola sin cesar desde la orilla de una clara fuente, llegó a verse consumido de dolor, y fue convertido en la flor que lleva su nombre; y la muerte lamentable del bello Adonis, a quien despedazó un jabalí sin que pudiese Venus, enamorada de él, resucitarle a pesar de dirigir al cielo fervorosas plegarias.

No pudieron contener las lágrimas cuantos le escuchaban, pero se complacían al llorar. ¿Es Orfeo?, decía uno de los fenicios que llenos de admiración habían escuchado: del mismo modo domesticaba las fieras con su lira y daba movimiento a los troncos y a las peñas; del mismo modo encantó al Cerbero, suspendió los tormentos de Ixión y de las Danaides, y

aplacó al inexorable Plutón para sacar de los infiernos a la hermosa Eurídice. No, exclamaba otro: es Lino, hijo de Apolo. Os engañáis, replicaba otro: es el mismo Apolo; y entre tanto no estaba Telémaco menos sorprendido que los demás, porque ignoraba supiese Méntor cantar y tocar la lira con tanta perfección.

Aquitoas, que había tenido tiempo para ocultar su envidia, comenzó a alabarle; mas avergonzábale al hacerlo, y no pudo terminar su discurso. Advirtiendo Méntor su turbación, tomó la palabra como si quisiese interrumpirle, y procuró consolarle elogiando su habilidad cual merecía: mas no halló consuelo aquel, conociendo que Méntor le aventajaba aún más por su moderación que por su destreza en la lira y por los encantos de su voz.

Recuerdo, dijo Telémaco a Adoam, me habéis hablado del viaje que hicisteis a la Bética después que salimos de Egipto; y como es un país del cual refieren maravillas que apenas pueden creerse, os ruego me digáis si es cierto lo que dicen. Lo haré con gusto, respondió Adoam, describiéndoos aquel famoso país, digno de vuestra curiosidad y superior a cuanto publica de él la fama; y al momento comenzó a hablar de esta suerte:

Corre el Betis por un suelo fértil, y bajo un cielo despejado y siempre sereno: el país ha tomado nombre del caudaloso río que desagua en el Océano, muy cerca de las columnas de Hércules, y del sitio en donde rompiendo sus diques el furioso mar separó en otro tiempo la tierra de Tarsis de la grande África. En aquel país se han conservado al parecer las delicias del siglo de oro. Son templados allí los inviernos, y nunca soplan los fuertes aquilones. Mitigan el ardor del verano los frescos céfiros a la hora del mediodía, de modo que todo el año es un feliz enlace de otoño y primavera. En los valles y campiñas produce la tierra dos cosechas al año: los caminos están poblados de laureles, granados, jazmines y otros árboles siempre verdes y floridos: pacen en las montañas rebaños numerosos que producen finas lanas, estimadas de todas las naciones conocidas: encuéntrase allí muchas minas de oro y plata: mas aquellos naturales, sencillos y felices en la sencillez, miran con desprecio estos metales sin querer contarlos entre las riquezas, porque solo dan estimación a las cosas que sirven verdaderamente a las necesidades del hombre.

Cuando comenzamos a comerciar con ellos encontramos la plata y el oro

destinados a iguales usos que el hierro; por ejemplo, para rejas de arado, pues no haciendo ningún comercio exterior, no necesitan especie alguna de moneda. Casi todos ellos son labradores o pastores: hay pocos artesanos, y solo cultivan aquellas artes útiles a las verdaderas necesidades, y aun no dejan todos de ejercitar las que lo son a su vida sencilla y frugal como dedicados a la agricultura y ganadería.

Elaboran las mujeres aquella hermosa lana de que fabrican telas finas de maravillosa blancura: hacen el pan y preparan los demás alimentos, siéndoles fácil este trabajo porque se alimentan de frutas o de leche, y rara vez de carnes. Destinan las pieles del ganado lanar a su calzado y al de sus esposos e hijos: construyen tiendas, unas de pieles enceradas y otras de cortezas de árbol; y elaboran y lavan los vestidos de la familia manteniendo el orden interior de las casas, y conservando en ellas admirable aseo. Las vestiduras son fáciles de hacer, porque en aquel suave clima usan un ropaje de tela fina y ligera sin forma de talle, que cada cual distribuye en pliegues alrededor de la cintura dándoles la forma que más le agrada.

Además del cultivo de las tierras y de la custodia de los ganados, no se ejercitan los hombres en otra cosa que en trabajar el hierro y la madera; y aun no se sirven del primero sino para los instrumentos necesarios a la labranza. Las artes relativas a la arquitectura les son inútiles, pues no edifican casas; porque es, dicen, adherirse demasiado a la tierra establecer una morada mucho más duradera que la vida, y basta estar al abrigo de la inclemencia de las estaciones. En cuanto a las demás artes, tan estimadas entre los griegos, egipcios y otros pueblos civilizados, las detestan como invenciones de la vanidad y de la molicie.

Si les hablan de los pueblos que poseen el arte de construir opulentos edificios, de alhajas de oro y plata, de telas adornadas con bordaduras y piedras preciosas, de perfumes exquisitos, manjares delicados, o de instrumentos cuya armonía encanta; oíd su respuesta: ¡Cuán desdichados son esos pueblos que han empleado tanto trabajo e industria para corromperse! Lo superfluo enflaquece, embriaga, atormenta al que lo posee, e incita a los que se ven privados de ello para que procuren adquirirlo por medio de la violencia e injusticia. ¿Puede nombrarse una sola cosa de las superfluas que no contribuya a pervertir al hombre? ¿Son por ventura los naturales de esos países más sanos y robustos que nosotros? ¿Viven acaso más largo tiempo, o están más unidos entre sí?

¿Gozan más libertad, viven más tranquilos y contentos? Por el contrario, deben sin duda vivir con más rivalidad entre sí, corroídos por la negra e infame envidia, agitados siempre por la ambición, por el temor y la avaricia, y desconocer los placeres puros y sencillos, pues son esclavos de tantas necesidades ficticias en que hacen consistir su felicidad.

Así hablan, continuó Adoam, aquellos hombres cuerdos, que han llegado a serlo estudiando a la naturaleza. Inspírales horror nuestra cultura; y debe confesarse que no es inferior la suya, a pesar de la apreciable simplicidad en que viven reunidos todos sin división alguna de sus tierras, y gobernada cada familia por el jefe, que es un verdadero rey. El padre de familia tiene derecho a castigar a cualquiera de sus hijos o descendientes cuando ejecuta alguna mala acción; pero antes de ejercer su autoridad debe oír el parecer de toda la familia. Sin embargo, tales castigos tienen lugar pocas veces, porque en aquella venturosa tierra hallan su mansión la inocencia de costumbres, la buena fe, la obediencia y el horror al vicio; y parece que Astrea, que suponen haberse retirado al cielo, existe todavía oculta entre aquellos moradores. No han menester jueces, porque les juzga su propia conciencia; y todos los bienes son comunes entre ellos, porque las frutas de los árboles, las legumbres y la leche de los ganados, producen tan abundantes riquezas que no tienen necesidad de dividir las aquellos habitantes sobrios y moderados. Errantes las familias, trasportan sus tiendas de un lugar a otro luego que han consumido los frutos o agotado los pastos del sitio en donde habitaban. Por esta razón no tienen intereses que defender unos contra otros, y se aman cual hermanos sin que nada altere su amor; y esta unión, esta paz y libertad, es el resultado feliz de no conocer las vanas riquezas y engañosos placeres, pues todos son iguales.

No se encuentra entre ellos ninguna distinción, sino las que provienen de la experiencia de ancianos sabios o de la sabiduría precoz de los jóvenes que compiten con los consumados en la virtud. Jamás se ha oído en aquel país favorecido de los dioses la voz cruel e inficionada del fraude, de la violencia, del perjurio, ni menos de las guerras ni procesos; y jamás tampoco se vio regada con sangre humana aquella tierra, pues apenas se derrama la del inocente cordero. Cuando se les habla de batallas sangrientas, conquistas rápidas o revoluciones de los estados que son frecuentes entre otras naciones, no pueden contener su admiración. ¡Qué!, dicen, ¿no están los hombres demasiado sujetos a la muerte, sino que todavía quieren dársela unos a otros? ¡Cuán corta es la vida!, sin embargo, al parecer la consideran como de larga duración. ¿Acaso existen

sobre la tierra para despedazarse y hacerse mutuamente infelices?

Por lo demás no pueden comprender los pueblos de la Bética por qué se admira tanto a los conquistadores que subyugan dilatados imperios. ¡Qué locura es, dicen, fijar la felicidad en gobernar a los demás hombres, cuando el hacerlo cuesta tantas penas si se les ha de regir con razón y justicia! ¿Y por qué complacerse en gobernarlos a su pesar? Lo que puede hacer el hombre sabio es sujetarse a mandar a un pueblo dócil, cuyo gobierno le han encargado los dioses, o del que le suplican lo haga como padre y protector; mas gobernar a los hombres contra su voluntad, es querer ser desventurado por el falso honor de sujetarlos. El conquistador es un hombre a quien los dioses, irritados contra el género humano, han enviado a la tierra en su cólera para asolar los imperios, para esparcir por todas partes el espanto, la desesperación y la miseria, y para convertir a los hombres en esclavos. El que ambiciona gloria ¿no encuentra bastante en regir con sabiduría a aquellos que los dioses han puesto a su cargo? ¿O creen que no pueden llegar a merecer elogios no siendo violentos, injustos, altivos, usurpadores y tiranos de todos sus vecinos? Nunca debe pensarse en la guerra sino para defender la independencia de una nación, y feliz la que no siendo esclava de otra, carezca de la loca ambición de dominarla. Esos grandes conquistadores, que nos pintan cubiertos de gloria, son semejantes a los ríos caudalosos que saliendo de madre destruyen las campiñas fértiles que deberían solo regar.

Después que Adoam acabó de hacer la descripción de la Bética, preguntó Telémaco, encantado, varias cosas curiosas. ¿Usan el vino, le dijo, aquellos naturales?

No cuidan de beberlo, contestó Adoam, porque jamás han querido elaborarlo; no porque les falte la uva, pues ninguna tierra la produce más delicada, sino porque se contentan con comerla cual las otras frutas, temiendo al vino como corruptor de los mortales. Es una especie de veneno, dicen, que pone furioso al hombre, y aunque no le hace morir, le convierte en bestia; y bien puede conservarse sin él la salud y el vigor, al paso que usándole se corre el peligro de destruirla y olvidar las buenas costumbres.

Desearía saber, replicó Telémaco, qué leyes arreglan los matrimonios en aquella nación.

Nadie, contestó Adoam, puede tener más que una esposa, y debe conservarla mientras viva. En aquel país depende tanto el honor del esposo de su fidelidad para con la esposa, cuanto en otros se hace consistir el de esta en su fidelidad a aquel; y jamás pueblo alguno fue más honrado ni más celoso de la pureza. Allí es el bello sexo agradable, pero sencillo, modesto y laborioso; y los matrimonios pacíficos, fecundos e irreprehensibles. Parecen los esposos una sola persona en dos cuerpos diferentes, y se hallan distribuidos entre ellos los cuidados domésticos. El esposo arregla los exteriores, y dedícase la esposa a la economía interior, aliviando a aquel y pareciendo no haber nacido sino para agradarle, por cuyos medios adquiere su confianza, y le embelesa menos con su belleza que con su virtud, siendo tan duradero como su vida este verdadero encanto de la sociedad conyugal. La sobriedad, la moderación y las costumbres puras de aquellos naturales les proporcionan una vida prolongada y exenta de dolencias; pues se encuentran ancianos de ciento y ciento veinte años, que conservan todavía el vigor y la jovialidad.

Réstame saber, volvió a preguntar Telémaco, por qué medios evitan la guerra con los pueblos limítrofes.

La naturaleza, respondió Adoam, los ha separado de ellos por el mar, y al norte por elevadas montañas; y los respetan además, a causa de su virtud. Discordes sus vecinos muchas veces, los han elegido por árbitros de sus diferencias, y confiádoles las posesiones o plazas que se disputaban; pues como aquella nación sabia no causó violencia jamás, nadie desconfía de ella. Excita su risa el oír que los reyes no puedan convenir en el arreglo de las fronteras de sus respectivos dominios, y dicen: ¿Podrán temer falte la tierra a los hombres cuando existirá siempre más de la que pueden cultivar? Mientras haya terrenos libres e incultos, ni aun quisiéramos defender los nuestros de los que intentasen apoderarse de ellos. Entre los habitantes de la Bética no se encuentran ni orgullo, ni altivez, ni mala fe, ni deseo de extender su dominación; por lo que jamás han inspirado temor a sus vecinos, pues no pueden aspirar a ser temibles: así es que los dejan vivir tranquilos, y aun abandonarían el país que habitan o se entregarían a la muerte antes que tolerar dominación extraña; por cuya razón ofrece tantas dificultades el subyugarlos, cuanto son incapaces de subyugar a los demás, y de todo ello resulta la profunda paz que reina entre ellos y los pueblos limítrofes.

Terminó Adoam este discurso refiriendo el modo de hacer su comercio los

fenicios en la Bética. Sorprendiéronse, continuó, aquellos habitantes al observar que surcando los mares venían de remotos países los extranjeros; pero nos dejaron fundar una ciudad en la isla de Gades, y nos recibieron bondadosamente e hicieron partícipes de lo que poseían sin querer recibir ninguna recompensa; ofreciéndonos además liberalmente cuanto les sobrase de sus lanas, después de haber acopiado las necesarias para su uso. Y en efecto, hiciéronnos un rico presente de ellas, porque se complacen en dar a los extranjeros cuanto les sobra.

Ninguna repugnancia tuvieron en abandonarnos las minas, pues eran inútiles para ellos; pareciéndoles no ser cordura en los hombres arrostrar tantas fatigas para ir a buscar en las entrañas de la tierra lo que no puede hacerlos dichosos, ni satisfacer ninguna necesidad verdadera. No penetréis tanto, nos decían, en lo interior de la tierra: contentaos con cultivarla y os dará bienes ciertos para alimentaros: sacaréis de ella frutos de más valor que el oro y la plata; pues no aprecia el hombre estos metales sino en cuanto le proporcionan los alimentos que sostienen su existencia.

Hemos intentado muchas veces enseñarles la navegación, y conducir a la Fenicia algunos jóvenes de aquel país; pero nunca han querido que aprendiesen sus hijos a vivir como nosotros. Contraerán, nos decían, necesidades de cosas que han llegado a serlo entre vosotros: querrán tenerlas, y abandonarán la virtud para procurárselas por malos medios, llegando a hacerse semejantes al hombre que teniendo buenas piernas, y habiendo perdido el hábito de andar, se acostumbra al fin a ser conducido de un sitio a otro como impedido. En cuanto a la navegación la admiran a causa de la industria de este arte; pero la creen perniciosa. Si tenéis, dicen, en vuestro país lo suficiente de cuanto es necesario a la vida, ¿qué vais a buscar fuera de él?, ¿por ventura no os basta lo que es suficiente a la naturaleza?, mereceríais naufragar, pues buscáis la muerte en medio de las tempestades para satisfacer la avaricia de los mercaderes, y lisonjear las pasiones de los demás hombres.

Encantado escuchaba Telémaco este discurso de Adoam, y complacíase de que todavía existiese un pueblo que, siguiendo las leyes naturales, viviese reunido, sabio y dichoso. ¡Oh!, exclamaba: ¡cuánto distan sus

costumbres de las vanas y ambiciosas de otros pueblos que se consideran más sabios que ellos! Tan corrompidos estamos que apenas creemos posible pueda ser cierta su natural sencillez: consideramos las costumbres de aquel pueblo como una feliz invención, y ellos deben considerar las nuestras cual un sueño monstruoso.

Libro IX

Siempre indignada Venus contra Telémaco, pide a Júpiter que le destruya; pero no permitiéndolo los hados concierta con Neptuno que le aleje de Ítaca adonde Adoam le conducía. Válense para ello de una engañosa divinidad que haga al piloto Acamas entrar a toda vela en el puerto de Salento, creyendo arribar a la isla deseada. Entran con efecto, y el rey Idomeneo recibe a Telémaco en su nueva corte a tiempo que estaba preparando un sacrificio a Júpiter por el éxito de la guerra que tenía con los mandurianos. Consultadas por el sacerdote las entrañas de las víctimas, da al rey las esperanzas más halagüeñas y le persuade de que será deudor de su felicidad a los dos nuevos huéspedes.

Mientras que así se entretenían Adoam y Telémaco, y olvidaban el descanso sin advertir se hallaba ya la noche en medio de su carrera, alejábanlos una deidad enemiga y falaz de la isla de Ítaca, adonde procuraba en vano arribar el piloto Acamas. Aunque favorable Neptuno a los fenicios, no podía soportar por más tiempo hubiese escapado Telémaco de la tempestad que le arrojara sobre los escollos de la isla de Calipso. Estaba aún más irritada Venus de ver triunfase aquel joven después de haber vencido al Amor y a todos sus atractivos, y en el exceso de su dolor abandonó a Citera, Pafos e Idalia, y todos los homenajes que se la tributan en la isla de Chipre, pues no podía permanecer en los lugares en que había despreciado Telémaco su poder, y dirigióse hacia el Olimpo donde se hallaban reunidos los dioses en derredor del trono de Júpiter. Desde allí ven rodar los astros a sus pies; el globo de la tierra como una pequeña bola de barro, y los inmensos mares cual una gota de agua que la humedece: los más dilatados imperios son a sus ojos un corto desierto que cubre la superficie de la tierra, y los pueblos innumerables, y los ejércitos más numerosos, hormigas que se disputan un poco de yerba; juegos pueriles, los más importantes negocios que agitan a los débiles mortales; y flaqueza y miseria lo que estos llaman gloria, grandeza y sabia política.

En aquella mansión tan elevada sobre la tierra, ha colocado Júpiter su

inmutable trono. Desde él penetra su vista hasta los profundos abismos, y registra lo más recóndito de los corazones. Sus miradas apacibles y serenas esparcen el gozo y la calma en todo el universo; mas por el contrario, se estremecen los cielos y la tierra cuando sacude su cabellera, y deslumbrados los mismos dioses con los rayos de gloria que brillan en torno suyo, aproxímanse a él temblando.

Acompañábanle todas las deidades celestes cuando se presentó Venus engalanada con sus gracias inseparables. Su túnica flotante tenía más brillo que los colores de que se adorna Iris en medio de la oscuridad de la nube, cuando viene a prometer a los sobresaltados mortales el término de la tempestad anunciándoles el tiempo sereno, ajustada con el famoso cinturón en el que aparecen las Gracias, y cogido el cabello con una trenza de oro. Sorprendió su hermosura a todos los dioses cual si jamás la hubiesen visto, quedando deslumbrados sus ojos como sucede a los mortales cuando después de una prolongada noche se presenta Febo a alumbrar con sus rayos. Mirábanse unos a otros llenos de sorpresa, y sus ojos venían siempre a fijarse en ella; mas la vieron bañada en lágrimas, y advirtieron pintado en su rostro el más acerbo dolor.

Acercábase entre tanto hacia el trono de Júpiter con planta veloz, semejante al vuelo rápido del ave que atraviesa el espacio inmenso de los aires. Mirola complacido, sonriose benigno y, levantándose, la abrazó diciendo: Hija querida, ¿cuál es vuestra pena? No puedo ver con indiferencia vuestras lágrimas: no temáis abrimme vuestro corazón, pues conocéis mi ternura y bondad.

¡Oh padre de los dioses y de los hombres!, contestó Venus con voz agradable, pero interrumpida de profundos suspiros: vos que todo lo veis, ¿podéis ignorar la causa de mi dolor? No se ha contentado Minerva con haber arrasado hasta los cimientos la opulenta ciudad de Troya que yo defendía y vengádose de Paris, que prefirió a la suya mi belleza; sino que conduce por toda la tierra y por todos los mares al hijo de Ulises, el cruel enemigo de Troya. Acompañado Telémaco por Minerva, se ve impedida esta de presentarse aquí con las otras deidades. Ella condujo a Chipre al temerario joven para que me ultrajase. Ha despreciado este mi poder, no solamente desdeñándose de quemar incienso en mis altares, sino manifestando horror a las fiestas que celebran en honor mío, y ha cerrado su corazón a todos los placeres que proporciono. En vano, accediendo a mis ruegos, ha irritado Neptuno los vientos y las olas contra él para

castigarle: pues arrojado Telémaco a la isla de Calipso por un naufragio horrible, ha triunfado del mismo Amor a quien yo había enviado para seducir el corazón del joven griego. Ni su juventud, ni las gracias de Calipso y de sus ninfas, ni los tiros abrasados de Amor, han podido vencer los artificios de Minerva. Ella le ha arrancado de aquella isla; y heme aquí confundida: ¡un inexperto joven triunfa de mí!

Cierto es, hija mía, respondió Júpiter para consolar a Venus, que Minerva protege el corazón de ese joven griego contra todas las flechas de vuestro hijo, y que le prepara una gloria que jamás mereció otro alguno. Me llena de indignación que haya despreciado vuestros altares; mas no puedo someterle a vuestro imperio. Por amor hacia vos, permito que aún vaya errante por mar y tierra, y que viva lejos de su patria expuesto a toda clase de males y peligros; pero no permiten los destinos que perezca, ni que sucumba su virtud a los placeres con que lisonjeáis al hombre. Consolaos, pues, hija mía, y contentaos con sujetar a vuestro imperio a tantos héroes y a tantos seres inmortales.

Al decir estas palabras dirigió a Venus una sonrisa llena de majestad y de gloria: brilló en sus ojos una chispa de luz semejante al más vivo relámpago, y besándola con ternura se difundió un olor de ambrosía que perfumó todo el Olimpo. No pudo dejar la diosa de manifestarse sensible a esta caricia del más poderoso de los dioses; y a pesar de sus lágrimas y dolor, apareció el gozo en su semblante y dejó caer el velo para ocultar el rubor retratado en sus mejillas, y la turbación en que se hallaba. Aplaudieron todos los dioses las palabras de Júpiter, y sin perder Venus un momento fue en busca de Neptuno para concertar con él los medios de vengarse de Telémaco.

Refirió a Neptuno cuanto le había dicho Júpiter, y respondiome aquel de esta suerte: Ya yo sabía el orden inmutable de los destinos; pero si bien no podemos abismar a Telémaco en las aguas, no olvidemos al menos nada de lo que le haga desdichado y retarde su regreso a Ítaca. No puedo permitir perezca el bajel fenicio que le conduce, porque amo a los fenicios, les llamo mi pueblo, y ninguna otra nación frecuenta más mi imperio; pues por ellos ha llegado a ser el mar vínculo de la sociedad universal de todos los pueblos. Me honran con sacrificios continuos sobre mis altares; son justos, sabios y laboriosos para el comercio, y llevan por todas partes la comodidad y la abundancia. No, no: no puedo permitir naufrague ningún bajel fenicio; pero haré pierda el piloto su derrotero y le aleje de Ítaca

adonde quiere arribar.

Satisfecha Venus con esta promesa rióse maligna, y regresó sobre su aéreo carro a los floridos contornos de Idalia, en donde danzando en torno suyo sobre las flores que embalsaman aquella deliciosa mansión las gracias, los juegos y la risa, manifestaron su gozo al verla.

Envió inmediatamente Neptuno una divinidad engañosa semejante a los sueños; sin otra diferencia que estos engañan mientras se duerme, al paso que aquella encanta los sentidos del que se halla despierto. Este maléfico dios, circundado de una tropa innumerable de mentiras aladas, que volaban en torno suyo, vino a derramar cierto licor sutil y encantado en los ojos del piloto Acamas, que contemplaba atento la claridad de la luna, el curso de las estrellas y las costas de Ítaca, cuyas escarpadas rocas descubría ya a corta distancia.

Desde este momento ya no vieron los ojos del piloto cosa alguna verdadera. Presentábasele un cielo aparente y una tierra fingida: parecíanle las estrellas cual si hubiesen trocado su curso; que todo el Olimpo se movía por leyes nuevas, y que se había cambiado la misma tierra. Para alucinar al piloto, ofrecíase siempre a sus ojos una falsa Ítaca mientras se alejaba de la verdadera; y cuanto más se acercaba a la imagen engañosa de sus costas, más se alejaban estas huyendo de él, sin que pudiese apurar la causa. Juzgaba algunas veces percibir el rumor que se oye en los puertos de mar, y preparábase según la orden que había recibido para abordar secretamente a la pequeña isla situada cerca de la grande, con el objeto de ocultar a los amantes de Penélope conjurados contra Telémaco el regreso de este joven príncipe. Otras veces temía los escollos que se hallan en aquella costa, y le parecía oír el horrible rumor de las olas que van a estrellarse contra ellos; mas de repente notaba hallarse todavía lejos la tierra. A sus ojos eran las montañas semejantes a las pequeñas nubes que oscurecen el horizonte a las veces mientras el sol se pone. Hallábase Acamas sobrecogido, y el influjo de la engañosa divinidad, que encantaba su vista, le hacía experimentar un desaliento que jamás le fuera conocido; y aun se inclinaba a creer que dormía y le preocupaban las ilusiones del sueño.

Entre tanto mandó Neptuno soplar al viento del oriente para arrojar el bajel sobre las costas de Hesperia, y obedeció con tal violencia que llegó en breve al punto que había señalado. Ya la aurora anunciaba el día; ya las estrellas que temen los rayos del sol, iban llenas de envidia a ocultar en el

océano su oscuro brillo, cuando gritó el piloto: Por fin, ya no puedo dudar: nos hallamos cerca de la isla de Ítaca. Alegraos, Telémaco; dentro de una hora podréis ver a Penélope y tal vez encontrar a Ulises sobre su trono.

Estas palabras despertaron a Telémaco que se hallaba inmóvil en los brazos del sueño, y levantándose corrió al timón, abrazó al piloto, y miró atentamente la costa vecina cuando apenas acababa de abrir los ojos; y viendo no eran las de su patria, exclamó estremecido: ¡Ay!, ¿dónde estamos? ¡No es mi cara Ítaca! Os habéis engañado, Acamas: conocéis mal esta costa distante de vuestro país. No, no, replicó Acamas: no puedo engañarme mirando las riberas de esta isla. ¡Qué de veces he entrado en su puerto! Conozco hasta las menores rocas, y las playas de Tiro no están más grabadas en mi memoria. Reconoced aquella montaña: ved esa roca que se eleva cual una torre: ¿no escucháis las olas que rompen contra las otras rocas que parece amenazan al mar con su caída? ¿No observáis el templo de Minerva que compite con las nubes? Ved allí la fortaleza y el palacio de vuestro padre Ulises.

Os engañáis, Acamas, respondió Telémaco: yo veo por el contrario, una costa bastante alta pero unida: una ciudad que no es Ítaca. ¡Oh dioses!, ¿así burláis al hombre?

Mientras hablaba Telémaco de este modo, despejéronse los ojos de Acamas repentinamente. Desapareció el encanto: vio las costas como eran verdaderamente, y conoció su error. Lo confieso, Telémaco, exclamó: alguna deidad enemiga había encantado mis ojos: creía ver a Ítaca y se me presentaba su imagen; pero en este momento ha desaparecido cual un sueño, y veo otra ciudad que sin duda es Salento, acabada de fundar en la Hesperia por Idomeneo fugitivo de Creta; veo los muros que edifican y que aún no se hallan acabados, y el puerto que todavía no está fortificado del todo.

En tanto que Acamas observaba las varias obras nuevamente hechas en aquella naciente ciudad, y lamentaba Telémaco su desgracia, les hizo entrar el viento que obedecía a Neptuno a toda vela en una rada en donde se hallaron al abrigo y muy cerca del puerto.

No ignoraba Méntor la venganza de Neptuno ni los artificios de Venus, que había quedado complacida del engaño del piloto Acamas; y luego que estuvieron en la rada dijo a Telémaco: Júpiter quiere probaros, mas no desea vuestra perdición: por el contrario, lo hace para abriros el camino de

la gloria. Acordaos de los trabajos de Hércules, y no se borren de vuestra memoria los de Ulises. El que no sabe padecer no es de corazón esforzado; y debéis cansar a la fortuna que se complace en perseguiros oponiéndola el sufrimiento y el valor. Juzgo que os debe ser menos temible el cruel influjo de Neptuno que las caricias lisonjeras de Calipso. No retardemos la entrada en el puerto: es un pueblo amigo: arribamos adonde habitan griegos. Tal vez Idomeneo tan perseguido de la fortuna compadecerá nuestras desgracias. Al momento entraron en el puerto, en donde fue recibido sin dificultad el bajel fenicio por hallarse estos en paz y comerciar con todos los pueblos del universo.

Observaba Telémaco con admiración aquella ciudad naciente, semejante a la planta nueva, que nutrida por el fresco rocío de la noche, siente al comenzar la mañana los rayos del sol que la hermosean y vivifican, y crece, abre el tierno botón, extiende la verde hoja, y ensancha la olorosa flor con mil nuevos colores, apareciendo con mayor brillo cada vez que se la mira. Así florecía la nueva ciudad de Idomeneo situada a la orilla del mar. Cada día, cada hora se aumentaba su magnificencia, mostrando de lejos a los extranjeros nuevos ornamentos de arquitectura que se elevaban hasta el cielo. Resonaban en toda la costa los gritos de los obreros y los golpes del martillo: y veíanse suspendidas en el aire gruesas piedras. Desde la aurora animaban los jefes al trabajo, y el rey Idomeneo daba las órdenes por sí mismo, haciendo adelantar las obras con increíble actividad.

Luego que arribó el navío fenicio dieron los cretenses a Telémaco y a Méntor todas las señales de sincera amistad. Apresuráronse a avisar a Idomeneo de la llegada del hijo de Ulises. ¡El hijo de Ulises!, exclamó: ¡de Ulises mi querido amigo!, ¡de aquel héroe por quien hemos arrasado la ciudad de Troya! conducidle aquí: quiero darle una prueba de cuanto amé a su padre; y presentándole inmediatamente a Telémaco, pidióle esta hospitalidad diciéndole quién era.

Aunque no me hubiesen dicho quién erais, le respondió Idomeneo afable y risueño, creo os hubiera conocido. He aquí al mismo Ulises: ved sus ojos llenos de fuego, y cuyas miradas eran tan vigorosas: su aspecto tranquilo y reservado que ocultaba tanta gracia y vivacidad: reconozco hasta aquella sonrisa expresiva, aquella actitud no afectada, aquella agradable voz insinuante y sencilla, que persuadía antes que hubiese tiempo de desconfiar de las palabras que articulaba. Sí, sois sin duda el hijo de Ulises y también lo seréis mío. ¡Oh hijo, hijo mío querido! ¿Qué acaso os

conduce a esta costa? ¿Por ventura buscáis a vuestro padre? ¡Ah!, ninguna noticia tengo de él: la fortuna nos ha perseguido a entrambos. Él ha tenido la desgracia de no regresar a su patria, y yo la de volver a la mía para encontrarla hecha blanco de la cólera celeste.

Mientras que Idomeneo decía estas palabras, fijaba la vista en Méntor, como si no le fuese desconocido su rostro, aunque sin poder recordar su nombre.

Disimulad el dolor, que no sabría ocultar cuando debiera manifestaros mi gozo y reconocimiento a vuestras bondades, interrumpió Telémaco bañados en lágrimas sus ojos. El sentimiento que manifestáis por la pérdida de Ulises, me enseña a sentir la desgracia de no poder encontrarle. Ya ha largo tiempo que le busco por todas partes; mas los dioses irritados no me permiten hallarle, saber si ha naufragado, ni regresar a Ítaca, en donde desfallece Penélope agitada por el deseo de que la libren de sus importunos amantes. Creí encontraros en la isla de Creta; mas supe allí vuestro cruel destino, y nunca pensé acercarme a la Hesperia en donde habéis fundado un nuevo reino. La fortuna que burla los proyectos humanos, y que me hace vagar por todos los países distantes de Ítaca, me trae al fin a vuestras costas; y entre todos los males que he padecido, es este para mí el más tolerable, pues si bien me aleja de mi patria, al menos me deja conocer al monarca más generoso.

Abrazó Idomeneo tiernamente a Telémaco, y conduciéndole a su palacio le dijo: ¿Quién es ese prudente anciano que os acompaña?, me parece haberle visto muchas veces. Es Méntor, contestó Telémaco; Méntor, el amigo de Ulises y a quien ha confiado mi infancia. ¡Cómo podría yo deciros lo mucho que le debo!

Acercose Idomeneo, y dando la mano a Méntor: Nos hemos visto otra vez, le dijo. ¿Os acordáis del viaje que hicisteis a Creta y de los buenos consejos que me disteis? Pero entonces me arrastraba la juventud a los vanos placeres; y ha sido preciso me instruya la desgracia para que aprenda lo que no quería creer. ¡Pluguiera a los dioses que os hubiese creído, respetable anciano! Advierto con sorpresa que no os habéis demudado en tantos años; pues veo la misma frescura en vuestras facciones, y el mismo vigor en vuestro cuerpo: solo el cabello se ha encanecido algún tanto.

Poderoso rey, respondió Méntor, si supiese adularos diría también que

conserváis la floreciente juventud que brillaba en vuestro rostro antes del sitio de Troya; pero quiero más desagradaros que ofender la verdad: a más de que vuestro razonamiento me ha hecho conocer que os disgusta la adulación, y que nada se arriesga en hablaros con sinceridad. Estáis bien trocado: me hubiera costado trabajo conoceros. No desconozco la causa, pues sin duda habréis padecido grandes infortunios; mas habéis ganado mucho padeciendo, pues llegasteis a ser sabio. Fácil es consolarse de las arrugas que afean el rostro cuando se ejercita la virtud y el corazón se fortifica con ella. Sabed también que los reyes se consumen más pronto que el común de los hombres, porque la prosperidad y las delicias que proporciona la vida sensual destruyen más todavía que los trabajos de la guerra; y en la adversidad, los afectos morales y la fatiga del cuerpo los envejecen prematuramente. Nada más dañoso a la salud que aquellos placeres en que no puede el hombre moderarse. De aquí procede que ora en la paz, ora en la guerra, experimenten los reyes placeres y penas que anticipan la vejez antes de la edad en que debe agobiarles naturalmente. Una vida sobria, moderada, sencilla, libre de inquietudes y de pasiones, arreglada y laboriosa, conserva el vigor de la juventud en los miembros del hombre cuerdo, que sin estas precauciones está siempre expuesto a verla desaparecer en las veloces alas del tiempo.

Encantado Idomeneo del discurso de Méntor, habríale escuchado mucho tiempo si no le hubiesen avisado hallarse dispuesto el sacrificio que debía tributar a Júpiter. Acompañáronle Méntor y Telémaco seguidos de un numeroso pueblo, cuya curiosidad excitaban los dos extranjeros. Decíanse unos a otros los salentinos: ¡Qué diferentes son estos dos hombres! descúbrese en el joven cierta viveza y amabilidad: las gracias de la belleza y de la juventud resaltan en su cuerpo y facciones; mas sin afeminación y pareciendo vigoroso, robusto y endurecido en el trabajo, sobresale en él la lozanía de la juventud. El otro de edad más avanzada, no ha perdido aún el vigor. A primera vista se descubren también en él menos gracias y elevación; pero mirándole atentamente, se observan señales de sabiduría y de virtud en su exterior sencillo, y una majestad que sorprende. Sin duda cuando han descendido los dioses sobre la tierra para comunicar con los mortales, tomaron la figura de extranjeros o de viajeros.

Llegaron entre tanto al templo de Júpiter que había adornado con toda magnificencia Idomeneo, descendiente de este dios. Estaba circuido de un doble orden de columnas de mármol, cuyos capiteles eran de plata, y cubierto todo él de mármoles con bajorrelieves que representaban a

Júpiter metamorfoseado en toro, el rapto de Europa, su paso a Creta al través de las aguas; y sin embargo de hallarse bajo formas tan extrañas, inspiraba respeto su divinidad. Veíase después el nacimiento y adolescencia de Minos; y por último a este sabio rey, de edad más avanzada, dictando leyes a toda la isla para hacerla feliz por siempre. Observó también Telémaco los principales sucesos del sitio de Troya, en donde adquiriera Idomeneo renombre de caudillo célebre. Buscó a su padre entre los combates que veía representados; y le reconoció cogiendo la cabellera de Reso, a quien acababa de matar Diomedes; y después disputando con Áyax las armas de Aquiles a presencia de todos los capitanes del ejército griego; y finalmente, saliendo del caballo fatal para derramar la sangre de tantos troyanos.

Reconoció al momento Telémaco por estos famosos hechos que oyera referir tantas veces, con especialidad a Néstor, y comenzó a correr su llanto, se alteraron sus facciones, y apareció lleno de turbación. Advirtió Idomeneo a pesar de que procuraba Telémaco ocultarlo, y le dijo: No os cause vergüenza el dar a conocer cuánto os conmueven la gloria e infortunios de vuestro padre Ulises.

Reuníase de tropel el pueblo bajo los anchurosos pórticos formados por el doble orden de columnas que rodeaban el templo. Allí había dos tropas de jóvenes de ambos sexos que cantaban himnos en loor de la divinidad que tiene en su mano los rayos. Iban todos vestidos de blanco, coronada la cabeza de rosas, suelto el cabello a la espalda, y habían sido escogidos entre los de más gallarda presencia. Ofrecía Idomeneo a Júpiter un sacrificio de cien toros para hacerse propicio en la guerra que había emprendido contra sus vecinos. Humeaba por todas partes la sangre de las víctimas, y caía a borbotones en grandes vasijas de oro y plata.

Durante el sacrificio tuvo el anciano Teófanés, favorecido de los dioses y sacerdote del templo, cubierta la cabeza con uno de los extremos de su purpúrea ropa talar; consultó después las entrañas aún palpitantes de todas ellas, y colocándose sobre la trípode sagrada exclamó: ¡Oh dios!, ¿quiénes son estos dos extranjeros que el cielo nos envía? Funesta sería para nosotros sin ellos la guerra comenzada; y antes de acabar de edificar a Salento, quedaría arruinada. Yo veo a un joven héroe, a quien lleva de la mano la sabiduría misma... no es permitido decir más a mi labio mortal.

Cuando decía estas palabras resplandecían sus ojos, veíasele fiero el semblante, y se ocupaba al parecer de otros objetos que los que tenía

presentes; inflamado el rostro, alteradas las facciones, fuera de sí, erizado el cabello, cubierta la boca de espuma, inmóviles y alzados los brazos, y con la voz mucho más vigorosa que la de ningún mortal. Por último, faltábale la respiración y no podía contener dentro de su pecho el espíritu celestial que le agitaba.

¡Oh afortunado Idomeneo!, volvió a exclamar: ¡qué ven mis ojos!, ¡cuántas desgracias evitadas!, ¡qué paz interior! Y en lo exterior, ¡qué de combates!, ¡qué victorias! ¡Oh Telémaco!, tus infortunios son mayores que los de tu padre: el fiero enemigo yace entre el polvo oprimido por los golpes repetidos de tu acero, y caen a tus pies puertas de hierro e inaccesibles murallas. ¡Oh poderosa deidad!, que su padre.... ¡Oh joven!, al fin volverás a ver...

Expiró la voz entre sus labios, y calló a pesar suyo lleno de admiración.

Quedó todo el pueblo sobrecogido de temor; y trémulo Idomeneo no osó decirle que acabase. El mismo Telémaco, sorprendido, pudo apenas comprender lo que acababa de escuchar, y persuadirse de haber oído tan altas predicciones. Méntor fue el único a quien no causó alteración el espíritu celestial. Ya oísteis, dijo a Idomeneo, la voluntad de los dioses. Contra cualquier nación que hayáis de combatir, tendréis la victoria en vuestras manos; y seréis deudor al hijo de Ulises del triunfo de vuestras armas. Evitad la envidia, y aprovechaos solamente de los beneficios que os proporcionan los dioses por su medio.

No habiendo aún vuelto en sí Idomeneo, en vano procuraba hablar, pues permanecía inmóvil su lengua. Menos tardío Telémaco, dijo así a Méntor: Tanta gloria prometida, no me envanece; mas ¿qué pueden significar aquellas últimas palabras: Tú volverás a ver? ¿Será a mi padre o solamente a Ítaca? ¡Ah, por qué no acabaría! Me ha dejado en mayores dudas. ¡Oh Ulises! ¡Oh padre querido! ¿Seréis vos, vos mismo a quien vuelva a ver? ¿Será cierto? Pero me engaño. ¡Cruel oráculo!, te complaces en burlar a un desgraciado: solo una palabra más y llegaría a su colmo mi ventura.

Respetad, interrumpió Méntor, lo que revelan los dioses, y no tratéis de descubrir lo que quieren ocultar; pues la curiosidad temeraria merece ser confundida. Por un efecto de la bondad y sabiduría de los dioses, ocultan en impenetrable noche el destino que aguarda a los débiles mortales. Útil es prever lo que depende de nuestra voluntad para ejecutarlo bien; pero

no lo es menos ignorar lo que depende de la de los dioses, y lo que quieran hacer de nosotros.

Penetrado Telémaco de este razonamiento, contúvose, aunque con mucha dificultad.

Vuelto ya en sí Idomeneo, comenzó a alabar al poderoso Júpiter que le enviaba al joven Telémaco y al sabio Méntor para proporcionarle la victoria contra sus enemigos; y después de la opulenta comida que se siguió al sacrificio, habló de esta manera a los dos extranjeros:

Confieso que no conocía bastante bien el arte de reinar cuando regresé a Creta después del sitio de Troya. Sabéis, caros amigos, las desgracias que me han privado del cetro de aquella poderosa isla, pues según decís habéis estado en ella después de mi partida; y felice yo, si los crueles golpes de la fortuna han servido para instruirme y hacerme más moderado. Crucé los mares cual un fugitivo a quien persigue la venganza de los dioses y de los hombres, y toda mi grandeza anterior sirvió solo para hacer más vergonzosa e insoportable mi caída. Vine a refugiarme en esta costa inhabitada, donde solo hallé tierra inculta cubierta de malezas, bosques tan antiguos como la tierra, y rocas casi inaccesibles adonde alejé a las bestias feroces. Perdida ya la esperanza de regresar a la afortunada isla que me habían dado por cuna los dioses para que reinase en ella, me vi reducido al extremo de considerarme dichoso con la posesión de esta tierra salvaje que debía ser mi patria, formándola con un corto número de soldados y compañeros que quisieron seguirme en la desgracia. ¡Ah, qué cambio!, exclamaba yo: ¡qué ejemplo tan terrible se ofrece en mí a los reyes! Deberían mostrarme a cuantos reinan para que mi ejemplo les instruyese. Imaginan no tener nada que temer a causa de su elevación sobre los demás hombres; pero ella misma hace que deban temerlo todo. Lo era yo de mis enemigos; amado de mis súbditos; gobernaba una nación pujante y belicosa; la fama había llevado mi nombre a los más remotos países. Reinaba en una isla fértil y deliciosa; cien ciudades me daban cada año el tributo de su opulencia, reconociéndome todas ellas como un vástago de la familia de Júpiter nacido en aquel país, y amábanme como nieto del sabio Minos, cuyas leyes los hacían poderosos y felices. ¿Qué faltaba, pues, a mi ventura sino haber sabido gozar de ella con moderación? Mi orgullo y la adulación a que daba oídos hicieron vacilar mi trono. Del mismo modo caerán cuantos reyes se hagan esclavos de sus deseos o escuchen el consejo de hombres lisonjeros.

Esforzábame durante el día para aparecer alegre y lleno de esperanzas, a fin de alentar a los que me habían seguido. Edifiquemos, les decía, una ciudad nueva para hallar consuelo de lo mucho que hemos perdido. Estamos rodeados de pueblos que nos han dado ejemplo para nuestra empresa. Ved a Tarento, que edifican cerca de nosotros: en ella funda Falanto un nuevo reino con algunos lacedemonios. Filoctetes da el nombre de Petilia a la gran ciudad que levanta en esta misma costa; y Metaponto es todavía una colonia semejante. ¿Y haremos acaso menos que esos extranjeros errantes cual nosotros? La fortuna no nos es menos propicia.

Pero en tanto que así procuraba yo suavizar los trabajos de mis compañeros, ocultaba un dolor acerbo en el fondo del corazón; sirviéndome de consuelo me dejase la luz del día, y viniese la noche a envolverme en sus tinieblas para lamentar con libertad mi deplorable suerte. Era desconocido el sueño a mis ojos, y brotaban dos fuentes de amargo llanto. El nuevo día me daba nuevo esfuerzo para comenzar el trabajo con más ardor; y he aquí, Méntor, la causa de que me halléis tan aviejado.

Luego que acabó Idomeneo de referir sus penas, pidió a Méntor y a Telémaco le auxiliasen en la guerra en que se hallaba empeñado. Os restituiré, les dijo, a Ítaca cuando haya terminado; entre tanto enviaré bajeles a todas las costas más lejanas para que adquieran noticias de Ulises, y le sacaré de cualquiera de los países desconocidos adonde le hayan conducido las tempestades o el enojo de alguna deidad. ¡Ojalá exista todavía! A vosotros os conduciré en los mejores bajeles que se hayan construido en la isla de Creta con las maderas cortadas en el Ida, cuna del poderoso Júpiter, cuyos leños respetarán y temerán las aguas y las rocas; y el mismo Neptuno, en el exceso de su enojo, no osará inquietarlas contra ellos. Vivid seguros de que regresaréis sin dificultad a Ítaca; y de que en la travesía corta y fácil, ninguna divinidad enemiga podrá ofenderos. Despedid el bajel fenicio que os ha conducido, y ocupaos solo de adquirir la gloria de establecer el nuevo reino de Idomeneo para que pueda reparar sus desgracias. De esta manera, oh hijo de Ulises, seréis considerado digno de tal padre, y aunque los destinos le hubiesen sepultado en el tenebroso reino de Plutón, la Grecia entera entusiasmada creará verle revivir en vos.

Despidamos el bajel fenicio, interrumpió Telémaco. ¿Por qué tardamos en tomar las armas para atacar a vuestros enemigos? Ya lo son nuestros; y si vencimos en Sicilia peleando en favor de Acestes, troyano y enemigo de la Grecia, ¿no seremos aún más animosos y más favorecidos de los dioses haciéndolo en defensa de uno de los héroes griegos que arrasaron la ciudad de Príamo? ¿Por ventura nos permite dudar de ello el oráculo que acabamos de escuchar?

Libro X

Informa Idomeneo a Méntor del motivo de la guerra. Cuéntale cómo los mandurianos le cedieron desde luego la costa en que fundó la ciudad y se retiraron a los montes vecinos; y que habiendo sido maltratados algunos por los suyos, le diputaron dos ancianos con quienes arregló los tratados de paz que hicieron: que después de una infracción de estos tratados, hecha por unos vasallos suyos que los ignoraban, se disponían a hacerle la guerra. Estando refiriendo esto Idomeneo se presentaron los mandurianos a las puertas de Salento llevando en su ejército a Néstor, Filoctetes y Falanto, a quienes el rey creía neutrales. Sale Méntor de la ciudad y propone a los enemigos condiciones de paz.

¡Oh hijo de Ulises!, exclamó Méntor al ver a Telémaco inflamado del noble ardor de las lides, me complace hallar en vos tanta inclinación a la gloria; pero recordad que no la adquirió vuestro padre entre los griegos en el sitio de Troya sino mostrándose más sabio y moderado que todos ellos. Aunque invencible e invulnerable Aquiles, y sin embargo de que estaba seguro de llevar la muerte y el terror por donde quiera que peleaba, no pudo tomar aquella ciudad y pereció al pie de sus muros, que triunfaron del vencedor de Héctor; mientras que Ulises, cuyo valor conducía la prudencia, introdujo el fuego y el hierro en medio de los troyanos, siendo debida a él la destrucción de las elevadas y soberbias torres que amenazaban por espacio de diez años al poder de toda la Grecia. Cuanto Minerva es superior a Marte, tanto el valor discreto y previsor sobrepuja al valor fogoso y temerario. Instruyámonos, pues, de las circunstancias de esta guerra que vamos a sostener. No me arredran los peligros, ¡oh Idomeneo!, pero creo debéis explicarnos antes de comenzarla, si es justa, contra quién la hacéis, y por último con qué fuerzas contáis para prometeros un resultado feliz.

Cuando llegamos a esta costa, respondió Idomeneo, encontramos en ella un pueblo salvaje que vagaba por los bosques, manteniéndose de la caza y de las frutas que espontáneamente producían los árboles, conocido bajo el nombre de mandurianos, y retiráronse a las montañas aterrados al

observar nuestras armas y bajeles; mas encontráronse con los salvajes fugitivos varios soldados que desearon internarse en el país y perseguir la caza, a quienes dijeron sus caudillos: Hemos abandonado las placenteras orillas del mar para cedéros las, y solo nos quedan montañas inaccesibles en donde al menos era justo nos dejaseis gozar de paz e independencia. Os encontramos ahora errantes, dispersos y más débiles que nosotros, y sin dificultad podríamos sacrificaros, y hasta impedir que vuestros compañeros tuviesen noticia de vuestro infortunio; mas no queremos teñir nuestras manos en la sangre de los que son hombres como nosotros. Id: acordaos de que debéis la vida a nuestros sentimientos de humanidad, y no olvidéis jamás recibisteis esta lección de generosidad y mansedumbre de un pueblo que llamáis salvaje.

Regresaron a nuestro campo y refirieron cuanto les había sucedido. Todos se admiraron al saberlo, y juzgaron como afrenta debiesen la vida algunos cretenses a aquella tropa de fugitivos, que a su entender eran más semejantes a los osos que a los hombres; y fuéronse a la caza en mayor número que los primeros, llevando toda clase de armas. Encontraron en breve a los salvajes, y les acometieron. Fue cruel la pelea. Volaban las flechas de una y otra parte cual el granizo que cae en los campos durante la tempestad; mas viéronse los salvajes obligados a retirarse a las escabrosas montañas, sin que los soldados se atreviesen a internarse en ellas.

Poco tiempo después me enviaron dos ancianos respetables para pedirme la paz, conduciendo varios presentes, que consistían en pieles de fieras que habían muerto, y algunas frutas del país: y después de haberme ofrecido uno y otro, me dijeron, trayendo en una mano la espada y en la otra una rama de oliva:

¡Oh rey!, tenemos como ves la espada en una mano y la oliva en la otra. He aquí la paz y la guerra: elige. Apetecemos más la primera, y por ello no hemos reputado como afrenta cederte las placenteras orillas del mar en donde el sol fertiliza la tierra, y produce esta deliciosos frutos; porque es más dulce que ellos la paz que nos ha hecho retirar a las altas montañas cubiertas siempre de hielo y nieve, y en donde nunca se ven las flores que hace brotar la primavera, ni las frutas que produce el otoño. Miramos con horror esa brutalidad que bajo los nombres de ambición y de gloria arrasa locamente las provincias, y derrama la sangre de los hombres que son todos hermanos. Si te conmueve esa falsa gloria, no te la envidiamos: por

el contrario, te compadecemos y suplicamos a los dioses nos preserven de semejante furor; y si las ciencias que con tanto esmero cultivan los griegos, y la civilización de que se glorían, no les inspiran otra cosa que tan detestable injusticia, nos creemos demasiado dichosos por no gozar de tales ventajas. Cifraremos nuestra gloria en ser siempre ignorantes y bárbaros, pero justos, humanos, fieles, desinteresados, avezados a contentarnos con poco, y a despreciar la vana cultura que acostumbra al hombre a desear mucho, estimando únicamente la salud, la frugalidad, la libertad, el vigor del cuerpo y del alma, el amor a la verdad, el temor a los dioses, el afecto a nuestros semejantes, adhesión al amigo, lealtad para con todos, moderación en la prosperidad, firmeza en la desgracia, valor para decir atrevidamente la verdad en todas ocasiones, y horror a la lisonja. Tales son los pueblos que te ofrecemos como vecinos y aliados. Si irritados los dioses te cegasen hasta el extremo de desechar la paz, conocerás, aunque tarde, que los que por moderación la desean, son más temibles en la guerra.

Mientras que así hablaban los ancianos no separaba yo de ellos la vista. Era larga y descuidada su barba, el cabello corto pero encanecido, espesas las cejas, penetrante la vista, su aspecto firme, la voz grave y llena de autoridad, y todas sus acciones llanas e ingenuas. Las pieles que les servían de vestiduras las llevaban atadas al hombro, dejando desnudo el brazo, más nervioso y fornido que el de nuestros atletas. Respondí a los dos mensajeros que deseaba la paz, y arreglamos de común acuerdo y con buena fe muchas condiciones, tomando a los dioses por testigos, y enviándoles a sus hogares colmados de presentes.

Mas aún no estaban cansados de perseguirme los dioses que me arrojaron del reino de mis progenitores. Algunos cazadores, que no pudieron estar enterados de las condiciones de la paz que acababa de ajustarse, encontraron el mismo día una gran tropa de bárbaros que acompañaba a los mensajeros cuando regresaban a su campo: les atacaron con denuedo, mataron gran parte de ellos, y persiguieron a los demás hasta los bosques; cuyo suceso encendió de nuevo la guerra, por creer no podían ya fiarse de nuestras promesas y juramentos.

Para hacerse más poderosos contra nosotros llamaron en su auxilio a los locrios, apulios, lucanios y brucios, y a los pueblos de Crotona, Nerita, Mesapia y Brindes. Traen los lucanios carros armados de agudas hoces: cada uno de los segundos viene cubierto con la piel de alguna fiera muerta

por su mano, y están armados con gruesas mazas nudosas y guarnecidas de púas de hierro: se aproxima su estatura a la de los gigantes, y se hacen sus cuerpos tan robustos por los ejercicios penosos a que se dedican, que inspira temor el verlos solamente. Procedentes de la Grecia los locrios, recuerdan todavía su origen, y son más humanos que los otros pueblos; pero unida la exacta disciplina de las tropas griegas al vigor de los bárbaros y al hábito de soportar una vida campestre, se han hecho invencibles. Llevan escudos ligeros, tejidos de mimbre y cubiertos de pieles, y son largas las espadas que usan. Igualan los brucios en la carrera a los ciervos y gamos, sin dejar huella alguna cuando corren por la arena, y sin que aun la yerba más tierna parezca hollada por su planta. Véseles caer de golpe sobre sus enemigos, y desaparecer con igual velocidad. Son los de Crotona diestros en extremo para disparar las flechas, y ningún griego podría tender el arco como lo hacen ellos comúnmente; pues si hubiese alguno que les igualase obtendría el premio en nuestros juegos. Sus flechas están emponzoñadas con el jugo de ciertas yerbas venenosas que traen, según dicen, de las orillas del río Averno, cuyo veneno es mortal. Los de Nerita, Mesapia y Brindes, solo poseen las fuerzas del cuerpo y un valor sin arte. Lanzan al ver a sus enemigos gritos espantosos, y se sirven de la honda, oscureciendo el sol con la nube de piedras que arrojan; pero pelean sin orden.

Ya sabéis, Méntor, lo que deseabais, pues conocéis el origen de esta guerra y también a nuestros enemigos.

Impaciente Telémaco por pelear, creía no restaba otra cosa que empuñar las armas: pero le contuvo Méntor hablando a Idomeneo de esta suerte:

¿Cuál es la causa de que hasta los locrios, ordinarios de la Grecia, se unan a los bárbaros contra los griegos, y de que florezcan en esta costa tantas colonias de aquella nación sin que hayan tenido que sostener iguales guerras que vos? ¡Oh Idomeneo!, decís que los dioses no se han cansado de perseguiros, y yo os digo que no han acabado todavía de enseñaros; pues tantas desgracias como habéis sufrido no os han bastado para aprender lo que debe hacerse para evitar la guerra. Lo que acabáis de decir acerca de la buena fe de los bárbaros, basta para convenceros de que hubierais podido vivir en paz con ellos, si el orgullo y la fiereza no diesen origen a las más peligrosas guerras. ¿Por qué no darles rehenes y recibirlos de ellos? ¿Por qué no enviar con los mensajeros algunos de vuestros caudillos para que los condujesen con seguridad? ¿Por qué no

haber procurado apaciguarlos después de renovada la guerra, haciéndoles ver fueron atacados ignorando la alianza que acababa de jurarse? Era preciso haberles ofrecido cuantas seguridades reclamasen, y establecido penas rigurosas contra cualquiera de vuestros súbditos que las quebrantase. ¿Y qué ha sucedido después de comenzada la guerra?

Entiendo, respondió Idomeneo, no hubiéramos podido sin deshonor buscar de nuevo a los bárbaros que reunían aceleradamente a cuantos se hallaban en edad de empuñar las armas, e imploraban el socorro de todos los pueblos vecinos, a quienes han procurado, hacernos sospechosos u odiosos. Me pareció que era el partido más seguro apoderarme sin dilación de ciertos pasos de las montañas que se hallaban mal guardados. Conseguímoslo sin dificultad, y por este medio nos vemos en estado de arruinar a los bárbaros. He hecho construir torres en ellos, desde donde pueden nuestras tropas acribillar con las flechas a cuantos enemigos quieran bajar de las montañas e invadir nuestro país. Podemos entrar en el suyo cuando queramos, y asolar sus principales habitaciones; y de consiguiente, estamos en disposición de resistir, aunque con fuerzas inferiores, al sinnúmero de bárbaros que nos rodean. Pero se ha hecho muy difícil la paz entre ellos y nosotros, porque no les entregaríamos esas torres sin quedar expuestos a sus incursiones, y porque las miran como fortalezas de que intentamos servirnos para reducirlos a la esclavitud.

Sois monarca sabio, replicó Méntor, y queréis os digan la verdad sin disfraz: no como esos hombres débiles que temen escucharla, y que faltos de valor para corregir sus yerros, emplean su autoridad en sostenerlos. Conoced, pues, que ese pueblo bárbaro os ha dado una lección maravillosa cuando vino a solicitar la paz. ¿La pedía acaso por debilidad? ¿Le faltaban el valor o los recursos para haceros la guerra? Ya veis que no, pues está aguerrido y le sostienen tantos aliados temibles. ¿Por qué no imitáis su moderación? Porque un mal entendido honor y una falsa gloria os han acarreado esta desgracia. Teméis hacer demasiado soberbios a vuestros enemigos, y no demasiado poderosos dando lugar con vuestra altivez e injusticia a que se unan contra el vuestro tantos pueblos. ¿De qué sirven esas torres que tanto celebráis, sino para poner a todos vuestros vecinos en la necesidad de perecer o destruirlos para preservarse de la esclavitud que les amenaza? Las habéis edificado para vuestra seguridad, y por ellas os veis en tan grande peligro.

La justicia, la moderación, la buena fe, y la seguridad en que se hallen

vuestros vecinos de que sois incapaz de usurpar sus dominios; he aquí el muro más fuerte que puede defender un estado. Las murallas inexpugnables pueden caer por varios accidentes imprevistos, pues la fortuna es caprichosa e inconstante en la guerra; pero el amor y la confianza de los vecinos, cuando han conocido la moderación, hace no pueda ser vencido jamás un estado y casi nunca invadido, aun cuando se le ataque injustamente, porque interesados en su conservación los demás, toman inmediatamente las armas para defenderle. Este apoyo de tantos pueblos, que hallarían su verdadero interés en sostener el vuestro, os hubiera hecho mucho más poderoso que esas torres, que hacen irremediables vuestros males. Si hubieseis cuidado desde el principio de evitar la envidia de vuestros vecinos, prosperaría la ciudad en una paz venturosa, y seríais árbitro de todas las naciones de la Hesperia.

Detengámonos ahora a examinar de qué modo puede repararse lo pasado.

Me dijisteis que se hallan en esta costa varias colonias griegas, las cuales no es posible dejen de estar dispuestas a socorreros; pues no habrán olvidado el nombre de Minos, hijo de Júpiter, ni vuestros trabajos en el sitio de Troya, en donde os señalasteis tantas veces entre todos los príncipes griegos en favor de la querella común a toda la Grecia. ¿Por qué no procuráis atraerlas a vuestro partido?

Todas están resueltas a permanecer neutrales, respondió Idomeneo, no porque carezcan de voluntad para auxiliarme, sino porque excita su espanto la demasiada opulencia que han advertido en esta ciudad desde su fundación: y estos griegos, como los demás pueblos, temen abriguemos el designio de privarles de su libertad. Han juzgado que después de subyugar a los bárbaros de las montañas, llevaríamos adelante nuestra ambición; y en suma, todo se declara contra nosotros; pues aun los que no nos hacen guerra ostensible, desean nuestro abatimiento: así que ningún aliado nos deja la envidia.

¡Singular extremidad!, replicó Méntor. Deseando parecer muy poderoso, arruináis vuestro poder: mientras que en lo exterior de vuestros dominios sois objeto de temor y de odio para los vecinos, agotáis los recursos en lo interior de ellos por los esfuerzos necesarios para sostener la guerra. ¡Oh desventurado Idomeneo, a quien la misma desgracia no ha podido acabar de instruir! ¿Necesitaréis aún otra caída para saber prever los males que amenazan a los más poderosos monarcas? Dejadme obrar, y referidme por menor cuáles son las ciudades griegas que rehúsan vuestra alianza.

Tarento, contestó Idomeneo, es la principal, fundada hace tres años por Falanto. Reunió este en Laconia gran número de jóvenes nacidos de las esposas que olvidaron a sus maridos ausentes mientras duró la guerra de Troya, y que procuraron aplacarles a su regreso confesando su falta. Pero nacidos aquellos jóvenes fuera de matrimonio, no conocían al padre ni a la madre, y de consiguiente vivían licenciosamente. Reprimía sus excesos la severidad de las leyes, y se reunieron bajo la conducta de Falanto, jefe atrevido, intrépido, ambicioso, cuyos artificios saben ganar los corazones; y pasando a estas costas han hecho de Tarento otra Lacedemonia. Filoctetes, que tanta gloria adquirió en el sitio de Troya llevando a ella las flechas de Hércules, ha edificado también los muros de Petilia, menos poderosa a la verdad que Tarento, pero gobernada con más sabiduría; y finalmente, existe cerca de aquí la ciudad de Metaponto, fundada por el sabio Néstor con los pilios.

¡Qué!, replicó Méntor, ¿existe en la Hesperia Néstor y no habéis sabido atraerle a vuestros intereses? ¡Néstor, que tantas veces os vio pelear con los troyanos, y con quien os unió la amistad! La he perdido, contestó Idomeneo, por los artificios de estos pueblos que solo tienen de bárbaro el nombre; pues han logrado persuadirle quería yo tiranizar a la Hesperia. Le desengañaremos, interrumpió Méntor. Antes que viniese a fundar su colonia, y de que emprendiésemos nuestros viajes para buscar a Ulises, le vio Telémaco en Pilos: aún no habrá olvidado la memoria de aquel héroe, ni las señales de ternura con que recibió a su hijo. Pero lo principal es que desaparezca su desconfianza, porque las sospechas que habéis inspirado a vuestros vecinos han encendido la guerra, y solo disipándolas puede extinguirse su llama: dejadme obrar, vuelvo a deciros.

Al oír esto, Idomeneo abrazó a Méntor, y conmovido su corazón podía apenas hablar. Por último, con voz interrumpida le dijo: ¡Sabio anciano, a quien me envían los dioses para reparar mis muchas faltas!, confieso hubiera excitado mi indignación cualquiera que me hubiese hablado con la libertad que vos, y que ningún otro habría podido moverme a buscar la paz. Había resuelto morir o vencer a todos mis enemigos; mas es justo dar crédito a vuestros consejos antes que a mi pasión. ¡Oh afortunado Telémaco! Con tal conductor, ¿quién podrá extraviaros jamás? Sois dueño de todo, Méntor, pues os acompaña la sabiduría de los dioses, y Minerva misma no podría dar tan acertados consejos. Id: prometed, concludid, dad cuanto sea mío: Idomeneo aprobará todo lo que juzguéis oportuno ejecutar.

En tanto que así razonaban llegó a sus oídos repentinamente un ruido confuso de carros, de caballos que relinchaban, de hombres que lanzaban alaridos espantosos, y de trompetas que repetían sonidos marciales. ¡He aquí los enemigos, gritaron, que habiendo hecho un largo rodeo para evitar los pasos defendidos, vienen a sitiar a Salento! Consternados ancianos y mujeres: ¡Ay!, exclamaban, ¡era preciso abandonar la patria querida, la fértil Creta, y seguir a un malhadado rey al través de tantos mares para fundar esta ciudad que será convertida en cenizas como Troya! Desde lo alto de las murallas acabadas de edificar se descubría la vasta llanura en donde ofuscaba la vista el brillo de los cascos, corazas y escudos de los enemigos, y veíase la tierra cubierta de lanzas, cual el campo en que hondean las doradas mieses que Ceres produce en las campiñas de Enna en Sicilia, en la abrasada estación del verano, para recompensar las fatigas del labrador: descubriáanse también carros armados de agudas hoces, y se distinguía sin dificultad cada uno de los pueblos que concurrían a aquella guerra.

Subió Méntor a una elevada torre para observarlos mejor, siguiéndole Idomeneo y Telémaco; y apenas llegó a lo alto de ella, vio a Filoctetes y a Néstor con su hijo Pisístrato. Era fácil conocer a Néstor por su venerable ancianidad. ¡Cómo, pues, exclamó Méntor, habíais creído que Filoctetes y Néstor se contentaban con no auxiliarnos! ¡Vedlos allí! ¡Han tomado las armas contra vos!, y si yo no me engaño, aquellas tropas que marchan en tan buen orden y con tanta lentitud, son lacedemonios mandados por Falanto. Todo se declara contra vos: no hay uno solo entre los pueblos que habitan esta costa que no hayáis convertido involuntariamente en enemigo vuestro.

Bajó acelerado Méntor de la torre, se dirigió a una de las puertas de la ciudad, situada a la parte por donde se acercaba el enemigo, y la hizo abrir sin que Idomeneo se atreviese a preguntarle el motivo. Salió de la ciudad, hizo seña para que nadie le siguiese, y se adelantó hasta donde se hallaban los enemigos, a quienes sorprendió ver se aproximaba a ellos un hombre solo. Mostroles de lejos una rama de oliva en señal de paz, y luego que pudieron oírle pidió se reuniesen los caudillos, y haciéndolo estos efectivamente, les habló de esta manera:

¡Ilustres varones reunidos de tantas naciones que florecen en la rica Hesperia! Bien sé venís movidos por el interés de vuestra independencia. Aplaudo vuestro celo; mas permitid os indique un medio fácil de conservar

la libertad y la gloria sin derramar sangre humana. Néstor, sabio Néstor que me escucháis: ¡bien sabéis cuán funesta sea la guerra aun para aquellos que la emprenden con justicia y protegidos de los dioses! Guerra, he aquí el mayor de los males que afligen a la humanidad. No habréis olvidado lo que padecieron los griegos por espacio de diez años delante de los muros de la desventurada Troya. ¡Qué de discordias entre sus caudillos! ¡Qué inconstancia en los sucesos! ¡Cuántos griegos sacrificados por la mano de Héctor! ¡Qué calamidades producidas por la guerra en las ciudades más poderosas durante la ausencia de sus reyes! Naufragaron unos en el promontorio Cafareo, y hallaron otros muerte funesta en el tálamo conyugal. ¡Oh dioses, en vuestro enojo armasteis a los griegos para aquella famosa expedición! ¡Pueblos de la Hesperia, quieran los dioses no daros jamás una victoria tan funesta! Se convirtió en cenizas Troya, es cierto; pero sería preferible para los griegos permaneciese aun en toda su opulencia, y que el cobarde Paris gozase de sus infames amores con Helena. Filoctetes, vos que os habéis visto infeliz y abandonado por tanto tiempo en la isla de Lemnos, ¿no teméis volver a encontrar iguales desgracias en una guerra semejante a aquella? Bien sé que los habitantes de la Laconia experimentaron también las turbulencias propias de la ausencia dilatada de los principales capitanes y soldados que fueron a pelear contra los troyanos. ¡Oh griegos que habéis pasado a la Hesperia! Solo os han traído a ella los infortunios producidos por la guerra de Troya.

Luego que acabó de hablar de esta suerte, se acercó Méntor hacia los pilios, y conociéndole Néstor se adelantó también para saludarle. Con placer, le dijo, os vuelvo a ver, Méntor. Hace muchos años que os vi por primera vez en la Fócida, cuando contabais la corta edad de quince; y desde entonces preví seríais tan sabio como efectivamente habéis llegado a serlo. ¿Por qué casualidad os vuelvo a hallar en estos lugares? ¿Por qué medios intentáis terminar esta guerra? Idomeneo nos ha obligado a atacarle; pero solo deseábamos la paz, pues cada uno de nosotros tenía para ello un interés urgente. Sin embargo, no podíamos prometernos de él seguridad alguna, por haber violado todas las promesas hechas a sus más próximos vecinos. La paz con él no lo sería sino pretexto para deshacer nuestra liga, único recurso que nos queda. Ha manifestado a todos los pueblos sus intenciones de destruir nuestra independencia, y no nos ha dejado otro medio de defenderla que procurar destruir su nuevo reino. La mala fe de Idomeneo nos ha reducido al duro trance de aniquilarle, o recibir de él el yugo de la servidumbre. Si encontráis algún recurso para

que podamos fiarnos de él, y asegurar una paz ventajosa, depondrán voluntariamente las armas todas las naciones que aquí veis, y confesaremos con satisfacción que es vuestra sabiduría superior a la nuestra.

Sabio Néstor, le contestó: no ignoráis que Ulises confió a mi cuidado a su hijo Telémaco. Impaciente este por descubrir el destino de aquel, pasó a Pilos, en donde le recibisteis con la cordialidad que podía prometerse del fiel amigo de su padre, y aun le disteis por compañero a vuestro propio hijo. Hizo largos viajes por mar, pasando a Sicilia, Egipto, e islas de Chipre y Creta; pero los vientos, o más bien los dioses, le han arrojado a esta costa cuando deseaba regresar a Ítaca, y hemos arribado precisamente para evitar los horrores de una guerra cruel. No ya Idomeneo, sino el hijo del sabio Ulises y el mismo Méntor, os responden de cuanto se os prometa.

Mientras se hallaba razonando con Néstor de esta suerte en medio de las tropas confederadas, le observaban desde los muros de Salento Idomeneo, Telémaco y cuantos cretenses empuñaban las armas, con la mayor atención por si comprendían el efecto que causaban sus palabras, y aun hubieran deseado escuchar de cerca a los dos sabios ancianos. Había sido considerado siempre Néstor como el más elocuente y experimentado de todos los reyes de la Grecia. Él moderaba durante el sitio de Troya el ardor fogoso de Aquiles, el orgullo de Agamenón, la arrogancia de Áyax y el valor impetuoso de Diomedes. Corría de sus labios cual un arroyo de miel la dulce persuasión: hacía oír su voz de todos los héroes, que enmudecían cuando empezaba a hablar: y solo él podía apagar en el campo griego la discordia fatal. Sin embargo de que comenzaba ya a experimentar los efectos de la senectud, respiraban todavía sus palabras afabilidad y energía: contaba lo pasado para que la experiencia instruyese a la juventud, y hacía lo con gracia aunque pausadamente.

Mas había perdido al parecer la elocuencia y majestad aquel anciano sabio a quien admiraba toda la Grecia desde que Méntor se dejó ver, debilitándose la veneración debida a su senectud, ya abatida cuando se comparaba con Méntor en quien los años habían respetado la robustez y el vigor. Su lenguaje era enérgico, aunque grave y llano; circunstancias que empezaban ya a faltar a Néstor. Producíase con laconismo, mas con

precisión y viveza: no incidía en repeticiones ni decía jamás lo que no era necesario para decidir el punto de que se trataba; y a pesar de que hablase muchas veces de una misma cosa para inculcarla o llegar a persuadir, era siempre por imágenes nuevas y comparaciones palpables, poseyendo cierto estilo insinuante y jovial cuando quería adaptarse a las necesidades de los demás para convencer de alguna verdad. Ambos ancianos atrajeron la atención de tantos pueblos reunidos.

Libro XI

Viendo Telémaco a Méntor en medio de los aliados, vase a juntar con él y contribuye con su presencia a que sean aceptadas las condiciones de paz que aquel les había propuesto en nombre de Idomeneo. Entran los reyes como amigos en Salento: ratifícanse los tratados, se dan recíprocos rehenes, y hacen un sacrificio entre la ciudad y el campo en confirmación de la alianza.

En tanto que los confederados enemigos de Salento se apresuraban a acercarse para observarlos y escuchar de cerca sus sabios discursos, se esforzaban Idomeneo y los suyos a leer con ojos ansiosos en sus acciones y rostros.

Impaciente Telémaco separose de la multitud que le acompañaba, corrió a la puerta por donde había salido Méntor, y mandó abrirla. Creía Idomeneo tenerle a su lado, mas en breve se llenó de sorpresa viéndole correr fuera de la ciudad y llegar adonde se hallaba Néstor, que le conoció; y aunque con paso trémulo y tardío se adelantó a recibirle. Le abrazó Telémaco, permaneciendo así algún tiempo sin decirle cosa alguna; mas al fin exclamó: ¡Oh padre querido!, no temo llamaros así, porque la desgracia de no hallar al que verdaderamente lo es, y las bondades con que me habéis favorecido, me dan derecho a servirme de nombre tan tierno: ¡padre, caro padre mío!, vuelvo a veros; ¡ojalá pudiera abrazar del mismo modo a Ulises! Si alguna cosa alcanzase a consolarme después de haberle perdido, sería sin duda el hallar en vos otro Ulises.

No pudo Néstor contener las lágrimas conmovido de gozo al ver las que corrían por las mejillas de Telémaco. La hermosura, afabilidad y noble calma de aquel joven desconocido, que cruzaba sin la menor precaución por entre número tan crecido de tropas enemigas, llenó de sorpresa a los confederados. ¿Es, preguntaban, el hijo de ese anciano que ha venido a hablar con Néstor? Sin duda: en los dos se descubre igual sabiduría, sin embargo de que se hallan en edades opuestas: en este comienza a florecer, y en el otro produce ya con abundancia los más sazonados frutos.

Méntor, a quien llenó de satisfacción la ternura con que Néstor acababa de recibir a Telémaco, aprovechó tan feliz ocasión y le dijo: Ved aquí al hijo de Ulises, tan caro a toda la Grecia y a vos mismo, ¡sabio Néstor!, aquí le tenéis: yo os le entrego en rehenes y como prenda la más preciosa que se os puede dar de la fidelidad de las promesas de Idomeneo. Bien comprenderéis no puedo yo querer suceda la pérdida del hijo a la del padre, y que la desventurada Penélope pueda reconvenir a Méntor por haber sacrificado a su hijo a la ambición del nuevo rey de Salento. ¡Pueblos reunidos de tantas naciones diferentes!, con esta prenda que ha venido a ofrecerse espontáneamente, y que os envían los dioses protectores de la paz, empezaré a proponeros las condiciones de ella, para que sea sólida y duradera.

Al pronunciar la palabra paz, dejose oír un confuso rumor en todo el ejército. Temblaban de cólera aquellas diferentes tropas, creyendo desperdiciaban todo el tiempo que tardaban en comenzar la pelea, e imaginaban que los discursos entre los dos ancianos no tenían otro objeto que entibiar su furor y arrebatárles la presa; y los mandurianos, con especialidad, se llenaban de impaciencia al considerar podría prometerse Idomeneo engañarles de nuevo. Intentaron varias veces interrumpir a Méntor recelando que sus palabras llenas de sabiduría hiciesen impresión en sus aliados; y empezaron a desconfiar de todos los caudillos griegos. Notándolo Méntor se apresuró a dar pábulo a su desconfianza para dividirlos.

Confieso, les dijo, que los mandurianos tienen motivos para quejarse y pedir alguna reparación de los daños que han sufrido; pero tampoco es justo que los griegos que establecen colonias en esta costa, sean sospechosos y odiosos a los antiguos habitantes del país, cuando por el contrario deben estar los griegos unidos entre sí para obligarlos a que les traten bien: basta sean moderados y que no intenten jamás usurparles sus tierras. Cierto es que Idomeneo ha tenido la desgracia de inspiraros recelos; pero es fácil que desaparezcan. Telémaco y yo nos ofrecemos por rehenes que respondan de la buena fe de Idomeneo, y permaneceremos en vuestro poder hasta que se haya cumplido enteramente todo lo que se os prometa. Lo que inflama vuestro furor, oh mandurianos, añadió alzando la voz, es que las tropas de los cretenses se han apoderado de los pasos de las montañas por sorpresa, y que esto les facilita la entrada en el país adonde os habéis retirado por dejarles las orillas del mar, a pesar vuestro, siempre que lo intenten; y esos pasos que han fortificado con altas torres,

guarnecidas de soldados, son el verdadero móvil de la guerra. Respondedme: ¿hay otro alguno?

¡Qué no hemos hecho para evitar la guerra!, dijo a esta sazón el caudillo de los mandurianos adelantándose algunos pasos. Los dioses son testigos de que no hemos renunciado a la paz sino después de perdida la esperanza de ella, a causa de la inquieta ambición de los cretenses, e imposibilidad en que nos han puesto de fiarnos de sus juramentos. ¡Nación insensata que nos ha reducido a nuestro pesar a la dura necesidad de adoptar contra ella el partido de la desesperación, y de no poder hallar nuestra seguridad sino en su ruina! Mientras se conserven los pasos de las montañas, viviremos persuadidos de que quieren usurparnos nuestras tierras y reducirnos a esclavitud. Si fuese cierto que no piensan en otra cosa que en vivir en paz con sus vecinos, se contentarían con lo que les hemos cedido sin dificultad, y no se empeñarían en conservar las entradas en un país contra cuya independencia no formarían ningún proyecto ambicioso. Pero no los conocéis bien, ¡sabio anciano! Nosotros hemos llegado a conocerlos por desgracia. ¡Hombre favorecido por los dioses!, no retardéis esta guerra justa y necesaria, sin la cual jamás podrá la Hesperia prometerse una constante paz. ¡Nación ingrata, engañosa, cruel, que los dioses irritados han enviado para turbar nuestra paz y castigarnos de nuestros defectos! Mas después de habernos castigado nos vengaremos. ¡Oh dioses!, no seréis menos justos contra nuestros enemigos que contra nosotros.

Conmoviose toda la asamblea al escuchar estas palabras; y parecía que Marte y Belona corrían por entre las filas encendiendo en los corazones el furor de las lides que Méntor procuraba disipar. Volvió este a tomar la palabra y les dijo:

Si solo tuviese promesas que haceros, podríais negaros a confiar en ellas; pero os ofrezco cosas ciertas y presentes. Si no os satisface tenernos en rehenes a Telémaco y a mí, haré os den doce cretenses de los más valientes y nobles; pero es justo los deis también por vuestra parte, pues Idomeneo desea la paz sinceramente, la desea sin temor ni bajeza. La desea como vosotros decís haberla deseado; por prudencia, por moderación, no por apego a una vida muelle ni por flaqueza al considerar los peligros con que la guerra amenaza a los hombres. Está dispuesto a vencer o morir, aunque sin dejar de serle más agradable la paz que la mayor victoria. Se avergonzaría si temiese ser vencido; pero teme ser

injusto, y no se ruboriza de querer enmendar sus yerros. Os ofrece la paz con las armas en la mano; sin que aspire a proponeros las condiciones de ella con altivez, pues la desdeñaría si fuese forzada. Desea que todos queden contentos de ella, que ponga término a la rivalidad, sofoque los resentimientos, y cicatrice las llagas que abriera la desconfianza. En una palabra, las intenciones de Idomeneo son las que pudierais desear vosotros mismos, y solo se trata de convenceros de ello, lo cual no será difícil si queréis escucharme con calma y sin preocupación.

¡Pueblos valientes, oídme pues, y vosotros, prudentes caudillos, escuchad también lo que ofrezco a nombre de Idomeneo! No es justo que él entre en las tierras de sus vecinos, ni tampoco que estos puedan hacerlo en las suyas; y consiente en que los pasos que ha fortificado con torres elevadas, sean guardados por tropas neutrales. Néstor, Filoctetes, sois griegos, y sin embargo os habéis declarado contra Idomeneo en esta ocasión, de consiguiente no podéis ser sospechosos como demasiado afectos a sus intereses. Si lo que os mueve es el interés común de la paz y de la independencia de la Hesperia, sed depositarios y custodios de los pasos que promueven la guerra; pues no sois menos interesados en impedir que los antiguos pobladores de Hesperia destruyan a Salento, nueva colonia de griegos semejante a las que habéis fundado, que en no dar lugar a que Idomeneo usurpe los dominios de sus vecinos. Mantened el equilibrio entre los unos y los otros, y reservaos la gloria de ser jueces y medianeros en vez de llevar el hierro y el fuego al seno de un pueblo que debe seros caro. Me diréis que estas condiciones os parecerían ventajosas si pudieseis aseguráros de que las cumplirá Idomeneo de buena fe; mas voy a satisfaceros.

Hasta que se hayan depositado en vuestras manos todos los pasos fortificados, habrá para seguridad recíproca los rehenes que os he indicado; y cuando la salud de toda la Hesperia, la de Salento y la del mismo Idomeneo se halle en vuestras manos, ¿estaréis satisfechos? ¿De quién podréis desconfiar entonces? ¿Será de vosotros mismos? No os atrevéis a fiaros de Idomeneo, y este es tan incapaz de engañaros que quiere fiarse de vosotros. Sí, quiere confiaros el reposo, la vida, la independencia de su pueblo y la suya propia. Si es cierto que solo deseabais una paz ventajosa, ya la tenéis para quitaros todo pretexto de retroceder. Mas no imaginéis, vuelvo a decir, reduzca a Idomeneo el temor a haceros estas proposiciones: la prudencia, la justicia le empeñan en tomar este partido, sin el recelo de que atribuyáis a debilidad lo que es

efecto de virtud. Ciertamente cometió yerros en un principio; pero hoy fija su gloria en reconocerlos por medio de las ofertas con que se adelanta a vuestros deseos: y si bien el pretender ocultarlos aparentando sostenerlos con arrogancia y altivez es efecto de flaqueza y de vanidad, y de hallarse en ignorancia estúpida de los propios intereses; el que, por el contrario, los confiesa a su enemigo y ofrece repararlos, manifiesta la incapacidad de cometerlos de nuevo, y debe ser más temible a sus enemigos por su firmeza y prudencia si no lograrse la paz. Evitad llegue el caso de que os cause igual daño algún día; porque si rehusáis la paz y la justicia que se os presentan, una y otra serán vengadas, pues Idomeneo, que debía temer estuviesen los dioses irritados contra él, volverá su enojo contra vosotros. Pelearemos Telémaco y yo por la buena causa, y tomo por testigos de las justas proposiciones que acabo de hacerlos a todas las deidades del cielo y de los infiernos.

Al acabar de decir Méntor estas palabras alzó el brazo para enseñar a todos los confederados el ramo de oliva que llevaba en la mano como signo de paz. Los caudillos que más de cerca le miraban se llenaron de asombro al advertir el fuego divino que brillaba en sus ojos. Descubriéronse en él cierta majestad y autoridad superiores a cuanto se ve en los más poderosos mortales. Arrebatada les era el encanto de sus palabras insinuantes y enérgicas, semejantes a aquellas que en el profundo silencio de la noche detienen en medio del Olimpo el curso de la luna y de las estrellas, aplacan el agitado mar, imponen silencio a los vientos y a las olas, y suspenden las corrientes más rápidas.

Hallábase Méntor en medio de aquellos pueblos enfurecidos como Baco cuando rodeado de tigres olvidaban estos su fiereza y venían, movidos de su dulce voz, a lamerle la planta y sometérsele cariñosos. Al principio guardó profundo silencio todo el ejército: mirábase los caudillos, sin poder resistir a aquel hombre ni comprender quién fuese; e inmóviles los soldados tenían la vista fija en él. Ninguno osaba hablar, temiendo tuviese alguna cosa que decir todavía e impedir fuese oído; y aunque nada podía añadirse a cuanto había dicho, hubieran deseado todos hablase más largo tiempo. Conservaban en la memoria las palabras de Méntor, pues cuando hablaba se hacía querer y respetar; y permanecían todos como suspensos para no perder ninguna de las que pronunciaba su labio.

Por último, después de tan prolongado silencio se percibió un sordo rumor que fue extendiéndose poco a poco. Mas no era ya aquella confusa

gritería de los soldados que temblaban de indignación, sino un murmullo favorable. Descubriase ya en sus rostros cierta serenidad y blandura, y al parecer iban a caer las armas de las manos de los mandurianos, tan irritados antes. El feroz Falanto vio con sorpresa enternecidas sus entrañas, y los demás empezaron a suspirar por la dichosa paz que acababan de ofrecerles. Más sensible Filoctetes por la experiencia de sus infortunios, no supo contener sus lágrimas: y no pudiendo Néstor hablar, arrebatado por el discurso que acababa de pronunciar Méntor, le abrazó tiernamente: y todo el ejército a la vez, cual si hubiese sido esta la señal, comenzó a gritar diciendo: ¡Sabio anciano, tú nos desarmas! ¡La paz, la paz!

Intentó hablar Néstor un momento después; pero impacientes todas las tropas temieron quisiese oponer alguna dificultad, y volvieron de nuevo a gritar: ¡La paz, la paz!, sin que pudiese imponérseles silencio hasta que pronunciaron la misma voz todos los caudillos del ejército.

Conociendo Néstor no hallarse en estado de pronunciar un largo razonamiento, le dijo: Ya veis, Méntor, el efecto de la palabra del hombre honrado. Cuando hablan la virtud y la sabiduría, sofocan todas las pasiones. Los justos resentimientos se han trocado en amistad y en deseos de una paz duradera. Al tiempo que hablaba así Néstor, alzaron el brazo todos los caudillos en prueba de su consentimiento.

Dirigiose Méntor hacia las puertas de Salento para hacerlas abrir y para manifestar a Idomeneo saliese de la ciudad sin precaución alguna, y entretanto abrazaba Néstor a Telémaco diciéndole: Hijo el más amable del mayor sabio de la Grecia, ¡ojalá lo seáis cual él y más feliz! ¿Nada habéis sabido acerca de su destino? La memoria de un padre a quien sois tan semejante, ha contribuido a sofocar nuestra indignación.

Aunque feroz el carácter de Falanto, y a pesar de que jamás había visto a Ulises, no por ello dejaron de afectarle sus desgracias y las de su hijo; y cuando instaban a este para que refiriese sus aventuras, volvió Méntor en compañía de Idomeneo, seguidos de toda la juventud cretense.

Excitose de nuevo la ira de los confederados al ver a Idomeneo; mas las palabras de Méntor sofocaron aquel fuego que ya comenzaba a arder. ¿Qué tardamos, les dijo, en concluir esta alianza santa que protegerán los dioses sirviendo de testigos? Tomen ellos venganza del impío que ose quebrantarla, y en vez de afligir los estragos de la guerra a los pueblos

inocentes y fieles a ella, agobien al perjuro y execrable ambicioso que huelle los respetos sagrados de los derechos que establezca; detéstenle a un tiempo los dioses y los hombres; no goce jamás el fruto de su perfidia; vengan a excitar su rabia y desesperación las furias infernales, bajo figuras las más horribles y asquerosas; muera repentinamente y sin esperanza de sepultura; sea devorado su cuerpo por buitres y perros hambrientos; sea sumido en los infiernos en el más profundo abismo del Tártaro, atormentado perpetuamente con mayor rigor que Tántalo, Ixión y las Danaides. Pero no: más bien sea esta paz indestructible cual el elevado Atlas que sirve de apoyo a los cielos; que la respeten todas las naciones y gocen los frutos de ella de generación en generación; que el nombre de los que acaban de jurarla sea caro y venerable a sus últimos nietos; que esta paz, fundada en la justicia y buena fe, sirva de modelo a cuantas ajusten en lo sucesivo todas las naciones de la tierra; y por último, que los pueblos que aspiren a ser felices por medio de la unión fraternal, procuren imitar a los que habitan hoy la Hesperia.

Dichas estas palabras, juraron la paz bajo las condiciones convenidas Idomeneo y los otros reyes, dándose en rehenes doce individuos de cada parte. Quiso Telémaco ser uno de los que debían recibir los confederados; pero no pudieron estos consentir que lo fuese Méntor, por serles preferible permaneciera al lado de Idomeneo para que respondiese de la total ejecución de lo pactado. Inmolaron entre la ciudad y el campo de los confederados cien terneras blancas como la nieve, e igual número de toros del mismo color, cuyas astas estaban doradas y adornadas de flores. Resonaban hasta en las montañas más lejanas los bramidos espantosos de las víctimas que caían bajo la cuchilla sagrada: humeaba y corría por todas partes la sangre; y entre tanto se vertía con abundancia un exquisito vino para las libaciones. Consultaban los arúspices las entrañas aún palpitantes, y quemaban los sacerdotes sobre los altares el incienso que formaba una espesa nube, cuyo perfume se esparcía por toda la campiña.

Los soldados entre tanto no se miraban ya como enemigos; por el contrario, entreteníanse con la relación de sus aventuras. Reposaban de sus fatigas, y gustaban anticipadamente las delicias de la paz. Muchos de ellos que habían seguido a Idomeneo en el sitio de Troya, reconocieron a los de Néstor que pelearon en aquella guerra. Abrazábanse afectuosamente, y contábanse mutuamente cuanto les acaeciera después de arrasada aquella opulenta ciudad, emporio del Asia; y descansando sobre el matizado suelo, coronábanse de flores y bebían mezclados el vino

traído de la ciudad en grandes vasijas para celebrar tan feliz jornada.

Desde hoy, interrumpió Méntor dirigiendo su voz a los reyes y capitanes que se hallaban reunidos, desde hoy formaréis un solo pueblo, aunque con nombres diferentes y bajo caudillos diversos. Por este medio disponen los justos dioses, llenos de amor hacia el hombre a quien han formado, el vínculo eterno de su perfecta unión. El género humano es una familia sola, esparcida por la superficie de la tierra, y todos los pueblos hermanos, que deben amarse como tales. ¡Desgracias, desventuras sobre la cabeza del impío que busca la gloria a costa de la sangre de sus semejantes, que es la suya propia!

Necesaria es la guerra algunas veces, no hay duda; mas es oprobio para el género humano que se la considere inevitable en ciertas ocasiones. ¡Poderosos monarcas!, no digáis que debe desearse para adquirir gloria, porque esta si es verdadera no puede hallarse fuera de la humanidad. El que prefiera la suya a los sentimientos que aquella inspira, es un monstruo de orgullo a quien no debe llamarse hombre. Jamás alcanzará una gloria verdadera inseparable de la moderación y la bondad. Podrán lisonjearle para satisfacer su loca vanidad: sin embargo, cuando hablen de él en secreto, y quieran hacerlo con sinceridad, dirán: Tan indigno es de la gloria cuanto la busca injustamente. No merece la estimación de los hombres, pues los ha estimado tan poco prodigando su sangre impelido por la más insensata vanidad. Feliz el monarca que ama a sus vasallos y es amado de ellos; que se fía de sus vecinos e inspira a estos confianza; que en vez de hostilizarles impide se hostilicen, y que hace envidien todas las naciones extranjeras la fortuna que gozan sus vasallos con un rey semejante.

Cuidad de reuniros de tiempo en tiempo, vosotros que gobernáis las poderosas ciudades de Hesperia. Celebrad de tres en tres años un congreso general, en donde reunidos cuantos reyes os halláis presentes, sea renovada la alianza con nuevo juramento para consolidar la amistad prometida y deliberar sobre los intereses comunes. Mientras viváis unidos tendréis paz interior en este delicioso país, prosperaréis en la abundancia, y seréis fuera de él invencibles; porque únicamente la discordia, abortada por el infierno para atormentar al hombre insensato, puede turbar la dicha que os preparan los dioses.

La facilidad con que aceptamos la paz, respondió Néstor, debe convenceros de cuán distantes nos hallamos de apetecer la guerra por

vanagloria o injusta codicia de engrandecernos en perjuicio de nuestros vecinos. Mas ¿qué puede hacerse viviendo cerca de un príncipe violento que no conoce otra ley que su interés, y que no desperdicia ocasión alguna para invadir los demás estados? No penséis que hablo de Idomeneo: no, no pienso así de él; hablo de Adrasto, rey de los daunios, que a todos nos inspira temor. Desprecia a los dioses; juzga que el hombre existe solo para ensalzar su gloria por medio de la esclavitud; desdeña al vasallo si ha de ser a la vez padre y soberano de él, pues solo quiere esclavos y adoradores, de quienes se hace tributar homenajes propios de la divinidad. La ciega fortuna ha protegido hasta el día sus injustas empresas; y nos apresurábamos a atacar a Salento para deshacernos del enemigo más débil que comenzaba a establecerse en esta costa, a fin de dirigir en seguida nuestras armas contra el más poderoso que ha ocupado ya varias ciudades de nuestros aliados, y vencido en algunas batallas a los de Crotona. Hace Adrasto cuanto es posible para satisfacer su ambición: la violencia y el artificio, todo es para él igual con tal que destruya a sus enemigos. Ha logrado acumular grandes tesoros; se hallan disciplinadas y aguerridas sus tropas; experimentados sus capitanes: le sirven todos bien, y vela por sí mismo sin cesar sobre los que le obedecen: castiga severo las menores faltas, y recompensa con liberalidad los servicios que le hacen. Su valor alienta el de sus tropas, y sería un rey completo si la justicia y la buena fe sirviesen de regla a su conducta; mas ni teme a los dioses ni le inquieta el remordimiento de la conciencia. Considera la reputación como cosa inútil, mirándola cual un vano fantasma que solo debe contener a las almas débiles; siendo para él bienes sólidos y reales poseer grandes riquezas, inspirar temor, y hollar con su planta a todo el género humano. En breve se presentará su ejército en nuestros dominios, y si la unión de tantos pueblos no nos pone en estado de resistirle, desaparecerá toda esperanza de independencia. Interesa a Idomeneo como a nosotros oponerse a un rey que no puede tolerar viva independiente ningún pueblo vecino, porque si fuésemos vencidos, amenazaría igual desgracia a Salento: apresurémonos, pues, a evitarlo reunidos.

Hablando así Néstor se iban acercando a la ciudad, pues había rogado Idomeneo a los reyes y caudillos principales entrasen en ella para reposar aquella noche.

Libro XII

Pídele Néstor a Idomeneo que les ayude contra los daunios; pero Méntor, que quiere establecer el mejor orden en la ciudad y hacerla agricultora, les contenta con cien nobles cretenses capitaneados por Telémaco. Parten con efecto y empieza Méntor a realizar su proyecto por una exacta revista de la ciudad y del puerto: infórmase de todo: hace que Idomeneo establezca nuevas ordenanzas de policía y de comercio: que divida el pueblo en siete clases cuya jerarquía y nacimiento se distinga por la diversidad de los trajes, y hácele por último que modere el lujo y las artes inútiles para que sus artesanos se dediquen a la labranza.

El ejército confederado armaba las tiendas, estaba cubierta la campiña de ricos pabellones de toda clase de colores, donde se prometía hallar sueño benéfico el fatigado guerrero. Cuando entraron los reyes en la ciudad con su comitiva, se admiraron de que en tan corto tiempo se hubieran podido levantar tantos edificios magníficos, ni que la preocupación por la guerra hubiera impedido se embelleciese y creciese a la vez aquella ciudad naciente.

También excitó su admiración la sabiduría y vigilancia de Idomeneo, que había sabido fundar tan bello reino, y de ello deducían todos que ajustada la paz con él, serían muy poderosos los aliados si entrase en la liga contra Adrasto. Propusieronlo a Idomeneo, que no pudiendo desechar tan justa proposición, ofreció tropas.

Pero como no ignoraba Méntor cosa alguna de las que son necesarias para que florezca un estado, conoció no ser las fuerzas de Idomeneo tan grandes como parecían, y hablando a solas con él le dijo de esta suerte:

Ya veis no han sido inútiles mis cuidados: Salento está libre de las desgracias que le amenazaban. En vos solo consiste elevar su gloria hasta los cielos, igualando en el gobierno de vuestro pueblo al sabio Minos vuestro abuelo. Seguiré hablándoos con libertad, pues supongo lo queréis así y que detestáis la lisonja. Mientras que estos reyes ensalzaban vuestra magnificencia, consideraba yo la temeridad con que habéis procedido.

Al oír Idomeneo la palabra temeridad se alteró su rostro, se le turbó la vista, se estremeció, y faltó poco para que interrumpiese a Méntor manifestándole su resentimiento; mas este le dijo con modestia y respeto, pero con tono franco y atrevido:

Bien conozco que la palabra temeridad os ha causado extrañeza; cualquier otro que yo hubiera hecho mal en servirse de ella, porque es preciso respetar a los reyes y conducirse con delicadeza aun cuando se les reprenda, pues demasiado les hiere la verdad por sí misma sin añadir a ella palabras fuertes. He creído toleraríais que os hablase así para haceros conocer vuestro error. Mi objeto ha sido habituaros a oír dar a las cosas su verdadero nombre, y a comprender que cuando os den consejos acerca de vuestra conducta, jamás se atreverán a deciros lo que piensan; y si queréis no ser engañado, deberéis comprender siempre más de lo que os digan sobre aquello que os sea desventajoso. En cuanto a mí templaré las palabras según la necesidad; pero os es inútil que sin interés ni consecuencia os hablen con dureza en secreto. Ningún otro se atreverá a ello, y envuelta en bellos disfraces la verdad la veréis a medias.

He aquí, contestó Idomeneo, perdido ya el primer impulso de su enojo y avergonzado al parecer de su delicadeza, lo que puede la costumbre de ser adulado. Os debo la salud de mi nuevo reino, y no hay verdad alguna que no me crea dichoso al escucharla de vuestro labio; pero compadeced a un rey emponzoñado por la lisonja, y que ni aun en la desgracia ha podido hallar hombres generosos que le digan la verdad. No: jamás encontré quien me amase bastante para desagradarme diciéndome la verdad desnuda.

Al decir estas palabras abrazaba afectuosamente a Méntor, y humedecían las lágrimas sus ojos. Con dolor, le contestó el sabio anciano, me veo obligado a deciros cosas duras; ¿mas puedo engañaros ocultándoos la verdad? Poneos en mi lugar. Si fuisteis engañado hasta ahora, habéis querido serlo, temiendo a los consejeros demasiado sinceros. ¿Habéis buscado acaso a los hombres más desinteresados y capaces de contradeciros? ¿Cuidasteis de oír a los menos solícitos de agradaros, a los más imparciales en su conducta, a los más capaces, en fin, de condenar vuestras pasiones e injustos sentimientos? Cuando hallasteis al lisonjero, ¿le habéis huido?, ¿habéis desconfiado de él? No, no: sin duda no habéis hecho lo que aquellos que aman la verdad y son dignos de conocerla. Veamos ahora qué haréis al veros humillado por la verdad que os condena.

Decía, pues, que lo que tanto elogian en vos, merece ser vituperado; porque mientras teníais tantos enemigos exteriores que amenazaban vuestro reino, apenas empezado a fundar, solo os ocupabais de lo interior de la nueva ciudad, elevando edificios magníficos. Esto es lo que os ha costado tantas vigiliias como habéis confesado vos mismo. Habéis agotado vuestras riquezas sin cuidar del aumento de la población y cultivo de las tierras fértiles de esta costa. ¿No era preciso considerar como los dos fundamentos esenciales de vuestra pujanza el tener muchos hombres buenos, y tierras bien cultivadas para alimentarlos? Requeríase para ello una larga paz a los principios para favorecer la multiplicación de brazos: debíais ceñiros al fomento de la agricultura y al establecimiento de sabias leyes: pero la ambición os ha arrastrado hasta el borde del precipicio, y esforzándoos para aparecer grande, habéis arriesgado vuestra verdadera grandeza. Apresuraos a enmendar los yerros: suspended todas esas grandes obras: renunciad al lujo que arruinará a esta nueva ciudad: dejad respire en la paz vuestro pueblo: dedicaos a proporcionar la abundancia para facilitar los matrimonios. Sabed que en tanto seréis rey en cuanto tengáis pueblos que gobernar, y que vuestro poder debe medirse no por la extensión de las tierras que ocupéis, sino por el número de hombres que las habiten y estén obligados a obedeceros. Poseed un país bueno aunque de mediana extensión: pobladlo con brazos innumerables, laboriosos e instruidos: procurad que os amen; y por tales medios seréis más poderoso, más feliz y mayor vuestra gloria que la de todos los conquistadores que asolan tantos reinos y provincias.

¿Qué haré, pues, con estos reyes?, contestó Idomeneo: ¿les confesaré mi debilidad? Cierto es que he descuidado la agricultura, y aun el comercio tan fácil en esta costa, ocupado únicamente en edificar una ciudad opulenta. ¿Será preciso, mi querido Méntor, llenarme de oprobio haciendo ver mi imprudencia a tantos monarcas reunidos? Si es preciso, quiero hacerlo: lo haré sin dudar por más que pueda serme sensible; porque me habéis hecho ver que el buen rey que se consagra al bien de sus pueblos debe preferir la salud del reino a su propia fama.

Dignos son esos sentimientos de un monarca padre de su pueblo, replicó Méntor: en esa bondad, no en la magnificencia vana de Salento, reconozco en vuestro corazón el de un verdadero rey; mas preciso es atender a vuestro honor por el interés del reino. Dejadme obrar: yo haré entiendan estos monarcas que os halláis empeñado en restablecer a

Ulises, si aun existe, o al menos a su hijo en el trono de Ítaca, y que pretendéis arrojar por fuerza de aquella isla a los amantes de Penélope. Comprenderán sin dificultad que esta empresa exige tropas numerosas, y consentirán en que les deis un corto auxilio contra los daunios.

Conocéis, caro amigo, mi honor, y la reputación de esta ciudad naciente, cuya debilidad ocultaréis a todos mis vecinos, replicó Idomeneo, aliviado al parecer de la pena que oprimía su corazón. ¿Pero qué apariencia de verdad puede tener el decir que quiero enviar mis tropas a Ítaca para restablecer en el trono a Ulises o a su hijo Telémaco, mientras que este se compromete a ir con ellos a la guerra contra los daunios?

Nada os inquiete, replicó Méntor: solo diré lo que sea cierto. Los bajeles que enviéis para establecer vuestro comercio, irán a las costas del Epiro y harán dos cosas a un tiempo: llamar a las vuestras a los mercaderes extranjeros a quienes alejan de Salento excesivos impuestos, y procurar nuevas de Ulises. Si existe, no debe distar mucho de estos mares que separan la Grecia de la Italia, pues aseguran haberle visto en Feacia; y aun cuando ninguna esperanza nos quedase de hallarle, harían vuestros bajeles a su hijo un señalado servicio, pues esparcirían en Ítaca y en todos los países vecinos el terror del nombre del joven Telémaco, a quien creen muerto como a Ulises. Los amantes de Penélope se llenarán de sorpresa cuando sepan que puede regresar Telémaco sin dilación con el auxilio de un aliado poderoso: recibirá consuelo aquella, y se negará a elegir nuevo esposo: los de Ítaca no se atreverán a sacudir el yugo de su actual dominación; y de esta manera os ocuparéis en beneficio de Telémaco, mientras lo está él con los aliados en la guerra contra los daunios.

¡Feliz el monarca que encuentra el auxilio de prudentes consejos!, exclamó Idomeneo. El amigo sabio y leal presta mayores utilidades a un rey que los ejércitos victoriosos. ¡Pero más feliz todavía el que conoce su dicha y sabe aprovecharse de ella haciendo buen uso de los consejos acertados! Porque ocurre muchas veces que alejan de su confianza a los hombres sabios y virtuosos, cuyo mérito les inspira temor, para dar oídos a los lisonjeros cuya traición no temen. Yo cometí este error, y os referiré todas las desgracias que he sufrido por un falso amigo que lisonjeaba mis pasiones con la esperanza de que protegiese las suyas.

Fácilmente persuadió Méntor a los reyes confederados debía cuidar Idomeneo de restablecer a Telémaco en Ítaca, mientras que este les acompañaba; y se contentaron con llevarle en su ejército a la cabeza de

cien jóvenes cretenses, que era la flor de la nobleza venida con este rey desde Creta. Habíalo aconsejado así Méntor a Idomeneo, diciéndole: Durante la paz debe cuidarse de multiplicar la población; pero enviarse a las guerras extranjeras a los jóvenes nobles para evitar que la nación se afemine y llegue a ignorar el arte de la guerra. Esto basta para mantener en toda ella cierta emulación de gloria en la inclinación a las armas; desprecio de las fatigas y aun de la muerte: y por último, la experiencia del arte militar.

Partieron de Salento los reyes confederados satisfechos de Idomeneo, encantados de la sabiduría de Méntor, y llenos de gozo por llevar en su compañía al joven Telémaco, que no pudo sofocar los efectos de su dolor al separarse de su amigo. Mientras que aquellos se despedían de Idomeneo y le juraban una eterna alianza, abrazaba Méntor a Telémaco anegado en lágrimas. Soy insensible, decía este, al júbilo que debía inspirarme el correr a la gloria; solo experimento el dolor de dejaros. Paréceme que vuelvo a padecer el infortunio que me hicieron sufrir los egipcios, arrebatándome de vuestros brazos y privándome hasta de la esperanza de volveros a ver.

Bien diferente es esta separación, replicó Méntor con afabilidad para consolar a Telémaco; porque es voluntaria, será de corta duración, y corréis a la victoria. Vuestro amor hacia mí debe ser más animoso y menos tierno: acostumbraos a la ausencia, hijo querido: no siempre viviré con vos; y es preciso que la prudencia y la virtud os conduzcan más bien que mi presencia.

Al decir estas palabras Méntor, bajo cuya figura se ocultaba la diosa, cubría esta a Telémaco con su égida, y derramaba sobre él el espíritu de la sabiduría y de la previsión, el valor intrépido y la moderación, que rara vez se hallan reunidos.

Corred, le decía, a los mayores peligros, siempre que sea útil arrostrarlos; porque más deshonra a un príncipe evitarlos en los combates que no ir jamás a la guerra, y no debe ser dudoso al soldado el valor de su caudillo. Si es necesario a un pueblo conservar los días del monarca, lo es todavía mucho más que nunca sea dudosa la reputación del valor de este. Acordaos de que el que manda debe dar ejemplo a los que obedecen, para animar a todo el ejército. No temáis ningún peligro, y pereced en la lid antes de que se dude de vuestro valor; porque los aduladores que más se esfuerzan a alejaros del riesgo, serán los primeros que dirán en secreto

que sois flaco de corazón, si lo logran con facilidad.

Mas no busquéis los peligros sin utilidad; porque el valor no es virtud cuando no le dirige la prudencia, sino desprecio insensato de la vida y ardor brutal: el valor arrebatado nada tiene de seguro. El que no se domina en las ocasiones de peligro, es más fogoso que valiente, y debe estar fuera de sí para ser superior al temor; porque no puede vencerle cuando su corazón se halla en el estado natural que si no le inclina a huir, le sobresalta al menos haciéndole perder la libertad del ánimo que necesitaría para dictar órdenes acertadas, aprovechar las ocasiones, destruir a sus enemigos y servir a la patria. Posee el ardor de un guerrero, pero no el discernimiento de un caudillo; y aun le falta el verdadero valor del simple soldado, porque este debe conservar en la pelea la serenidad y moderación necesarias para obedecer. El que se expone temerariamente, turba el orden y disciplina militar, presentando un ejemplo de temeridad que expone muchas veces a grandes desgracias todo un ejército; y los que prefieren la vana ambición al interés de la causa común, merecen castigos en vez de recompensas.

Guardaos bien, hijo querido, de buscar con impaciencia la gloria; porque el verdadero medio de hallarla es aguardar tranquilamente la ocasión de alcanzarla. La virtud se hace más digna de respeto cuando es más sencilla, más modesta y más enemiga del fasto; y a medida que crece la necesidad de arrostrar el peligro, deben aumentar siempre los auxilios de la previsión y del valor. Por lo demás, acordaos de que es preciso no excitar la envidia, y no seáis por vuestra parte rival de la prosperidad de ninguno: load siempre al que merezca elogio; pero con discernimiento, diciendo lo bueno complacido, y ocultando lo malo condoliéndoos de ello.

Nunca decidáis en presencia de esos caudillos ancianos y llenos de una experiencia que os falta: escuchadlos con deferencia: consultad con ellos: rogad a los más consumados que os instruyan, y no os avergoncéis de atribuir a sus instrucciones vuestros mejores hechos. Por último, jamás deis oídos a los que intenten excitar vuestra desconfianza y rivalidad contra los otros jefes: habladles con ingenuidad y confianza, y si creéis que os han faltado, descubridles vuestro corazón, explicadle vuestras razones. Si son capaces de conocer la nobleza de semejante conducta, obtendréis su estimación y lograréis de ellos lo que deseaseis; y si, por el contrario, desconociesen vuestros sentimientos, penetraréis por vos mismo la injusticia que debéis soportar, adoptaréis medidas prudentes

para no comprometeros mientras dure la guerra, y de nada tendréis que arrepentiros. Pero sobre todo nunca digáis los motivos de queja que creáis tener contra los caudillos del ejército a aquellos aduladores que se ocupan en sembrar la discordia entre los que obedecen.

Yo permaneceré aquí para auxiliar a Idomeneo en la necesidad en que se halla de ocuparse en beneficio de su pueblo, y para hacerle enmendar los yerros a que le ha arrastrado el mal consejo de la adulación al establecer su nuevo reino.

No pudo dejar Telémaco de manifestar su sorpresa y desprecio acerca de la conducta de Idomeneo; mas replicole Méntor con severidad: ¿Os maravilláis, le dijo, de que obren como hombres los más dignos de estimación, y aun de que manifiesten debilidades propias de la humanidad en medio de los escollos innumerables e inseparables de la dignidad real? Cierto es que Idomeneo ha sido educado en el fasto y la altivez; ¿pero qué filósofo podría encontrar defensa contra la adulación si hubiese ocupado su lugar? Sin duda se ha dejado convencer por los que obtuvieron su confianza; pero los reyes más sabios son engañados muchas veces por más precauciones que tomen para evitarlo, porque un monarca no puede pasar sin ministros que le alivien y de quienes se fíe, pues le es imposible hacerlo todo por sí. Además los reyes conocen con mayor dificultad que los demás hombres a aquellos que les rodean, porque en su presencia están siempre enmascarados, y emplean toda clase de artificios para engañarles. ¡Ah, demasiado lo experimentaréis, Telémaco! No se encuentran en los hombres las virtudes y los talentos que se buscan; y aunque es bueno estudiarlos para penetrar en sus corazones, cométense yerros cada día, y jamás se logra sean mejores como lo exige la utilidad pública. Todos son obstinados y rivales, y ni llega a persuadírselos ni se les corrige con facilidad.

Cuanto es mayor el número de pueblos que hay que gobernar, debe serlo el de los ministros que hagan lo que el monarca no puede hacer por sí mismo, y de consiguiente más necesidad tienen de hombres en quienes depositar la autoridad, y mayor también el peligro de engañarse en la elección. Critica hoy sin piedad a los reyes quien, si reinase mañana, reinaría peor que ellos y cometería los mismos yerros u otros infinitamente mayores; porque la condición del hombre privado, si reúne facilidad para hablar bien, oculta los defectos naturales, realza los talentos y aparece digno de todos los empleos de que se ve distante, pues sola la autoridad

sujeta la capacidad del entendimiento a una prueba difícil que pone de manifiesto grandes defectos.

El poder es semejante al vidrio que aumenta los objetos. En los empleos elevados aparecen mayores los defectos, y de grande consecuencia las cosas más pequeñas; y las menores faltas tienen repercusiones violentas. Ocúpase el mundo entero en observar incesantemente a un hombre solo y en juzgarle con el mayor rigor, mientras que al hacerlo carecen de experiencia acerca del estado en que se halla, y sin conocer las dificultades desconocen también que es hombre, según exigen sea perfecto. Por bueno y sabio que sea un rey, al fin es hombre; su talento y su virtud tienen límites. No siempre puede reprimir los hábitos, el genio y las pasiones: hállase rodeado de personas interesadas y artificiosas, y no encuentra los auxilios que procura: padece cada día algún error, arrastrado ora por sus pasiones, ora por las de sus ministros; y apenas ha enmendado uno cuando vuelve a caer en otro. Tal es la condición de los reyes más ilustrados y virtuosos.

Los reinados mejores y de mayor duración son demasiado cortos e imperfectos para enmendar en su último período lo que involuntariamente erraron al principio. Acompañan a la diadema todas las miserias, y la impotencia humana sucumbe al enorme peso de ellas; así que es preciso compadecer y disculpar a los reyes. ¿No son dignos de compasión por tener que gobernar a tantos hombres, cuyas necesidades son infinitas, y que dan tantos sinsabores a los que intentan gobernarles bien? Hablando francamente puede decirse que los hombres merecen compasión, porque debe gobernarlos un rey, que es hombre como ellos; pues para dirigirlos sería preciso un dios. Pero también son dignos de ella los reyes por ser hombres; es decir, débiles e imperfectos, si se considera que han de gobernar a la innumerable multitud de seres corrompidos y engañosos.

Idomeneo perdió por culpa suya el reino de sus progenitores en Creta, respondió con viveza Telémaco; y sin vuestros consejos hubiera perdido otro en Salento. Confieso, replicó Méntor, que ha padecido grandes errores; pero buscad en Grecia y en los países más civilizados un rey que no los haya cometido indisculpables. El hombre más grande tiene en su temperamento y en su carácter defectos que le arrastran, y los más dignos de elogio son aquellos que poseen bastante valor para conocer y reparar sus extravíos. ¿Pensáis que Ulises, el grande Ulises vuestro padre, modelo de todos los reyes de Grecia, no tiene también sus debilidades y

defectos? ¡Cuántas veces hubiera sucumbido a los peligros y dificultades que le ha presentado la fortuna si no le hubiese conducido Minerva paso a paso! ¡Qué de veces le ha detenido o guiado para conducirle siempre a la gloria por el camino de la virtud! No esperéis hallarle sin imperfección cuando le veáis reinar lleno de gloria en Ítaca: le veréis sin duda. Grecia, Asia y todas las islas le han admirado a pesar de sus defectos, que han realzado mil cualidades maravillosas. Demasiado feliz seréis en poderle admirar también, y en estudiarle sin cesar como el modelo que debéis seguir.

Telémaco, acostumbraos a no esperar de los hombres más grandes otra cosa que lo que puede hacer la humanidad. La inexperta juventud se entrega a una crítica presuntuosa, que le hace ver con disgusto los modelos que le es preciso seguir, y que le conducen a una indocilidad incurable. No solamente debéis amar, respetar, imitar a Ulises por más que no sea perfecto; sino estimar en mucho a Idomeneo, a pesar de lo que he reprendido en él, porque es naturalmente sincero, recto, equitativo, liberal, benéfico y perfecto su valor: detesta el fraude cuando le conoce, y sigue libremente las inclinaciones de su corazón. Sus talentos son proporcionados al lugar que ocupa. La ingenuidad con que confiesa su error, su dulzura, sufrimiento para permitir le diga las cosas más desagradables, el valor con que enmienda públicamente sus yerros, y se hace superior a la crítica humana, manifiestan un alma verdaderamente grande. La fortuna o el consejo de otro pueden preservar de ciertos errores al hombre de mediana capacidad; mas solo una virtud extraordinaria alcanza a empeñar a un rey, largo tiempo seducido por la adulación, a que repare los yerros que haya padecido; y es mucho más glorioso levantarse de este modo que no haber caído jamás.

Ha padecido Idomeneo errores en que inciden casi todos los reyes; pero es muy raro el que procura enmendarlos, y no podía yo dejar de admirarle cuando me permitía contradecirle. Admiradle vos también, querido Telémaco: por utilidad vuestra, más bien que por su reputación, os doy este consejo.

De este modo hizo conocer Méntor a Telémaco el peligro de ser injustos, dejándose llevar a una crítica rigurosa contra los demás hombres, y sobre todo contra aquellos que tienen que vencer las dificultades del gobierno; y en seguida le dijo: Tiempo es de que partáis: adiós. Yo os aguardaré, caro Telémaco. No olvidéis que el que teme a los dioses nada tiene que temer

de los hombres. Os veréis en los mayores peligros; pero sabed que Minerva no os abandonará.

Al oír Telémaco estas palabras juzgó hallarse en presencia de la diosa; y aun hubiera creído ser ella quien las decía para inspirarle confianza, si no le hubiese recordado la idea de Méntor añadiendo: No olvidéis, oh hijo mío, la solicitud con que os he cuidado durante la infancia para haceros sabio y valeroso como Ulises. Nada hagáis que no sea digno de los grandes ejemplos que os ha dado, y de las máximas de virtud que he procurado inspiraros.

Ya el sol comenzaba a elevarse y doraba las altas cimas de las montañas, cuando salieron de Salento los reyes confederados para reunirse con sus tropas, que acampadas alrededor de la ciudad se pusieron en marcha bajo sus órdenes. Relucía por todas partes el hierro de las agudas picas, ofuscaba la vista el brillo de los escudos, y se elevaba hasta las nubes un torbellino de polvo. Acompañáronles Idomeneo y Méntor hasta el campo, y se alejaron de los muros de la ciudad. Por último, se separaron después de haberse dado mutuas pruebas de verdadera amistad; sin que dudasen sería durable la paz luego que conocieron el bondadoso corazón de Idomeneo, que les habían pintado muy diferente de lo que era, sin duda juzgando de él no por sus sentimientos, sino por los consejos lisonjeros e injustos a que había dado oídos.

Después de la marcha del ejército condujo Idomeneo a Méntor a todos los barrios de la ciudad. Veamos, decía este, cuántos habitantes existen en ella y su campiña: enumerémoslos para saber cuántos labradores hay, y lo que produce la tierra de trigo, vino, aceite y otras especies, para deducir si basta a alimentarlos, y si puede hacerse un comercio útil de lo superfluo con los extranjeros. Examinemos también el número de bajeles y marineros para formar juicio de vuestras fuerzas. En efecto, visitó el puerto y las naves, informándose acerca de los países adonde navegaban para comerciar, en qué mercancías traficaban para la exportación e importación, gastos de viaje, anticipos que mutuamente se hacían los traficantes y sociedades que formaban, con el objeto de averiguar si eran equitativas y las observaban con fidelidad; y por último, el riesgo de los naufragios y de otras desgracias propias del comercio, para evitar la ruina de los mercaderes, que alucinados con la ganancia emprenden lo que es superior a sus fuerzas.

Manifestó su deseo de que fuesen castigadas con severidad las quiebras,

porque las que no adolecen de mala fe son casi siempre efecto de la temeridad; dictando al mismo tiempo reglas para evitarlas. Estableció magistrados a quienes diesen cuenta los negociantes de los efectos, beneficios y gastos de las empresas; y no se les permitió arriesgar capitales ajenos ni más de la mitad de los suyos. Hacían las empresas por compañías cuando no podían verificarlo por sí solos; y el método de estas era inviolable por el rigor de las penas impuestas a los que faltaran a ellas, y absoluta la libertad del comercio, pues lejos de gravarlo con impuestos, se ofrecían recompensas a los que atrajesen al puerto de Salento traficantes de cualquiera otra nación.

Por este medio corrieron en breve a Salento muchos pobladores. Su comercio era semejante al flujo y reflujo de las aguas del océano, acumulándose en la ciudad las riquezas cual se suceden incesantes sus olas. Era libre la entrada y salida de toda clase de géneros; y tan útiles los que se introducían como los que se exportaban, dejaban unos y otros beneficio en Salento. En su puerto presidía la más recta justicia a cuantas naciones concurrían a él; y la sinceridad, el candor y la buena fe llamaban al parecer desde aquellas elevadas torres a los negociantes de los países más lejanos: viviendo con toda seguridad en Salento como en su propia patria los que, ora venían de las playas de oriente donde sale el sol cada día del fondo de las aguas, ora del vasto mar en donde cansado de su carrera este astro benéfico, apaga sus abrasados rayos.

En lo interior de la ciudad visitó los almacenes, tiendas de artesanos y todas las plazas públicas. Prohibió a los mercaderes extranjeros que introdujesen efectos de lujo para no alentar la molición. Ordenó los trajes, alimentos, muebles, capacidad y adorno de las casas para cada clase de habitantes. Proscribió todo adorno de oro y plata, diciendo a Idomeneo: Solo hallo un medio para que sea este pueblo moderado en sus gastos, y es que vos le deis ejemplo. En vuestra exterioridad debe resplandecer cierto aspecto de majestad; mas vuestro poder se señalará sobradamente por las guardias y ministros principales que os acompañen. Contentaos con un traje de lana muy fina teñida de púrpura: vistan igual tela los primeros personajes del estado, sin otra diferencia que el color y la sencillez de la bordadura de oro que llevaréis al extremo del vuestro; y la variedad de colores servirá para distinguir la diferencia de condiciones sin necesidad de oro, plata ni pedrerías.

Arreglad las clases por el nacimiento. Colocad en la primera a aquellos

cuya nobleza sea más antigua y opulenta. Los que tengan mérito y autoridad se hallarán bastante satisfechos al verse postergados a aquellas antiguas e ilustres familias que viven en la dilatada posesión de las primeras honras; y los que no les igualen en nobleza cederán sin dificultad, con tal que no les habituéis a desconocer su origen en una fortuna súbita, y dispenséis elogios a la moderación de los que sean modestos en la prosperidad, sirviéndoos de regla invariable que la distinción menos expuesta a los tiros de la envidia es aquella que proviene de una serie dilatada de ascendientes.

También será ejercitada la virtud, y hallará el estado quien le sirva solícito, si concedéis coronas y estatuas como recompensa de las buenas acciones, y señaláis este principio de nobleza para los hijos de aquellos que las ejecuten.

Las personas de mayor jerarquía vestirán de blanco con una franja de oro en la parte inferior del vestido, adornará su dedo un anillo de oro, y llevarán pendiente del cuello una medalla del mismo metal con vuestra efigie. Los de la jerarquía inmediata vestirán de azul con la franja de plata y el mismo anillo, pero sin la medalla: los de la siguiente de verde sin franja ni anillo, pero con la medalla de plata: los de la cuarta de amarillo: de color de rosa los de la quinta: del de flor de lino los de la sexta; y los de la séptima, compuesta de la plebe, del blanco y amarillo mezclados.

Los esclavos de las siete clases enumeradas usarán el color de ceniza oscuro, y de esta manera se distinguirá cada uno según su condición respectiva, desterrándose de Salento las artes todas que se dirigen a fomentar el lujo; y los que hoy se emplean en ellas, se dedicarán al escaso número de las necesarias, o bien a la agricultura o al comercio. Pero no se permitirá jamás ninguna alteración en la clase de telas ni en la hechura de los vestidos; porque es indigno de los hombres destinados a una vida seria y noble entretenerse en inventar adornos afectados, y también el que lo permitan a sus esposas a quienes sería menos vergonzoso caer en semejantes excesos.

Imitando Méntor al diestro jardinero que corta del árbol la madera inútil, procuraba evitar el lujo que corrompe las costumbres, estableciendo en todo la frugalidad y sencillez. Ordenó al mismo tiempo los alimentos que debían usar los ciudadanos y los esclavos. ¡Qué oprobio es, decía, haga consistir su grandeza el hombre de más elevada clase en los manjares que debilitan el alma y arruinan insensiblemente la salud del cuerpo!

Deberían cifrar su dicha en la moderación, en la posibilidad que tienen de hacer bien a sus semejantes, y en la reputación de las buenas acciones. La sobriedad halla sabrosos los alimentos más simples, conserva la robustez, y proporciona los placeres puros y constantes. Es necesario, pues, limitéis vuestros alimentos a los mejores; pero preparados sin ningún aderezo, porque es un arte para emponzoñar a los hombres excitar su apetito más allá de la verdadera necesidad.

Conoció Idomeneo haber obrado mal dejando corromper las costumbres de los habitantes de Salento, con infracción de las leyes dictadas por Minos acerca de la sobriedad; pero le hizo advertir Méntor que hasta las leyes, aunque renovadas, serían inútiles si el ejemplo del rey no les daba la autoridad que no podían adquirir de otro modo. Reformó Idomeneo su mesa sin dilación, admitiendo solo en ella el pan exquisito, el vino del país, que es agradable en extremo, pero en corta cantidad, y algunos manjares sencillos, a imitación de lo que hicieron los demás griegos durante el sitio de Troya; y nadie osó quejarse de una ley que el monarca se imponía a sí mismo, corrigiéndose todos de la profusión que comenzaba a advertirse en las mesas.

Proscribió en seguida Méntor la música tierna y afeminada, que corrompe a la juventud, y condenó con igual severidad la que embriaga no menos que el vino, excitando a la impudencia y liviandad, circunscribiéndola a las fiestas de los templos para cantar las alabanzas de los dioses y de los héroes que dieran ejemplos de las más señaladas virtudes. Tampoco permitió, sino en los templos, las columnas, medallones, pórticos y demás adornos de arquitectura, dictando modelos con sencillez y elegancia para edificar en corto espacio casas cómodas y alegres, capaces de numerosas familias; de forma que convertidas a un aspecto sano, fuesen las habitaciones separadas unas de otras, conservando con facilidad el orden y el aseo sin grandes desembolsos.

Procuró que todas las casas de alguna consideración tuviesen un salón y un pequeño peristilo con aposentos reducidos para las personas libres; mas prohibió severamente la superfluidad y magnificencia. Estos diferentes modelos, proporcionados al número de cada familia, sirvieron para hermohear una parte de la ciudad, y para darle regularidad sin crecidas expensas; mientras que la otra parte de ella, edificada según el capricho y fasto de los particulares, era menos agradable y cómoda a pesar de su magnificencia. Aquella parte de la ciudad fue acabada en poco

tiempo, porque la costa inmediata de la Grecia suministró buenos arquitectos, y se trajeron del Epiro y de otros países gran número de operarios, con la condición de que después de acabar su trabajo se establecerían en las inmediaciones de Salento, y se les adjudicarían terrenos para ponerlos en cultivo y poblar la campiña.

Parecióle a Méntor la pintura y la escultura artes que no debían abandonarse; pero sin permitir se dedicasen muchos a ellas dentro de la ciudad. Estableció una escuela presidida por profesores de gusto exquisito que examinasen a los alumnos. Nada indigno o mediano, decía, debe permitirse en estas artes que no son absolutamente necesarias. Por lo mismo dedíquense a ellas los jóvenes cuyo genio prometa mucho y tiendan a la perfección: los demás han nacido para las artes menos nobles, y han de ser empleados con mayor utilidad en las necesidades ordinarias de la república. Empléense en buen hora los escultores y pintores en conservar la memoria de los hombres grandes y de los memorables hechos: en los edificios públicos o en los sepulcros ha de transmitirse el recuerdo de lo que se obró por una virtud extraordinaria, o para utilidad de la patria.

Pero la moderación y frugalidad de Méntor no impidieron autorizase los grandes edificios destinados a las carreras de carros y caballos, a los combates de la lucha y del cesto, y de todos los que ejercitan el cuerpo para hacerle más ágil y vigoroso.

Expelió un considerable número de mercaderes que vendían varias telas de países lejanos, bordaduras de alto precio, vasijas de oro y plata con efigies de dioses, de hombres y de animales, y por último aguas de olor y perfumes; y aun quiso que los muebles fueran sencillos y contruidos de manera que durasen largo tiempo: de modo que los salentinos que se lamentaban de su pobreza, comenzaron a experimentar las muchas riquezas superfluas que conocían; pero riquezas engañosas que les empobrecían, haciéndose efectivamente ricos a medida que tenían valor para desprenderse de ellas. Despreciar tales riquezas, se decían unos a otros, es enriquecerse, porque agotan el estado: disminuyamos, pues, nuestras necesidades reduciéndolas a las que establece la naturaleza como verdaderas.

Reconoció sin dilación los arsenales y almacenes para cerciorarse de si se hallaban en buen estado las armas y lo demás necesario para la guerra; porque siempre, decía, se debe estar en disposición de emprenderla para

no verse nunca reducidos a la desgracia de soportarla. Halló faltaban muchas cosas, y al momento reunió a los operarios para que labrasen el hierro, acero y alambre. Veíanse fraguas encendidas, y torbellinos de humo y de llamas semejantes al fuego subterráneo que vomita el monte Etna: estremecíase el yunque a los repetidos golpes del martillo, que resonaban en las playas y montañas vecinas; de modo que podía creerse estar en aquella isla en donde, animando Vulcano a los cíclopes, forja rayos para el padre de los dioses: esta sabia previsión producía que en el seno de la paz se viesen los preparativos de la guerra.

En seguida salió Méntor de la ciudad con Idomeneo, y halló incultas grandes porciones de tierras fértiles, mal cultivadas otras por el descuido y miseria de los labradores que carecían de brazos para el cultivo, y también de valor y fuerzas para perfeccionar la agricultura; y viendo Méntor desolada aquella campiña, dijo al rey: Aquí está dispuesta la tierra a enriquecer a los habitantes; mas no hay número suficiente de estos. Hagamos cultivar estas llanuras y colinas a los muchos artesanos que existen en la ciudad, y cuya industria sirve únicamente para corromper las costumbres. Verdaderamente es una desgracia que estos hombres dedicados a las artes no estén ejercitados en el trabajo, porque aquellas requieren una vida sedentaria; pero he aquí los medios de remediarlo. Dividiremos entre ellos los terrenos incultos, y llamaremos en su auxilio a los pueblos vecinos, que bajo su dirección harán los más penosos trabajos, si se les ofrecen recompensas proporcionadas con los frutos de las tierras que cultiven, permitiéndoles poseer parte de ellas, incorporándose por este medio a vuestro pueblo que todavía no es bastante numeroso; y con tal que sean laboriosos y dóciles a las leyes, no tendréis mejores vasallos, y acrecentarán vuestro poder. Los artesanos de la ciudad transportados al campo educarán a sus hijos habituándoles al trabajo e inclinándoles a la vida campestre. Además, todos los operarios extranjeros que trabajen en edificar la ciudad se obligarán a desbrozar cierta porción de tierra y también a cultivarla: agregadlos a vuestro pueblo luego que hayan acabado su trabajo, pues se complacerán en pasar sus vidas bajo la dominación que hoy es tan suave. Como son robustos y laboriosos, servirá su ejemplo para excitar al trabajo a los que hayan salido de la ciudad, con quienes se mezclarán, y en lo sucesivo se verá poblado todo el país por familias robustas y dedicadas a la labranza.

No os desveléis por el aumento de la población: en breve será innumerable si facilitáis los matrimonios. Los medios no ofrecen dificultad.

Casi todos los hombres tienen inclinación a él, y solo la miseria les impide realizarlo: si los libertáis de impuestos, vivirán sin grande trabajo con sus hijos y esposas; pues jamás fue ingrata la tierra: alimenta siempre con sus frutos a los que la cultivan cuidadosamente, sin negar sus beneficios más que a aquellos que se desdeñan de emplear en ella su trabajo. Cuanto mayor es el número de hijos de un labrador, lo es también su riqueza si el príncipe no los empobrece, porque desde la infancia comienzan todos ellos a serle útiles. Apacenta el menor los carneros; los de más edad conducen ya los rebaños, y los mayores trabajan al lado de su padre. Entre tanto prepara la madre una comida sencilla para el esposo y los queridos hijos, que deberán regresar fatigados del trabajo del día: cuida de ordeñar las vacas y ovejas, y se ven correr ríos de leche: enciende un gran fuego, a cuyo derredor se entretiene en cantar durante la noche toda la familia inocente y pacífica mientras llega la hora de entregarse al sueño; y prepara también el queso, la castaña y las frutas conservadas con tanta frescura como si acabase de cogerlas del árbol.

Regresan los pastores y cantan acompañados de la flauta las canciones nuevas que han aprendido en las cabañas vecinas, oyéndoles la familia reunida. Entra el labrador con el arado, cuyos cansados bueyes se aproximan con la cabeza inclinada y paso lento a pesar del aguijón que les hostiga, y allí acaba el trabajo con el día; las adormideras, que por disposición de los dioses esparce el sueño sobre la tierra, sofocan con sus encantos el cuidado y la pesadumbre, produciendo en la naturaleza un sueño agradable, y todos duermen sin prever el trabajo del siguiente día.

¡Feliz el hombre exento de ambición, desconfianza y artificio, si le dan los dioses un rey bueno que no turbe su inocente júbilo! ¡Pero qué horrible inhumanidad arrebatarle por miras de ambición y de opulencia los frutos de la tierra, debidos únicamente a la liberalidad de la naturaleza y al sudor de su frente! La naturaleza por sí sola arrojará de sus entrañas fecundas lo que baste a un infinito número de hombres moderados y laboriosos; pero el orgullo y la molicie de algunos sume a los demás en una espantosa pobreza.

¿Que haré, replicó Idomeneo, si descuidan el cultivo los que diseminan en estas fértiles campiñas?

Lo contrario, respondió Méntor, de lo que se hace comúnmente. Los príncipes codiciosos y faltos de previsión, cuidan únicamente de cargar de impuestos a los vasallos más vigilantes e industriosos para aumentar sus

tesoros, porque se prometen ser pagados más fácilmente; y al mismo tiempo cargan menos a aquellos a quienes la pereza hace más miserables. Alterad este mal orden que agobia a los buenos, recompensa al vicio, e introduce una negligencia tan funesta al monarca como al estado: poned tasas, estableced multas, y si es preciso otras penas rigurosas contra aquellos que descuiden sus campos, a la manera que castigaríais al soldado que abandonase su puesto en la guerra; y por el contrario, dad gracias y conceded exenciones a las familias que multiplicándose aumenten a proporción el cultivo de sus tierras: en breve se multiplicarán y se animarán todos al trabajo, que llegará a ser ocupación honrosa, y no se verá despreciado el labrador. Volverá a honrarse el arado manejándole la mano victoriosa que haya defendido a la patria; y no será inferior el mérito de cultivar durante una dichosa paz el patrimonio de los ascendientes, que haberlo defendido con valor durante la agitación de la guerra. Florecerán los campos: se coronará Ceres con doradas espigas: hollando Baco con su planta la uva, hará correr raudales de vino más dulce que el néctar: repetirán los hondos valles el canto de los pastores, uniendo la consonancia de sus voces e instrumentos a orillas de cristalinos arroyos, en tanto que retozando los ganados sobre la yerba y entre las flores no teman al carnívoro lobo.

¿No seréis demasiado feliz proporcionando tantos beneficios, y haciendo vivir en sosiego a tantos pueblos a la sombra de vuestro nombre? ¡Oh Idomeneo!, esta gloria es de mayor precio que asolar la tierra y esparcir por todas partes, y aun en vuestros dominios en medio de las victorias como entre el extranjero, la carnicería, la turbación, el horror, el desfallecimiento, la consternación, el hambre y la desesperación.

¡Feliz el monarca favorecido de los dioses y dotado de un corazón capaz de formar las delicias de su pueblo, y de mostrar a los venideros siglos el período de cuadro tan risueño! Toda la tierra se humillará a sus pies para suplicarle que la gobierne en vez de resistir su poder.

Pero cuando los pueblos se vean felices en la abundancia y en la paz, respondió Idomeneo, les corromperán las delicias, y emplearán contra mí las fuerzas que les haya dado.

No lo temáis, dijo Méntor; ese es un pretexto de que se valen siempre para lisonjear a los príncipes pródigos que quieren agobiar con impuestos a sus pueblos. El remedio es fácil. Las leyes que acabamos de establecer para la agricultura los harán laboriosos; y en medio de la abundancia solo

tendrán lo necesario, porque hemos proscrito las artes que alimentan lo superfluo. Esta abundancia se disminuirá por la facilidad de los matrimonios y por la multiplicación de las familias; y siendo estas numerosas y poca la tierra que cultiven, la cultivarán sin descanso. La ociosidad y la molicie hacen a los pueblos rebeldes e insolentes; el vuestro tendrá pan en abundancia, pero solo pan y frutos adquiridos con su propio sudor.

Mas para que sea moderado ha de fijarse desde ahora la porción de terreno que pueda poseer cada familia. Ya sabéis que las hemos dividido en siete clases según sus diferentes condiciones, y es preciso no permitir que ninguna de ellas pueda poseer más de la absolutamente necesaria para la subsistencia del número de personas de que conste. Siendo invariable esta regla, no hará el noble adquisiciones sobre el pobre: tendrán todos terrenos, pero de corta extensión, y serán excitados a cultivarlos bien; y si la dilatada serie de los tiempos llega a producir falta de tierras, formaranse colonias que aumenten el poder del estado.

También creo debéis evitar el excesivo uso del vino: si se han plantado muchas viñas, que las arranquen; porque es el origen de muchos males causando enfermedades, riñas, sediciones, ociosidad, tedio al trabajo y desórdenes domésticos. Resérvese, pues, como un remedio, o cual un raro licor que solo se emplee en los sacrificios y festividades extraordinarias; mas no esperéis que esta importante regla sea observada si vos mismo no dais el ejemplo.

Deben guardarse además inviolablemente las leyes de Minos para la educación de la infancia, estableciendo escuelas públicas en donde se enseñe el temor a los dioses, el amor a la patria, el respeto a las leyes, y la preferencia del honor sobre los placeres y aun sobre la misma vida.

Haya magistrados que vigilen a las familias y sus costumbres: velad también vos mismo que sois rey, es decir, pastor, para hacerlo noche y día sobre vuestro rebaño; y de este modo evitaréis gran número de excesos y delitos; los que no podáis evitar castigadlos severamente al principio; pues el hacerlo así envuelve clemencia, porque el escarmiento contiene los efectos de la impunidad. Poca sangre vertida oportunamente, ahorra mucha y produce el temor sin necesidad de ser riguroso.

¡Pero qué máxima tan detestable la de creer que solo puede hallarse la seguridad en la opresión de los vasallos! No facilitarles instrucción, no

conducirlos a la virtud, no hacerse amar, estrecharlos con el terror hasta el extremo de la desesperación, ponerlos en la dura necesidad de o no poder jamás respirar libremente, o sacudir el yugo de una dominación tiránica, ¿es acaso el medio seguro de reinar sin inquietud?, ¿es el verdadero camino que conduce a la gloria?

Acordaos de que los monarcas menos poderosos son aquellos cuya dominación es más tiránica. Todo lo toman y lo arruinan; solo ellos poseen el estado, mas este se aniquila: vense incultos y casi desiertos los campos: deterioránse las ciudades y agótase el comercio; y el rey que no puede serlo solo, y a quien hacen grande sus pueblos, se empobrece también poco a poco por el aniquilamiento insensible de aquellos de quienes extrae el poder y las riquezas. Se agota el numerario y faltan hombres; pérdida la mayor y más irreparable. Su tiránico poder convierte en esclavos a los vasallos, que le adulan, le adoran al parecer, aunque tiemblan hasta de sus miradas. Pero aguardad la más leve revolución; y este poder monstruoso, llevado hasta el extremo de una excesiva violencia, no será duradero, pues no hallará recurso alguno en el corazón de los vasallos, porque ha irritado a todas las clases y obligado a sus individuos a que suspiren por un cambio que mejore su suerte. Derrocado el ídolo al primer golpe, se quiebra y son pisados sus pedazos. El desprecio, el odio, el temor, el resentimiento, la desconfianza, en una palabra, todas las pasiones se arman contra la autoridad aborrecida; y el rey que en la prosperidad no encontraba uno solo bastante atrevido para decirle la verdad, no encontrará tampoco en la desgracia quien le disculpe ni quien le defienda contra sus enemigos.

Persuadido Idomeneo por los discursos de Méntor, repartió sin tardanza los terrenos vacantes entre los artesanos dedicados a oficios inútiles, y ejecutó cuanto ya tenía resuelto; reservando únicamente los que destinaba para los operarios que no podían cultivarlos hasta que hubiesen concluido los edificios de la ciudad.

Libro XIII

Refiere Idomeneo a Méntor la confianza que hizo de Protesilao, y los artificios con que este favorito, de concierto con Timócrates, conspiró contra Filocles. Le confiesa que engañado por ellos dio comisión a Timócrates para que le matase; pero que habiendo este errado el golpe en la ejecución, le perdonó aquel dejándole el mando que tenía en la armada, y se retiró a la isla de Samos: que sin embargo de que posteriormente descubrió Idomeneo la traición de Protesilao, no había tenido valor para castigar ni alejar de sí a tan pérfido valido.

Ya la fama del gobierno suave y moderado de Idomeneo atraía pobladores de todas partes, los cuales venían a buscar su dicha bajo tan apacible dominación: ya los campos cubiertos por largo tiempo de abrojos y espinas, prometían cosechas abundantes y frutos desconocidos hasta entonces. Abría la tierra sus entrañas a la tajante reja preparándose a recompensar las fatigas del labrador, en cuyo corazón renacía la esperanza: veíanse en los valles y colinas rebaños de ovejas que retozaban sobre la yerba, y grandes piaras de toros y de vacas, cuyos bramidos se repetían en los ecos de las elevadas montañas: unos y otros prestaban abono a los terrenos, y esas piaras eran debidas a Méntor, que halló medios para traerlas aconsejando a Idomeneo hiciese intercambios con los peucetas, pueblos inmediatos, trocando lo superfluo que no quería permitir en Salento por los ganados de que carecían los salentinos.

La ciudad y poblaciones de su contorno abundaban de gallardos jóvenes que, sumidos por largo tiempo en la miseria, no osaran contraer matrimonio para no aumentar sus desgracias; pero cuando advirtieron los sentimientos de humanidad que animaban a Idomeneo, y que deseaba obrar cual un padre, perdieron el temor al hambre y a las demás plagas con que el cielo aflige a la tierra, y solo se escuchaban gritos de júbilo y cánticos de los pastores y labradores que celebraban sus himeneos: pudiendo creerse haber aparecido entre ellos el dios Pan con una tropa de sátiros y de faunos mezclados entre las ninfas, bailando a la sombra de los bosques al son de sus instrumentos. Todo se hallaba tranquilo y risueño;

mas era el gozo moderado, y los placeres, aunque más vivos y puros, solo servían al reposo de las faenas.

Admirados los ancianos al ver lo que no se atrevían a esperar al cabo de su edad avanzada, lloraban de gozo y de ternura; y alzando las trémulas manos al cielo exclamaban: Bendecid, oh gran Júpiter, a este rey tan semejante a vos, don el mayor que nos habéis dispensado. Ha nacido para bien de los hombres: retribuidle todos los beneficios que recibimos de él. Nuestros últimos nietos, procedentes de los matrimonios que protege, le serán deudores de todo, hasta de la vida; y de este modo será verdaderamente padre de todos sus vasallos. Los jóvenes de ambos sexos que se desposaban daban señales de júbilo entonando cánticos en loor del que causaba su contento. El nombre de Idomeneo ocupaba continuamente el labio y el corazón: creíanse dichosos al verle, temían perderle, y su pérdida hubiera sumido en el desconsuelo a todas las familias.

Entonces confesó Idomeneo no haber experimentado jamás placer que igualase al de ser amado y hacer felices a tantos. Nunca lo hubiera creído, decía: parecíame que toda la grandeza de los príncipes consistía únicamente en ser temidos, que el resto de los hombres existía para ellos, y todo lo que había oído decir de los reyes amados de sus pueblos, cuyas delicias formaban, lo consideraba como una fábula: mas ahora conozco la verdad. Pero debo contaros de qué manera habían emponzoñado mi corazón desde la infancia acerca de la autoridad de los reyes, que es el origen de todas las desgracias de mi vida. Entonces empezó Idomeneo la siguiente narración.

El primer objeto de mi cariño fue Protesilao, que con corta diferencia era de más edad que yo, porque su carácter vivo y osado convenía con el mío. Tomaba parte en mis placeres, lisonjeaba mis pasiones, y logró hacer sospechoso a mis ojos a otro joven llamado Filocles, a quien yo también amaba. Temía este a los dioses, era moderado, mas de un alma grande, haciendo consistir su grandeza no en elevarse, sino en vencerse y en no ejecutar acción alguna indecorosa: hablábame con libertad de mis defectos, y cuando no se atrevía a hacerlo me daban a entender lo que deseaba reprenderme su silencio y la tristeza que advertía en su semblante.

Esta sinceridad me agradaba al principio, y le aseguraba yo muchas veces que le escucharía toda mi vida lleno de confianza, como preservativo

contra la lisonja. Decíame él cuanto debía yo hacer para seguir las huellas de mi abuelo Minos en beneficio de mi reino; y aunque su sabiduría no era tan profunda como la vuestra, ¡oh Méntor!, poseía sin embargo máximas buenas que reconozco ahora. Los artificios de Protesilao, a quien excitaban la ambición y la envidia, fueron disgustándome poco a poco de Filocles; y como este no era solícito, dejaba prevaleciese aquel, contentándose con decirme siempre la verdad cuando quería yo escucharle: procuraba mi bien, no su fortuna.

Insensiblemente llegó Protesilao a persuadirme ser Filocles un espíritu melancólico y soberbio que censuraba todas mis acciones, que nada me pedía por el orgullo de no deberme cosa alguna, y que aspiraba a la reputación de hombre superior a los honores: añadiendo que del mismo modo que me hablaba de mis propios defectos, lo hacía a los demás con igual libertad; que daba a entender bastantemente que no me estimaba, y que abatiendo de este modo mi reputación pretendía abrirse el camino para el trono por el brillo de una virtud austera.

No pude persuadirme al principio quisiese destronarme Filocles; porque la verdadera virtud encierra cierto candor e ingenuidad que no es posible desfigurar, y que no puede desconocerse siempre que se esté atento. Pero comenzaba a disgustarme la firmeza de Filocles contra mis debilidades; al paso que la complacencia de Protesilao y su inagotable mañosidad para provocar nuevos placeres me presentaba aun más intolerable la austeridad de aquel.

No pudiendo Protesilao sufrir que yo no diese crédito a lo que me decía contra su rival, tomó el partido de no hablarme y persuadirme de algún otro modo más convincente que las palabras. He aquí de que modo acabó de engañarme. Me aconsejó diese a Filocles el mando de los bajeles que debían ir a pelear con los de Carpatia; y para resolverme a ello me dijo: Bien sabéis que no puedo ser sospechoso en mis alabanzas hacia él: confieso tiene valor y genio para la guerra; os servirá en ella mejor que nadie, y prefiero el interés de vuestro servicio a mis resentimientos personales.

Quedé encantado al hallar tanta rectitud y equidad en el corazón de Protesilao, a quien había yo confiado la administración de los negocios más delicados; y le abracé arrebatado de gozo considerándome muy dichoso en haber depositado toda mi confianza en un hombre que me parecía superior a las pasiones. Pero ¡ah, cuán dignos de compasión son

los monarcas! Conocíame él mejor que yo mismo, y sabía ser estos por lo común inaplicados y desconfiados: desconfiados, por la continua experiencia que tienen de los hombres corrompidos que les rodean: inaplicados, porque les arrastran los placeres y están acostumbrados a ver a otros ocupados en pensar por ellos, sin que tomen el cuidado de hacerlo por sí mismos. Conoció, pues, que no le sería difícil inspirarme envidia y desconfianza de un hombre que no dejaría de ejecutar grandes hechos, dándole sobre todo la ausencia mayor facilidad para tenderle lazos.

Previó Filocles al partir lo que podía suceder. Acordaos, me dijo, de que ya no podré defenderme; de que solo escucharéis a mi enemigo, y de que mientras voy a serviros con peligro de mi propia vida, me arriesgo a no hallar otra recompensa que vuestra indignación. Os engañáis, le respondí: no habla de vos Protesilao como vos lo hacéis de él: os elogia y estima creyéndos digno de los cargos más importantes; y si comenzase a hablarme contra vos, perdería mi confianza. Nada temáis; y ocupaos solo de servirme bien. Partió en efecto, quedando yo en una situación particular.

Debo confesarlo, Méntor: veía yo claramente cuán necesario me era tener muchas personas con quienes consultar, y que nada era más perjudicial a mi reputación y al éxito de mis empresas que hacerlo con una sola. Tenía yo experiencia de que los prudentes consejos de Filocles me habían libertado de muchos errores peligrosos en que me hiciera caer el orgullo de Protesilao, y reconocía haber en aquel un fondo de probidad y de máximas dictadas por la equidad que eran desconocidas a este; pero había dejado tomar a Protesilao un tono decisivo a que apenas podía resistir. Fatigábame el estar siempre entre aquellos dos hombres, que nunca se hallaban de acuerdo, y preferí por debilidad arriesgar alguna cosa en perjuicio de los negocios públicos para respirar libremente. No hubiera yo osado confiar ni aun de mí mismo la razón vergonzosa de este partido; pero aunque no me atrevía a descubrirla, sin embargo no dejaba de obrar secretamente en mi corazón, y fue la causa verdadera de lo que hacía.

Sorprendió Filocles al enemigo, consiguió una completa victoria, y se apresuró a volver para evitar los malos oficios que debía temer; pero Protesilao, que aun no había tenido tiempo suficiente para engañarme, le escribió que yo deseaba hiciese un desembarco en la isla de Carpatia para coger el fruto de aquella victoria. En efecto, me había persuadido que podría conquistarla con facilidad; pero obró de tal manera que faltaron a

Filocles muchas cosas necesarias para la empresa, y le sujetó a ciertas órdenes precisas que debían producir varios contratiempos en su ejecución.

Entre tanto valiose Protesilao de un criado muy corrompido, a quien yo tenía cerca de mi persona, y que observaba hasta lo que era de menos importancia para referírsele, a pesar de que parecía que apenas se trataban, y de no estar nunca de acuerdo en cosa alguna.

Llamábase Timócrates, y vino cierto día a decirme con gran secreto haber descubierto un asunto de la mayor importancia. Filocles, me dijo, intenta aprovecharse de vuestra armada para hacerse rey de la isla de Carpatia. Los jefes de las tropas son adictos a él, y ha ganado a los soldados por su liberalidad, y más aún por la perniciosa licencia en que les deja vivir. Le ha envanecido la victoria; he aquí la carta que ha escrito a uno de sus amigos acerca del proyecto de hacerse rey: con esta prueba tan evidente no cabe ya dudar.

Leí la carta, que me pareció de puño de Filocles: habían imitado perfectamente su letra entre Protesilao y Timócrates. Su lectura me llenó de sorpresa: la leí varias veces, y no podía persuadirme fuese de Filocles, recordando en medio de mi agitación los rasgos notables de su desinterés y buena fe. Sin embargo, ¿qué podía yo hacer? ¿Cómo resistir a una carta en que me parecía reconocer seguramente la letra de Filocles?

Cuando vio Timócrates que no podía yo resistir a su artificio, aspiró a más. ¿Me atreveré, añadió vacilando, a haceros notar una palabra que se halla escrita en esta carta? Dice Filocles a su amigo que puede hablar con toda confianza a Protesilao sobre cierta cosa que expresa por una cifra: seguramente habrá entrado este en los proyectos de Filocles, conviniéndose en perjuicio vuestro. Ya sabéis que Protesilao os estrechó a que enviaseis a Filocles contra los carpatianos, y después ha dejado de hablaros de él como antes lo hacía: por el contrario, le elogia y disculpa, y se miran de algún tiempo a esta parte con bastante benevolencia. Sin duda habrán ambos tomado medidas para partirse la conquista de Carpatia. Considerad también que él quiso se hiciese esta empresa contra toda regla, y que ha expuesto a perecer toda vuestra armada para satisfacer su ambición. ¿Creéis que Protesilao quisiera servir de este modo a Filocles si estuviesen aún desavenidos? No, no; no es posible dudar que los dos se han reunido para elevarse a la vez a una grande autoridad, y acaso para derrocar el trono que ocupáis. Al hablaros de este

modo, sé que me expongo a su resentimiento, si contra mis consejos sinceros dejáis por más tiempo en sus manos el poder; mas ¡qué importa con tal que os diga la verdad!

Hicieron grande impresión en mí estas últimas palabras de Timócrates: ya no dudé de la traición de Filocles, y desconfié de Protesilao como amigo suyo. Entre tanto no cesaba Timócrates de decirme: Si aguardáis a que Filocles haya conquistado la isla de Carpatia, ya no será tiempo de desbaratar sus planes: no perdáis tiempo en aseguraros de él mientras podéis hacerlo. Causábame horror la disimulación de los hombres, y no sabía ya de quién fiarme; porque después de haber descubierto la traición de Filocles, no encontraba ninguno sobre la tierra cuya virtud me inspirase confianza. Estaba yo resuelto a sacrificar sin dilación a este pérfido; mas temía a Protesilao, y no sabía qué hacer con respecto a él: temía hallarle culpable, y no menos fiarme de él.

Por último, en medio de mi agitación no pude menos de decirle que Filocles había excitado sospechas en mi corazón. Aparentó sorprenderse, y me recordó su moderación y la rectitud de su conducta; ponderó sus servicios; y en una palabra, hizo cuanto era necesario para persuadirme de su buena correspondencia con él. Por otra parte no perdía ocasión Timócrates para llamar mi atención acerca de la inteligencia de ambos, y para obligarme a perder a Filocles mientras que aún era tiempo de asegurarme de él. Ved, caro Méntor, cuán desgraciados son los reyes, y el peligro que corren de ser juguete de los demás hombres, hasta en los momentos mismos en que parece tiemblan humillados a sus plantas.

Creí yo dar un golpe de profunda política y desconcertar los planes de Protesilao enviando a Timócrates secretamente a la armada para que diese muerte a Filocles. Llevó Protesilao su disimulo hasta un extremo tal, que me engañó tanto más cuanto aparentó con naturalidad dejarse engañar. Partió, pues, Timócrates, y halló a Filocles bastante embarazado en el desembarco, pues carecía de todo; porque ignorando Protesilao si la supuesta carta bastaría para que pereciese su enemigo, quiso tener preparado al mismo tiempo otro recurso en el mal éxito de una empresa de que me había hecho concebir tantas esperanzas, y que por esta razón no dejaría de irritarme contra Filocles. El valor de este, su genio y el amor de las tropas sostenían aquella guerra difícil; y a pesar de que todos conocían que era temerario el desembarco, y debía ser funesto a los cretenses, esforzábanse a realizarle como si estuviese unido el éxito de él a su

felicidad y a su vida, contentos en arriesgarla bajo las órdenes de un caudillo tan prudente como solícito de hacerse amar.

Debía temerlo todo Timócrates al dar muerte a aquel capitán en medio de un ejército que le amaba con entusiasmo; mas la ambición extremada ciega al hombre, y ninguna dificultad hallaba tratándose de dar gusto a Protesilao, con quien se prometía gobernar absolutamente después de la muerte de Filocles. No podía tolerar Protesilao existiese un hombre de bien, cuya sola vista le reprendía secretamente sus delitos, y que abriéndome los ojos podía llegar a destruir sus proyectos.

Asegurose Timócrates de dos capitanes que estaban siempre al lado de Filocles, ofreciéndoles en mi nombre grandes recompensas, y en seguida le manifestó haber ido para decirle de mi parte cosas reservadas que no podía confiar sino en presencia de aquellos capitanes. Filocles se encerró con ellos y con Timócrates; y entonces este dio una puñalada a Filocles: resbaló el acero y no penetró. Sin alterarse, Filocles le arrebató el puñal, y con él se defendió de los tres: dio voces, acudieron, franquearon la puerta, y le sacaron de manos de los tres que llenos de turbación le habían atacado débilmente. Fueron aprisionados, y los hubieran despedazado según la indignación de todo el ejército, a no contener Filocles a la multitud. Habló a solas con Timócrates, y le preguntó con afabilidad las causas de haberse resuelto a ejecutar tan detestable hecho; y temiendo este le diesen la muerte, se apresuró a mostrar la orden que yo le diera por escrito para que le matase; y como el traidor es siempre cobarde, creyó salvar su vida descubriéndole la traición de Protesilao.

Horrorizado Filocles al ver tanta malicia entre los hombres, tomó un partido prudente. Declaró a todo el ejército que se hallaba Timócrates inocente, le puso en salvo enviándole a Creta, y entregó el mando de la armada a Polimenes, a quien nombraba yo para el mando, en la orden escrita de mi puño, cuando hubiesen dado muerte a Filocles, y por último exhortó a las tropas a que cumpliesen con el deber de fidelidad que me debían; y durante la noche se embarcó en un pequeño barco que le condujo a la isla de Samos, en donde vive tranquilamente pobre y solitario, ocupado en hacer estatuas para proporcionarse el sustento, sin querer oír hablar de los hombres engañosos e injustos, y sobre todo de los reyes, a quienes considera más ciegos e infelices que el común de los hombres.

Y bien, interrumpió Méntor: ¿tardasteis mucho en averiguar la verdad? No, respondió Idomeneo: poco a poco llegué a conocer los artificios de

Protesilao y Timócrates: desaviniéronse ambos, porque los malvados no pueden estar unidos mucho tiempo; y su discordia acabó por ponerme de manifiesto el abismo en que me habían precipitado. ¿Y no tomasteis el partido, replicó Méntor, de deshaceros del uno y del otro? ¡Ah!, contestó Idomeneo: ¿ignoráis acaso, querido Méntor, la flaqueza y embarazo en que se hallan los príncipes? Una vez entregados a hombres osados y corrompidos, que poseen el arte de hacerse necesarios, ya no pueden prometerse libertad. Aquellos a quienes más desprecian, son los que mejor tratan y a quienes colman de beneficios: causábame horror Protesilao, mas depositaba en sus manos toda mi autoridad. ¡Extraña quimera! Complacíame en conocerle; pero faltábame energía para recobrar el poder que le había confiado. Además, le hallaba complaciente, industrioso para lisonjear mis pasiones y solícito por mis intereses, y finalmente tenía una razón para excusar mi propia debilidad, pues desconocía la verdadera virtud; y por no haber elegido personas de probidad que dirigiesen mis negocios, creía no haberlos sobre la tierra y que la probidad era un fantasma. ¿Qué importa, decía yo, dar un gran golpe para salir de las manos de un hombre corrompido para caer en las de otro como él, que no será más desinteresado ni sincero?

Entre tanto regresó la armada conducida por Polimenes: ya no me ocupé de la conquista de la isla de Carpatia; y Protesilao no pudo disimular tanto que yo no conociese cuánto le afligía se hallase Filocles en seguridad en la isla de Samos.

Volvió a interrumpir Méntor a Idomeneo para preguntarle si después de tan infame traición había continuado dispensando a Protesilao su confianza.

Era yo, contestó Idomeneo, demasiado enemigo de los negocios, y en extremo descuidado para sacarlos de sus manos: hubiera sido necesario alterar el orden que había yo establecido para mi comodidad, e instruir en ellos a otro; y jamás tuve resolución para emprenderlo. Prefería cerrar los ojos para no ver los artificios de Protesilao, y solo hallaba consuelo dando a entender a ciertas personas de mi confianza que no desconocía su mala fe; pues por este medio imaginaba ser engañado a medias, porque sabía que me engañaban. Al mismo tiempo hacía entender a Protesilao de cuando en cuando la impaciencia con que soportaba su yugo, y complacíame en contradecirle muchas veces, en vituperar públicamente cosas que él había hecho, y en decidir contra su parecer. Mas como él conocía mi orgullo y mi pereza, no le causaba embarazo mi pesadumbre, y

volvía obstinadamente a la carga, valiéndose ora de medios urgentes, ora de la superchería y de la insinuación; y sobre todo cuando advertía estar yo ofendido, redoblaba su solicitud para proporcionarme nuevas diversiones capaces de ablandarme, o bien para empeñarme en algún negocio que diese ocasión a que él se hiciera necesario, y hacer valer el celo que le animaba por mi reputación.

Aunque me hallaba prevenido contra él, arrastrábame siempre este modo de lisonjear mis pasiones. Conocía mis secretos y me aliviaba en los cuidados: hacía respetar a todos mi autoridad; y por último, no pude resolverme a perderle. Pero conservándole en el lugar que ocupaba, impedí a todos los hombres de bien me hiciesen conocer mis verdaderos intereses; y desde entonces ya no oí en mis consejos una sola palabra pronunciada con libertad: alejose de mí la verdad, y fui castigado del error que prepara la caída de los reyes por haber sacrificado a Filocles a la cruel ambición de Protesilao; creyéndose dispensados de desengañarme, después de un ejemplo tan terrible, aun los más celosos por el bien del estado y de mi persona.

Querido Méntor, yo mismo temía que la verdad disipase la nube y llegase hasta mí a despecho de los lisonjeros; porque careciendo de valor para seguirla, me era importuna su luz, y sentía interiormente que me hubiera causado temores y remordimientos sin sacarme de tan funesto compromiso. Mi negligencia, y el ascendiente que había llegado a adquirir sobre mí insensiblemente Protesilao, llegaron a quitarme la esperanza de recobrar mi perdida libertad. No quería conocer mi estado ni dejar le conociesen los demás. Ya sabéis, Méntor, el amor propio y la falsa gloria en que se educa a los reyes: jamás quieren estos conocer su error; y así es que para cubrir uno cometen ciento. Antes de confesar haberse engañado, y de tomarse el trabajo de enmendar el error, se dejarán engañar para toda su vida. Esta es la situación de los príncipes débiles e inaplicados, y esta era precisamente la mía cuando me fue preciso marchar al sitio de Troya.

Al partir quedó Protesilao árbitro de los negocios públicos, y durante mi ausencia se condujo con altivez e inhumanidad. Gemía todo el reino de Creta oprimido por su tiranía; pero nadie osaba advertirme la opresión que sufrían mis pueblos, porque sabían que yo temía saber la verdad, y que abandonaría al resentimiento de Protesilao a cualquiera que se resolviese a hablarme contra él. Pero cuanto más callaban, crecía con mayor

violencia el mal. Más adelante me estrechó a separar de mi lado al bizarro Meriones, que me había seguido al sitio de Troya con tanta gloria; pues había llegado a inspirar envidia a Protesilao, como sucedía con todos aquellos a quienes distinguía yo por poseer algún mérito.

Quiero que sepáis, Méntor, que este ha sido el origen de todas mis desgracias. La muerte de mi hijo no fue la causa de la sedición de los cretenses, sino la venganza de los dioses irritados contra mí, y el odio público que me había atraído Protesilao. Cuando yo derramé la sangre de aquel, cansados los cretenses de mi severo gobierno, se agotó su paciencia, y el horror de esta última acción no hizo otra cosa que mostrar exteriormente lo que sentían los corazones mucho tiempo antes.

Me acompañó Timócrates al sitio de Troya, e informaba secretamente a Protesilao en sus cartas de cuanto podía llegar a descubrir. Bien conocía yo la cautividad en que me hallaba; mas procuraba no pensar en ello desesperado de encontrar remedio. Cuando los cretenses se sublevaron a mi regreso, los primeros que huyeron fueron Protesilao y Timócrates; y me hubieran abandonado sin duda si no me hubiese visto precisado a huir casi al mismo tiempo que ellos. Contad, Méntor, con que el hombre insolente en la prosperidad es siempre tímido y débil en la desgracia: cámbiase su carácter al momento que se escapa de sus manos la autoridad ilimitada; véseles tan humillados cuanto eran altaneros, pasando momentáneamente de un extremo a otro.

¿Y por qué, dijo Méntor, conserváis todavía a vuestro lado a esos dos hombres perversos, siendo así que los conocéis? No me sorprende que os hayan seguido, pues no podían hacer cosa más conveniente a sus intereses: también conozco que habéis sido generoso concediéndoles un asilo en vuestro nuevo establecimiento; mas ¿por qué entregaros a ellos todavía después de tan infausta experiencia?

Ignoráis, respondió Idomeneo, cuán inútil sea la experiencia a los príncipes débiles y negligentes que viven sin reflexión. Todo les desagrada, y no tienen valor para corregir cosa alguna. El hábito de tantos años era una cadena de hierro que me estrechaba a esos dos hombres que me sitiaban a toda hora. Desde que me hallo aquí me han empeñado en los gastos excesivos que habéis visto, agotando la riqueza de este estado naciente, y acarreándome la guerra que sin vuestro auxilio iba a aniquilarme. Bien pronto hubiera yo experimentado en Salento iguales infortunios que en Creta; pero al fin me habéis abierto los ojos, inspirándome el ánimo de que

carecía para salir de la esclavitud: ignoro lo que habéis obrado en mí; pero me siento otro hombre desde que os halláis en Salento.

Preguntó en seguida Méntor a Idomeneo cuál era la conducta de Protesilao en el cambio de los negocios. Nada hay más artificioso, respondió, que su comportamiento después de vuestra llegada. Al principio no omitió cosa alguna para inspirarme sospechas. Nada decía contra vos; mas venían a mí varias personas y me advertían ser muy temibles los dos extranjeros. El uno, decían, es hijo del falaz Ulises; y el otro un incógnito de grandes talentos: están acostumbrados a vagar de un reino a otro; y ¿quién sabe si habrán formado algún designio sobre este? Ellos mismos refieren haber causado grandes turbulencias en los países por donde han transitado: este es un estado naciente, no consolidado aún, y podría arruinarse al menor movimiento.

Nada me decía Protesilao, mas procuraba que entoviese el peligro y exceso de todas las reformas que me hacíais adoptar, valiéndose de mi propio interés. Si colocáis a los pueblos, decía, en la abundancia, no trabajarán; haranse altivos e indóciles, y estarán dispuestos siempre a sublevarse: solamente la debilidad y la miseria los hace dóciles y les impide resistir a la autoridad. Muchas veces procuraba recobrar su antiguo influjo para seducirme, escudándose con el celo por mi servicio, y me decía: Queriendo aliviar al pueblo humilláis la autoridad real; haciendo a aquel un daño irreparable, porque es necesario tenerle abatido para que goce de tranquilidad. Respondíale yo que sabría contener al pueblo en su deber haciéndome amar, sin que se debilitase mi autoridad al procurar aliviarle; castigando con severidad a los delincuentes, y proporcionando por último buena educación a la juventud, y exacta subordinación a todo el pueblo para mantenerle en una vida sencilla, sobria y laboriosa. ¡Por ventura no podrá someterse un pueblo si no se le hace morir de hambre! ¡Qué inhumanidad! ¡Qué bárbara política! ¡Cuántos pueblos vemos gobernados con dulzura y fieles en extremo a sus príncipes! La causa de las revoluciones son la ambición e inquietud de los grandes, cuando se les ha tolerado una licencia excesiva y no se ha puesto límites a sus pasiones; la multitud de grandes y pequeños que viven en la molicie, en el lujo y la ociosidad; la muchedumbre de hombres dedicados a la guerra, descuidando las ocupaciones útiles en tiempo de paz; y por último, la desesperación de los que se ven maltratados, la dureza y altivez de los reyes, y la molicie de estos que los hace incapaces de velar sobre todos los miembros del estado para evitar la sedición. He aquí la causa de las

revoluciones, no el pan que se deja comer tranquilo al labrador después que le ha adquirido con el sudor de su frente.

Desde que me ve inalterable en mis máximas, ha tomado un partido enteramente opuesto a su conducta anterior: ha empezado a seguirlas no habiéndolas podido destruir; aparenta aprobarlas, estar convencido de su utilidad, y serme deudor de haberle ilustrado en esta parte. Anticípase a cuanto yo puedo desear para alivio de los pobres; y es el primero que me representa sus necesidades y declama contra los gastos excesivos. Vos mismo sabéis que os elogia, que os manifiesta su confianza, y que nada olvida para complaceros. En cuanto a Timócrates comienza a desaparecer su buena inteligencia, pues ha intentado hacerse independiente excitando los celos de Protesilao; y a sus discordias debo en parte haber descubierto su perfidia.

¡Cómo, pues, respondió Méntor sonriéndose, habéis sido tan débil que os hayáis dejado tiranizar tantos años por dos traidores, cuya traición conocéis! ¡Ah!, replicó Idomeneo, ignoráis la influencia de los hombres artificiosos en el ánimo de un rey débil e inaplicado que se entrega a ellos para toda clase de negocios. Además, ya os he dicho que en el día contribuye Protesilao a todas vuestras miras por el bien público.

Demasiado veo, continuó Méntor con gravedad, cuánto prevalecen los malos sobre los buenos cerca de los reyes: de ello dais un ejemplo terrible. Decís que os he abierto los ojos en cuanto a Protesilao, y aún los tenéis cerrados para dejar el gobierno en manos de ese hombre indigno de vivir. Sabed que los malos no son incapaces de hacer el bien: lo ejecutan con la misma indiferencia que el mal cuando puede convenir a su ambición. Ningún sacrificio les cuesta producir este, porque carecen de bondad y no les detiene principio alguno de virtud; y causan aquel sin trabajo, porque su corrupción les inclina a aparecer buenos para engañar a los demás. Hablando con propiedad, son incapaces de virtud, aunque parece practicarla; pero no lo son de los vicios más horribles que constituye la hipocresía. Mientras estéis dispuesto absolutamente a hacer el bien, lo estará él para conservar su autoridad; mas por poca facilidad que advierta en vos para retroceder, nada omitirá de cuanto pueda contribuir a proporcionaros la nueva caída en el error, a fin de recobrar libremente su natural engañoso y feroz. ¿Podéis vivir con honor y en reposo mientras os asedie a toda hora un hombre como él, y mientras sepáis que el sabio y leal Filocles se halla pobre y deshonorado en la isla de Samos?

Bien conozco, Idomeneo, que los hombres osados y engañosos que instan, arrastran a los príncipes débiles; pero debéis añadir que estos tienen todavía otra desgracia que no es menor, a saber: olvidar con facilidad los servicios y virtudes del que está lejos. La multitud de los que rodean a los monarcas es la causa verdadera de que ninguno haga en ellos grande impresión: se afectan de los presentes y de los que les adulan; todos los demás se borran pronto de su memoria. Sobre todo les mueve poco la virtud, porque en vez de lisonjearles reprueba y condena sus debilidades. ¿Causará sorpresa que no sean amados, no siendo ellos amables, y cuando solo aprecian su grandeza y sus placeres?

Libro XIV

Persuade Méntor a Idomeneo para que destierre a Protesilao y a Timócrates a la isla de Samos, restituya en sus honores y vuelva a su lado a Filocles. Comisionase para ello a Hegesipo, que lo pone gustoso en ejecución, llegando con ambos a Samos donde torna a ver a su amigo Filocles tan contento en la pobreza y soledad que resiste volver a los suyos; mas después que reconoce que esta era la voluntad de los dioses, se embarca con Hegesipo y arriba a Salento donde le recibe Idomeneo amistosamente.

Después de haber hablado así Méntor, persuadió a Idomeneo de la necesidad de expulsar inmediatamente a Protesilao y Timócrates, para llamar de nuevo a Filocles. La única dificultad que detenía al rey era el temor que le inspiraba la severidad de Filocles. Confieso, decía, que no puedo dejar de temer algún tanto su regreso, a pesar de que le aprecio y estimo. Desde la infancia estoy acostumbrado a los elogios, a la solicitud y a la complacencia que no puedo prometerme de este hombre, pues cuando hacía alguna cosa que él no aprobaba, su aspecto melancólico me daba a entender que me reprendía; y cuando se hallaba a solas conmigo, eran sus acciones respetuosas y moderadas, pero desabridas.

¿No veis, repuso Méntor, que los príncipes corrompidos por la adulación encuentran desabrido y austero todo lo que es franco e ingenuo? Llegan a imaginar que no son celosos de su servicio y que no aman su autoridad aquellos que no poseen una alma baja y no están dispuestos a lisonjearles cuando hacen el uso más injusto de su poder. Cualquier palabra franca y generosa les parece atrevida, censurable y sediciosa; y llegan a ser tan delicados que les hiere e irrita todo lo que no adula. Pero pasemos más adelante. Supongo que Filocles sea efectivamente desabrido y austero; ¿y su austeridad no vale más que la perniciosa adulación de vuestros consejeros? ¿Dónde hallaréis un hombre sin defectos? Y el de decirnos atrevidamente la verdad ¿no deberá seros el menos temible? Pero, ¡qué digo!, ¿no es un defecto necesario para corregir los vuestros, y para vencer el desabrimiento a la verdad a que os ha conducido la adulación?

Necesitáis un hombre que ame solo a vos y a la verdad; que os ame más de lo que vos mismo os amáis; que os diga la verdad a pesar vuestro; que venza toda vuestra oposición; y este hombre necesario es Filocles. Acordaos de que un monarca es demasiado feliz cuando durante su reinado nace un solo hombre dotado de esta virtud, que es el más precioso tesoro; y que el perderle es también el mayor castigo que pueden enviarle los dioses, si llega a hacerse indigno de sus servicios por no saber aprovecharse de ellos.

En cuanto a los defectos de que adolece el hombre honrado, preciso es saber conocerlos y no dejar de servirse de él. Corregidle: no os entreguéis jamás ciegamente a su indiscreto celo; pero escuchadle favorablemente, honrad sus virtudes, mostrad al público que sabéis distinguirlo, y sobre todo guardaos de ser por más tiempo cual habéis sido hasta ahora. Los príncipes corrompidos como vos lo estabais se contentan con despreciar al hombre corrompido; pero sin dejar de emplearle confiados y colmándole de dones. Por otra parte se precian de conocer también al virtuoso, aunque sin darle otra cosa que vanos elogios, ni atreverse a confiarle los empleos, ni admitirle en su trato familiar, ni dispensarle beneficios.

Entonces manifestó Idomeneo que era vergonzoso haber retardado tanto dar libertad al inocente oprimido, y castigar a los que le habían engañado; y ninguna dificultad halló Méntor en determinarle a la ruina de Protesilao, porque tan pronto como llegan a hacerse los favoritos sospechosos e importunos a sus señores, cansados y embarazados estos no procuran otra cosa que deshacerse de ellos: evapórase su amistad, olvidan los servicios, y nada les cuesta su caída con tal que no vuelvan a verles.

Inmediatamente dio orden el rey a Hegesipo, uno de los principales ministros de su casa, para que condujese con seguridad a la isla de Samos a Protesilao y Timócrates, y los dejase en ella trayendo a Filocles de su destierro. Sorprendido Hegesipo al recibir esta orden no pudo menos de llorar de gozo. Ahora, dijo, vais a llenar de júbilo a vuestros vasallos. Los dos han causado vuestras desgracias y las de vuestro pueblo: veinte años ha que hacen gemir a todos los hombres de bien, que apenas se atreven a quejarse según es cruel su tiranía: ellos aniquilan a los que pretenden llegar a vos por otro conducto que el suyo.

En seguida le descubrió Hegesipo gran número de perfidias e inhumanidades de que nunca oyera hablar Idomeneo, porque ninguno osaba acusarlos; y le refirió también haber descubierto una conjuración

secreta para dar muerte a Méntor, llenándose de horror el rey al escucharlo.

Apresurose Hegesipo a ir a casa de Protesilao, no tan grande como el palacio del rey, pero sí más agradable y cómoda, de mejor gusto su arquitectura, y adornada a costa del desvalido y del miserable. Hallábase Protesilao en un salón de mármol próximo a los baños, sobre un lecho de púrpura recamado de oro, fatigado al parecer de las tareas del gobierno, y pintándose en sus ojos cierta agitación sombría y feroz. Colocados a su derredor los primeros personajes del estado sobre ricos tapices, ajustaban sus facciones sobre las de Protesilao, del que observaban hasta el menor movimiento. Callaban todos cuando abría los labios para admirar lo que aún no había dicho. Uno de ellos refería con exageraciones ridículas cuanto hiciera Protesilao en obsequio de su rey. Otro le aseguraba que habiendo engañado Júpiter a su madre, fuera autor de su vida, y que era hijo del padre de los dioses. Acababa de cantar varios versos un poeta, en los cuales decía que instruido Protesilao por las musas había igualado a Apolo en todas las producciones del entendimiento; y otro, más infame e impudente todavía, le llamaba inventor de las bellas artes, y padre de los pueblos a quienes hacía felices, pintándole con el cuerno de la abundancia en la mano.

Escuchaba Protesilao estas alabanzas con desabrimiento, distraído y desdeñoso, como quien sabe que las merece mayores todavía, y hace un favor en dejarse alabar. Hubo un adulador que se tomó la libertad de hablarle al oído diciéndole alguna chanza contra la policía que procuraba establecer Méntor, y se sonrió Protesilao, comenzando en seguida a reír cuantos se hallaban presentes, a pesar de que la mayor parte de ellos no podían saber lo que le habían dicho; mas recobrando en breve su aspecto severo y arrogante, guardaron todos silencio. Procuraban varios nobles la ocasión de que se volviese a ellos para escucharles; y entre tanto permanecían inquietos y sobresaltados, porque tenían que pedirle gracias; su actitud de suplicantes hablaba por ellos, y parecían tan sumisos cual lo está la madre al pie de los altares cuando pide a los dioses la salud del hijo único. Aparentaban todos estar contentos, satisfechos y llenos de admiración hacia Protesilao: sin embargo, le aborrecían con un odio implacable.

En aquellos momentos entró Hegesipo, se apoderó de la espada de Protesilao, y le declaró de orden del rey que iba a conducirlo a la isla de

Samos. Al oír estas palabras cayó la arrogancia de aquel favorito, cual la peña que se desgaja de la cima de una escarpada roca. Póstrase trémulo y lleno de turbación a los pies de Hegesipo, llora balbuciente, vacila, tiembla, abraza sus rodillas sin embargo de que poco antes no se hubiera dignado concederle una mirada; y todos los que le rodean cambian en insultos las adulaciones al verle perdido sin recurso.

No quiso Hegesipo dejarle tiempo ni para despedirse de su familia, ni para recoger varios papeles reservados: todo lo requisó y fue llevado al rey. Al mismo tiempo se arrestó a Timócrates, llegando al extremo su sorpresa porque creía que, no estando de acuerdo con Protesilao, no podía ser envuelto en su ruina. Partieron en un bajel preparado al efecto, y llegaron a Samos, en donde dejó Hegesipo a los dos desventurados, y para colmo de infortunio los dejó juntos. Allí se reconvinieron con furor mutuamente por los delitos que habían cometido y que produjeron su caída: allí se encuentran sin esperanza de regresar jamás a Salento, condenados a vivir lejos de sus esposas e hijos; no digo que lejos de sus amigos porque ninguno tenían. Dejéronles en una tierra desconocida, en donde ningún otro recurso debían tener para subsistir que su propio trabajo, después de haber pasado tantos años en la opulencia y las delicias; y semejantes a las bestias feroces siempre están dispuestos a despedazarse.

Se informó Hegesipo del lugar en donde residía Filocles, le dijeron que en una gruta de cierta montaña muy distante de la ciudad, hablándole todos con admiración de aquel extranjero. Desde que se halla en esta isla, le decían, a nadie ha ofendido: todos admiran su paciencia y laboriosidad. Sin poseer nada aparenta estar siempre contento; y aunque se halla lejos de los negocios, sin bienes y sin autoridad, no deja de obligar a aquellos que lo merecen, y se vale de mil arbitrios para agradar a sus vecinos.

Acércase Hegesipo a la gruta que halla abierta, porque la pobreza y sencillez de costumbres de Filocles hacía que al salir de ella no tuviese necesidad de cerrarla. Una tosca estera de junco le servía de cama: encendía el fuego rara vez, porque no usaba manjares condimentados, alimentándose en el verano de las frutas acabadas de coger, y en el invierno del dátil e higo seco. Apagaba su sed cierto manantial que formaba una balsa al caer de la inmediata roca. No se veían en la gruta sino instrumentos necesarios a la escultura, y algunos libros que leía a ciertas horas; no para enriquecer sus talentos ni para satisfacer su curiosidad, sino para instruirse aliviando sus fatigas y aprender a ser

bueno. En cuanto a la escultura, ocupábase en ella únicamente para ejercitar el cuerpo, evitar la ociosidad, y proporcionarse el sustento sin dependencia de nadie.

Al entrar Hegesipo en la gruta admiró las obras que tenía comenzadas. Observó una estatua de Júpiter, cuyo rostro sereno estaba tan lleno de majestad que se conocía fácilmente ser el padre de los dioses y de los hombres. A otro lado se veía a Marte, cuyo aspecto era fiero y amenazador; pero lo que más excitó su admiración fue la de Minerva, que daba impulso a las artes: era su rostro noble y agradable; alta y desembarazada su estatura, y su actitud tan expresiva que podía creerse hallarse animada.

Después de haber examinado Hegesipo estas obras con satisfacción, salió de la gruta y vio lejos de ella a Filocles leyendo sentado sobre el florido césped y bajo un copudo árbol: dirigióse a él, y al verle Filocles ignoraba lo que debía creer. ¿No es Hegesipo, se dijo, con quien he vivido tantos años en Creta? ¿Mas a qué vendrá a esta lejana isla? ¿Será acaso su sombra que después de muerto venga de las orillas de la Estigia?

Mientras le agitaban estas dudas, llegó a él Hegesipo, que no pudo dejar de conocerle y también de abrazarle. ¿Sois vos, le dijo, mi querido y antiguo amigo? ¿Qué acaso, qué borrasca os arroja a esta costa? ¿Por qué habéis dejado la isla de Creta? ¿Por ventura os aleja de vuestra patria alguna desgracia semejante a la mía?

No la desgracia, respondió Hegesipo, el favor de los dioses me trae a este sitio: y en seguida le refirió la prolongada tiranía de Protesilao, sus intrigas con Timócrates, los infortunios en que habían precipitado a Idomeneo, la caída de este príncipe, su fuga a las costas de la Hesperia, la fundación de Salento, la llegada de Méntor y de Telémaco, las sabias máximas que este había inspirado al rey, y la desgracia de los dos traidores; añadiendo haberles conducido a Samos para que sufrieran el destierro que hicieran sufrir a Filocles; y concluyó diciéndole llevar orden para conducirlo a Salento, pues persuadido el rey de su inocencia, quería volverle su confianza y colmarle de beneficios.

¿Veis esa gruta, respondió Filocles, más a propósito para guarida de fieras que para habitación de racionales? Pues en ella he gozado por espacio de muchos años una tranquilidad y unas delicias que no gocé bajo los dorados techos de los palacios opulentos de la isla de Creta. Ya no

pueden engañarme los hombres; porque ni los veo ni escucho sus discursos falaces y emponzoñados: vivo sin necesidad de ellos, porque encallecidas mis manos del trabajo, me proporcionan con facilidad el sencillo alimento que he menester; y como veis, me basta una ligera tela para cubrirme. No teniendo necesidades, gozando de calma y de agradable independencia, de que me enseña a hacer buen uso la sabiduría de los libros que leo, ¿qué iré a buscar entre los hombres, llenos de envidia, falaces e inconstantes? No, no, querido Hegesipo: no envidiéis mi fortuna. Protesilao se ha engañado a sí mismo queriendo engañar al rey y arruinarme; pero ningún daño me ha hecho: al contrario, me ha proporcionado el mayor bien libertándome del tumulto y esclavitud de los negocios: a él soy deudor de esta grata soledad, y de todos los inocentes placeres que disfruto en ella.

Volved, Hegesipo, volved cerca del rey: ayudadle a soportar las miserias de su elevación, y haced a su lado lo que desearíais que yo hiciera. Toda vez que sus ojos, cerrados por tanto tiempo a la verdad, han llegado a abrirse por fin a merced de los esfuerzos de ese hombre sabio que llamáis Méntor, consérvele a su lado. En cuanto a mí, no es conveniente después del naufragio dejar el puerto adonde afortunadamente me ha conducido la borrasca, para entregarme de nuevo al capricho de las olas. ¡Oh, y cuán dignos son de compasión los monarcas! ¡Cuánto los que se emplean en su servicio! Si malvados, ¡qué de males hacen sufrir a los hombres, y qué tormentos se les preparan en el oscuro Tártaro! Si buenos, ¡cuántas dificultades no tienen que vencer!, ¡cuántos lazos que evitar!, ¡cuántos males que sufrir! Otra vez vuelvo a decir, Hegesipo, que me dejéis en mi dichosa pobreza.

Mientras que hablaba así Filocles con vehemencia, le miraba sorprendido Hegesipo. Le había visto en otro tiempo en Creta cuando manejaba los negocios, flaco, lánguido, extenuado; porque su carácter fogoso y austero le consumía en las tareas del gobierno. Miraba con indignación impunes los vicios; apetecía cierta exactitud en los negocios que rara vez se encuentra, y las ocupaciones deterioraban su quebrantada salud. Pero en Samos le veía grueso y vigoroso: a pesar de los años habíase renovado en su semblante la juventud florida, y llegado a formar un temperamento nuevo en aquel género de vida sobria, tranquila y laboriosa.

¿Os causa sorpresa verme tan trocado?, dijo entonces Filocles sonriendo: la soledad me ha dado esta fresca y perfecta salud; mis enemigos me

han proporcionado lo que nunca hubiera podido hallar en la mayor elevación. ¿Queréis que pierda los bienes ciertos para correr tras los falsos, y para sumergirme de nuevo en las antiguas calamidades? No seáis más cruel que Protesilao; al menos no me envidiéis la dicha que le debo.

Le representó Hegesipo cuanto creyó capaz de afectarle; pero en vano. ¿Seréis, le decía, insensible al placer de ver de nuevo vuestros deudos y amigos que suspiran por vuestro regreso, y a quienes llena de júbilo la sola esperanza de abrazaros? Si teméis a los dioses y apreciáis vuestro deber, ¿cómo os desentenderéis de servir a vuestro rey, ayudarle a hacer los beneficios que desea, y procurar la felicidad de tantos pueblos? ¿Es permitido acaso entregarse a una filosofía salvaje, para preferirse el hombre a todo el género humano, y estimar en más el propio reposo que la felicidad de sus conciudadanos? Además, creerán que os negáis a ver al rey por resentimiento. Si os ha hecho mal es por no haberos conocido: no fue su ánimo que pereciese el verdadero, el bueno, el justo Filocles; sino castigar a un hombre muy diferente de él. Mas ahora que os conoce, y que no os equivoca con ningún otro, revive en su corazón la antigua amistad: os aguarda, os tiende los brazos para estrecharos en ellos, y lleno de impaciencia cuenta los días y las horas que tardáis en llegar. ¿Tendríais corazón tan duro que fueseis inexorable para con vuestro rey y vuestros más tiernos amigos?

Filocles, que se había enternecido al ver a Hegesipo, recobró su natural austeridad al oír este razonamiento. Permanecía inmóvil, semejante a la roca en que inútilmente se estrellan los huracanes, y a cuyo pie rompen bulliciosas las inquietas olas; sin que las súplicas ni la razón misma pudiesen penetrar en su corazón. Mas cuando ya empezaba a desesperar Hegesipo, descubrió Filocles, habiendo consultado a los dioses, por el vuelo de las aves, entrañas de las víctimas y otros presagios diversos, que debía seguir a aquel.

Entonces ya no resistió más: preparose a partir; pero no sin sentimiento al dejar el desierto en donde pasara tantos años. ¡Ah!, decía, ¡preciso es dejarte, amable gruta, bajo cuya rústica bóveda venía cada noche el pacífico sueño a aliviar los trabajos del día! Aquí hilaban las parcas en medio de mi pobreza días de oro y de seda. Se arrodilló lloroso para adorar a la náyade que por tanto tiempo había satisfecho su sed en aquel cristalino manantial, y a las ninfas que habitaban en las montañas vecinas.

Oyó Eco sus lamentos, y los repitió con triste voz a todas las divinidades campestres.

En seguida pasó con Hegesipo a la ciudad para embarcarse. Creía que el desgraciado Protesilao no querría verle, poseído de resentimiento y vergüenza; pero se engañó, pues los hombres corrompidos carecen de pundonor y están siempre dispuestos a toda clase de bajezas. Ocultábase Filocles con modestia, temiendo ser visto de aquel desgraciado y aumentar su miseria poniendo a su vista la prosperidad de un enemigo a quien iban a elevar sobre sus ruinas; pero buscábale con ansia Protesilao, deseoso de excitar su piedad y de empeñarle a que pidiese al rey le permitiera regresar a Salento. Era demasiado sincero Filocles para ofrecerle que se ocuparía en hacerle volver, pues sabía mejor que ningún otro cuán pernicioso debía ser su regreso; pero le habló con la mayor afabilidad, le manifestó su compasión, procuró consolarle, y le exhortó a aplacar a los dioses con la pureza de costumbres y con el sufrimiento en la desgracia. Como sabía haber privado el rey a Protesilao de todos los bienes que adquiriera injustamente, le ofreció dos cosas que ejecutó en lo sucesivo: la una cuidar de su esposa y de sus hijos, que permanecían en Salento en la mayor pobreza, expuestos a la indignación pública: la otra enviarle a aquella isla remota algún socorro pecuniario para aliviar su miseria.

Entre tanto hinchó las velas un favorable viento, y lleno de impaciencia Hegesipo se apresuró a partir con Filocles. Viole embarcar Protesilao, cuya vista permaneció fija en la playa sin apartarla del bajel, que cortando las olas se alejaba presuroso; y cuando ya no alcanzaba a verle, presentábaselo su imaginación. Por último, turbado, furioso, entregado a la desesperación, arráncase el cabello, se arrastra sobre la arena, reconviene a los dioses por su rigor, llama en vano en su auxilio a la cruel muerte, sin ánimo para arrebatarle la vida, y sorda a sus ruegos se niega a aliviar su desgracia.

Favorecido el bajel por Neptuno y por los vientos llega en breve a Salento: avisan al rey que entraba ya en el puerto: corre este en compañía de Méntor a encontrar a Filocles; le abraza con ternura, y le manifiesta su sentimiento por haberle perseguido tan injustamente. Lejos de considerar los salentinos como efecto de flaqueza esta confesión, reputáronla como el esfuerzo de una alma grande, que haciéndose superior a los propios defectos, los confiesa con valor para enmendarlos. Lloraban todos de gozo

al ver de nuevo a aquel hombre honrado que siempre amó al pueblo, y no menos al oír de boca de su rey tal sabiduría y bondad.

Recibió Filocles las afectuosas demostraciones del rey con respeto y modestia, lleno de impaciencia por ocultarse a las aclamaciones del pueblo, y le siguió a su palacio. Bien pronto llegó a estrecharse la confianza de Méntor y de Filocles, como si hubiesen vivido siempre juntos, a pesar de que nunca se habían visto; sin duda porque los dioses que han negado a los malos perspicacia para conocer a los buenos, la han dado a estos para conocerse unos a otros, y porque aquellos que aprecian la virtud no pueden estar juntos sin que los estreche la virtud que aman.

No tardó mucho Filocles en pedir al rey le permitiese retirarse a una soledad inmediata a Salento, en donde continuó viviendo pobremente como lo había hecho en Samos. Iba Idomeneo a verle casi diariamente con Méntor a aquel desierto, y allí examinaban los medios de consolidar las leyes y de dar una forma estable al gobierno para beneficio público.

Las dos cosas que examinaron principalmente fueron: la educación de la juventud y el modo de vivir durante la paz.

En cuanto a la juventud, decía Méntor, pertenece menos a sus padres que al estado: es hija del pueblo, su esperanza, su fuerza; y no se la puede corregir después que se ha corrompido. No basta excluirla de los empleos cuando se ha hecho indigna de ellos; porque es mejor prevenir el mal que verse en el caso de castigarle. El rey, añadía, que es padre de su pueblo, lo es todavía más particularmente de la juventud, flor de la nación, y en ella debe preparar los frutos que haya de dar con el tiempo. No desdeñe el rey, pues, vigilar y hacer que vigilen sobre la educación de la infancia; haga observar con firmeza las leyes de Minos, que prescriben se la eduque inspirándola desprecio al dolor y a la muerte: hágase consistir el honor en huir las delicias y las riquezas, y preséntensela como vicios infames la injusticia, la mentira, la ingratitud y la molición: enséñesela desde la cuna a cantar las alabanzas a los héroes favorecidos de los dioses, que ejecutaran hazañas por su patria, haciendo brillar el valor en las lides: apodérense de su alma los encantos de la música para hacer sus costumbres suaves y puras: aprendan a ser tiernos para con sus amigos, fieles con los aliados, equitativos con todos sus semejantes y hasta con sus mayores enemigos: teman menos la muerte y los tormentos que el más leve remordimiento de su conciencia. Si con tiempo imbuyen a los niños en estas máximas, y las hacen penetrar en sus corazones por medio

de la dulzura del canto, habrá pocos a quienes no inflame el amor a la gloria y a la virtud.

Añadió Méntor que era indispensable establecer escuelas públicas para acostumar a la juventud a los ejercicios más duros, y para evitar la molicie y ociosidad que corrompen las mejores índoles: deseaba animasen al pueblo variedad de juegos y espectáculos, y sobre todo los que ejercitan las fuerzas del cuerpo para hacerlos diestros, ágiles y vigorosos; estimulando con premios para excitar una noble ambición. Pero lo que más apetecía para las buenas costumbres era que los jóvenes verificasen sin dilación los matrimonios, y que libres sus padres de toda mira interesada, les permitiesen elegir esposa que reuniese las perfecciones del alma y del cuerpo para que pudiesen estimarla.

Mientras que por tales medios intentaba conservar la pureza, inocencia, laboriosidad y docilidad de la juventud, e inclinarla a la gloria, Filocles, que tenía inclinación a la guerra, decía a Méntor: En vano ocuparéis a la juventud en esos ejercicios, si la dejáis desfallecer en una paz continua, pues no adquirirá ninguna experiencia de la guerra ni tendrá necesidad de experimentar su valor. Debilitaréis insensiblemente la nación, se enervará el valor, y los placeres corromperán las costumbres; y de este modo la vencerán sin dificultad otros pueblos belicosos; y habiendo querido evitar los males que trae consigo la guerra, caerá aquella en una esclavitud espantosa.

Los males de la guerra, respondió Méntor, son todavía más horribles que pensáis. Aniquila al estado y le pone siempre a peligro de perecer, aun cuando logre las más señaladas victorias. Cualesquiera que sean las ventajas con que se empieza, nunca hay seguridad de acabarla sin riesgo de exponerse a las alteraciones más trágicas de la fortuna; y sea cual fuere la superioridad de fuerzas con que se empeñe una batalla, un leve descuido, un terror pánico, la menor cosa arrebatada la victoria que ya se creía segura trasladándola al enemigo. Aun cuando la victoria siguiese vuestro campo, no os destruiréis menos al destruir a vuestros enemigos; porque se despuebla el país, quedan casi incultos los campos, se altera el comercio, y lo que aún es peor, pierden su fuerza las buenas leyes, dejando corromper las costumbres, olvida la juventud las letras, hace la necesidad urgente que se tolere una perniciosa licencia en las tropas, y este desorden trasciende a la justicia y policía. Un rey que derrama la sangre de tantos hombres, que causa tantas desgracias por adquirir un

poco de gloria o extender los límites de su monarquía, es indigno de la gloria que busca, y merece perder lo que posee por haber querido usurpar lo que no le pertenece.

He aquí los medios de ejercitar el valor de un pueblo en tiempo de paz. Habéis oído los ejercicios del cuerpo que establecemos, los premios que excitarán la emulación, las máximas de virtud y de gloria que se introducirán en las almas desde la cuna por el canto de los hechos memorables de los héroes; y añadido a todo ello el auxilio de una vida sobria y laboriosa. Pero aún no es esto todo: luego que cualquier pueblo aliado se vea comprometido a una guerra, debéis enviarle la flor de la juventud, señaladamente aquellos en quienes se adviertan talentos para ella, y sean más a propósito para aprovecharse de la experiencia. Así conservaréis gran reputación entre los aliados, será apetecida vuestra alianza y temerán perderla, y sin tener la guerra en vuestro territorio, ni hacerla a vuestras expensas, podréis contar siempre con una juventud intrépida y aguerrida. Aunque gocéis de paz en vuestros dominios, no por ello dejaréis de dispensar grandes honras a cuantos sobresalgan en talentos para la guerra; porque el verdadero medio de evitarla, conservando una paz dilatada, es cultivar el arte de hacerla, honrar a los que poseen conocimientos para ella, tenerlos siempre de esta clase ejercitados en países extranjeros que conozcan las fuerzas, disciplina y modo de hacer la guerra los vecinos; y ser tan incapaz de hostilizar por ambición, como de temerla por afeminación. Por tales medios se llega a no tener que hacerla jamás, dispuesto siempre a sostenerla por necesidad.

Cuando los aliados estén dispuestos a hostilizarse, os corresponde ser el medianero: así adquiriréis una gloria más sólida y cierta que la de los conquistadores, captándoos la estimación de los extranjeros que os necesitan, reinando sobre ellos por la confianza que les inspiráis, cual lo hacéis sobre vuestros vasallos; siendo depositario de sus secretos, árbitro de sus tratados y dueño de sus corazones: vuela vuestra fama a los más remotos países, y llega a ser vuestro nombre cual un perfume delicioso que exhalándose de país en país corre a los pueblos más lejanos. En tal estado, atáqueos en buen hora una nación vecina contra las leyes de la justicia: os encontrará aguerrido y preparado, y lo que es más, amado y socorrido; pues persuadidos los demás de que vuestra conservación contribuye a la seguridad común, se alarmarán por vuestro peligro. He aquí una fortaleza más segura que todas las murallas y que todas las plazas fuertes: he aquí la verdadera gloria. ¡Pero cuán pocos son los reyes

que saben buscarla y que no se alejan de ella! Corren tras una sombra falaz, y dejan a la espalda el verdadero honor sin conocerlo.

Cuando Méntor hubo acabado de hablar de esta suerte, mirole sorprendido Filocles; y dirigiendo después la vista a Idomeneo, se complació al observar el esmero con que procuraba quedasen grabadas en su corazón las palabras de Méntor, de cuyos labios se desprendía la sabiduría misma.

Por tales medios establecía Minerva en Salento, bajo la figura de Méntor, las mejores leyes y las más acertadas máximas de gobierno; no tanto para que floreciese el reino de Idomeneo, cuanto para presentar a Telémaco cuando regresase ejemplos sensibles de lo que puede hacer un sabio gobierno en beneficio público, y para proporcionar gloria duradera al buen monarca.

Libro XV

Granjéase Telémaco la estimación de Filoctetes a pesar de la aversión con que este miraba a su padre. Cuéntale Filoctetes sus aventuras en cuya narración refiere por incidencia las particularidades de la muerte de Hércules ocasionada por haberse vestido la túnica emponzoñada que el centauro Neso dio a Deyanira. Refiérole a su vez como obtuvo las fatales flechas de aquel héroe sin las cuales no se hubiera tomado la ciudad de Troya: dícele que por haber revelado un secreto fue castigado con los crueles males que sufrió en la isla de Lemnos, y le cuenta por fin cómo Ulises se valió de Neptuno para atraerle a la isla de Troya donde los hijos de Esculapio le curaron su herida.

Manifestaba Telémaco su valor en los peligros de la guerra, procurando captarse la voluntad de los ancianos capitanes cuya reputación y experiencia eran extremadas. Néstor, que le había visto en Pilos, y a quien siempre fue caro Ulises, le trataba como a su propio hijo. Dábale instrucciones apoyadas con ejemplos; le refería las aventuras de su juventud y lo más notable que viera ejecutar a los héroes de la edad pasada; pues la memoria de aquel sabio anciano, cuya vida se prolongó por espacio de la de tres hombres, podía considerarse como la historia de los antiguos tiempos grabada sobre el mármol y el bronce.

Al principio no fue la inclinación de Filoctetes hacia Telémaco cual la de Néstor, porque le alejaba de él el odio a su padre, y no podía ver sin disgusto cuánto preparaba en favor de aquel joven la protección de los dioses para hacerle comparable con los héroes que arrasaran la ciudad de Troya. Mas la moderación de Telémaco venció el resentimiento de Filoctetes, que no pudo dejar de apreciar su virtud afable y modesta. Muchas veces le decía de esta suerte: Hijo mío (pues no temo ya llamaros así), confieso que hemos sido enemigos largo tiempo vuestro padre y yo, y que después de arrasada la soberbia ciudad de Troya aún no se había cicatrizado la llaga de mi corazón: cuando os he visto, me ha sido sensible tener que apreciar la virtud del hijo de Ulises. Varias veces me he reprendido a mí mismo, mas todo lo vence la virtud. Y en seguida le fue

refiriendo insensiblemente los motivos que introdujeran en su corazón el odio a Ulises.

Preciso es, dijo, tomar de muy arriba el hilo de mi historia. Seguía a todas partes al gran Hércules que purgó la tierra de tantos monstruos, y en cuya presencia eran todos los héroes cual la débil caña al lado de la robusta encina, o lo que el pequeño pajarillo comparado con el águila. Sus infortunios y los míos emanaron de una pasión que produce los más funestos estragos: el amor. Vencedor Hércules de tantos monstruos, no pudo hacerse superior a esta pasión vergonzosa: burlábase de él el cruel Cupido. Recordaba con rubor el olvido de su propia gloria hasta el extremo de ocuparse en hilar al lado de Ónfale, reina de Lidia, como el hombre más cobarde y afeminado: a tal extremo le arrastró un ciego amor. Ciento y más veces me confesó que este período de su vida había marchitado su virtud, y casi borrado lo glorioso de sus hazañas.

Sin embargo, ¡oh dioses!, tanta es la flaqueza e inconstancia humana, que todo se lo promete el hombre de sí mismo y a nada puede resistir. ¡Ah, cayó de nuevo el grande Hércules en los lazos del amor que había detestado tantas veces: amó a Deyanira; y feliz él si hubiera sido constante su pasión a la que llegó a ser su esposa! Pero en breve arrebató su corazón la juventud de Íole, en cuyo rostro resplandecían las gracias. Celosa Deyanira, se acordó de la fatal túnica que la legara al morir el centauro Neso, como medio seguro para despertar el amor de Hércules cuantas veces la desdeñase por otra. Aquella túnica, empapada en la sangre venenosa del centauro, estaba envenenada con la ponzoña de las flechas con que fuera herido aquel monstruo. Ya sabéis que las flechas de Hércules, que dio muerte al pérfido centauro, habían sido emponzoñadas con la sangre de la hidra de Lerna, de modo que eran incurables las heridas que causaba con ellas.

Vistió Hércules aquella túnica, y al momento sintió el fuego devorador que se introducía hasta la médula de sus huesos: lanzaba gritos espantosos que estremecían el monte Eta y repetía el eco de los profundos valles: hasta el mar se conmovía al parecer; y el bramido de los toros más bravos en el calor de la lucha no hubiera causado tan espantoso ruido. Osó aproximarse a él el desventurado Licas, que le trajo la túnica de parte de Deyanira, y cogiéndole Hércules en el exceso del dolor le arrojó cual lo hace el hondero con la piedra; y cayendo desde aquella elevada montaña en las aguas del mar, fue transformado en roca que conserva todavía la

forma humana y que, batida incesantemente por las irritadas olas, causa espanto de lejos a los más experimentados pilotos.

Creí no poderme ya fiar de Hércules después del infortunio de Licas, y cuidé de ocultarme en las cavernas más profundas. Desde allí le veía arrancar sin dificultad los pinos elevados y viejas encinas, que por espacio de muchos siglos despreciaran los huracanes y borrascas; y en tanto que así lo hacía con una mano, esforzábame con la otra inútilmente a desnudarse de aquella fatal túnica, pues se había adherido a su piel e incorporándose a los miembros de su cuerpo. A medida que la rasgaba, rasgaba también su piel y sus carnes, brotaba la sangre y manchaba con ella la tierra. Por último, superando el ánimo al dolor exclamó: Querido Filoctetes, tú eres testigo de los males que me hacen padecer los dioses: son justos: los he ofendido violando el amor conyugal. Después de haber vencido a tantos enemigos me he dejado vencer cobardemente por el amor a una peregrina belleza: muero, y muero contento por aplacar la cólera de los dioses. Mas ¡ay querido amigo!, ¿por qué huyes de mí? Cierto es que arrebatado del dolor he cometido con el infortunado Licas una crueldad que excita mi remordimiento; pues ignoraba el veneno de que era portador y no merecía le hiciese padecer: ¿mas presumes pueda yo olvidar la amistad que te debo y que pretenda arrancarte la vida? No, no, jamás dejaré de amar a Filoctetes: él recibirá en su seno mi espíritu próximo a exhalarse: él recogerá mis cenizas. ¿A dónde estás, pues, mi querido Filoctetes, única esperanza que me queda sobre la tierra?

Al oír yo estas palabras corrí acelerado hacia él. Tendiome los brazos para abrazarme; mas contúvole el temor de introducir en mis venas el cruel fuego que le abrasaba. ¡Ay!, dije, ¡ni aun este consuelo me es permitido! Y reuniendo todos aquellos troncos que acababa de arrancar, levantó una pira en la cima de la montaña, subió tranquilamente sobre ella, extendió la piel del león Nemeo, que por largo tiempo cubriera sus hombros cuando marchaba de un extremo a otro de la tierra para destruir a los monstruos y libertar a los desgraciados; y apoyándose en la clava me previno encendiese la hoguera.

Lleno de horror y con mano trémula no pude negarme a prestarle este cruel servicio, pues ya no era para él la vida un presente de los dioses según le era funesta; y aun recelé que el exceso del dolor le condujera a algún extravío indigno de aquella virtud que llenó de admiración al universo. Al ver que la llama comenzaba a prender en la pira, exclamó:

Ahora conozco, querido Filoctetes, tu verdadera amistad; pues apreciáis más mi fama que mi vida. ¡Ojalá te den los dioses recompensa! Te dejo lo que hay más precioso en la tierra, estas flechas empapadas en la sangre de la hidra de Lerna, cuyas heridas son incurables: con ellas serás invencible cual yo lo he sido, y mortal ninguno osará pelear contigo. Acuérdate de que muero fiel a nuestra amistad, y nunca olvides cuán caro fuiste a mi corazón. Pero si es cierto que compadesces mi desgracia puedes darme el último consuelo: prométeme no descubrir nunca mi muerte a mortal alguno, ni el lugar en donde hayas ocultado mis cenizas. ¡Ah!, se lo prometí, y aun lo juré regando con mis lágrimas la hoguera. Brilló en sus ojos el gozo al escucharme; mas de repente le envolvió un torbellino de fuego sofocando su voz y ocultándole por algunos momentos a mi vista. Sin embargo, veíale yo todavía entre las llamas con semblante sereno, cual si se hallase en el regocijo de un festín cubierto de perfumes, rodeado de sus amigos y coronado de flores.

En breve consumió el fuego cuanto había en él de terrestre y mortal, sin que le quedase cosa alguna de lo que recibiera al nacer de su madre Alcmena; mas por orden de Júpiter conservó aquella naturaleza sutil e inmortal, aquella celeste llama, principio verdadero de la vida que le diera el padre de los dioses, y pasó a habitar con ellos y a beber en su compañía el dulce néctar bajo las doradas bóvedas del excelso Olimpo, donde obtuvo por esposa a la amable Hebe, diosa de la juventud, que derramaba el néctar en la copa del gran Júpiter antes de que recibiese tan alto honor el joven Ganimedes.

Mas hallé yo en aquellas flechas que me diera para hacerme superior a todos los héroes un manantial inagotable de pesares. Emprendieron a poco tiempo los reyes coligados la venganza de Menelao, que robó a Helena, esposa de Paris, y la ruina del imperio de Príamo; y el oráculo de Apolo les reveló que no debían tener esperanza de terminar felizmente aquella guerra mientras no llevasen a ella las flechas de Hércules.

Ulises, que fue siempre el más ilustrado y sagaz en los consejos, se encargó de persuadirme les acompañase al sitio de Troya y condujese las flechas que creía tener en mi poder. Largo tiempo había ya que no se dejaba ver Hércules sobre la tierra: ninguno hablaba de nuevas hazañas de este héroe, y los malvados y los monstruos comenzaban a presentarse impunemente. Ignoraban los griegos lo que debían juzgar de su desaparición: decían unos haber muerto; y sostenían otros su viaje al

congelado septentrión para domar a los escitas. Pero no dudaba Ulises hubiese muerto, y se resolvió a arrancarme el secreto. Vino en busca mía cuando aún no hallaba yo consuelo por la pérdida del invencible Alcides. Costole gran trabajo acercarse a mí, porque no podía ver a los hombres ni sufrir me arrancasen de los desiertos del monte Eta, en donde había visto perecer a mi amigo: ocupábame solo en representarme la imagen de aquel héroe, y en llorar a la vista de aquellos tristes lugares. Mas pendía de los labios de Ulises la seductora y eficaz persuasión: aparentó igual aflicción que la mía, vertió lágrimas, e insensiblemente supo ganar mi corazón y confianza: se esforzó para que compadeciese a los reyes de Grecia que iban a pelear por una causa justa y que sin mí no podían triunfar. Sin embargo, jamás pudo arrancarme el secreto de la muerte de Hércules, que había jurado no revelar a nadie; mas no dudaba él hubiese muerto, y me instaba a que le descubriese el lugar en donde depositara sus cenizas.

¡Ah!, causome horror cometer un perjurio diciéndole el secreto que había prometido a los dioses no revelar; pero tuve la flaqueza de eludir mi juramento no atreviéndome a violarle, y por ello me han castigado los dioses. Di con el pie en tierra en el mismo sitio en que descansaban las cenizas de Hércules, y en seguida pasé a reunirme con los reyes coligados, que me recibieron con igual júbilo que hubieran recibido al mismo Hércules. Al transitar por la isla de Lemnos quise dar una prueba a los griegos de lo que podían prometerse de mis flechas; y cuando me preparaba a herir a un gamo que corría hacia el bosque, dejé caer por descuido la flecha del arco sobre el pie, y me causé una herida de que aún me resiento. Sentí inmediatamente iguales dolores que había sentido Hércules: resonaban en la isla mis ayes noche y día, y manando de la herida una sangre corrompida y negra, infestaba el aire esparciendo en el campo griego una fetidez capaz de sofocar al hombre más vigoroso. Causaba horror a todo el ejército verme en tal extremidad, y convenían todos en que era un suplicio a que me condenaban los justos dioses.

El primero que me abandonó fue Ulises, sin embargo de haberme empeñado en aquella guerra. Después me he convencido de que lo hizo prefiriendo el interés común de la Grecia y la victoria a los motivos de amistad y de beneficencia. No podían celebrarse los sacrificios en el campo, y era tal el horror que inspiraba mi herida, su infección y la violencia de mis lamentos, que turbaban a todo el ejército. Cuando me vi abandonado de todos los griegos por consejo de Ulises, pareciome esta política la más horrible inhumanidad y la mayor perfidia. ¡Ah!, estaba ciego,

y por lo mismo no veía era justo se declarasen contra mí los varones más prudentes, así como los dioses a quienes había irritado.

Permanecí casi todo el tiempo que duró el sitio de Troya, solo, sin auxilio, sin esperanza y sin consuelo, entregado a horribles dolores en aquella isla desierta e inculta, en donde solo percibía el ruido de las olas del mar que venían a estrellarse en las rocas. En medio de aquella soledad encontré una caverna vacía en cierta roca que elevaba hacia el cielo dos cumbres semejantes a dos cabezas, de una de las cuales manaba una cristalina fuente. Era aquella caverna guarida de fieras, a cuyo carnívoro diente me veía expuesto día y noche. Reunía algunas hojas de árbol que me servían de lecho, y no me quedaban otros bienes que un tosco vaso de barro, y algunas vestiduras desgarradas con que vendaba la herida para contener la sangre, y de las cuales me servía también para limpiarla. Allí, abandonado de los hombres y entregado a la cólera celeste, me ocupaba en herir con mis flechas a las aves que volaban en torno de la roca; y cuando había muerto alguna para que me sirviese de alimento, me era preciso arrastrarme sobre la tierra con aumento de mis dolores para ir en busca de la presa: de este modo me proporcionaban mis manos el sustento.

Es verdad que al partir los griegos me dejaron algunas provisiones; mas las consumí en breve. Encendía el fuego con pedernales; y a pesar de lo horroroso de la vida que soportaba, me hubiera parecido agradable, lejos de hombres ingratos y engañosos, si no me hubiese oprimido el dolor y recordado sin cesar mi desgraciada aventura. ¡Cómo!, decía yo, ¡sacar a un hombre de su patria cual el único que puede vengar a la Grecia, y abandonarle después en esta isla desierta cuando descansaba en brazos del sueño! Porque durmiendo yo, partieron los griegos. Juzgad cuál sería mi sorpresa y cuántas lágrimas derramaría al despertar viendo surcar las aguas a los bajeles en que iban. ¡Ah!, recorriendo por todas partes aquella isla inculta y horrible hallé únicamente el dolor.

En ella no hay puerto, comercio, hospitalidad ni mortal alguno que arribe voluntariamente a sus costas. En ella solo se ven desgraciados a quienes arrojan las tempestades, y no puede esperarse sociedad sino por efecto de los naufragios; y aun aquellos que arribaban, no se atrevían a llevarme en su compañía temiendo la cólera de los dioses y el enojo de los griegos. Diez años hacía ya que me hallaba sufriendo oprobio, dolor y hambre, y que alimentaba una herida que me devoraba: hasta la esperanza había

desaparecido de mi corazón.

Tal era mi estado, cuando al regreso de buscar varias plantas medicinales para mi herida, vi a la entrada de la gruta a un gallardo joven lleno de nobleza, y cuyo aspecto era el de un héroe. Creí mirar a Aquiles según eran semejantes a las de este sus facciones y ademanes; pero la edad me convenció de que no podía ser él. Descubrí en su rostro compasión y perplejidad, pues se conmovió al observar el trabajo y lentitud con que me arrastraba; y se enterneció su corazón al oír mis agudos y dolorosos quejidos, que resonaban en toda la playa.

¡Oh extranjero!, le dije cuando aún me hallaba a bastante distancia de él, ¿qué infortunio te conduce a esta isla inhabitada? Tu traje es griego, traje todavía grato para mí. ¡Ah, cuánto deseo oír tu voz y escuchar de tus labios aquella lengua que aprendí en la infancia, y que no puedo hablar con nadie ha tanto tiempo en esta soledad! No te espante ver a un hombre tan desdichado: lastímate de su suerte.

Apenas me hubo dicho Neoptólemo: Soy griego, exclamé: ¡Oh dulces palabras después de tantos años de silencio, de dolor y desconsuelo! ¡Hijo mío! ¿qué desgracia, qué tempestad, o más bien, qué favorable viento te ha conducido aquí a poner término a mis males? Soy de la isla de Esciro, respondió, adonde regreso: dicen soy hijo de Aquiles; ya lo sabéis todo.

No dejaron satisfecha mi curiosidad estas pocas palabras, y le dije: ¡Hijo de un padre a quien tanto yo he querido!, amable vástago de Licomedes, ¿por qué vienes a este lugar?, ¿de dónde? Respondiome que del sitio de Troya, y volví a decirle: Tú no fuiste de la primera expedición. ¿Y tú?, me contestó. Ya veo que no conoces, le respondí, ni el nombre de Filoctetes ni sus infortunios. ¡Ah, desdichado de mí! Mis perseguidores me insultan en la miseria: ignora la Grecia lo que yo padezco: se aumenta mi dolor, y los Atridas me han reducido al estado en que me veo: ¡quieran los dioses darles la recompensa!

En seguida le referí de qué manera me habían abandonado los griegos; y apenas acabó de oír mis quejas comenzó a referirme las suyas diciendo: Después de la muerte de Aquiles... (¿Qué? ¡No existe Aquiles!, repliqué. Perdona, hijo mío, interrumpa tu narración con las lágrimas debidas a tu padre). Me consoláis al interrumpirme, respondió Neoptólemo: ¡cuán agradable me es ver llorar a Filoctetes la muerte de mi padre!

Después de la muerte de Aquiles, prosiguió Neoptólemo, me buscaron Ulises y Fénix asegurándome que sin mí no podrían arrasarse la ciudad de Troya. Ninguna dificultad les costó llevarme en su compañía; porque el sentimiento de la muerte de Aquiles, y el deseo de heredar su gloria en aquella guerra memorable, me estimulaban a seguirles. Llego a Sigeo: reúnese el ejército en derredor mío: protestan todos ver en mí a Aquiles; mas ¡ay!, ya no existía. Joven y sin experiencia, creí podía prometérmelo todo de los que tanto me elogiaban. Reclamé de los Atridas las armas de mi padre, y me respondieron con la mayor crueldad: Te se dará todo lo demás que le pertenecía; mas no sus armas, que ya están destinadas a Ulises.

Lleneme de turbación, lloré y llegué a enfurecerme; pero sin alterarse por ello Ulises me dijo: ¡Joven! no has participado de los peligros de este prolongado asedio: no mereces aún esas armas, y hablas ya con demasiada arrogancia: nunca las obtendrás. Despojado injustamente de ellas por Ulises, regresé a la isla de Esciro, menos indignado contra él que contra los Atridas. ¡Dispensen los cielos su favor a cualquiera que sea enemigo de estos! ¡Oh Filoctetes!, ya os he informado de todo.

Pregunté a Neoptólemo cómo no había impedido tal injusticia Áyax Telamonio. Murió, dijo. ¡Murió, exclamé, y no muere Ulises! Al contrario, ¡vive en la prosperidad! Le exigí noticias de Antíloco, hijo del sabio Néstor, y de Patroclo, tan querido de Aquiles. Murieron ambos, me respondió; y volví a exclamar: ¡Murieron! ¡Ah, qué me dices! ¡Así sacrifica la cruel guerra al bueno y conserva al malvado! ¿Vive Ulises? ¿Sin duda vivirá también Tersites? He aquí cómo obran los dioses; ¡y todavía alabaremos sus decretos!

En tanto que me hallaba yo poseído de furor contra Ulises, continuó engañándome Neoptólemo añadiendo estas tristes palabras: Voy a vivir contento en la isla inculta de Esciro, lejos del ejército griego donde el mal prevalece contra el bien. Adiós, yo parto: ¡quieran los dioses daros la salud!

Hijo mío, le dije al momento, ruégote por los manes de tu padre, por tu madre y por todo aquello que te sea más caro sobre la tierra, no me dejes solo entregado a los males que padezco. No ignoro cuán gravoso te seré; mas el abandonarme sería vergonzoso para ti. Arrójame en la proa, en la popa, en la misma sentina de tu bajel o en cualquiera otro lugar en donde menos pueda incomodarte. Los grandes corazones conocen únicamente cuánta gloria se adquiere obrando bien. No me dejes en este desierto

donde no se encuentra ningún vestigio humano: llévame a tu patria o a la Eubea, no muy distante del monte Eta, de Traquinia y de las agradables orillas del río Esperqueo: vuélveme a mi padre. Mas ¡ay!, temo no exista ya. Habíale yo avisado para que me enviase un bajel; pero sin duda ha muerto o no le han informado de la miseria en que vivo los que me prometieron hacerlo. A ti recurro, ¡hijo mío! Recuerda la inestabilidad de las cosas humanas: el que se halla en la prosperidad debe guardarse de abusar de ella, negándose a socorrer al desvalido.

El exceso del dolor me hacía hablar de esta suerte a Neoptólemo. Prometió llevarme en su compañía, y al oírlo exclamé: ¡Día venturoso! ¡Amable Neoptólemo, digno de la gloria de tu padre Aquiles! ¡Queridos compañeros de viaje, permitid me despida de esta triste mansión! Ved dónde he vivido; comprended lo que habré padecido aquí: ningún otro hubiera podido sufrir tanto. La necesidad me ha instruido, pues enseña a los hombres lo que no pudieran saber por otro medio. El que jamás ha padecido nada sabe; desconoce los bienes y los males, y no se conoce a sí mismo. Dichas estas palabras tomé mi arco y mis flechas.

Me suplicó Neoptólemo le permitiese besar aquellas armas célebres, consagradas por el invencible Hércules. Puedes hacerlo, respondí, tú que hoy me vuelves a la luz, a mi patria, a mi padre agobiado por la senectud, a mis amigos y a mí mismo: tú puedes tocar esas armas, y lisonjearte de ser el único entre todos los griegos que lo haya merecido; e inmediatamente entró Neoptólemo en la gruta para admirarlas.

Entre tanto acometiome un dolor excesivo que me dejó lleno de turbación; y sin saber lo que hacía, pido un acero para cortarme el pie y exclamo: ¡Oh muerte deseada!, ¿por qué no vienes? ¡Oh joven, quémame cual yo lo hice con el hijo de Júpiter! ¡Oh tierra, recibe a un moribundo que ya no puede recobrar la salud! El exceso del dolor me hizo caer repentinamente como acostumbra en un profundo letargo: comenzó a correr copioso sudor por mi cuerpo, y sangre corrompida y negra de mi herida, proporcionándome algún alivio; y aunque hubiera sido fácil a Neoptólemo partir con las armas durante mi letargo, era hijo de Aquiles y no había nacido para engañarme.

Conocí su turbación al volver en mí: suspiraba como el que obra contra los sentimientos de su corazón y no sabe disimular. ¿Pretendes acaso sorprenderme?, le dije: ¿cuál es la causa de tu agitación? Preciso es, respondió, me sigáis al sitio de Troya. ¿Qué has dicho, hijo mío?, repliqué

inmediatamente: vuélveme ese arco: he sido engañado: no me prives de la vida. ¡Ah!, nada respondes; me miras tranquilo y sin conmoverte. ¡Oh playas y promontorios de esta isla!, ¡oh fieras!, ¡oh escarpadas rocas!, escuchad mis quejas; pues solo a vosotros puedo dirigir las: acostumbrados estáis a oír mis lamentos. ¡Por ventura me era preciso ser engañado por el hijo de Aquiles! Él me arrebató el arco sagrado de Hércules, quiere conducirme al campo de los griegos para triunfar de mí, sin considerar que triunfa de un muerto, de una sombra, de una vana imagen. ¡Ah, si me hubiese atacado cuando conservaba mis fuerzas!... mas aun ahora lo hace sorprendiéndome. ¿Qué haré? Vuélveme las armas, hijo mío: imita a tu padre, sé digno de ti mismo. ¿Nada me dices?... ¡Ampárame de nuevo, árida montaña! A ti vuelvo desnudo, miserable, abandonado y sin alimento: moriré solo en esta caverna por faltarme el arco con que daba muerte a las fieras, y llegarán a devorarme; sea en buen hora. Mas tú, hijo mío, no pareces malvado: algún consejo siniestro dirige tus acciones: restitúyeme mis armas, y parte.

¡Pluguiera a los dioses, exclamaba Neoptólemo en voz baja y vertiendo lágrimas, que nunca partiera yo de Esciro! ¿Qué veo?, exclamé: ¿no es Ulises? y al momento oigo su voz que articulaba estas palabras: Sí, yo soy. Si el oscuro reino de Plutón se hubiera presentado a mis ojos, y dejádome ver el negro Tártaro, que inspira temor a los mismos dioses, no hubiese yo experimentado mayor horror: lo confieso. ¡Oh tierra de Lemnos, exclamé, sírveme de testigo! Y tú, ¡oh sol!, ¿cómo lo permites? Júpiter lo ordena, respondió Ulises sin alterarse, y yo ejecuto sus decretos. ¿Cómo osas, le dije, nombrar a Júpiter? Mira a ese joven que no ha nacido para el fraude cuánto padece al ejecutar lo que tú le obligas a hacer. No venimos a engañarte, replicó Ulises, ni a causarte daño alguno, sino a libertarte, a curar tu herida, y a proporcionarte la gloria de destruir a Troya y restituirte después a tu patria. El enemigo de Filoctetes no es Ulises, lo eres tú mismo.

Dije entonces a Ulises cuanto podía inspirarme el furor. Pues que me abandonaste en esta playa, le repuse, ¿por qué no me dejas tranquilo en ella? Corre en busca de la gloria marcial y de los placeres: goza en buen hora de ellos con los Atridas: déjame soportar la miseria y el dolor. ¿Por qué quieres sacarme de aquí? Ya nada puedo, dejé de existir. ¿Cómo no piensas hoy cual en otro tiempo, que no podría yo partir, que mis lamentos y la infección de mi herida impedirían la celebración de los sacrificios? ¡Oh Ulises!, autor de mis desgracias, ¡quieran los dioses!... Mas no: no me

escuchan: por el contrario, favorecen a mi enemigo. ¡Oh tierra querida de mi amada patria que jamás volveré a ver!... ¡Oh dioses!, si alguno hay entre vosotros cuya justicia se duela de mi suerte, castigad a Ulises: entonces dejaré de padecer.

Mientras que hablaba yo de esta suerte mirábame Ulises con serenidad, aunque compasivo, como quien lejos de hallarse irritado, tolera y disculpa la agitación de un desdichado a quien persigue la fortuna. Considerábale yo cual la roca que, situada en la cima de la montaña, burla el furor de los vientos y deja agoten su rabia mientras permanece inmóvil; pues del mismo modo esperaba terminase mi enojo, porque conocía que no deben atacarse las pasiones del hombre para reducirle a la razón hasta que han comenzado a debilitarse. ¡Oh Filoctetes!, me dijo: ¿qué es de vuestro valor y cordura? He aquí el momento de que os aprovechen. Si os negáis a seguirnos para llenar los grandes designios de Júpiter, adiós: seréis indigno de dar libertad a la Grecia y destruir a Troya. Permaneced en Lemnos: estas armas que llevaré, me proporcionarán una gloria destinada para vos. Partamos, Neoptólemo: inútil es hablar más: la compasión hacia un solo hombre no debe hacernos abandonar la salud de toda la Grecia.

Al oír esto me sentí cual la leona que, por haberle arrebatado sus hijos, llena de rugidos los bosques inmediatos. ¡Oh caverna, exclamé, jamás saldré de tu recinto: tú me servirás de sepultura! ¡Oh mansión del dolor, acabaron para mí el alimento y la esperanza! ¿Quién me dará un acero para traspasar mi pecho? ¡Ojalá fuese presa de carnívoras aves!... ¡ya no podré herirlas con mis flechas! ¡Arco precioso, arco consagrado por la mano del hijo del mismo Jove! Querido Hércules, si aún eres capaz de sentir, ¿no te llenarás de indignación al ver que ya no se halla tu arco en las manos del más fiel de tus amigos, y sí en las impuras y engañosas de Ulises? ¡Aves y fieras carnívoras, no huyáis de esta caverna pues ya no poseo las flechas! ¡Desdichado!, ya no puedo dañaros; venid a devorarme, o más bien confúndame un rayo del inexorable Júpiter.

Después de haber empleado Ulises todos los ardides que creyó oportunos para persuadirme, juzgó no quedarle otro recurso que restituirme las armas; y haciendo cierta señal a Neoptólemo, al momento me las devolvió este. Hijo digno de Aquiles, le dije yo: das una prueba de que lo eres; pero déjame atravesar el pecho de mi enemigo: y queriendo tirar una flecha a Ulises, me detuvo Neoptólemo diciendo: La ira os ciega, y no os deja ver lo indigno de la acción que vais a ejecutar.

Entre tanto permanecía tranquilo Ulises, tan indiferente a mis flechas como a mis injurias; y su intrepidez y paciencia no dejaron de hacerme impresión. Me avergoncé de haber querido dar la muerte con mis armas al mismo que me las había restituido; pero como todavía no estaba sofocado mi resentimiento, me llenaba de desconsuelo el considerar que era deudor de ellas a quien tanto odiaba. Sabed, me decía Neoptólemo, que el divino Héleno, hijo de Príamo, salido de la ciudad de Troya por orden e inspiración de los dioses, nos ha revelado los arcanos del porvenir. Caerá, ha dicho, la desventurada Troya; pero su caída no tendrá efecto hasta que sea atacada por el que posee las flechas de Hércules: no gozará este de salud mientras no se presente delante de las murallas de Troya, donde le curarán los hijos de Esculapio.

Al momento comencé a dudar en la indecisión: complacíame la sinceridad de Neoptólemo y la buena fe con que me había restituido el arco; mas no podía resolverme a acceder a los deseos de Ulises, teniéndome en la irresolución el pundonor y la vergüenza. ¿Qué pensarán de mí, decía yo, al verme con Ulises y con los Atridas?

En tal incertidumbre me encontraba cuando percibí una voz sobrehumana, y se presentó a mis ojos Hércules rodeado de una refulgente nube y de rayos divinos. Reconocí con facilidad sus facciones algo ásperas, su cuerpo vigoroso y ademanes sencillos; mas nunca me había parecido mayor la estatura del domador de tantos monstruos.

Ves y escuchas a Hércules, me dijo. He dejado el alto Olimpo, y vengo a anunciarte los decretos de Júpiter. Bien conoces las fatigas con que he llegado a adquirir la inmortalidad. Preciso es acompañes al hijo de Aquiles para seguir mis huellas en el camino de la gloria. Recobrarás la salud: atravesarás con mis flechas a Paris, autor de tantas desgracias; y después de tomada la ciudad de Troya, enviarás ricos despojos a tu padre Peante, en el monte Eta, para que los coloque sobre mi tumba como trofeos de la victoria debida a mis flechas. Y tú, ¡oh hijo de Aquiles!, sabe que no puedes vencer sin Filoctetes, ni este sin ti. Corred cual dos leones aunados contra la presa: yo enviaré a Esculapio al campo griego, para que dé la salud a Filoctetes. Sobre todo, amad y observad la religión: todo perece mientras ella no deja de existir jamás.

Después de haber oído estas palabras exclamé: ¡Venturoso día, cuya grata luz aparece al cabo de tantos años! Obedezco: parto después de

haber saludado estos lugares. Gruta querida, adiós. Adiós, ninfas de estas apacibles praderas: ya no percibiré mi oído el sordo rumor de las olas de estos mares. Adiós, playas, testigos por tanto tiempo de lo que me ha hecho padecer la intemperie de las estaciones. Adiós, promontorios, cuyo eco repitió multiplicados mis lamentos. Adiós, cristalinas corrientes que por largo tiempo me habéis sido amargas. Tierra de Lemnos, adiós; déjame partir venturoso, pues voy a llenar los votos del Olimpo y los de mis amigos.

Partimos en efecto, y llegamos al sitio de Troya, en donde Macaón y Podalirio, depositarios de la divina ciencia de Esculapio, me dieron la salud, o a lo menos me pusieron en el estado en que me veo, y dejé de padecer, recobrado mi antiguo vigor, aunque he quedado algo cojo. Hice caer a Paris cual el tímido cervatillo a quien hiere con su flecha el diestro cazador: fue Ilión reducida en breve a cenizas: ya sabéis lo demás.

Conservaba yo sin embargo alguna aversión a Ulises, aversión producida por el recuerdo de mis padecimientos; mas la vista de un hijo que le es tan semejante, y a quien en vano me esforzaría a no amar, enternecen mi corazón.

Libro XVI

Tiene Telémaco algunas diferencias con Falanto sobre la pertenencia de unos prisioneros: acomete y vence a Hípías porque, menospreciándole por sus pocos años, se apodera orgulloso de aquellos a nombre de su hermano; pero malcontento con su victoria se reprende interiormente la temeridad con que ha procedido. Informado al mismo tiempo Adrasto de que los monarcas aliados no se ocupaban de otra cosa que de la extirpación de estas diferencias, acomételes de improviso, gánales por sorpresa cien navíos, pone fuego a su campamento, mata a Hípías y hiere de herida mortal a Falanto.

Durante la narración de Filoctetes había permanecido Telémaco como absorto e inmóvil con la vista fija en el héroe a quien escuchaba, agitándole sucesivamente y dejándose ver en su rostro las diferentes pasiones que agitaran a Hércules, Filoctetes, Ulises y Neoptólemo, a medida que iba refiriéndolas en el curso de ella. Cuando describió Filoctetes la perplejidad de Neoptólemo, incapaz de disimular, viose igualmente perplejo Telémaco; y en aquel momento hubiera podido creerse que era el mismo Neoptólemo.

Marchaba entre tanto en buen orden el ejército de los confederados contra Adrasto, rey de los daunios, que despreciaba a los dioses y aspiraba únicamente a engañar a los hombres. Halló Telémaco grandes dificultades para conducirse entre tantos reyes émulos entre sí, pues le era preciso no hacerse sospechoso a ninguno de ellos, y proporcionarse el afecto de todos. Su carácter era sincero; mas poco expresivo y complaciente: no tenía apego a las riquezas, pero tampoco sabía darlas; de modo que poseyendo un corazón generoso e inclinado al bien, no parecía afable ni sensible a la amistad, liberal ni reconocido a los favores que le dispensaban, ni atento a distinguir el mérito. Obraba sin reflexión según sus inclinaciones, y habíale educado su madre Penélope, contra la opinión de Méntor, inspirándole tal orgullo y altivez que empañaban todas sus buenas cualidades. Considerábase como de otra especie que los demás hombres, y nacidos estos para agradarle, servirle y prevenir sus deseos, y

para que le consagrasen todas sus acciones cual a una divinidad. Pensaba que el honor de servirle era una alta recompensa para los que le servían: nunca debía hallarse cosa imposible cuando se trataba de complacerle; y la menor retardación irritaba su natural fogoso.

Los que hubiesen observado su carácter habrían juzgado que era incapaz de amar otra cosa que a sí mismo, y solo sensible a sus placeres y a su gloria. Mas su indiferencia hacia los demás, y la atención continua hacia sí mismo, no tenía otro origen que la agitación continua a que le conducía la violencia de las pasiones. Habíale lisonjeado su madre desde la cuna, y presentaba un ejemplo de la infelicidad de aquellos que nacen en la elevación. Los rigores de la fortuna experimentados desde la infancia no alcanzaron templar la impetuosidad de su carácter. Aunque desprovisto de todo, abandonado y expuesto a tantos infortunios, conservaba siempre su natural arrogancia; y cual se eleva la ligera palma, cualesquiera que sean los esfuerzos para abatirla; así recobraba en todas ocasiones la fiereza de su carácter.

Cuando se hallaba Telémaco en compañía de Méntor no se notaban sus defectos; al contrario, disminuían diariamente, pues semejante al brioso caballo que salta en la dilatada pradera sin que le sirvan de obstáculo rocas escarpadas, precipicios ni torrentes, y que solo conoce la mano y la voz de un solo hombre capaz de domeñarle, así, lleno de ardor, no podía contenerle otro alguno: una mirada de Méntor le servía de freno en el exceso de su impetuosidad: conocía lo que significaba, y llamaba a su corazón los sentimientos de virtud; porque la sabiduría de Méntor hacía aparecer su semblante agradable y sereno. No aplaca Neptuno más repentinamente las oscuras tempestades cuando alza su tridente y amenaza a las irritadas olas.

Mas lejos de Méntor, seguían su curso las pasiones de Telémaco, reprimidas cual un torrente por fuertes diques. Éranle intolerables Falanto y los lacedemonios que mandaba; porque venidos para fundar a Tarento aquellos jóvenes nacidos durante el sitio de Troya, faltos de educación a causa de su ilegítimo nacimiento y desarreglo de sus madres, eran bárbaros y feroces, y más semejantes a una tropa de bandidos que a una colonia de griegos.

Procuraba Falanto contradecir a Telémaco en todas ocasiones; interrumpíale en las asambleas, despreciando su parecer como el de un joven inexperto; burlábase de él cual de hombre débil y afeminado, y

llamaba la atención de los jefes del ejército acerca de sus más leves faltas, esforzándose a introducir la envidia y hacer odioso a los aliados el orgullo de Telémaco.

Hizo este cierto día varios prisioneros a los daunios, y pretendía Falanto que le pertenecían, porque, según decía, era quien a la cabeza de los lacedemonios derrotara a los enemigos; y porque hallándolos Telémaco vencidos y entregados a la fuga, no había tenido que hacer otra cosa que dejarles la vida y conducirlos al campo. Sostenía Telémaco por el contrario, haber impedido venciesen los daunios a Falanto y obtenido la victoria sobre estos. Iban los dos a defender su causa ante la asamblea de los reyes confederados y se propasó Telémaco a amenazar a Falanto; y hubieran peleado los dos inmediatamente a no haberlos contenido.

Tenía Falanto un hermano llamado Hiplas, célebre en todo el ejército por su fuerza, valor y destreza. Pólux, decían los tarentinos, no peleaba mejor con el cesto: Cástor no le excedía en habilidad para manejar un caballo. Su estatura y su fuerza eran casi iguales a las de Hércules. Todo el ejército le temía; y era aún más díscolo y brutal que esforzado y valiente.

Habiendo visto Hiplas la arrogancia con que Telémaco amenazó a su hermano, corrió a apoderarse de los prisioneros para conducirlos a Tarento sin aguardar la resolución de la asamblea. Súpolo Telémaco, y salió lleno de ira, cual corre el jabalí en busca del cazador que le ha herido, blandiendo el dardo con que intentaba atravesarle. Le halló, por fin, y al verle se redobló su furor. No era ya el sabio Telémaco instruido por Minerva bajo la figura de Méntor, sino un frenético, un furioso león.

¡Detente, oh el más infame de los hombres! ¡Detente!, dice a Hiplas: veamos si puedes arrebatarme los despojos de los que he vencido. No los conducirás a Tarento; baja a las oscuras orillas de la Estigia. Dijo, y lanzó el dardo; pero con tanto furor que erró el golpe sin que tocase a Hiplas. Desnudó inmediatamente la espada, cuyo puño era de oro, y le dió Laertes al partir de Ítaca como prenda de su ternura. Habíase servido de ella Laertes con mucha gloria en su juventud, tiñéndola en la sangre de varios capitanes célebres entre los epirotas, en cierta guerra en que había quedado victorioso. Apenas la hubo desnudado se arrojó Hiplas a él para arrebatársela, queriendo aprovecharse de la superioridad de sus fuerzas; y quedando hecha pedazos entre las manos de ambos, se asieron fuertemente. Veíaseles cual dos fieras que pretenden despedazarse: despedían fuego sus ojos: se encogían y estiraban: se bajaban y volvían a

alzarse, y se arrojaban mutuamente, cubiertos de sangre; enlazados sus pies y manos, y estrechándose uno a otro, parecían un solo cuerpo. Debía Hippias vencer a Telémaco, por ser de más edad aquel y menos membrudo este: faltó de aliento, sentía ya flaquear sus rodillas, y redoblaba Hippias sus esfuerzos al verle vacilar. Decidida estaba la suerte del hijo de Ulises: iba a sufrir la pena de su temeridad y arrojo si Minerva, que velaba por él y que no le abandonaba en tal extremidad sino para instruirle, no hubiese inclinado la victoria en su favor.

No abandonó esta deidad el palacio de Salento; pero envió a Iris, veloz mensajera de los dioses, que volando con ligeras alas atravesó el espacio inmenso de los aires, dejando tras sí una huella luminosa que figuraba una nube de mil colores diversos, hasta situarse sobre la playa en donde se hallaba acampado el innumerable ejército de los confederados, desde cuyo sitio observaba la pelea, y el ardor y esfuerzos de los dos combatientes. Se estremeció a vista del peligro que amenazaba al joven Telémaco, y aproximándose a él le envolvió en una nube transparente que había formado de vapores sutiles; y en el momento mismo en que conociendo Hippias su fuerza se creyó vencedor, cubrió Iris al joven alumno de Minerva con la égida que le había confiado esta sabia deidad, e inmediatamente comenzó a reanimarse Telémaco, cuyas fuerzas se hallaban ya agotadas. A medida que se animaba Telémaco llenábase Hippias de turbación, sintiendo cierta cosa sobrenatural que le causaba opresión y sorpresa. Estréchale Telémaco en una y otra actitud; le estremecía sin dejarle un solo momento para asegurarse, hasta que por último le arroja en tierra cayendo sobre él. La caída de una encina robusta del monte Ida, cortada en mil pedazos por el hacha, cuyos golpes resonaran en toda la selva, no produce mayor estrépito: se estremeció la tierra y también cuanto se hallaba en torno de los dos combatientes.

Sin embargo, al recobrar Telémaco las fuerzas había recobrado también la prudencia; y apenas acabó de vencer a Hippias, vio su exceso en atacar al hermano de uno de los reyes confederados, y en cuyo auxilio venía en el ejército; y recordando lleno de confusión los sabios consejos de Méntor, se avergonzó de la victoria conociendo haber merecido que le venciese Hippias. Poseído Falanto de furor corrió a auxiliar a su hermano, y hubiera atravesado a Telémaco con el dardo que empuñaba, a no contenerle el temor de atravesar también a Hippias sobre el cual se hallaba Telémaco. Con facilidad pudiera este haber dado muerte a su enemigo; mas sosegado su enojo pensaba únicamente en reparar su falta mostrándose

moderado, y levantándose le dijo: ¡Hipias!, me basta haberos enseñado a no menospreciar mi juventud; vivid: admiro vuestro esfuerzo y valor. Los dioses han querido protegerme: ceded a su alto poder, y en adelante empleémonos en vencer a los daunios.

En tanto que así hablaba Telémaco, levantose Hipias cubierto de sangre y polvo, y lleno de vergüenza y enojo. No se atrevía Falanto a privar de la vida a quien tan generosamente acababa de darla a su hermano, y encontrábase perplejo y fuera de sí. Acudieron todos los reyes confederados, y separaron a Telémaco de Falanto y de Hipias, que perdida la fiereza no osaba alzar la vista. Admiraba todo el ejército que a pesar de sus pocos años, y careciendo del vigor propio de edad más avanzada, hubiese podido vencer a Hipias, semejante en fuerzas y estatura a aquellos gigantes hijos de la tierra que intentaron en otro tiempo arrojar del Olimpo a los seres inmortales.

Pero distaba mucho el hijo de Ulises de gozar el placer del vencimiento; y en tanto que no cesaban de admirarle se retiró a su tienda avergonzado de su exceso y lamentando su imprudencia. Conoció la injusticia y sinrazón de sus arrebatos, y la vanidad, flaqueza e infamia de su excesiva arrogancia; persuadiéndose al mismo tiempo de que la verdadera grandeza consiste en la moderación, justicia, modestia y humanidad. Así lo conocía; pero no osaba esperar corregirse después de tantas caídas: reconveníase a sí mismo, y oíasele rugir cual un furioso león.

Por espacio de dos días permaneció encerrado a solas en su tienda, sin poder resolverse a concurrir a sociedad alguna y castigándose a sí mismo. ¡Ay de mí!, decía, ¿cómo osaré presentarme a Méntor? ¿Soy yo el hijo de Ulises, conocido por el más sabio y sufrido de todos los hombres? ¿He venido acaso para introducir la discordia y el desorden en el ejército confederado? ¿Es la sangre de estos o la de los daunios sus enemigos la que debo derramar? He sido temerario: no he sabido lanzar el dardo; me he expuesto a pelear con Hipias con fuerzas desiguales; y solo debía prometerme la muerte y la afrenta de ser vencido. Sin embargo, ya no seré por más tiempo aquel temerario Telémaco, aquel joven insensato a quien no aprovechan los consejos: la afrenta acabará con mi vida. ¡Ah, felice yo, felice yo mil veces si a lo menos pudiera esperar no cometer de nuevo el exceso que me ha conducido al desconsuelo! Pero tal vez antes que termine el día ejecutaré o desearé ejecutar iguales excesos que los que ahora me cubren de horror y vergüenza. ¡Oh funesta victoria! ¡Oh elogios

que no puedo tolerar, y que son para mí remordimientos crueles!

Tal era el desconsuelo de Telémaco cuando vinieron a visitarle Néstor y Filoctetes. Quiso el primero hacerle ver el daño que había causado; mas bien pronto conoció aquel sabio anciano la desolación del joven Telémaco, y trocó sus reconvenciones en palabras cariñosas para mitigar su desesperación.

Detenía a los príncipes confederados la querrela de Telémaco, Hippias y Falanto, y no podían marchar hacia el enemigo hasta que estuviesen reconciliados; pues temían que los tarentinos acometiesen a los cien jóvenes cretenses que seguían a Telémaco: todo era turbación por la falta que había este cometido, y a la vista de tantos males y peligros, y de ser autor de todos ellos, se entregaba al más acerbo dolor. Todos los caudillos se hallaban en el mayor apuro: no se atrevían a poner en marcha el ejército recelando que en ella peleasen los cretenses que mandaba Telémaco, y los tarentinos a cuya cabeza iba Falanto; pues habían podido detenerlos dentro del campo a costa de gran trabajo y guardándolos estrechamente. Néstor y Filoctetes iban y venían sin cesar de la tienda de Telémaco a la del implacable Falanto, que solo respiraba venganza, sin que la persuasiva elocuencia de Néstor ni la autoridad del gran Filoctetes pudiesen moderar aquel corazón feroz, irritado a cada paso por los discursos de su hermano Hippias inspirados por el enojo. Mucho más flexible estaba Telémaco; más abatido también por el sentimiento, nada bastaba a consolarle.

Todas las tropas se hallaban consternadas mientras sus caudillos permanecían en tal agitación; y el campo confederado presentaba el cuadro del hogar desolado por la pérdida del padre de familia, el apoyo de los deudos y la esperanza de los hijos y nietos.

En medio de tal desorden y desolación, percibieron de improviso un ruido espantoso de carros y de armas, relinchos de caballos y alaridos de hombres, vencedores unos y animados por la carnicería que causaban, y otros fugitivos, heridos o moribundos. Cubrió el cielo un torbellino de polvo en forma de espesa nube que oscureció todo el campo; y en breve aumentó la oscuridad un humo tan denso que impedía la respiración, dejándose oír cierto ruido sordo, semejante al que producen los torbellinos de fuego que vomita el monte Etna de sus abrasadas entrañas, cuando Vulcano y los cíclopes forjan rayos para el padre de los dioses: el espanto se apoderó de todos los corazones.

Vigilante Adrasto infatigablemente, había logrado sorprender a los confederados. Instruido de las intenciones de estos y ocultándoles la suya, hizo en dos noches una marcha increíble para faldear la montaña poco menos que inaccesible, cuyos pasos tenían ocupados, persuadidos de que defendiendo sus desfiladeros se hallaban seguros, y aun podían caer sobre el enemigo a la otra parte de la montaña, luego que se les hubiesen reunido algunas tropas que aguardaban. Adrasto, que derramaba el oro a manos llenas, conocía los planes de sus enemigos, y había llegado a penetrar sus intenciones; porque Néstor y Filoctetes, caudillos tan sabios y experimentados, no guardaban la reserva conveniente al éxito de sus empresas. El primero, ya en el último tercio de su vida, se complacía en referir cuanto era capaz de atraerle algún elogio, y aunque menos inclinado a hablar el segundo, era pronto, y por poco que excitasen su vivacidad lograban dijese lo que había resuelto callar. Las personas artificiosas habían encontrado la llave de su corazón para extraerle los más importantes secretos. Para conseguirlo bastaba exasperarle, pues entonces prorrumplía en amenazas fogoso y fuera de sí, se vanagloriaba de tener medios seguros de obtener el objeto que se proponía, y como aparentasen dudar del éxito de sus planes, se apresuraba a explicarlos inconsideradamente, escapándosele el secreto de mayor importancia. El corazón de aquel caudillo célebre no podía guardar cosa alguna, semejante a un vaso precioso pero horadado, del cual salen los licores que contiene.

Los traidores corrompidos por el oro de Adrasto, se burlaban de la fragilidad de ambos reyes. Lisonjeaban a cada paso a Néstor con vanos elogios, recordándole sus antiguas victorias, admirando su previsión y no dejando nunca de aplaudirle. Por otra parte tendían continuos lazos al carácter impaciente de Filoctetes, hablándole solo de dificultades, contratiempos, peligros, inconvenientes y faltas irremediables; y al momento que se inflamaba su carácter violento, le abandonaba la prudencia y era ya otro hombre.

A pesar de los defectos de Telémaco, que ya hemos referido, era mucho más cauto para guardar el secreto, acostumbrado a ello por sus infortunios y por la necesidad en que se había visto desde la infancia de ocultarse a los amantes de Penélope; pero sin decir mentira carecía hasta del aire de reserva y de misterio que tienen por lo común las personas reservadas. Aparecía no estar cargado con el peso del secreto que debía guardar, y

encontrábasele en todas ocasiones franco, natural, ingenuo, como el que tiene el corazón en los labios. Mas al decir todo aquello que podía sin consecuencias, sabía detenerse precisamente y sin afectación en lo que inspirase sospecha y comprometiese el secreto; por lo mismo era impenetrable su corazón, y hasta sus mejores amigos ignoraban lo que no creía útil decirles para extraerles consejos prudentes: únicamente Méntor era la persona para quien no tenía la menor reserva. Confiábase de otros amigos; pero en grados diversos, y a proporción de la prudencia y amistad que experimentaba en ellos.

Había observado Telémaco que se divulgaban en el campo confederado las resoluciones del consejo, y advertídoles a Néstor y a Filoctetes; pero estos, a pesar de su consumada experiencia, no hicieron el aprecio debido de tan saludable aviso, porque la senectud no cede fácilmente, teniéndola casi encadenada el continuado hábito de los años, sin que haya recurso alguno en lo humano que ponga término a sus resabios. Semejantes los viejos al árbol cuyo nudoso y áspero tronco se ha endurecido con los años, y que no puede enderezarse fácilmente, así en cierta edad no se doblegan contra las costumbres que han envejecido con ellos, introduciéndose hasta la médula de sus huesos. Conócenlo a las veces, pero tarde, y se lamentan de ello en vano: la juventud es el único período de la vida en que superior el hombre a sus defectos puede corregirlos.

Seguía el ejército Eurímaco, natural de Tesalia, adulator sagaz que sabía acomodarse al gusto e inclinaciones de todos los príncipes, e industrioso para encontrar nuevos medios de agradecerles: nada parecía difícil al escucharle. Cuando le preguntaban su opinión, adivinaba la que agradaría más al que le preguntaba: era complaciente, satirizaba a los débiles, lisonjeaba a los que le inspiraban temor, y poseía el arte de sazonar los elogios con tal delicadeza que no disgustasen al hombre más modesto. Circunspecto con los que lo eran, jovial con los de humor festivo, pues ningún trabajo le costaba adoptar las formas distintas de todos los caracteres. Los hombres sinceros y virtuosos, siempre inalterables por acomodarse a los preceptos de la virtud, no llegarán jamás a ser tan agradables a los príncipes como aquellos que lisonjean sus pasiones dominantes. Conocía, pues, Eurímaco el arte de la guerra, y tenía capacidad para ocuparse en ella; y sin embargo de ser un aventurero que seguía a Néstor, había llegado a obtener su confianza, y extraía de él cuanto deseaba, por ser aquel algo vano y sensible a la adulación.

Aunque Eurímaco no inspiraba confianza a Filoctetes, la cólera e impaciencia de este producía iguales efectos que en Néstor la confianza que le dispensaba. No tenía Eurímaco que hacer otra cosa que contradecirle, pues en llegando a irritarle lo descubría todo. Tal era el hombre que había recibido grandes sumas de Adrasto para penetrar los designios de los aliados, teniendo en el ejército cierto número de tráfugas que sucesivamente debían escaparse del campo de los confederados y regresar al suyo, como lo ejecutaban, haciéndolos partir Eurímaco cuando tenía que informar a Adrasto de alguna cosa de importancia. No era posible descubrir este engaño, porque los tráfugas no conducían papel ni carta, y en el caso de ser sorprendidos nada se hubiera encontrado que hiciera sospechoso a Eurímaco.

De esta manera prevenía Adrasto las intenciones de los confederados, y apenas adoptaba el consejo una resolución, hacían los daunios lo que convenía para impedir sus consecuencias; y aunque no dejaba Telémaco de buscar la causa, y excitar la desconfianza de Néstor y de Filoctetes, era inútil su solicitud porque ambos se hallaban obcecados.

Se había resuelto en el consejo esperar las tropas numerosas que debían llegar, y adelantar con secreto durante la noche cien naves para transportarlas al campo confederado desde un sitio de la costa muy escabroso, adonde debían llegar, y entre tanto se consideraban seguros por ocupar los pasos de la montaña vecina a la costa casi inaccesible del Apenino. Campaba el ejército sobre las orillas del río Galeso, bastante próximo al mar, en un terreno delicioso y abundante de pastos y demás frutos necesarios a la subsistencia de las tropas. A la otra parte de la montaña se hallaba Adrasto, que tenían por cierto no podía pasarla; mas conociendo este las escasas fuerzas de los confederados, sabiendo que esperaban grande refuerzo, que los bajeles aguardaban las tropas que debían llegar, y que reinaba la desunión en el ejército por la discordia de Falanto con Telémaco, se apresuró a dar un gran rodeo, y marchó día y noche con velocidad hacia la orilla del mar, por caminos que se habían considerado siempre como absolutamente impracticables. Así vence los mayores obstáculos el trabajo y la osadía; así hay pocas cosas imposibles para aquellos que saben atreverse a sufrir; y así por último merecen ser sorprendidos y aniquilados los que duermen persuadidos de que es imposible lo que únicamente ofrece dificultades.

Sorprendió Adrasto al amanecer las cien naves de los confederados,

apoderándose de ellas sin resistencia por estar mal guardadas y no tener la menor desconfianza, y transportó en ellas sus tropas con celeridad increíble a la embocadura del Galeso, subiendo en seguida por las riberas de él. Creyeron los que se hallaban en los puntos avanzados del campo, hacia la parte del río, que aquellas naves conducían las tropas que aguardaban, y prorrumpieron en exclamaciones de júbilo. Desembarcó Adrasto sus soldados antes que pudiesen reconocerle, y cayó sobre los confederados que nada recelaban, a quienes halló en un campamento abierto, sin orden y sin jefe y desarmados.

La parte primera del campamento que atacó fue la que ocupaban los tarentinos que mandaba Falanto. Entraron los daunios tan impetuosamente que, sorprendidos los jóvenes lacedemonios, no pudieron resistir, y mientras corrían estos a las armas, embarazándose unos a otros en tal confusión, hizo Adrasto pegar fuego al campamento. Elévese al momento la llama entre las tiendas hasta tocar con las nubes, percíbese el ruido causado por el fuego, cual el de un copioso torrente al inundar la llanura y arrastrar en su rápido curso gruesas encinas, mieses, granjas, establos y ganados: arroja el viento la llama de tienda en tienda, y en breve presenta el campamento el aspecto semejante a un viejo bosque incendiado por leve chispa.

Falanto, que ve más de cerca el peligro, no alcanza a remediarlo: considera que todas las tropas deben perecer abrasadas si no se apresuran a abandonar el campamento; pero al mismo tiempo conoce cuán temible es retirarse en desorden delante de un enemigo victorioso: hace empiecen a salir los jóvenes lacedemonios todavía medio desarmados; mas no les dejaba respirar Adrasto: por una parte les dirige gran número de flechas; por otra arrojan sobre ellos los honderos una nube de gruesas piedras; y el mismo Adrasto, marchando con la espada en la mano a la cabeza de una tropa de daunios escogidos y los más intrépidos, persigue a los fugitivos al resplandor de la llama. Destruye con el hierro lo que escapa del fuego: nada en sangre, no le sacia la mortandad; y los tigres y leones no igualan su furia al despedazar a los pastores con los rebaños que custodiaban. Abandona el valor a los soldados de Falanto, y sucumben. Conducida la pálida muerte por una furia infernal, cuya cabeza cubren horribles serpientes, hiela la sangre en sus venas; entorpece la agilidad de sus miembros, y vacilantes sus rodillas, pierden hasta la esperanza de salvarse con la fuga.

Todavía conservaba Falanto un resto de vigor, mas al ver caer a sus pies a su hermano Hipias, herido por el terrible acero de Adrasto, alzó la vista y las manos al cielo lleno de desesperación y vergüenza. Tendido Hipias en tierra, revuélcase en el polvo arrojando de la profunda herida que le atraviesa el costado un torrente de sangre negra y humeante: ciérranse sus ojos a la luz, y abandónale la vida. Cubierto Falanto con la sangre de su hermano, y sin poderle socorrer, se ve envuelto por los enemigos que se obstinan en rendirle: herido en varias partes de su cuerpo, inutilizado su escudo, después de haber recibido millares de golpes, no puede contener a sus soldados fugitivos, y los dioses no tienen piedad del estado en que se encuentra.

Libro XVII

Revestido Telémaco con sus armas divinas vuela al socorro de Falanto, derriba a Ificles, hijo de Adrasto, rechaza al enemigo victorioso y hubiera alcanzado el triunfo más completo si una tempestad no hubiese puesto fin a la batalla. Terminada esta, manda recoger a los heridos, cuida de ellos, hace honrosas exequias a Hipias, y le presenta a su hermano sus cenizas en una urna de oro.

Observaba Júpiter desde lo alto del Olimpo, y rodeado de todas las divinidades celestes, la mortandad de los confederados; consultaba al mismo tiempo los inmutables destinos, y veía los guerreros cuyo hilo debía cortar aquel mismo día la tijera de la Parca. Todas las deidades observaban atentas su semblante para penetrar cuál sería su voluntad suprema; mas el padre de los dioses y de los hombres les dijo con voz agradable y majestuosa: Ya veis la extremidad a que se ven reducidos los confederados, y a Adrasto que destruye a todos sus enemigos: sin embargo, esta perspectiva es muy engañosa, porque la gloria y prosperidad del malvado es poco duradera. Impío y odioso Adrasto por su mala fe, no alcanzará una completa victoria. Sobreviene esta desgracia a los confederados para enseñarles a corregirse y a guardar mejor el secreto en sus empresas. La sabia Minerva prepara aquí una nueva gloria al joven Telémaco que forma sus delicias. Calló Júpiter, y todos los dioses continuaron observando en silencio la pelea.

Enterados entre tanto Néstor y Filoctetes de haber consumido ya el fuego una parte del campamento, de que conducida la llama por el viento aumentaba aquel sus estragos, de que las tropas se hallaban en desorden, y de que Falanto no podía oponer resistencia al ímpetu de los enemigos; corren inmediatamente a las armas, reúnen a los capitanes, y ordenan que sin dilación salgan todos del campamento para no perecer en el incendio.

Aunque inconsolable y en extremo abatido Telémaco, olvida su dolor, viste sus armas, don precioso de la sabia Minerva, que apareciendo bajo la figura de Méntor fingió haberlas recibido de un excelente artífice de

Salento, pero que las había hecho fabricar a Vulcano en las oscuras cavernas del Etna.

Aquellas armas estaban bruñidas como un espejo, y brillaban cual los rayos del sol. Veíase en ellas a Neptuno y a Palas que se disputaban la gloria de dar nombre a una ciudad naciente. Hería Neptuno la tierra con su tridente, y salía de sus entrañas un brioso caballo: vomitaba espuma su boca, fuego sus ojos: flotaban sus crines a merced del viento, y se doblaban con vigor y ligereza sus piernas delicadas y nerviosas: no andaba; saltaba con tal viveza que no dejaba huella alguna, y al parecer se oían sus relinchos.

Presentaba Minerva a los habitantes de la nueva ciudad el fruto del árbol plantado por su mano; y la rama de que pendía la oliva simbolizaba la abundancia y la paz, preferible a las turbulencias de la guerra, de que era símbolo el caballo: y los dones útiles y sencillos de aquella deidad daban a esta la victoria y su nombre a la ciudad de Atenas.

Veíase a la misma diosa reuniendo en torno suyo a las bellas artes, representadas por genios alados que, temerosos del furor brutal de Marte que todo lo destruye, venían a refugiarse en derredor de ella, cual el cordero balador corre al lado de la madre oveja huyendo del hambriento lobo, cuya ancha e inflamada boca amenaza devorarlo. Con semblante irritado y desdeñoso, confundía Minerva, por la excelencia de sus obras, la loca temeridad de Aracne, que osó disputar con ella sobre la perfección de los tapices; descubriéndose a aquella desventurada a quien se veía trasformada ya en araña.

Aparecía en otra parte de las armas Minerva, cuyos consejos siguió el mismo Júpiter en la guerra contra los gigantes, con sorpresa de los demás dioses. Representábase a aquella deidad con escudo y lanza sobre las orillas del Janto y el Simois conduciendo a Ulises por la mano, reanimando a las fugitivas tropas de los griegos, oponiendo resistencia a los esfuerzos de los más bizarros capitanes troyanos, y hasta del temible Héctor; y por último, introduciendo Ulises en Troya aquella máquina fatal que debía destruir en un momento el imperio de Príamo.

Representaba el escudo a Ceres en las campiñas fértiles de Enna, situadas en Sicilia, reuniendo a los pueblos divididos por varias partes, buscándose el alimento ora en la caza, ora en las frutas silvestres que se desprendían de los árboles. Enseñaba la diosa a aquellos hombres

rústicos el arte de cultivar la tierra, y extraer de sus fecundas entrañas especies para alimentarse; presentándoles un arado y haciéndoles uncir a él los bueyes. Veíase rota la tierra en surcos por la aguda reja, y después las doradas mieses que ondeaban en aquellas dilatadas campiñas: cortaba el segador con la hoz los frutos de la tierra para recompensar las fatigas del hombre, por cuyo medio, el hierro destinado al parecer a destruirlo todo, preparaba en aquellos lugares la abundancia, dando origen a todos los placeres.

Coronadas de flores las ninfas danzaban en la pradera a la orilla de cierto río cerca de un bosque: tocaba la flauta el dios Pan, y saltaban alegres los sátiros en otra parte. Veíase también a Baco coronado de yedra, apoyando una de sus manos sobre el tirso, y llevando en la otra una frondosa vid cubierta de pámpanos y racimos. Su belleza era afeminada, y aunque noble, lánguida y desfallecida, semejante a como apareció a la desgraciada Ariadna cuando la halló sola, abandonada y sumergida en el dolor en una ignorada playa.

Por último, veíase por todas partes un numeroso pueblo: ancianos que conducían a los templos las primicias de sus frutos; jóvenes que regresaban al seno de sus esposas fatigados del trabajo; esposas que marchaban delante de ellos acariciando a los niños a quienes llevaban de la mano, y pastores que cantaban mientras danzaban otros al son de sus instrumentos rústicos. Todo presentaba el aspecto de la paz, de la abundancia y de las delicias: todo parecía festivo y dichoso. El lobo y el cordero gozaban juntos en los pastos: el león y el tigre, perdida su fiereza, convivían apaciblemente con los tiernos corderos, conduciéndoles un pastorcito con el cayado; y tan agradable imagen recordaba las delicias del siglo de oro.

Vistió Telémaco aquellas armas divinas, embrazó en lugar del escudo la terrible égida que le enviara Minerva por Iris, mensajera de los dioses, y que esta había trocado con el escudo sin que lo advirtiese Telémaco, dejando en su lugar la égida temible aun a los mismos dioses.

Corrió Telémaco fuera del campamento huyendo del incendio. Llama en alta voz a los caudillos del ejército, y su voz reanima a todos los confederados. Brilla el fuego divino en los ojos del joven guerrero: preséntase sosegado a dictar órdenes cual pudiera hacerlo un anciano sabio, atento a dirigir su familia y dar instrucción a sus hijos; pero activo en la ejecución y pronto en dictarlas, semejante al río impetuoso que no solo

hace correr precipitadamente sus espumosas aguas, sino que arrastra en su curso a los mayores bajeles que flotan en su superficie.

Filoctetes, Néstor, los jefes mandurianos y de las otras naciones reconocen en el hijo de Ulises una superioridad a que ceden todos: falla la experiencia a los ancianos, y a los caudillos el consejo y la prudencia; y hasta la envidia, inseparable de los corazones humanos, desaparece: callan todos, admiran a Telémaco, pónense en orden para obedecer sin titubear como si tuviesen costumbre de hacerlo. Se adelanta Telémaco, y montando sobre una colina observa a los enemigos, y juzga no debe perder tiempo para sorprenderlos en el desorden en que se encuentran incendiando el campo de los confederados. Da con presteza un rodeo para envolverlos, y le siguen todos los caudillos más experimentados del ejército.

Atacó a los daunios cuando consideraban estos a los confederados envueltos en las llamas del incendio, y esta sorpresa les llena de turbación, cayendo a los golpes de Telémaco cual las hojas del árbol en los últimos días del otoño a impulsos del fiero aquilón, precursor del invierno, que estremece gruesos troncos y agita sus ramas. Cúbrese la tierra de hombres heridos por su mano. Atraviesa con el dardo el corazón de Ificles, el más joven de los hijos de Adrasto, que se atrevió a pelear con él para salvar la vida de su padre, creyendo que lo había sorprendido Telémaco. Este e Ificles eran bellos, vigorosos, ágiles y valientes, de igual estatura, afabilidad y juventud, e igualmente queridos de sus padres y deudos; pero Ificles era semejante a una flor que se abre en el campo para que la corte la hoz aguda del segador. Derriba después Telémaco a Euforión, lidio el más célebre que llegara a Etruria; y por último hiere con su espada a Cleómenes, que acababa de casarse y prometió a su esposa ricos despojos de los enemigos: mas no debía volver a verla jamás.

Temblaba de ira Adrasto al ver muerto a su hijo querido con tantos otros caudillos, y que la victoria huía de sus banderas. Caído Falanto a sus pies se hallaba cual la víctima próxima a ser degollada, que para libertarse de la sagrada cuchilla huye presurosa del altar: faltábale a Adrasto un solo momento para consumir la pérdida de este lacedemonio.

Cubierto Falanto con su sangre y con la de los soldados que peleaban a su lado, oye la voz de Telémaco que se adelanta a socorrerle, y al momento se disipan las sombras que oscurecían sus ojos, y se ve restituido a la vida. Este imprevisto ataque hace que los daunios dejen a

Falanto para rechazar a un enemigo más temible. Hallábase Adrasto como el tigre a quien arrebatan los pastores la presa que iba a devorar. Buscábale Telémaco deseoso de acabar de un golpe la guerra, y libertar a los confederados de su implacable enemigo.

Mas no era la voluntad de Júpiter dar al hijo de Ulises una victoria tan rápida y poco difícil. La misma Minerva quería padeciese males más dilatados para que mejor aprendiera a gobernar a los hombres; y el impío Adrasto fue conservado por el padre de los dioses a fin de que Telémaco tuviese tiempo para adquirir mayor gloria y mayores virtudes. Salvó a los daunios una nube que reunió Júpiter, declarando la voluntad del Olimpo un espantoso trueno: podía creerse iban a desplomarse las bóvedas eternas del alcázar de los dioses sobre las cabezas de los débiles mortales: atravesaba el relámpago de uno a otro extremo de la nube, y en el momento mismo en que deslumbraba los ojos su fuego penetrante, volvía a caerse en las sombras tenebrosas de la noche; sirviendo además para separar a los dos ejércitos una copiosa lluvia que comenzó a caer al momento.

Aprovechase Adrasto del favor de los dioses sin reconocer su poder, cuya ingratitud le hizo merecedor de una venganza más cruel todavía. Pasaron con precipitación sus tropas entre el campamento medio incendiado y una laguna que se extendía hasta el río con tal destreza y celeridad, que su retirada mostró los recursos de su imaginación y su serenidad en los peligros. Querían perseguirle los confederados a quienes animaba Telémaco; mas favorecido por la tempestad se alejó cual el ave de ligeras alas de las redes tendidas por el cazador.

No pensaron los confederados en otra cosa que en regresar a su campo para reparar la pérdida sufrida; y al entrar en él vieron lo más lamentable que comprende la guerra. Faltos de fuerzas los heridos y enfermos para abandonar sus tiendas, no habían podido libertarse del fuego; y medio abrasados y con voz lamentable y moribunda dirigían al cielo dolorosos quejidos. Conmovió esto el corazón de Telémaco: vertió lágrimas y apartó muchas veces la vista de ellos lleno de horror y compasión; pues no podía ver sin estremecerse aquellos cuerpos vivos aún, condenados a una muerte tan prolongada como cruel, que presentaban el aspecto de las víctimas que devora el fuego sobre el ara, y cuyo olor se esparce en torno del altar.

¡Ay!, exclamaba Telémaco, ¡he aquí los males que ocasiona la guerra!

¡Qué ciego furor arrastra a los desventurados mortales! Demasiado corta es su vida sobre la tierra; hartos miserables son sus días: ¿por qué, pues, precipitar una muerte tan próxima?, ¿por qué añadir padecimientos espantosos a las penalidades que por decreto de los dioses son consiguientes a la corta vida del hombre? Todos son hermanos y se despedazan sin embargo unos a otros: menos crueles son las fieras, pues no se hacen la guerra el león al león, ni el tigre al tigre: atacan a los animales de diferente especie: solo el hombre, dotado de razón, hace lo que jamás las bestias que carecen de ella. ¿Y por qué estas guerras? ¿Acaso no hay en el universo más tierra de la que pueden cultivar? ¡Cuántos desiertos existen que no alcanzaría a poblar el género humano! ¿Y por qué la falsa gloria, el título vano de conquistador a que aspira un tirano enciende la guerra en países inmensos? ¡Un solo hombre, don de la cólera de los dioses, sacrifica así a su vanidad a tantos semejantes suyos! ¡Ha de ser preciso que todo perezca, que todo se anegue en sangre humana o sea devorado por las llamas, y sucumba al hambre, todavía más cruel, el que burle los estragos del hierro, para que el que desoye la naturaleza halle su gloria y su placer en la universal destrucción! ¡Monstruosa gloria! ¿Y podrá aborrecerse y despreciarse cual merecen los que así olvidan la humanidad? No, no: lejos de ser considerados cual héroes, ni aun son hombres; y deben ser execrados de todos los siglos que creyeron habrían de admirarles. ¡Ah, cuánto deben cuidar los monarcas de las guerras que emprenden! Han de ser justas y aun necesarias al bien público; porque la sangre de un pueblo debe solo derramarse en el último extremo para salvar al pueblo mismo. Mas por desgracia consejos lisonjeros, ideas falsas de gloria, vanas rivalidades, injusticia, ambición, cubiertas con el velo de especiosos pretextos, y por último empeños temerarios, producen casi siempre guerras que hacen desgraciados a los príncipes, arriesgándolo todo sin necesidad, con igual perjuicio de sus súbditos que de sus enemigos. Así discurría Telémaco.

Al mismo tiempo procuraba disminuir los males de la guerra, no contento con lamentarse de ellos. Socorría personalmente a los enfermos y moribundos con medicinas y numerario; consolando y animando a unos y otros con afabilidad, y cuidando de que lo verificasen otros con aquellos a quienes no podía visitar por sí mismo.

Entre los cretenses que le acompañaban había dos ancianos llamados Traumáfilo y Nosófugo.

Había concurrido el primero al sitio de Troya con Idomeneo, y aprendido de los hijos de Esculapio el arte divino de curar las heridas. Derramaba en las más profundas y emponzoñadas un bálsamo oloroso que consumía las carnes muertas y corrompidas, sin necesidad de incisiones, y que formaba con prontitud nuevas carnes más sanas que las primeras.

El segundo jamás vio a los hijos de Esculapio; pero poseía por medio de Meriones un libro sagrado y misterioso que les diera aquel. Era Nosófugo además protegido de los dioses, había compuesto himnos en loor de los hijos de Latona, y ofrecía diariamente a Apolo el sacrificio de una oveja blanca y sin mancha, cuyo dios le inspiraba muchas veces. Apenas veía un enfermo, conocía la causa de su dolencia examinando la vista, el color de la tez, la respiración y la estructura de su cuerpo. Ora administraba remedios que hacían sudar y manifestaban en su resultado cuánto altera la transpiración la máquina del cuerpo humano, suprimida o facilitada; ora ciertos brebajes que fortificaban poco a poco a los que padecían languidez o desfallecimiento para rejuvenecer al hombre y dulcificar su sangre. Pero aseguraba tenía este muchas veces que acudir a la medicina por carecer de virtudes y de valor. Vergüenza es, decía, padezca tantas enfermedades; porque las buenas costumbres producen la salud: su intemperancia convierte en venenos mortales los alimentos destinados a conservar la vida. Más la abrevian los placeres inmoderados, que pueden prolongarla los remedios. Menos enfermedades aquejan al pobre a quien falta el alimento, que al rico que lo tiene con exceso; porque los alimentos que excitan demasiado el paladar, y se usan en más cantidad que la necesaria, emponzoñan en lugar de nutrir. Las medicinas son en sí mismas males verdaderos que destruyen la naturaleza y que deben usarse en las necesidades urgentes. El gran remedio siempre inocente y útil es la sobriedad, la templanza en los placeres, la tranquilidad interior y el ejercicio del cuerpo; pues se forma una sangre dulce y templada disipando los humores superfluos. De esta manera se admiraba menos a Nosófugo por sus remedios que por el régimen que prescribía para evitar las dolencias y hacer inútiles los remedios.

Ambos fueron enviados por Telémaco para visitar a todos los enfermos del ejército. Curaron a muchos con sus remedios; y más todavía por el cuidado con que los aplicaron oportunamente, pues se dedicaron a procurarles aseo, impidiendo por este medio se corrompiese el aire, y a hacerles observar exactamente un régimen sobrio en su convalecencia. Todos los soldados tributaban gracias a los dioses por haber enviado a

Telémaco al ejército de los confederados.

No es hombre, decían, sino una divinidad bienhechora en forma humana: si lo es, se asemeja menos a los hombres que a los dioses: solo existe para hacer beneficios; y es más amable por su dulzura y bondad que por su valor. ¡Ah, si pudiésemos obtenerle por rey! Mas los dioses le reservan para otro pueblo más feliz a fin de que renueve en él el siglo de oro.

Cuando por precaución contra los ardides de Adrasto visitaba de noche Telémaco los cuarteles del campamento, oía estos elogios, que no podían sospecharse producidos por la adulación, como aquellos que dicen muchas veces los lisonjeros en presencia de los príncipes, persuadidos de que carecen de modestia y delicadeza, y que basta adularlos inmoderadamente para lograr su favor. El hijo de Ulises no podía gozar otros que los ciertos; ni tolerar sino los que le daban en secreto lejos de su presencia, y los que verdaderamente merecía. No era insensible a ellos su corazón. Experimentaba aquel placer puro y delicioso que los dioses han hecho inseparable de la virtud, y que no puede concebir ni creer el malvado por no conocerla; pero no se abandonaba a este placer: presentábanse de tropel a su imaginación cuantas faltas había cometido, sin olvidar su natural altivez e indiferencia hacia los hombres; y avergonzábbase interiormente de parecer bueno habiendo nacido con carácter tan duro. Atribuía a la sabia Minerva toda la gloria que aplaudían en él, sin creer merecerla.

Vos, ¡oh gran deidad!, exclamaba, me habéis dado a Méntor para que me instruya y corrija; prudencia para aprovecharme de mis propios defectos, desconfiando de mí mismo: vos reprimís mis impetuosas pasiones: me dejáis gozar el placer de aliviar a los desventurados; y sin vos sería odiado y digno de serlo, cometería errores irreparables, y me vería cual el infante que sin conocer su propia flaqueza abandona a la madre y cae a los primeros pasos.

Admirábanse Néstor y Filoctetes al ver a Telémaco tan afable y cuidadoso para obligar a sus semejantes, tan solícito e ingenioso para prevenir sus necesidades; y no sabían qué pensar no reconociendo en él los defectos de que antes adolecía. Pero nada les sorprendió tanto como su esmero en celebrar los funerales de Hipias. Él mismo recogió su cuerpo ensangrentado y desfigurado del sitio en donde se hallaba con otros muchos cadáveres: vertió lágrimas compasivo, y exclamó: ¡Oh esclarecida sombra, ahora conoces cuánto aprecié tu valor! Cierto es que tu orgullo

me irritaba; pero tus defectos provenían de una juventud fogosa, y bien conozco cuán disimulables son los yerros en tal edad. Con el tiempo hubiéramos llegado a unirnos sinceramente: yo tampoco supe comportarme por mi parte. ¡Oh dioses! ¿Por qué privarme de él antes de que hubiese podido obligarle a que me estimase?

En seguida hizo lavar el cadáver con varios aromas y preparar una hoguera. A los reiterados golpes del hacha caían desde la cumbre de los montes hasta las orillas del Galeso los altos pinos, las encinas robustas, que ostentaban amenazar a los cielos, los olmos siempre verdes y poblados de hoja, y las hayas honor de los bosques. Hizo elevar una pira, guardando el orden y regularidad de los edificios, y comenzando a tomar cuerpo la llama despidió un torbellino de humo que se elevaba hasta incorporarse con las nubes.

Adelantáronse los lacedemonios con paso lento y lúgubre, llevando hacia el suelo las agudas picas, y con la vista fija en él: veíase retratado el dolor más acerbo en sus semblantes, y corrían las lágrimas por su rostro en abundancia; y en pos de ellos venía Ferécides, anciano a quien abatía menos el número de los años que la pena de sobrevivir a Hipias, a quien educara desde la infancia: anegado en lágrimas, alzaba al cielo las manos y la vista. Desde la muerte de Hipias rehusaba el alimento, y el benéfico sueño no había podido cerrar sus párpados ni suspender un momento el agudo dolor que le aquejaba; seguía a la multitud ignorando a dónde caminaba; aunque sin articular una sola palabra por hallarse su corazón oprimido, guardando el silencio que produce la desesperación. ¡Oh Hipias!, exclamó lleno de furor al ver encendida la hoguera: ¡Hipias, ya no te verán mis ojos! ¡Hipias no vive y aún existo! ¡Oh mi querido Hipias! ¡Yo, yo soy el cruel, el inhumano que te enseñó a despreciar la muerte! Esperaba cerrarían tus manos mis párpados, y que recibieses mi postrer aliento; mas ¡oh desapiadados dioses!, ¿prolongáis mi vida para que sea testigo de la muerte de Hipias? ¡Hijo querido, a quien alimenté y que me fue deudor de tan solícitos cuidados, ya no te veré más! Pero sí a tu madre, que morirá de dolor; sí a tu joven esposa, despedazando su pecho y arrancando su hermoso cabello. Me reconvendrán por haber sido causa de tu muerte: ¡y lo soy, por mi desgracia! ¡Sombra querida!, llámame desde las orillas de la Estigia: me es ya odiosa la luz: solo a ti anhelo ver, Hipias querido. ¡Hipias, caro Hipias, solo conservo la existencia para tributar a tus cenizas los últimos honores!

Entre tanto veíase el cuerpo del joven Hippias extendido sobre un féretro, cubierto de púrpura y adornado de oro y plata en el cual le conducían. La muerte que había cerrado sus ojos no pudo borrar su belleza, y aún se veían medio retratadas las gracias en su lívido rostro. En torno de su cuello, más blanco que la nieve, pero inclinado a la espalda, flotaba la larga y negra cabellera, más hermosa que la de Atis o de Ganimedes, que iba a ser reducida a cenizas, y advertíase en el costado la herida profunda, que dando salida a toda la sangre le hiciera descender al oscuro reino de Plutón.

Triste y abatido Telémaco, seguía de cerca el cadáver esparciendo flores sobre él; y luego que llegaron a la hoguera no le fue posible dejar de derramar nuevas lágrimas, al ver cómo penetraba la llama en las ricas telas que cubrían el cuerpo. ¡Adiós, exclamó, magnánimo Hippias!, pues no osaré llamarte mi amigo: ¡sombra que mereciste tanta gloria, aplácate! Si no te amase envidiaría tu dicha, pues te libertas de las miserias que aún padecemos, y has salido de ellas por el camino más glorioso. ¡Cuán dichoso sería yo si cual tú terminase mi carrera! Dé la Estigia libre paso a tu sombra: ábranse los Campos Elíseos, conserve la fama tu nombre a todas las edades, y reposen en paz tus cenizas.

Apenas hubo pronunciado estas palabras interrumpidas de sollozos, lanzó un grito de dolor todo el ejército, compadecíanse todos de Hippias, cuyas hazañas referían, y recordando sus buenas cualidades el sentimiento de su muerte, olvidábanse los defectos de una juventud impetuosa y de la mala educación que recibiera. Pero todavía les afectaban más las tiernas demostraciones de Telémaco. ¿Es este, decían, aquel joven griego tan fiero, altivo, desdeñoso e intratable? Vedle ya humano, afable y compasivo. Sin duda le ama Minerva, que tanto amó a su padre Ulises, y le ha concedido el más precioso don que pueden otorgar los dioses al hombre, haciéndole sensible a la amistad y dándole la sabiduría.

Ya habían consumido las llamas el cadáver. Derramó Telémaco aguas aromáticas sobre las humeantes cenizas; colocó estas en una urna de oro que adornó con flores, y la llevó a Falanto. Hallábase este tendido sobre un lecho cubierto de heridas, y en medio de su extrema debilidad descubrían las puertas oscuras del averno.

Habíanle ya prodigado todos los auxilios de su arte Traumáfilo y Nosófugo, enviados a este fin por el hijo de Ulises: fue recobrando poco a poco el espíritu próximo ya a exhalarse reanimando sus fuerzas insensiblemente,

difundiéndose por sus venas un bálsamo de vida, y un calor benéfico que le arrebató de los yertos brazos de la Parca. Desapareciendo el desfallecimiento sucedió a él el dolor: comenzó a lamentar la muerte de su hermano, que hasta entonces no se hallara en estado de sentir. ¡Ay!, decía, ¿por qué tantos cuidados para conservarme la vida? ¿No sería mejor seguir a mi caro Hippias? ¡Yo le vi perecer a mi lado! ¡Oh Hippias, delicia de mi vida, hermano, querido hermano, ya no existes! ¡Ya no podré verte, escucharte, abrazarte, referirte mis penas, ni aliviar las tuyas! ¡Oh dioses, enemigos del hombre, ya no existe Hippias para mí! ¡Será posible! ¿Pero no es un sueño? No, sino demasiado cierto. ¡Oh Hippias!, te he perdido; he sido testigo de tu muerte, y debo vivir aún todo el tiempo necesario para vengarte: quiero inmolar a tus manes al cruel Adrasto teñido con tu sangre.

Mientras que así hablaba Falanto, se esforzaban a mitigar su dolor aquellos dos hombres celestiales, temiendo acrecentase el mal de sus heridas e hiciese ineficaces los remedios. Preséntase a él de improviso Telémaco, y al verle agitaron su corazón dos opuestos afectos. Conservaba aun el resentimiento de lo acaecido con Hippias, y le aumentaba el dolor de haberle perdido; y por otra parte conocía era deudor de la vida a Telémaco, que le sacó cubierto de sangre y próximo a expirar de las manos de Adrasto. Pero a vista de la urna de oro que encerraba las caras cenizas de su hermano Hippias, derramó copioso llanto, abrazó a Telémaco sin poder articular una sola palabra, y con voz desfallecida le dijo sollozando:

Hijo digno de Ulises, vuestra virtud me obliga a amaros. Os debo el resto de vida que por momentos se extingue; pero todavía os soy deudor de un bien mucho más grato para mí. Por vos dejaré de ser presa de carnívoras aves el cuerpo de mi hermano; y su sombra privada de sepultura, no vagará desgraciada en las orillas de la Estigia, rechazada siempre por el desapiadado Caronte. ¡Por qué me dispensa tan señalados beneficios un hombre a quien tanto he aborrecido! ¡Recompensadlo, oh dioses, y libradme de vida tan infeliz! Y vos, oh Telémaco, haced conmigo iguales oficios que habéis hecho con mi hermano para que nada falte a vuestra gloria.

Dichas estas palabras permaneció algún tiempo Falanto agobiado por el exceso de su dolor, y cerca de él Telémaco sin atreverse a hablarle esperando recobrase las fuerzas. Verificado así tomó Falanto la urna de

los brazos de Telémaco, la besó una y mil veces bañándola con sus lágrimas, y exclamó: ¡Oh caras y preciosas cenizas! ¿Cuándo serán depositadas las mías en esta misma urna? ¡Oh sombra de Hípías! yo te sigo al averno: a entrambos nos vengará Telémaco.

Disminuía diariamente el cuidado y el mal de Falanto por la asistencia de los dos célebres profesores de la ciencia de Esculapio. Acompañábales Telémaco incesantemente para que redoblasen sus esfuerzos, y todo el ejército admiraba más la bondad con que socorría a su mayor enemigo, que el valor y prudencia que mostrara salvando a todo el ejército confederado.

Al mismo tiempo mostrábase infatigable Telémaco en las duras fatigas de la guerra: era escaso su sueño, interrumpido muchas veces ora por los avisos que a cada instante recibía de día y noche y ora por sus repetidas visitas a todos los cuarteles del campamento, que nunca verificaba a las mismas horas para sorprender a los que no vigilaban cual debían. Regresaba muchas veces a su tienda cubierto de polvo y sudor: era sencillo el alimento que usaba, viviendo como el soldado para darle ejemplo de sobriedad y de paciencia; pues habiendo en el campamento escasez de víveres, consideró necesario contener la murmuración sometiéndose voluntariamente a iguales privaciones. Lejos de debilitarse su cuerpo con vida tan penosa, se fortificaba y endurecía diariamente; comenzaban a desaparecer aquellas gracias afeminadas que acompañan a la edad juvenil, oscureciéndose su tez, y haciéndose sus miembros más vigorosos y fornidos.

Libro XVIII

Persuadido Telémaco por varios sueños de que su padre había salido de esta vida, concibe y ejecuta el proyecto de irle a buscar a los infiernos, y toma para ello dos cretenses que le acompañan hasta la cueva Aqueroncia. Entra en ella, llega a las márgenes de la Estigia y le recibe Caronte en su barca. Permítele Plutón que busque a su padre, atraviesa el Tártaro donde ve los tormentos que padecen los ingratos, los perjuros, los hipócritas y particularmente los malos reyes.

Habíase retirado Adrasto, disminuidas sus tropas en el combate, a la parte opuesta del monte Aulón, y allí aguardaba varios refuerzos, con la esperanza de sorprender segunda vez al enemigo; semejante al hambriento león que rechazado del redil se oculta en la espesa selva, y regresa a su caverna para afilar el diente y la garra mientras llega el momento favorable para degollar el rebaño.

Después de haber establecido Telémaco en el ejército la más exacta disciplina, pensó únicamente en ejecutar un proyecto que había concebido y ocultaba a todos los caudillos. Largo tiempo hacía que le agitaban por las noches varios sueños en que se le aparecía Ulises, cuya imagen querida se le representaba siempre al fin de la noche, y antes de que el resplandor naciente de la Aurora borrara del firmamento el brillo de las inciertas estrellas, y de la superficie de la tierra el dulce sueño acompañado de insubsistentes ilusiones. Ora creía ver desnudo a Ulises en cierta isla afortunada a orillas de un río, adornado de flores en medio de la pradera, y rodeado de ninfas que le suministraban vestiduras para cubrirse; ora percibía su voz en un palacio en que brillaban el oro y el marfil, y en donde coronados de flores prestaban atención a sus palabras algunos hombres llenos de admiración al escucharle; ora finalmente entre el regocijo y placeres de los saraos y las tiernas consonancias de suaves voces, acompañadas de la lira, más dulces que la de Apolo y las de las Musas.

Despertaba Telémaco y entristecíase con tan agradables imágenes. ¡Oh padre!, exclamaba: ¡oh mi amado padre Ulises! Estas imágenes de felicidad me hacen comprender que habéis descendido ya a la mansión de

los bienaventurados, en donde los dioses recompensan las virtudes con una eterna paz. Paréceme que veo los Campos Elíseos. ¡Ah, cuán cruel es para mí esperar por más tiempo! ¡Qué, caro padre mío, jamás volveré a veros! ¡Jamás estrecharán mis brazos al que tanto me amaba y a quien busco a costa de tantas fatigas! ¡Jamás escucharé las palabras articuladas por aquellos labios que pronunciaban la sabiduría! ¡Jamás besaré aquellas manos queridas y victoriosas que abatieron tan crecido número de enemigos! ¡No podrán estas castigar a los insensatos amantes de Penélope! ¡Ya Ítaca no se restablecerá nunca de su actual ruina! ¡Oh dioses enemigos de mi padre, autores de estos sueños funestos que privan a mi corazón de esperanza! ¿Por qué no me arrebatáis la vida? No puedo existir en medio de tal incertidumbre. Mas ¡qué digo!: ¡ay!, demasiado cierto debo estar de que no existe ya. Corro a buscar su sombra hasta el averno. A él descendió Teseo: Teseo, aquel impío que deseaba ultrajar a las deidades infernales, al paso que yo soy conducido por la piedad. Bajó también Hércules; y aunque tan inferior a este, me será glorioso atreverme a imitarle. Logró Orfeo con la relación de sus infortunios enternecer el corazón de aquel dios que se supone inexorable, y que volviese Eurídice a morar entre los vivientes. Más digno soy yo de compasión que Orfeo, pues aún es mayor que su pérdida la mía. ¿Quién podrá comparar la de una joven doncella, semejante a tantas otras, con la del sabio Ulises a quien admira toda la Grecia? Muramos si es preciso. ¿Por qué temer la muerte cuando proporciona tantos padecimientos la vida? ¡Plutón! ¡Proserpina! En breve experimentaré si sois tan desapiadados como se supone. ¡Oh padre querido!, después de haber vagado inútilmente por la tierra y los mares deseoso de hallaros, veré si lo consigo en la morada tenebrosa de los muertos. Si los dioses se niegan a que goce de vuestra compañía sobre la tierra, y bajo la ardiente luz del sol, tal vez no me negarán que vea al menos vuestra sombra en la mansión de la noche.

Al decir estas palabras Telémaco, regaba con lágrimas su lecho: levantándose de repente, buscaba en la luz alivio al agudo dolor que le causaran tales sueños; mas había traspasado su corazón una flecha, y la llevaba clavada en él por todas partes.

Lleno de congoja se resolvió a descender al averno por un sitio no muy distante del campamento. Era este cierto lugar célebre llamado Aqueroncia, a causa de existir en él una espantosa caverna por la que se descendía a las orillas del Aqueronte: nombre que al jurar por él, inspiraba

temor a los mismos dioses. Estaba la ciudad sobre una roca, colocada cual el nido en la copa del árbol; y al pie de ella se encontraba la caverna adonde no osaban aproximarse los tímidos mortales, y aun los pastores cuidaban de alejar de ella sus rebaños. Infestaba el aire el vapor de azufre de la laguna Estigia que exhalaba sin cesar su espantosa boca: no crecían allí la yerba ni las flores, ni soplaban jamás los agradables céfiros; no se veían las risueñas gracias de la primavera, ni los ricos dones del otoño: árida y desfallecida, la tierra nutría solamente algunos arbustos deshojados, y varios cipreses funestos. Aun lejos de ella negaba Ceres al labrador doradas mieses. Prometía inútilmente Baco agradables frutos, secándose la uva en vez de madurar. Tristes las náyades, no daban curso al agua cristalina, siempre turbia y amarga. Jamás cantaba el ave en aquella tierra poblada de espinas y de abrojos, ni hallaba bosque alguno adonde retirarse, corriendo a cantar sus amores bajo más apacible cielo. Solo se percibían allí el graznido del cuervo y la voz lúgubre del búho, hasta la yerba era amarga y los ganados que la pacían no retozaban contentos al morderla. Huía de la vaca el toro bramador, y olvidaban los pastores sus instrumentos rústicos.

Arrojaba de tiempo en tiempo la caverna un humo denso y negro que oscurecía la luz del sol; y redoblaban sus sacrificios los pueblos vecinos para aplacar a las deidades infernales. Sin embargo, complacíanse estas muchas veces en inmolar a impulso de tan funesto contagio al joven vigoroso y robusto que se halla en la flor de la edad, o al tierno infante que acaba de entrar en la carrera de la vida.

Por aquella caverna determinó Telémaco buscar el camino de la oscura morada de Plutón, dispuesto ya en favor suyo por Minerva, que incesantemente le protegía cubriéndole con su égida; y el mismo Júpiter accediendo a las súplicas de la diosa, había ordenado a Mercurio que al descender al averno, como lo ejecuta diariamente para entregar a Caronte cierto número de muertos, previniese al monarca de las tinieblas dejase penetrar en ellas al hijo de Ulises.

Aléjase del campo Telémaco durante la noche, y camina a la claridad de la luna invocando a esta poderosa deidad, que siendo en el cielo astro brillante de la noche y sobre la tierra la casta Diana, es en los infiernos la temible Hécate. Oye favorablemente los ruegos de Telémaco para conocer la pureza de su corazón, y que es conducido por el amor filial. Apenas estuvo a la entrada de la caverna, oye bramar la región subterránea:

tiembla el suelo que pisa, y brillan en el firmamento el fuego y el relámpago, que descienden al parecer sobre la tierra. Túrbase el corazón del hijo de Ulises, cúbrese su cuerpo de un sudor frío; pero sin abandonarle el valor alza las manos y la vista hacia el cielo y exclama: ¡Dioses poderosos!, acepto estos anuncios que juzgo favorables: consumad vuestra obra. Dijo: y acelerando el paso continúa con osadía su camino.

Disípase al momento la espesa humareda que tan funesta hacía la entrada de la caverna a cuantos animales se acercaban a ella, desapareciendo por algunos instantes el olor emponzoñado que arrojaba. Penetra en ella Telémaco solo; porque ¿qué otro mortal osaría seguirle? Los dos cretenses que le acompañaran hasta cierta distancia de ella, y a quienes comunicó su proyecto, permanecían trémulos y próximos a expirar en un templo bastante lejano de la caverna, dirigiendo plegarias a los dioses y sin esperanza de volver a ver a Telémaco.

Entre tanto penetra el hijo de Ulises en aquellas horribles tinieblas con la espada en la mano, y en breve percibe una claridad escasa y opaca, semejante a la que se ve sobre la tierra durante la noche. Advierte frágiles sombras que vuelan en derredor suyo, y las aleja con la espada. Ve en seguida las tristes orillas del cenagoso río, cuyas aguas pantanosas y estancadas se mueven sobre su mismo álveo; y descubre en sus márgenes innumerable porción de muertos, privados de sepultura, que en vano se presentan al desapiadado Caronte. Este dios, cuya eterna senectud es siempre triste y melancólica, aunque vigorosa, les amenaza y resiste, recibiendo en seguida al joven griego en su barca. Entra en ella, y hieren su oído los gemidos lamentables de una sombra que no hallaba consuelo.

¿Cuál es vuestra desgracia?, le dice, ¿quién erais sobre la tierra? Nabofarzán, le responde aquella sombra, rey de la soberbia Babilonia. Todos los pueblos del oriente temblaban al escuchar mi nombre: híceme adorar por los babilonios en un templo de mármol bajo el simulacro de una estatua de oro, ante la cual quemaban día y noche los más ricos aromas de la Etiopía: ninguno osó jamás contradecirme, sin ser castigado al momento: inventábase diariamente nuevos placeres para hacerme más deliciosa la vida. Era yo todavía joven y robusto: ¡ah, qué de prosperidades me quedaban aún que gozar sobre el trono! Mas ¡ay!, una mujer a quien yo amaba, y que no correspondía a mi amor, me ha hecho conocer que no

era dios: me ha envenenado; ya no existo. Depositaron ayer mis cenizas con pompa fúnebre en una urna de oro: lloraron, arrancáronse el cabello, mostraron deseos de arrojarse entre las llamas de la hoguera para morir conmigo; van aun a gemir al pie de la soberbia tumba donde han colocado mis cenizas. Sin embargo, no lamentan mi muerte; mi memoria causa horror a mi propia familia; mientras padezco aquí horribles tormentos.

¿Fuisteis verdaderamente feliz mientras reinasteis? ¿Sentíais aquella dulce paz, sin la cual permanece siempre el corazón oprimido y disgustado en el centro mismo de los placeres?, le preguntó Telémaco lleno de compasión al escucharle. No, respondió Nabofarzán: ni aun entiendo lo que queréis decir. Ponderan los sabios esa paz como el único bien; mas ¡ay!, no la he conocido jamás, porque siempre agitaron mi corazón deseos, esperanzas y temores. Procuraba engañarme distrayéndome con el continuo choque de mis pasiones, esforzándome a prolongar la embriaguez en que vivía para hacerla continua, pues el menor intervalo de razón y de calma habría sido para mí amargo en extremo. He aquí la paz de que gozaba: todo lo demás era para mí una fábula, un sueño: he aquí los bienes cuya pérdida lloro.

Así hablaba Nabofarzán, llorando cual hombre cobarde, corrompido en la prosperidad y no acostumbrado a sufrir constantemente la desgracia. Había cerca de él algunos esclavos a quienes obligaran a morir para honrar sus funerales, y los entregó Mercurio a Caronte con Nabofarzán, dándoles un absoluto poder sobre este a quien habían servido en la tierra. Las sombras de los esclavos no temían ya a la de Nabofarzán: teníanla encadenada, y la maltrataban cruel e indignamente. Ora le preguntaban: ¿No éramos hombres como tú?, ¡insensato!, ¿pudiste creerte dios? ¿Por qué no te acordabas de que eras de la misma especie que los demás hombres? Ora le insultaban de esta suerte: Razón tenías para no querer que te considerasen hombre, pues eras un monstruo inhumano. Ora en fin, le decían: ¿A dónde están tus lisonjeros aduladores? Nada te queda que dar, ¡desgraciado!, ya no puedes hacer mal alguno: mírate esclavo de tus propios esclavos: la justicia de los dioses suele tardar: pero al fin llegan a hacerla.

Al oír Nabofarzán tales injurias, fijaba la vista en el suelo, y en el exceso de la rabia y desesperación se arrancaba el cabello. Pero el mismo Caronte decía a los esclavos: Arrastradle de su propia cadena; levantadle a su pesar: no tendrá ni aun el consuelo de ocultar su infamia; todas las

sombras de la Estigia deben ser testigos de ella para justificar a los dioses que por tanto tiempo han permitido reinase sobre la tierra este impío. Ahora comienzan tus tormentos: prepárate para ser juzgado por el inexorable Minos, juez de los infiernos.

En tanto que el terrible Caronte hablaba de esta suerte, tocaba ya la barca la orilla del imperio de Plutón. Corrieron a ella todas las sombras para contemplar a aquel hombre vivo que aparecía en medio de los muertos; pero al momento mismo de poner Telémaco el pie en tierra, desaparecieron cual las tinieblas de la noche al aparecer un rayo de luz. Mortal favorecido de los dioses, dijo Caronte al joven griego, mostrándole menos arrugada su frente y con ojos menos feroces de lo que solía: pues te es dado entrar en el reino de la noche, inaccesible a los vivos, apresúrate para ir adonde te llaman los destinos: ve por ese oscuro camino al palacio de Plutón, a quien encontrarás sobre su trono: él te permitirá entrar en los lugares cuyo secreto me está prohibido revelarte.

Adelántase al momento Telémaco presuroso: preséntansele por todas partes sombras inquietas, en mucho mayor número que los granos de arena que cubren las orillas del mar; y apodérase de su corazón el espanto al observar el profundo silencio de aquellos espaciosos lugares. Erízase su cabello al acercarse a la oscura mansión de Plutón, vacilan sus rodillas, fáltale la voz, y apenas puede pronunciar estas palabras: ¡Deidad terrible!, aquí tenéis al hijo del desgraciado Ulises: vengo a saber de vos si ha bajado mi padre a vuestro imperio, o si todavía va errante por la superficie de la tierra.

Ocupaba Plutón un trono de ébano: era su rostro pálido y severo, hundidos y centelleantes sus ojos, su frente rugosa y amenazadora. Odiaba la vista de un vivo, cual aborrecen la luz aquellos animales no acostumbrados a salir de sus tenebrosas guaridas sino durante la noche. A su lado se hallaba Proserpina, único objeto de sus miradas, y la sola que al parecer dulcificaba algún tanto su corazón: gozaba esta de una hermosura siempre nueva; mas parecía haber reunido a sus gracias sobrehumanas, parte de la dureza y crueldad de su esposo.

Hallábase al pie del trono la implacable muerte aguzando sin cesar su ominosa guadaña, y a su lado multitud de pesares, sospechas y venganzas cubiertas de sangre y de heridas, injustos odios, insaciable avaricia y desesperación, devorándose aquella a sí misma y despedazándose esta con sus propias manos. Veíanse allí también la

ambición frenética, la traición nutriéndose con sangre y sin alcanzar nunca el goce de los males que causa, la envidia derramando mortífera ponzoña convertida en rabia por la impotencia de producir el daño a que aspira, la impiedad abriéndose un abismo sin término para precipitarse en él sin el consuelo de la esperanza; y por último horribles espectros, fantasmas representando a los muertos para causar espanto a los vivos, visiones, insomnios, volando inquietos en torno de la muerte y rodeando el trono del fiero Plutón.

Joven mortal, respondió con voz ronca que hizo estremecer todo el Érebo: pues los hados te han permitido violar este sagrado asilo de las sombras, continúa por la senda que te franquea tu alto destino. No te diré dónde está tu padre: basta dejarte libertad para que le busques. Toda vez que ha sido rey entre los vivos, recorre por una parte el lugar destinado en el negro Tártaro para castigo de los malos reyes, y por otra los Campos Elíseos donde hallan recompensa los buenos. Pero no podrás llegar a ellos sin pasar el Tártaro: apresúrate, pues, y sal cuanto antes de mi imperio.

Corría Telémaco precipitadamente por aquellos espacios inmensos, en alas del deseo que le animaba de ver a su padre, y alejarse de la horrible presencia del tirano que inspira temor a los que existen y no existen; y en breve se halló a corta distancia del negro Tártaro, que arrojaba un humo negro y denso, cuyo emponzoñado hálito causaría la muerte si se difundiese en la mansión de los vivos. Cubría el humo un raudal de fuego que arrojaba torbellinos de llamas, causando un ruido semejante al que producen los torrentes cuando caen impetuosamente de las más elevadas rocas hasta el fondo de los abismos; de modo que nada podía entenderse distintamente en aquellos pavorosos lugares.

Animado interiormente Telémaco por Minerva, penetró sin temor hasta la profundidad del abismo. Vio al principio gran número de hombres que vivieran en humildes condiciones, y eran castigados porque habían buscado las riquezas por medio del fraude, la traición y la crueldad. Advirtió muchos impíos hipócritas, que con la apariencia de respetar la religión se habían servido de ella como pretexto para satisfacer su ambición y burlar a los hombres crédulos. Tales hombres, que abusaran de la virtud misma, sin embargo de ser el más estimable don de los dioses, sufrían el mayor castigo como los más malvados de todos; y ni los hijos que privaran de la existencia a sus padres, ni los esposos que tiñeran sus

manos en la sangre de las esposas, ni los traidores que vendieran la patria al enemigo después de violar sus juramentos, eran castigados con mayor rigor que los hipócritas. Así lo habían decretado los tres jueces del averno: he aquí la razón. No se contenta el hipócrita con ser malvado como los demás impíos, sino que aspira a parecer bueno, y por medio de una virtud aparente induce a los demás a que desconfíen de la verdadera virtud; y los dioses a quienes menospreciaron, contribuyendo a que no fuesen acatados por los demás hombres, se complacen en desplegar todo su poder para vengar este insulto.

Después de estos había otros a quienes no considera el vulgo fácilmente culpables, sin embargo de que los persigue inexorable la venganza divina: tales son los ingratos, los embusteros, los aduladores que elogiaron el vicio, los críticos malignos que se esforzaron para marchitar la más sólida virtud, y por último, aquellos que juzgaran temerariamente de las cosas sin conocerlas a fondo, en perjuicio de la reputación de personas inocentes.

Pero entre todas las ingratitudes, se castiga como la mayor la que se comete contra los dioses. ¡Qué, decía Minos, se considera un monstruo al que falta a la gratitud debida al padre, o al amigo de quien recibiera favores, y ha de gloriarse el hombre de ser ingrato a los dioses a quienes debe la existencia y todos los beneficios que disfruta! ¿No es deudor a ellos de su nacimiento, más que al padre y a la madre de quienes ha nacido? Cuanto estos crímenes quedan impunes o hallan excusa sobre la tierra, tanto más son en los infiernos objeto de una venganza implacable de que nadie se libra.

Viendo Telémaco sentados a los tres jueces, y que iban a condenar a un hombre, osó preguntarles cuáles eran sus delitos; y al momento tomando la palabra el condenado dijo: Jamás perjudiqué a ninguno: mi placer fue siempre hacer bien; fui magnánimo, generoso, justo, compasivo: ¿qué pueden, pues, echarme en cara? Nada, replicó Minos, con respecto a los hombres; ¿pero no debías menos a estos que a los dioses? ¿Cuál es esa justicia de que te glorías? No has faltado a ninguna de tus obligaciones a los hombres que nada son: fuiste virtuoso, pero atribuyéndote a ti mismo la virtud, y no a los dioses que te la habían concedido; porque pretendías gozar el fruto de tu propia virtud encerrado dentro de ti mismo: tú has sido tu divinidad. Pero los dioses, que todo lo criaron para sí, no pueden renunciar a sus derechos: los olvidaste, también te olvidarán ellos: te entregarán a ti mismo, pues has querido ser tuyo y no de los dioses. Busca

ahora si puedes consuelo en tu corazón. Mírate separado para siempre de los hombres, a quienes quisiste agradar: mírate solo contigo mismo, pues fuiste tu propio ídolo: aprende así que no hay virtud verdadera sin respeto y amor a los dioses, a quienes todo es debido. Aquí será confundida tu falsa virtud, que fascinó por largo tiempo a los hombres fáciles de engañar, que no juzgan los vicios ni las virtudes sino por aquello que llama su atención o les conviene, siendo ciegos en cuanto al bien y al mal; mas aquí deshace todos los juicios superficiales una luz divina que condena muchas veces lo que aquellos admiran, y justifica lo que condenan.

Al oír estas palabras no podía aquel filósofo soportarse a sí mismo cual herido de un rayo. La complacencia que tuviera otras veces contemplando su moderación, su valor e inclinaciones generosas, se había trocado en desesperación. Servíale de suplicio el conocimiento de su propio corazón enemigo de los dioses: se contemplaba a sí mismo sin cesar; veía la vanidad que encierra el juicio de los hombres, a quienes se había dedicado a complacer en todas sus acciones; verificándose en su interior un trastorno universal, cual si se alterasen sus entrañas, faltándole el apoyo de su corazón, la conciencia, cuyo testimonio le había sido tan agradable, reprendíale amargamente el extravío e ilusión de tantas virtudes que no tuvieron el principio y fin debido en el culto de los dioses. Turbado, consternado, lleno de vergüenza, remordimientos y desesperación, pero sin atormentarle las furias por ser bastante haberle entregado a sí mismo, y que su propio corazón vengase el desprecio hecho a las divinidades; no pudiendo ocultarse a sí mismo, procuraba hacerlo en los lugares más sombríos: buscaba las tinieblas sin poder hallarlas, pues a todas partes le seguía una luz importuna, y los rayos penetrantes de la verdad, vengaban a la verdad misma cuyo camino abandonara. Érale ya odioso cuanto amó, por ser origen de los males que nunca tendrán término. ¡Insensato!, exclama, ni conocí a los dioses, ni a los hombres, ni a mí mismo. Todo lo he desconocido, pues nunca amé el único y verdadero bien: he caminado de uno en otro extravío: mi sabiduría era demencia, mi virtud orgullo impío y ciego: yo era mi propio ídolo.

Llegó Telémaco finalmente adonde se hallaban los reyes condenados por haber abusado de su poder. Presentábales una furia vengadora un espejo donde veían la deformidad de sus vicios, su vanidad grosera y codiciosa de los más ridículos elogios, su rigor para con los hombres cuya felicidad debieron hacer, su indiferencia a la virtud, su temor de escuchar la verdad, su inclinación a los hombres viles y lisonjeros, su molicie y negligencia, su

injusta desconfianza, su fasto y excesiva magnificencia a expensas de los pueblos, su ambición por adquirir una vana y escasa gloria a costa de la sangre de los ciudadanos; y por último, su crueldad que apetecía diariamente nuevas delicias entre las lágrimas y desesperación de tantos infelices. Mirábanse sin cesar en aquel espejo, y hallábanse más horribles y monstruosos que la quimera vencida por Belerofonte, la hidra de Lerna abatida por Hércules, y el mismo Cerbero, sin embargo de arrojar por sus tres bocas siempre abiertas una sangre negra y venenosa capaz de infestar a cuantos mortales existen sobre la tierra.

Al mismo tiempo repetíales otra furia en tono injurioso todos los elogios que les diera la adulación durante su vida, presentándoles otro espejo en que se veían tales como les pintara la adulación, y el contraste de estas dos imágenes tan opuestas formaba el suplicio de su vanidad. Pero los más defectuosos eran aquellos a quienes se habían dado mayores elogios, por ser más temibles que los buenos, y exigir sin pudor la infame lisonja de los poetas y oradores de su tiempo.

Oíanse sus gemidos en aquella tenebrosa oscuridad, en donde sufrían insultos y escarnios: cuanto existía en torno suyo les contradecía, rechazaba y confundía; y en vez de despreciar a los hombres cual si hubiesen nacido para emplearse en su servicio, como lo creyeron durante su vida, estaban entregados en el infierno al capricho de cierto número de esclavos, que les hacían sufrir una cruel servidumbre: servíanles afligidos, sin esperanza de poder suavizar jamás su esclavitud: maltratábanles los esclavos convertidos en desapiadados tiranos, como al yunque los golpes repetidos del martillo de los cíclopes cuando Vulcano les hostiga para que trabajen en las fraguas encendidas del monte Etna.

Vio allí Telémaco varios rostros pálidos, consternados y horribles, y retratada en ellos aquella tétrica melancolía que consume a los delincuentes: causábanse horror a sí mismos, horror inseparable de su naturaleza: servíanles de castigo sus propios crímenes, viéndolos con toda su enormidad y como espectros que les perseguían por todas partes; y para libertarse de ellos buscaban una muerte más terrible que la que les separó de sus cuerpos, que borrara toda sensación y conocimiento, y pedían al abismo les sepultase para evitar les hiriese el rayo vengador de la verdad. Pero les aguarda una venganza sin término, que destila sobre su cabeza gota a gota. Temen ver la verdad, pues advierten que les condena y hiere cual un rayo. Derrite su alma a la manera que el metal en

el horno encendido; y sin dejarles consistencia alguna, no acaba de consumirles: disuelve todo principio de vida, mas no pueden morir. Enajenados de sí mismos no hallan apoyo ni descanso un solo instante: alienta su vida la rabia, y la absoluta carencia de esperanza les arrastra al furor.

Entre estos objetos que erizaban el cabello, vio Telémaco muchos de los antiguos reyes de Lidia, castigados por haber preferido las delicias de una vida regalada a las tareas inseparables de la dignidad real para alivio de los pueblos.

Reprendíanse mutuamente aquellos reyes la ceguedad en que vivieron; y ora decía uno de ellos a su propio hijo, que le había sucedido en el trono estas palabras: ¿No te recomendé una y mil veces en el discurso de mi senectud, que reparases los males que produjera mi descuido?, ora respondía el hijo de esta suerte: ¡Desventurado padre, vos sois la causa de mi perdición! Vuestro ejemplo me inspira el fasto, el orgullo, la sensualidad, y la aspereza para con los hombres; pues viéndoos entregado a la molicie, rodeado de aduladores viles, me habitué a los placeres y a la lisonja. Juzgué que el común de los hombres era con respecto a los reyes lo que un caballo y otros animales de carga son respecto del hombre; es decir, bestias que solo se estiman en cuanto prestan servicios y contribuyen a la comodidad. Así lo juzgaba, y vos me hicisteis juzgarlo; y por ello padezco ahora los males a que me ha conducido el haberos imitado: añadiendo a estas reconvenciones las maldiciones más espantosas, y apareciendo dispuestos a despedazarse arrebatados por la rabia.

En torno de aquellos reyes volaban todavía cual nocturnas aves, sospechas, falsos temores, desconfianza que venga a los pueblos del rigor excesivo de sus soberanos, sed insaciable de riquezas, falsa gloria siempre tiránica e infame, y molicie que aumenta los males que padecen sin proporcionar jamás placeres sólidos.

Veíanse muchos de ellos castigados con severidad, no por los males que causaran, sino por los bienes que habrían podido hacer. Todos los delitos que proceden de la negligencia con que hacen observar las leyes, se imputaban a aquellos monarcas que debían reinar únicamente para que fuesen observadas. Imputábanseles también los desórdenes que produjeron el fasto, el lujo y los demás excesos que arrastran al hombre a un estado violento, y a despreciar las leyes para adquirir riquezas; y sobre

todo, trataban con el mayor rigor a los reyes que en vez de obrar cual buenos y vigilantes pastores de sus pueblos, se habían ocupado en destruir su rebaño cual carnívoro lobo.

Pero lo que más afligió a Telémaco fue ver en aquel abismo de males y de tinieblas gran número de reyes que habían sido considerados buenos en la tierra, los cuales se hallaban condenados a padecer en el Tártaro por haberse dejado gobernar por hombres malvados y artificiosos, pues se les castigaba por los males que les dejaran hacer a la sombra de su autoridad; y la mayor parte de aquellos monarcas no habían sido buenos ni malos: tan grande había sido su debilidad que ni temieron no conocer la verdad, ni poseyeron la virtud, ni cifraron su dicha en hacer beneficios.

Libro XIX

Entra Telémaco en los Campos Elíseos: conócele su bisabuelo Arcesio, el cual le asegura que Ulises vive, que le tornará a ver en Ítaca y que será su sucesor en el trono de aquella isla. Descríbele luego la felicidad de que gozan los justos, particularmente los reyes que sirvieron a los dioses y procuraron el bienestar de sus vasallos. Hácele notar que los héroes que solo sobresalieron en el arte de la guerra están en un lugar separado y son menos venturosos. Retírase Telémaco para volver al campo de los aliados.

Luego que salió Telémaco de aquellos lugares se sintió aliviado de un grave peso; y esto le hizo conocer la desventura de los que se hallaban encerrados en ellos sin esperanza de salir jamás. Causábale espanto el considerar cuánto eran castigados los reyes con mayor rigor que los demás culpables. ¡Cómo!, exclamaba, ¡tantas obligaciones, tantos peligros, tantos lazos y dificultades para conocer la verdad, para guardarse de sí mismo y de los demás hombres; y por último, tormentos tan horribles en los infiernos después de haber vivido en la agitación, envidiados y contrariados en el corto espacio de la vida! ¡Insensato aquel que apetece la diadema! ¡Dichoso el que se ciñe a la condición privada y pasiva, que hace menos difícil la virtud!

Al hacer estas reflexiones llenábase de turbación, se estremecía hasta llegar a caer en la desesperación de los desventurados a quienes acababa de ver; pero a medida que se alejaba de aquella tenebrosa mansión de horror, iba recobrando el valor: respiraba ya, y descubría de lejos la luz pura y agradable de la morada de los héroes.

Allí habitaban los buenos reyes que hasta entonces habían reinado con sabiduría, los cuales estaban separados de los demás justos; pues a la manera que los malos príncipes padecían en el Tártaro tormentos infinitamente más rigurosos que los demás que vivieron en la condición privada, así los buenos reyes gozaban en los Campos Elíseos una dicha infinitamente superior que el resto de los mortales a quienes animó la virtud mientras existieron.

Acercose Telémaco a aquellos reyes que discurrían por entre olorosos bosques, hollando con la planta céspedes siempre floridos y nuevos, regados por pequeños arroyos de hermosas y cristalinas aguas, que producían una frescura deliciosa, a cuyas orillas resonaban los trinados gorjeos de crecido número de aves. Hermanábanse allí las flores de la primavera y los ricos frutos del otoño: jamás se experimentaban los ardores de la abrasada canícula, ni se atrevía el aquilón a soplar. La guerra sedienta de sangre, la envidia que muerde con su venenosa boca y abraza ponzoñosas víboras, la rivalidad, la desconfianza, el temor, los vanos deseos; nada turba aquella afortunada mansión de la paz. No tiene allí término el día, ni se conocen las sombras de la noche. En torno de los cuerpos de aquellos hombres justos se difunde una luz pura y agradable que les cubre como las vestiduras; pero aquella luz no es semejante a la opacidad que alumbra a los mortales, y que no es otra cosa que tinieblas: más que luz, es gloria celestial: penetra los cuerpos de mayor espesor más sutilmente que los rayos del sol el cristal: no deslumbra jamás; al contrario, fortifica la vista y produce en el alma cierta especie de serenidad: solo ella alimenta a los bienaventurados: de ellos sale y a ellos vuelve, penetrando e incorporándose con ellos cual el alimento a los vivientes. La ven, la sienten y la respiran; produce en ellos un manantial inagotable de paz y de goces, quedando sumergidos en un abismo de delicias cual los peces en las aguas del mar. Nada apetecen: poséenlo todo sin tener cosa alguna, porque satisfecho su corazón con aquella luz pura no conocen deseos, y la plenitud y abundancia les hace superiores a cuanto desean gozar sobre la tierra los hombres hambrientos e insaciables. Desprecian las delicias que disfrutan, porque el exceso de su felicidad interior no les deja sentir los goces exteriores: semejantes a los dioses que, saciados con la ambrosía y el néctar, desdeñarían cual manjares groseros los que les presentasen de la mesa más exquisita de cualquier mortal. Huyen todos los males de aquellos lugares de quietud y de paz: la muerte, las dolencias, la pobreza, el dolor, el pesar, el remordimiento, el temor, la discordia, el disgusto, el enojo, y hasta la esperanza que produce a las veces penas iguales al temor, no penetra allí jamás.

Las elevadas montañas de la Tracia, cuyas altas cimas cubiertas de nieve y de hielo desde los primeros tiempos del mundo hienden las nubes, serían arrancadas de sus cimientos colocados en el centro de la tierra con mayor facilidad que pudiera conmoverse el corazón de aquellos hombres justos. Compadecen sin embargo las miserias que agobian a los mortales,

aunque la compasión en nada turba su inalterable dicha. Juventud eterna, perdurable felicidad, celestial gloria, están retratadas en sus rostros; pero no es su alegría inmodesta e inconsiderada, sino agradable, noble, y llena de majestad: enajenados con el goce sublime de la verdad y de la virtud, experimentan a cada instante y sin interrupción aquella sorpresa que siente una madre al ver al hijo querido cuya muerte había llorado; mas el gozo que abandona en breve a la madre, permanece por siempre en el corazón de aquellos héroes sin desfallecer un momento y renovándose incesantemente: sienten la enajenación del ebrio; pero no la ceguedad y turbación que produce la embriaguez.

Diviértense con lo que gozan: fijan con desprecio la planta en lo que formaba el regalo y ostentación de la clase en que vivieran, cuya suerte lamentan: recuerdan complacidos aquellos tristes pero pasajeros años que tuvieron la desgracia de combatir contra sí mismos y contra el torrente de hombres viciosos para llegar a ser buenos: admiran el auxilio de los dioses que como por la mano les condujeran a la virtud en medio de tantos peligros. Circula sin cesar por sus corazones cierto espíritu divino, cual un torrente de la misma divinidad que se incorpora con ellos: ven y conocen su dicha, y que serán eternamente dichosos. Cantan en loor de los dioses a una voz, con un pensamiento y un solo corazón; y produce la felicidad en sus almas unido un flujo y reflujo continuo.

En este enajenamiento divino pasan los siglos con más velocidad que los mortales las horas; y sin embargo no se disminuye su felicidad inalterable en mil y otros mil siglos. Reinan todos a la vez; mas no sobre tronos que pueda destruir el influjo del hombre, sino en sí mismos y con un poder inmutable; pues no necesitan hacerse temibles usando de la autoridad que emana de una nación vil y miserable. No usan coronas, cuyo brillo oculta tantos disgustos y sinsabores: los mismos dioses han ceñido su sien con diademas que no puede alterar ningún influjo humano.

Telémaco, que buscaba a su padre, y que temiera antes hallarle en aquellos lugares deliciosos, quedó tan complacido de la paz y ventura que gozaban, que habría deseado encontrarle allí, y aun se afligía al considerar le era preciso volver a la sociedad de los mortales. Aquí, decía, se encuentra la verdadera vida: la que ofrece el mundo es una verdadera muerte. Pero lo que más le maravillaba era haber visto tantos reyes castigados en el Tártaro, y tan corto número de ellos premiados en los Campos Elíseos; y de aquí dedujo ser escasa la porción de ellos bastante

animosos y esforzados para resistir su propio poder, y la adulación de los muchos que se dedican a excitar sus pasiones. Así es que son raros los buenos reyes, y que no serían justos los dioses si habiendo tolerado el abuso de su poder mientras vivieron, no les castigasen más allá de la vida.

No encontrando Telémaco a su padre Ulises entre aquellos reyes, buscó al divino Laertes su abuelo, y mientras que lo hacía inútilmente, acercose a él un anciano respetable y lleno de majestad; mas no era su vejez semejante a la de los hombres, a quienes agobia el peso de los años. Conocíase, sí, haber muerto en la senectud, y reunía la gravedad de ella a las gracias de la adolescencia; porque estas se renuevan aun en los más caducos ancianos luego que entran en los Campos Elíseos. Adelantábase hacia Telémaco apresuradamente, y le miraba con cierta complacencia cual si fuese para él persona muy querida. Entre tanto hallábase Telémaco cuidadoso y perplejo por no conocerle.

Querido hijo mío, le dijo el anciano, yo te perdono que no me conozcas: soy Arcesio, padre de Laertes. Terminé la carrera de mis días antes que Ulises mi nieto partiese al sitio de Troya, y niño todavía tú, ibas en los brazos de la nodriza. Desde entonces concebí de ti grandes esperanzas, y no me he engañado; pues veo descienes al reino de Plutón en busca de tu padre, y que los dioses te favorecen en esta empresa. ¡Venturoso joven! ¡Los dioses te protegen y preparan una gloria igual a la de tu padre! ¡Venturoso yo también pues vuelvo a verte! Cesa, cesa de buscar a Ulises en estos lugares: vive todavía, y a él está reservado el restablecimiento de nuestra dinastía en la isla de Ítaca. El mismo Laertes, aunque oprimido por los años, existe también, y espera el regreso de su hijo para que cierre sus párpados. Trascurre la vida del hombre como las flores que se abren por la mañana, y a la tarde se marchitan y son despreciadas. Trascurren las generaciones cual la corriente de un caudaloso río, y nada alcanza a detener la marcha presurosa del tiempo, que arrastra en pos de sí lo que parece más inmutable. Tú, hijo mío, tú mismo, tú mismo que ahora gozas de una juventud vigorosa y fecunda en placeres, considera que esta hermosa edad no es otra cosa que una flor que se secará apenas haya nacido: tú te verás trocado insensiblemente: se desvanecerán cual un sueño las encantadoras gracias y agradables placeres que te acompañan, la robustez, el gozo, la salud, y solo te quedará de todo ello un triste recuerdo: la senectud desfallecida y enemiga de los placeres vendrá a arrugar tu rostro, a agobiar tu cuerpo, debilitar tus miembros, a agotar en tu corazón el manantial del gozo, a disgustarte de lo presente, a inspirarte

temor de lo futuro, a hacerte insensible a todo a excepción del dolor.

Acaso esta época te parezca remota; mas ¡ay!, te engañas, hijo mío: se acerca veloz: ya llega; pues lo que se aproxima con tal rapidez no dista mucho, mientras lo presente que pasa fugitivo está ya bien lejos, porque se aniquila mientras lo decimos y no puede retroceder. Jamás cuentes con lo presente, hijo mío: sigue el camino áspero y trabajoso de la virtud con la vista siempre fija en el porvenir. Prepárate un lugar en la mansión dichosa de la paz por medio de costumbres puras y amor a la justicia.

Por último, en breve verás a tu padre recobrar la autoridad en Ítaca: reinarás después de él. Pero ¡ah, hijo mío!, ¡cuánto engaña la diadema! Cuando se mira de lejos brillan en ella grandezas y delicias; mas considerada de cerca solo se hallan espinas. Puede el ciudadano vivir sin deshonra oscurecido en agradable vida; mas un rey no puede preferir sin deshonrarse las comodidades y la ociosidad a las penosas funciones del gobierno. Debe ocuparse de los que gobierna y jamás de sí mismo: sus menores faltas son de gran consecuencia, pues acarrear la desgracia de los pueblos tal vez por muchos siglos: deben reprimir la audacia de los malos, proteger la inocencia y extirpar la calumnia. No basta que dejen de hacer mal: preciso es causen todo el bien posible que el estado ha menester: tampoco basta produzcan el bien por sí mismos, sino que están obligados a impedir todo el mal que harían los demás si no les contuviesen. Teme, pues, hijo mío, teme una condición tan peligrosa: ármate de valor contra ti mismo, contra tus pasiones y contra la adulación.

Mientras decía estas palabras Arcesio, parecía animado de un espíritu divino, y se manifestaba en su rostro la compasión por los males que acompañan al cetro. Cuando se empuña, decía, para satisfacer las pasiones, es una tiranía monstruosa: cuando para llenar los deberes y conducir a un numeroso pueblo cual el padre a sus hijos, es una servidumbre penosa que requiere valor y sufrimiento heroico; y de aquí es que los que reinan con virtud sincera, poseen en los Campos Elíseos cuanto puede darles el poder de los dioses para complemento de su felicidad.

Penetraban las palabras de Arcesio hasta el corazón de Telémaco, grabándose en él a la manera que el buril del diestro artífice esculpe en el bronce las figuras que quiere conservar indelebles a la posteridad más remota, o como un fuego sutil que se introducía en sus entrañas: sentíase conmovido e inflamado, y descendía al parecer sobre él cierto espíritu

divino que le consumía interiormente, sin que pudiese contener, soportar ni resistir tan viva y deliciosa sensación, mezclada con un tormento capaz de producir la muerte.

Comenzó Telémaco a respirar con mayor libertad al advertir en las facciones de Arcesio mucha semejanza con las de Laertes; y aun le parecía recordar confusamente que las había visto en el rostro de su padre Ulises cuando partió al sitio de Troya.

Este recuerdo enterneció el corazón de Telémaco: corrían por sus mejillas lágrimas de gozo: quería estrechar en sus brazos a tan querida sombra, y lo procuró muchas veces, pero en vano; pues huía cual el sueño engañoso, y semejante al que duerme, y ora sigue con la boca abierta y sedienta la fugitiva corriente, ora procura articular con torpe labio palabras que no puede pronunciar, ora extiende las manos esforzándose inútilmente; del mismo modo enternecido Telémaco veía a Arcesio, le oía y le hablaba, aunque sin poder encontrar su cuerpo. Por último, preguntole quiénes eran aquellos hombres que veía en torno suyo.

En ellos estás viendo, hijo mío, respondió el anciano, los hombres célebres que fueron el adorno de su siglo y la gloria del género humano. Entre ellos se encuentra el escaso número de reyes que fueron dignos de la corona, y cumplieron con fidelidad las funciones de dioses de la tierra. Los que ves a su inmediación, aunque separados por una nube trasparente, gozan gloria inferior; y sin embargo de que verdaderamente son héroes, no puede compararse el valor de sus proezas militares con la gloria de los reyes sabios, justos y benéficos.

Entre esos héroes verás a Teseo con semblante un tanto melancólico: siente la desgracia de haber sido demasiado crédulo para con una mujer artificiosa, y aún se aflige al recordar la injusticia con que pidió a Neptuno la muerte de su hijo Hipólito: ¡dichoso él si no hubiera sido tan pronto y fácil de irritar! También verás a Aquiles apoyado sobre la lanza, a causa de aquella grave herida que recibió en el talón, hecha por el infame Paris, y que terminó su vida. Si su sabiduría, moderación y justicia hubiesen igualado a su intrepidez, le hubieran concedido los dioses un reinado más duradero; mas doliéronse de los dólopes y ftiotas sobre quienes debía reinar después de Peleo, y no quisieron confiar tantos pueblos a un hombre más propenso al enojo que el proceloso mar. Abreviaron las Parcas el hilo de sus días, y fue cual la flor que corta la reja del arado apenas se abrió, y expira el mismo día que la vio nacer. Sirviéronse los

dioses de él para castigar a los hombres de sus delitos como de las tempestades y torrentes, haciendo que abatiese Aquiles las murallas de Troya para vengar el perjurio de Laomedonte y los injustos amores de Paris: y después de haberle empleado como instrumento de su venganza, aplacados ya, se negaron a las lágrimas de Tetis, y a dejar por más tiempo sobre la tierra a aquel joven héroe, que no era a propósito para otra cosa que para inquietar a los hombres y asolar ciudades y reinos.

¿Ves aquel otro con semblante feroz? Es Áyax, hijo de Telamón y deudo de Aquiles, cuya gloria en las lides tal vez no te sea desconocida. Muerto Aquiles pretendió que solo a él debían adjudicar sus armas: creyó tu padre no ser inferior a él, y juzgaron los griegos en favor de este. Desesperado Áyax diose la muerte, y aun se ven retratados en su rostro la indignación y el furor. No te acerques a él, hijo mío, pues creería que ibas a insultarle en la desgracia, y debe ser compadecido. ¿No reparas que nos mira con disgusto, y que se introduce aceleradamente en aquel bosque sombrío por serle odiosa nuestra vista? Observa a este otro lado a Héctor, que habría sido invencible si el hijo de Tetis no hubiera existido en su tiempo. Pero he allí a Agamenón, que lleva todavía sobre sí las señales de la perfidia de Clitemnestra. ¡Ah hijo mío!, me estremezco al recordar las desgracias de la familia del impío Tántalo. La discordia de los dos hermanos Tiestes y Atreo ha llenado de horror y de sangre esta mansión. ¡Ah, cuántos delitos acarrea un solo crimen! Regresando Agamenón del sitio de Troya a la cabeza de los griegos, no tuvo tiempo para gozar tranquilo la gloria que adquiriera: tal es el destino del mayor número de los conquistadores. Todos estos héroes que ves fueron temibles en la guerra; pero nunca amables por sus virtudes, y por lo mismo se hallan en la segunda morada de los Campos Elíseos.

Los demás reinaron con justicia y obtuvieron el amor de sus pueblos: por esta causa son los favoritos de los dioses. Mientras que Agamenón y Aquiles conservan todavía el disgusto y defectos de que adolecieron, y se lamentan en vano de sus discordias y peleas, y de la vida que perdieron afligiéndose por no ser otra cosa que sombras vanas e impotentes; nada tienen que desear para su dicha estos reyes justos, purificados por la luz divina que les alimenta. Ven compasivos la inquietud de los mortales, y parécenles juegos de la infancia los negocios que ocupan al hombre ambicioso: sus corazones se hallan saciados con la verdad y la virtud que beben en su fuente. Nada tienen que sufrir de sí ni de otro: sin deseos, sin necesidades ni temores, todo acabó para ellos a excepción de su dicha,

que no puede acabarse.

Observa, hijo mío, al antiguo Ínaco que fundó el reino de Argos. Su vejez agradable y majestuosa, las flores que nacen a sus pies, paso ligero semejante al vuelo de las aves, la lira de marfil que lleva en la mano con la cual acompaña el canto eterno en alabanza de las maravillas de los dioses. Su boca y su corazón exhalan un perfume exquisito, y los acentos de su armoniosa lira y de su voz arrojarían a los dioses y a los hombres. De este modo ha sido recompensado el amor a los pueblos que reunió dentro del recinto de nuevas murallas, y a quienes dictó leyes.

También puedes observar entre aquellos mirtos al egipcio Cécrope, que reinó el primero en Atenas, ciudad consagrada a la diosa de la sabiduría, y cuyo nombre se le dio. Conduciendo Cécrope desde Egipto leyes útiles dio origen en Grecia a las ciencias y buenas costumbres, suavizó el carácter feroz de los habitantes del Ática, y los reunió con vínculos sociales. Fue justo, humano, compasivo: dejó en la abundancia a los pueblos mientras quedaba su familia en la medianía, no queriendo obtuviesen la autoridad sus hijos después de su muerte, porque juzgaba había otros más dignos que ellos.

Preciso es te señale en aquel pequeño valle a Erictonio, que inventó el uso de la plata para acuñar moneda con el objeto de facilitar el comercio entre las islas de Grecia, aunque previendo los inconvenientes de su invención. Aplicaos, decía a todos los pueblos, a multiplicar en vuestro suelo las riquezas que proporciona la naturaleza, que son las verdaderas: cultivad la tierra para tener en abundancia trigo, vino, aceite y frutas: multiplicad los rebaños para que os alimenten con la leche y os cubran con la lana: de este modo os pondréis en estado de no temer jamás la pobreza. Seréis más ricos cuanto sea mayor el número de vuestros hijos, con tal que los hagáis laboriosos; porque es inagotable la tierra, y su fecundidad se aumenta a medida del número de brazos que se ocupan en cultivarla cuidadosamente: a todos recompensa con liberalidad, al paso que se hace avara e ingrata para con los que descuidan su cultivo. Dedicad principalmente a las riquezas verdaderas que satisfacen las necesidades del hombre. La moneda debe solo apreciarse en cuanto es necesaria, bien para sostener las guerras exteriores inevitables, bien para el comercio de las mercancías que siendo precisas faltan en vuestro país; y aun sería de desear se hiciese únicamente el comercio de aquellas cosas que no sirven para mantener el lujo, la vanidad y la molicie.

Mucho temo, decía varias veces el sabio Erictonio, mucho temo, hijos míos, haberos hecho un presente funesto inventando la moneda. Preveo excitará la avaricia, el fasto y la ambición; que sostendrá infinito número de artes perniciosas que corromperán las costumbres; que os hará molesta la feliz sencillez que proporciona el reposo y seguridad de la vida; y por último, que os conducirá a despreciar la agricultura, fundamento de la vida humana y origen de los bienes verdaderos; pero los dioses son testigos de la pureza de corazón con que os he dado esta invención útil en sí misma. Finalmente, cuando advirtió Erictonio que la moneda corrompía los pueblos, según lo había previsto, se retiró lleno de sentimiento a los montes, en donde vivió pobre y retirado de los hombres hasta una extremada senectud, sin querer mezclarse en el gobierno de ellos.

Apareció poco tiempo después en Grecia el célebre Triptólemo, a quien enseñara Ceres el arte de cultivar la tierra y de poblarla anualmente de doradas mieses; no porque los hombres desconocieran todavía el trigo y los medios de multiplicarlo sembrándole, sino porque ignoraban la perfección de la labranza, y enviado Triptólemo por Ceres, vino a ofrecer con el arado en la mano los dones de aquella deidad a todos los pueblos que tenían bastante ánimo para vencer su natural pereza y dedicarse a un trabajo asiduo. En breve enseñó Triptólemo a los griegos a romper la tierra, fecundizarla y abrir sus entrañas; en breve las cortadoras hoces abatieron las tiernas espigas que poblaban los campos; y luego que fue conocido el medio de cultivar el trigo y alimentarse con el pan, suavizaron sus costumbres hasta los pueblos más salvajes que vagaban por las selvas del Epiro y la Etolia, sustentándose con bellotas, y se sometieron al yugo de las leyes.

Hizo conocer Triptólemo a los griegos cuán lisonjero sea deber las riquezas al propio trabajo, y extraer de la tierra todo lo necesario para vivir con comodidad. Esta inocente y sencilla abundancia, inherente a la agricultura, hizo recordasen los prudentes consejos de Erictonio, y empezaron a despreciar la moneda y todas las riquezas, que coloca en el número de ellas la imaginación de hombres a quienes seduce el deseo de placeres peligrosos, alejándoles del trabajo en que antes hallaban bienes efectivos y costumbres puras en la vida independiente. Conocieron, pues, que un campo fértil y bien cultivado es un verdadero tesoro para una familia que desee vivir con frugalidad cual vivieron sus padres. ¡Dichosos habrían sido los griegos si hubiesen subsistido en estas máximas tan

capaces de hacerles poderosos, independientes, felices y dignos de serlo por una virtud sólida! Mas ¡ah!, las olvidaron, empezaron a apreciar las falsas riquezas, descuidando poco a poco las verdaderas, y llegaron a degenerar de su primitiva y maravillosa sencillez.

¡Hijo mío!, reinarás algún día, y entonces acuérdate de inclinar a los hombres a la agricultura, de honrarla y de aliviar a los que se dedican a ella; y no permitas viva ninguno en la ociosidad, ni ocupado en las artes que mantienen el lujo y la corrupción. Aquí se ven favorecidos de los dioses dos hombres que fueron sabios en la tierra. Repara, hijo querido, cuán superior es su gloria a la de Aquiles y a la de otros héroes que solo se distinguieron en la guerra; superioridad semejante a la hermosa primavera que excede en ventajas al invierno, o a la luz del sol que brilla infinitamente más que la luna.

En tanto que Arcesio hablaba de esta suerte, advirtió tenía Telémaco fija la vista en un pequeño bosque de laureles y un cristalino arroyo, cuyas orillas se veían sembradas de violetas, rosas y otras muchas flores, cuyos colores variados imitaban a los de Iris cuando desciende a la tierra para anunciar a los mortales los decretos del Olimpo. Encontrábase en aquel lugar el gran rey Sesostris, a quien conoció Telémaco, lleno de una majestad infinitamente mayor que la que en él se advertía cuando ocupaba el trono de Egipto: despedían sus ojos una agradable luz que ofuscaba los de Telémaco; y al verle hubiera podido creérsele embriagado con el néctar, según le había hecho superior a la razón humana el espíritu divino para recompensar sus virtudes.

Reconozco, dijo Telémaco a Arcesio, reconozco, padre mío, a aquel sabio rey de Egipto a quien vi no ha mucho tiempo.

Hele allí, respondió Arcesio: su ejemplo te convencerá de la munificencia con que los dioses premian a los buenos monarcas. Pero es preciso sepas que toda su felicidad actual nada es en comparación de la que le estaba destinada, si la prosperidad no le hubiese hecho olvidar los preceptos de la moderación y de la justicia. El deseo de abatir el orgullo de los tirios le empeñó en ocupar aquella ciudad: la conquista de ella excitó el nuevo deseo de otras conquistas, y seducido por la gloria vana de los conquistadores, subyugó, o para decirlo mejor, asoló toda el Asia. Regresó a Egipto cuando su hermano se había apoderado del reino y alterado las mejores leyes con su injusto gobierno, y de consiguiente las gloriosas conquistas de Sesostris produjeron solo el efecto de turbar el sosiego de

su imperio. Pero lo que le hace menos disculpable es haberse dejado llevar del amor a su propia gloria, arrastrando al carro de su triunfo los reyes más soberbios a quienes había vencido. Llegó a conocer este error, y se avergonzó de su inhumanidad. Tal fue el fruto de sus victorias, y he aquí lo que hacen los conquistadores en perjuicio suyo y de los estados que gobiernan cuando tratan de usurpar los de sus vecinos. Esto perjudicó la gloria de un monarca, por otra parte justo y benéfico; gloria que le tenían preparada los dioses.

¿Ves aquel otro, cuya herida parece reciente? Es Dioclides, rey de Caria, que se inmoló voluntariamente en una batalla por el bien de su pueblo, por haber presagiado el oráculo que en la guerra de los carios con los licios vencería la nación cuyo rey pereciese.

Considera aquel otro sabio legislador que, habiendo dictado leyes capaces de hacer felices a sus vasallos, exigió de ellos jurasen no violarían jamás ninguna durante su ausencia; y hecho este juramento se desterró voluntariamente de su patria, y murió pobre fuera de ella para obligarles a guardar por siempre leyes tan útiles.

También estás viendo a Eunésimo, rey de los pilios, y uno de los progenitores del sabio Néstor. En cierta peste que assolaba la tierra, y cubría de nuevas sombras las orillas del Aqueronte, suplicó a los dioses aplacaran su enojo contentándose con su muerte para que se salvaran millares de inocentes: oyéronle propicios, y le proporcionaron aquí una verdadera corona en nada comparable con las que ofrece el mundo.

Aquel anciano que ves coronado de flores es el famoso Belo que reinó en Egipto, se enlazó con Anquínoe, hija del dios Nilo, que oculta el origen del manantial de sus aguas y enriquece las tierras que riega cuando las inunda: tuvo dos hijos; Dánao, cuya historia no ignoras, y Egipto que dio su nombre a aquel hermoso reino. Creyose Belo más poderoso por la abundancia que proporcionaba a su pueblo y por el amor de sus súbditos, que por todos los tributos que hubiera podido imponerles.

Todos estos hombres, a quienes crees muertos, viven aún, hijo mío; pero no como lo hacen los que arrastran la vida miserable del mundo, que es una verdadera muerte: solamente se han trocado sus nombres. ¡Plegue a los dioses merezcas esta dichosa vida, que nada puede turbar ni hallará término! Apresúrate, pues: ya es tiempo de que vayas en busca de tu padre. Antes de hallarle, ¡ay!, ¡cuánta sangre verás derramada! ¡Pero qué

gloria te espera en las campiñas de la Hesperia! Recuerda los consejos del sabio Méntor: si obras según ellos será célebre tu nombre entre todas las naciones y por todos los siglos.

Dijo: y al momento condujo a Telémaco hasta la puerta de marfil que da salida al tenebroso imperio de Plutón. Separose de él Telémaco bañado en lágrimas sin poder abrazarle; y saliendo de aquellos lugares sombríos, regresó con celeridad al campo de los confederados, después de haberse reunido a los dos jóvenes cretenses que le acompañaron hasta cerca de la caverna, y que no tenían esperanzas de volverle a ver.

Libro XX

Reunidos en consejo los jefes del ejército para determinar si convendría apoderarse de Venusa por sorpresa, se opone Telémaco a este dictamen y triunfa su opinión. Dase una batalla, y Telémaco y Adrasto se buscan recíprocamente deseosos de matarse. Mezclado y confundido este último con los aliados, hace una horrible matanza hasta que encontrándole Telémaco le vence, concediéndole la vida bajo ciertas condiciones. Repuesto Adrasto después del vencimiento, intenta herir a su vencedor y pierde la vida a consecuencia de su traición.

Reuniéronse entre tanto los caudillos del ejército confederado para deliberar si convendría apoderarse de Venusa, plaza fuerte usurpada por Adrasto en otro tiempo a los apulios peucetios, que habían tomado parte contra él en la liga para reclamar la injusticia de esta agresión. Con el fin de apaciguarlos puso Adrasto en depósito aquella ciudad en poder de los lucanios; pero corrompiendo con sus dádivas a la guarnición y al jefe de ella, de manera que los lucanios tenían menos autoridad que él en Venusa, y en esta negociación fueron engañados los apulios, que convinieron en que la guardasen los lucanios.

Cierto ciudadano de Venusa, llamado Demofonte, había ofrecido a los confederados franquearles durante la noche una de las puertas de la ciudad; y esta ventaja era tanto mayor cuanto tenía Adrasto todas las provisiones de boca y guerra en un castillo inmediato a ella, que no podía defenderse tomada Venusa. Opinaron Néstor y Filoctetes debía aprovecharse tan feliz ocasión, y arrastrados por la autoridad de estos, y alucinados con la utilidad de tan fácil empresa, aprobaban su dictamen todos los caudillos; pero hizo Telémaco los últimos esfuerzos para que abandonasen este proyecto.

No ignoro, les dijo, que si algún hombre merece ser sorprendido y engañado es Adrasto, que tantas veces engañó al mundo entero. Conozco que sorprendiendo a Venusa lograríais ocupar una ciudad que os pertenece por ser de los apulios, pueblo confederado. Confieso pudierais hacerlo con más apariencia de razón que Adrasto; porque puesta en

depósito la ciudad, ha corrompido al comandante y tropas que la guarnecen para ocuparla cuando lo juzgue oportuno. Por último, comprendo como vosotros que ocupada Venusa seríais dueños al día inmediato del castillo en donde se hallan todas las provisiones y preparativos de guerra que ha reunido Adrasto, y que de este modo en dos días terminaríais esta formidable guerra. ¿Pero no vale más perecer que alcanzar la victoria por tales medios? ¿Deberá oponerse el fraude al engaño? ¿Se dirá que tantos reyes, confederados para castigar los engaños del impío Adrasto, son tan engañosos como él? Si nos es lícito obrar como Adrasto, no es culpable él y somos injustos en querer castigarle. ¿Acaso la Hesperia entera, sostenida por tantas colonias griegas y por tantos héroes regresados del sitio de Troya, no tiene otras armas contra el perjurio y perfidia de Adrasto que la perfidia y el perjurio?

Jurasteis por lo más sagrado dejar a Venusa en depósito en poder de los lucanios; mas decís que la guarnición ha sido corrompida por el oro de Adrasto: lo creo así; pero esta guarnición se halla a sueldo de los lucanios, no ha rehusado obedecerles, ha guardado a lo menos en la apariencia la neutralidad, y ni Adrasto ni los suyos han entrado jamás en Venusa: subsiste el pacto, y los dioses no han olvidado vuestro juramento. ¿No se cumplirá la palabra dada sino cuando falten pretextos para violarla? ¿Ni habrá fidelidad y juramento sino cuando ninguna utilidad proporcione el violar la fe de él? Si el amor a la virtud y el temor a los dioses no os mueven, muévaos al menos vuestro interés y reputación; porque si dais a los hombres el pernicioso ejemplo de faltar a vuestra palabra, y violar el juramento para terminar una guerra, ¿cuántas excitaréis con la impiedad de semejante conducta? ¿Qué vecino vuestro no os detestará temiéndolo todo de vosotros? ¿Quién podrá desde hoy fiar en vuestra palabra, aun en la necesidad más urgente? ¿Qué seguridad podéis dar cuando pretendáis ser sinceros, y os sea conveniente persuadir a vuestros vecinos de vuestra sinceridad? ¿Algún pacto solemne? Ya habéis hollado uno. ¿Algún juramento? ¡Ah!, ¿no sabrán todos que no respetáis a los dioses cuando el perjurio puede proporcionaros alguna ventaja? Para vosotros no tendrá la paz mayor seguridad que la guerra. Cuanto hagáis será considerado como una guerra fingida o declarada: seréis enemigos perpetuos de los que tengan la desgracia de vivir cerca de vosotros: os serán imposibles todas las negociaciones que exijan reputación, probidad y confianza, y no os quedará otro recurso que hacer creer aquello que prometáis.

He aquí, añadió Telémaco, un motivo más poderoso que debe llamar

vuestra atención, si aún respetáis la probidad y conocéis vuestros intereses: a saber, que un comportamiento tan falaz ataca la integridad de la liga, y la arruinará; porque vuestro perjurio proporcionará el triunfo a Adrasto.

Al oír esto preguntáronle todos cómo se atrevía a decir que arruinaría la liga una acción que debía proporcionar la victoria.

¿Podréis fiar unos de otros, respondió Telémaco, si llegáis a hollar una sola vez los vínculos de la sociedad, de la confianza y de la buena fe? Después que hayáis establecido la máxima de que es lícito violar la fe, cuando median grandes intereses, ¿quién de vosotros podrá fiarse de los demás, si estos hallan ventajas considerables en faltar a su palabra y engañaros? ¿Qué será de vosotros? ¿Quién no prevendrá con el artificio los engaños de su vecino? ¿Qué es una liga de muchas naciones cuando convienen estas en que es permitido hostilizarse y violar la fe jurada? ¿Cuál será vuestra mutua desconfianza, vuestras discordias, vuestros esfuerzos para destruirlos? No tendrá Adrasto necesidad de atacaros: vosotros mismos os destruiréis justificando su engañosa conducta.

¡Sabios y poderosos monarcas que regís con prudencia numerosas naciones!, no desoigáis los consejos de un inexperto joven. Si algún día llegáis a padecer aquellas calamidades espantosas que suele acarrear la guerra, podréis restablecerlos con vigilancia y con los esfuerzos que proporciona la virtud; porque nunca llega a abatirse el verdadero ánimo. Pero una vez traspasada la barrera del honor y de la buena fe, se hará irreparable vuestra pérdida, porque no podréis restablecer la confianza necesaria al buen éxito de los negocios importantes, ni atraer a los hombres a las máximas de la virtud después de haberles enseñado a despreciarlas. ¿Qué os acobarda? ¿Acaso no tenéis valor suficiente para vencer sin engañar? ¿No bastará vuestra virtud unida a los esfuerzos de tantas naciones? Peleemos, muramos si es preciso antes que obtener la victoria por medios indignos. Adrasto, el impío Adrasto será vencido, si nos causa horror imitar su infamia y mala fe.

Al acabar Telémaco este razonamiento conoció haber salido de sus labios la dulce persuasión, e introduciéndose en los corazones de los que le escuchaban. Notó en la asamblea un profundo silencio: todos pensaban no en él ni en la elocuencia de sus palabras, sino en la fuerza de la verdad que encerraba su discurso, y en los semblantes de todos se veía la admiración. Por último, percibióse un rumor que fue difundiendo por

toda la asamblea: mirábanse unos a otros, aunque sin atreverse a romper el silencio, esperando lo hiciesen los primeros caudillos del ejército, y costábales violencia ocultar su opinión.

Digno hijo de Ulises, exclamó en fin el grave Néstor, los dioses han movido vuestro labio; y Minerva que inspiró a vuestro padre tantas veces, os ha dictado el consejo sabio y generoso que acabáis de darnos. No atiendo a vuestros pocos años; considero haber hablado Minerva por vuestra boca. Recomendáis la virtud, sin la cual son verdaderas pérdidas las mayores ventajas, y se excita en breve la venganza de los enemigos, la desconfianza de los aliados, la indignación de los hombres de bien y el justo enojo de los dioses. Dejemos, pues, a Venusa en poder de los lucanios, y pensemos solo en vencer a Adrasto empleando para ello nuestro propio valor.

Dijo: y toda la asamblea aplaudió sus palabras; pero al aplaudirlas volvían todos la vista maravillados hacia el hijo de Ulises, que les parecía inspirado por Minerva.

Suscitose en seguida otra cuestión que proporcionó igual gloria a Telémaco. El pérfido y cruel Adrasto envió al campo de los confederados a un tráfuga llamado Acanto, que debía envenenar a los más distinguidos caudillos, con encargo especial de no omitir cosa alguna para dar muerte a Telémaco, que era el terror de los daunios. Conducido este por su valor y candidez, recibió bondadoso a aquel desgraciado que había visto a Ulises en Sicilia, y referídole las aventuras de este héroe. Le alimentaba y procuraba consolarle en su desgracia; porque se lamentaba Acanto de haberle engañado y tratado indignamente Adrasto. Así mantenía y abrigaba en su seno a la ponzoñosa víbora que se preparaba a causarle una herida mortal.

Fue sorprendido otro tráfuga llamado Arión, a quien enviaba Acanto para informar a Adrasto del estado del campo confederado, y asegurarle de que al día siguiente envenenaría a los principales reyes y a Telémaco en cierto festín que debía este darles; y confesó su traición. Sospecharon que estaba de acuerdo con Acanto por ser ambos amigos; pero este, llevando al extremo su intrepidez y simulación, se defendió con tal destreza, que ni se le pudo hacer confesar ni descubrir la trama de la conjuración.

Opinaron algunos reyes debía sacrificarse a Acanto en obsequio de la

pública seguridad. Preciso es, decían, que perezca: la vida de un hombre nada vale cuando se trata de asegurar la de tantos monarcas. ¿Qué importa perezca un inocente para conservar a los que representan en la tierra a los dioses?

¡Qué máxima tan inhumana!, ¡qué bárbara política!, interrumpió Telémaco. ¡Cómo sois tan pródigos de sangre humana, vosotros que os halláis establecidos pastores de los hombres, y que solo tenéis autoridad sobre ellos para conservarlos cual lo hace el pastor con su rebaño! Sois carnívoros lobos en vez de pastores, o a lo menos lo sois únicamente para esquilmar el ganado en lugar de conducirlo al saludable pasto. Según vosotros, es delincuente el que se ve acusado; merecedor de la muerte el que una sospecha acrimina; está la inocencia a merced de la calumnia y de la envidia; y a medida que se aumente en vuestros corazones la desconfianza tiránica, será preciso degollar mayor número de víctimas.

Pronunciaba Telémaco estas palabras con tal vehemencia y autoridad, que arrastraba los corazones y llenaba de oprobio a los que dieran tan infame consejo; y moderándose algún tanto, continuó diciendo: No amo tanto la vida que pretenda conservarla a tal precio: más quiero sea malvado Acanto que serlo yo: prefiero que me arrebatte la vida por medio de la traición, a sacrificarle en duda injustamente; pero escuchadme, vosotros que sois reyes, es decir, jueces de vuestros pueblos: escuchad. Debéis saber juzgar a los hombres con justicia, prudencia y moderación: permitidme interrogar a Acanto en vuestra presencia.

Al momento comenzó a hacer preguntas a este acerca de sus relaciones con Arión, estrechándole sobre múltiples circunstancias: dióle a entender algunas veces que iba a entregarle a Adrasto como un tráfuga digno de castigo, con el objeto de observar si le inspiraba temor esta amenaza; pero permanecían inalterables la voz y el rostro de Acanto. Por último, no pudiendo arrancarle la verdad, le dijo: Dadme vuestro anillo, quiero enviarlo a Adrasto. Al oír esto Acanto se turbó y perdió el color del rostro: lo notó Telémaco, cuyos ojos estaban fijos en él, y tomó el anillo diciéndole: Voy a enviarlo a Adrasto por un lucanio llamado Politropio, a quien conocéis, y que irá secretamente de parte vuestra. Si por este medio descubrimos vuestra inteligencia con Adrasto, pereceréis inhumanamente en medio de los más acerbos tormentos; si por el contrario, confesáis ahora vuestro delito, se os perdonará la vida y seréis enviado a una isla en donde nada os faltará. Entonces lo confesó todo Acanto, y logró Telémaco

que fuese perdonado, porque así se lo había prometido, enviándole a una de las islas Equínadas en donde vivió pacíficamente.

Poco tiempo después vino cierta noche al campo de los confederados un daunio, de nacimiento oscuro pero atrevido y violento, llamado Dióscoro, a ofrecer que degollaría al rey Adrasto en su propia tienda. Podía ejecutarlo, porque cualquiera es dueño de la vida de otro cuando en nada estima la suya. Respiraba solo venganza por haberle Adrasto quitado la esposa a quien amaba con delirio, y cuya hermosura igualaba a la de Venus. Estaba resuelto a dar muerte a Adrasto, recobrar la esposa o perecer en la demanda, y tenía inteligencias secretas para introducirse de noche en la tienda del rey, favorecido por varios capitanes daunios; pero creía necesario atacasen los reyes confederados al mismo tiempo el campo de Adrasto, para poder salvarse con más facilidad y extraer a su esposa, y hallábase resuelto a perecer si no podía conseguirlo después de dar muerte al rey.

Apenas manifestó Dióscoro su proyecto, volviéronse todos hacia donde se hallaba Telémaco como para pedirle una resolución.

Los dioses, dijo, que nos han preservado de traidores, nos prohíben servirnos de ellos. Aunque no tuviésemos bastante virtud para detestar la traición, bastaría a resistirla nuestro propio interés; porque luego que la hayamos autorizado con nuestro ejemplo, mereceremos se vuelva contra nosotros, y entonces, ¿quién vivirá seguro? Podrá evitar Adrasto el golpe que le amenaza, y hacer caiga sobre los reyes confederados. Así dejará la guerra de ser guerra, serán inútiles la virtud y la prudencia, y solo se verán traición, perfidia, asesinatos. Experimentaremos nosotros mismos sus consecuencias funestas; y lo mereceremos por haber autorizado el mayor de los males. Concluyo, pues, ser necesario enviar este traidor a Adrasto. Confieso no lo merece tal rey; pero la Hesperia y toda la Grecia, que nos observan atentas, son acreedoras a que observemos esta conducta para captarnos su estimación. Nos debemos a nosotros mismos este horror a la perfidia, y sobre todo lo debemos a los justos dioses.

Fue enviado Dióscoro a Adrasto, el cual se estremeció al considerar el peligro que había corrido, y se sorprendió de la generosidad de sus enemigos; porque el malvado no puede comprender los efectos de la virtud. Admiraba Adrasto a su pesar lo que acababa de ver, y no se atrevía a elogiarlo. La noble acción de los confederados cubría con un velo de infamia todos sus engaños y crueldades: procuraba disminuir la

generosidad de sus enemigos, y se ruborizaba de obrar con ingratitud en tanto que les era deudor de la vida. Pero los hombres corrompidos se endurecen fácilmente contra lo que pudiera afectarles, y advirtiendo crecía por momentos la reputación de los confederados, creyó urgente ejecutar contra ellos alguna acción célebre; pero no pudiendo inspirársela la virtud, procuró al menos obtener alguna ventaja considerable con las armas, y se apresuró a pelear con ellos.

Llegó el día de la batalla, y apenas abría la aurora las puertas de oriente para proporcionar la salida del sol por un camino sembrado de rosas, cuando el joven Telémaco, previniendo cuidadoso la vigilancia de los más experimentados caudillos, dejó el pacífico sueño y puso en movimiento a todo el ejército. Brillaba ya en su cabeza el casco adornado de crines flotantes, y vestida la coraza deslumbraba a todos los guerreros: obra de Vulcano, tenía además de su perfección natural el celestial brillo de la égida que ocultaba. Con una mano blandía la lanza, y señalaba con la otra los puntos que debían ocuparse.

Había dado Minerva a sus ojos un fuego divino, y tal majestad y fiereza a su semblante que anunciaba ya la victoria. Marchaba y seguían sus pasos todos los reyes confederados, olvidando su senectud y dignidad, arrastrados por una fuerza superior que les obligaba a ello, sin que tuviese entrada en sus corazones la débil envidia; porque todo cedía al que invisiblemente guiaba Minerva de la mano. Sus movimientos ni eran impetuosos ni precipitados: manifestábase agradable, tranquilo, sufrido, dispuesto siempre a escuchar a todos, y a aprovecharse de sus consejos; pero activo, lleno de previsión, atento a las necesidades más remotas, arreglando todas las cosas en buen orden sin embarazarse en nada, ni embarazar a los demás, excusando las faltas, reparando los descuidos, previendo las dificultades, y sin exigir nunca demasiado e inspirando a todos libertad y confianza.

Si daba una orden, lo hacía en los términos más claros y sencillos, repitiéndola para instruir mejor al que debía ejecutarla, y notaba en sus ojos si la había comprendido: hacía en seguida que la explicase familiarmente para cerciorarse de si había llegado a enterarse del objeto de su empresa; y luego que por este medio penetraba su buen sentido, y las miras que se proponía, no le dejaba partir hasta haberle dado algunas señales de estimación y de confianza para alentarle. Por esta razón se esforzaban todos a agradarle y complacerle; pero sin detenerles el temor

de que les atribuyese el mal resultado, porque excusaba todas aquellas faltas que no provenían de mala voluntad.

Aparecía encendido el oriente por los primeros rayos de Febo, y brillaba en las aguas el naciente día: veíase toda la costa cubierta de hombres, armas, caballos y carros, todos en movimiento: percibíase un confuso ruido, semejante al de las olas embravecidas cuando agita Neptuno violentas borrascas. De esta manera comenzaba Marte a excitar la ira en los corazones, por el estrépito de las armas y aparato terrible de la guerra. Cubrían la tierra las erizadas picas, cual las espigas cubren los surcos en la estación de las mieses. Ya se levantaba una nube de polvo que poco a poco iba oscureciendo cielo y tierra, y acercábanse la confusión, el horror y la desapiadada muerte.

Apenas arrojaron las primeras flechas, levantó Telémaco las manos y la vista hacia el cielo y dijo estas palabras:

¡Júpiter, padre y dios de los hombres!, ya veis se hallan de nuestra parte la justicia y la paz, que no hemos creído afrentoso recobrar. Peleamos por necesidad: desearíamos no fuese derramada la sangre de tantos hombres: no aborrecemos a nuestro enemigo, a pesar de que sea cruel, pérfido y sacrílego. Presenciad y decidid entre él y nosotros; y si es preciso morir, nuestra vida se halla en vuestras manos: sí, libertad la Hesperia y abatid al tirano: confesaremos ser deudores de la victoria a vuestro poder y a la sabiduría de Minerva vuestra hija; y os será debida la gloria. Vos, con la balanza en la mano, pesáis la suerte de las batallas: peharemos por vos; y pues sois justo, más enemigo vuestro es Adrasto que nuestro. Si triunfa vuestra causa, antes que termine el día correrá sobre vuestros altares la sangre de una hecatombe.

Dijo: y al momento guió sus caballos fogosos a las filas que más estrechaba el enemigo. Encontró a Periandro, locrio, cubierto con la piel del león que matara en Sicilia durante sus viajes, y armado cual Hércules de una enorme maza: su estatura y su fuerza le igualaban con los gigantes. Al ver a Telémaco despreció sus pocos años y la hermosura de su rostro. Joven afeminado, le dijo: ¿te toca a ti disputar la gloria en las lides? ve; ve a buscar a tu padre entre las sombras; y al decir estas palabras alzó la nudosa y pesada maza armada de púas de hierro, cual un grueso tronco, cuya caída inspiraba temor a todos. Amenazaba la cabeza del hijo de Ulises; pero evitó el golpe y se arrojó sobre Periandro con la velocidad del águila que corta los aires. Quebró la maza al caer la rueda

de un carro inmediato al de Telémaco, y entre tanto hirió el joven griego a Periandro en la garganta con un dardo, sofocando su voz la sangre que corría a borbotones de su ancha herida; y sintiendo sus fogosos caballos abandonadas las riendas, conducíanle a una parte y otra hasta que cayó del carro, cerró sus ojos a la luz, y apareció la pálida muerte en su desfigurado rostro. Compadeciose de él Telémaco: entregó el cadáver a sus criados, y guardó como trofeos de la victoria la piel del león y la maza.

Corrió en busca de Adrasto precipitando al averno una tropa de enemigos: Hileo, cuyo carro tiraban dos caballos semejantes a los del sol, que alimentaron las dilatadas praderas que riega el Aufido; Demoleón, que rivalizó con Érice en el combate del cesto en Sicilia: Crántor, huésped y amigo de Hércules cuando pasando por la Hesperia privó de la vida al infame Caco; Menécrales, semejante a Pólux en la lucha; Hipocoonte, salapio, imitador de Cástor en la destreza y elegancia para manejar un caballo; Eurímedes, célebre cazador manchado siempre con sangre de osos y jabalíes, que mataba en las cumbres cubiertas de nieve del frío Apenino, y que según decían fue tan querido de Diana que le enseñó a lanzar las flechas; Nicóscrales, vencedor de un gigante cuya boca arrojaba fuego en el monte Gargano; Cleantes, esposo futuro de la joven Foloé, hija del río Liris, prometida por este al que la librase de la serpiente alada nacida en las orillas del río de su nombre, que debía devorarla dentro de breves días según la predicción de cierto oráculo. Este joven conducido por el exceso de su amor, consagró su vida a la muerte del monstruo: lo consiguió; pero no pudo gozar el fruto de su victoria, y en tanto que se preparaba Foloé a tan tierno himeneo, y esperaba llena de impaciencia a Cleantes, supo había este seguido a Adrasto y cortado la Parca el hilo de sus días. Resonaban sus lamentos en los bosques y montañas inmediatas al río, anegábanse en lágrimas sus ojos, arrancábase el hermoso y rizado cabello, olvidaba las guirnaldas de flores que solía coger, y declamaba contra la injusticia del cielo; y como no cesase de llorar noche y día, compadeciéronse de ella los dioses, y accediendo a los ruegos del río pusieron término a su dolor, y a fuerza de verter lágrimas fue trocada en fuente que, mezclándose con las aguas del dios su padre, aumentaba el caudal de ellas. Mas todavía son amargas las de aquella fuente: no florece nunca la yerba en sus orillas, ni se encuentra en ellas otra sombra que la de lúgubres cipreses.

Sabiendo Adrasto que Telémaco difundía el terror por todas partes, le buscaba ansioso con la esperanza de que fácilmente vencería al hijo de

Ulises por su tierna edad, llevando en su compañía treinta daunios de extraordinaria fuerza, audacia y agilidad, a quienes prometió considerables recompensas si en la batalla sacrificaban a Telémaco de cualquiera manera que fuese: y si le hubieran encontrado entonces, sin duda habrían cercado los treinta hombres el carro de Telémaco, mientras Adrasto le hubiese atacado de frente; pero Minerva impidió su encuentro.

Creyó Adrasto oír a Telémaco en un lugar retirado de la llanura, al pie de cierta colina en donde había gran número de combatientes, y al momento corre para saciarse con su sangre; pero en vez de Telémaco descubre al anciano Néstor que con mano trémula lanzaba al azar algunos dardos. Lleno de furor, Adrasto quiso herirle; pero arrojáronse en torno de Néstor varios pilios.

Oscureció el sol una nube de flechas: solo se oían gritos lastimeros de los moribundos y el estrépito de las armas de los que caían peleando: estremecíase la tierra al hacinarse tantos cadáveres, y corrían por doquier ríos de sangre. Marte y Belona, acompañadas de las Furias infernales vestidas de túnicas manchadas de sangre, renovaban incesantemente la ira en los corazones; y estas divinidades enemigas del hombre ahuyentaban la compasión generosa, el valor moderado y la sensible humanidad. En aquella aglomeración confusa de hombres encarnizados todo era mortandad, venganza, desesperación y furor, y a su vista se estremeció y retrocedió horrorizada la sabia e invencible Palas.

Marchaba a paso lento Filoctetes en socorro de Néstor, llevando las flechas de Hércules. No habiendo podido Adrasto alcanzar al divino anciano, arrojaba sus dardos a los pilios arrebatando la vida a muchos, entre ellos a Ctesilao, tan veloz en la carrera que apenas dejaba huellas en la arena, y que aventajaba a las corrientes más rápidas del Alfeo y el Eurotas. A sus pies habían caído Eutifrón, más hermoso que Hilas, y cazador tan fogoso como Hipólito; Pterelao, que acompañó a Néstor en el sitio de Troya, y a quien apreció el mismo Aquiles por su fuerza y valor; Aristogitón, que, habiéndose bañado en las aguas del río Aqueloo, recibió de este dios la virtud de adoptar toda especie de formas, y que era tan ágil y pronto en sus movimientos que escapaba de las manos del hombre más vigoroso. Sin embargo, dejole Adrasto inmóvil de una lanzada y privole de la vida.

Olvidó Néstor el peligro que le amenazaba, y exponía inútilmente su ancianidad al ver caían a los golpes de Adrasto los más valientes

guerreros, cual la dorada espiga cede a la hoz del infatigable segador: habíale abandonado la prudencia: cuidaba solo de seguir con la vista a su hijo Pisístrato, que sostenía denonado el combate para alejar el peligro que amenazaba a su padre. Mas había llegado el momento fatal en que Pisístrato debía hacer conocer a Néstor la desventura que ocasiona a veces una prolongada vida.

Descargó Pisístrato con la lanza tan fuerte golpe a Adrasto que debió este sucumbir; pero le evitó, y mientras que Pisístrato recogía y enarbolaba de nuevo su lanza, le hirió Adrasto con una jabalina en el vientre. Comenzó a abandonarle la sangre, se marchitó el color de su rostro como la flor que acaba de coger la ninfa en la pradera, y ya casi estaban cerrados sus ojos y había perdido la voz. Alceo, su ayo, que se hallaba a su lado, impidió cayese y tuvo tiempo únicamente para conducirlo a los brazos de su padre: quiso hablar Pisístrato para dar a Néstor las últimas pruebas de su ternura filial; mas expiró al abrir la boca.

Mientras que Filoctetes causaba mortandad y horror en torno suyo para rechazar los esfuerzos de Adrasto, estrechaba Néstor entre sus brazos el cadáver de su hijo, lamentando su desgracia. ¡Desventurado, decía, desventurado de mí por haber sido padre y vivido tantos años! ¡Ah!, cruel destino, ¿por qué no has terminado mi vida, ora en la caza del jabalí en Calidón, ora en el viaje a Cólquida, ora en el primer sitio de Troya? Habría muerto con gloria y sin pesadumbre; mas ahora arrastro una senectud dolorosa, despreciada, impotente, y solo vivo para sufrir los males y sentir la aflicción. ¡Hijo mío, caro Pisístrato! Tú me consolabas cuando perdí a tu hermano Antíloco; pero ya no existes, y nada me servirá de consuelo: acabó todo para mí, hasta la esperanza, único alivio de las penas del hombre. ¡Antíloco, Pisístrato, hijos queridos!, me parece que os pierdo hoy a entrambos: la muerte del uno renueva la herida que hiciera la del otro en mi corazón. ¡Ya no volveré a veros! ¿Quién cerrará mis párpados, quién recogerá mis cenizas? ¡Oh Pisístrato!, moriste cual valiente como tu hermano: solo yo no puedo hallar la muerte.

Al decir estas palabras, quería herirse con un dardo; mas detuviéronle y le arrebataron el cuerpo de su hijo: condujeron a su tienda desfallecido al desgraciado anciano en donde después de haber recobrado algún tanto las fuerzas quiso volver de nuevo a la lid, mas se lo impidieron a su pesar.

Buscábanse entre tanto Adrasto y Filoctetes, semejantes al león y el leopardo que aspiran a devorarse mutuamente en las orillas del Caístro:

lentos de bélico furor y cruel venganza esparcían la muerte por doquiera, y mirábanles con espanto cuantos peleaban. Descubriéronse uno a otro, y ya tenía Filoctetes en la mano una de aquellas terribles flechas nunca inciertas, y cuyas heridas eran incurables; pero Marte, que favorecía al intrépido y sanguinario Adrasto, impidió pereziese tan pronto deseoso de prolongar los horrores de la guerra, y multiplicar la mortandad por su mano, pues todavía le consagraban los dioses a su justicia para castigar al hombre y derramar su sangre.

Cuando intentó acometerle Filoctetes, fue herido este por Anfímaco, joven lucanio más bello que el famoso Nireo, cuya hermosura solo cedía a la de Aquiles entre todos los griegos que pelearon en el sitio de Troya. Apenas recibió Filoctetes la herida, lanzó la flecha a Anfímaco, y le atravesó el corazón; y al momento oscureciéronse sus ojos cubriéndose de las pálidas sombras de la muerte; marchitose su boca más bermeja que las rosas que siembra Aurora en el horizonte; desapareció el color de sus mejillas, sucediéndose a él una palidez cárdena, y quedó desfigurado repentinamente su delicado rostro. El mismo Filoctetes le compadeció, y todos los guerreros se estremecieron al verle cubierto de su propia sangre, y arrastrada por el polvo la cabellera de aquel joven, más hermosa que la del mismo Apolo.

Vencido Anfímaco, viose obligado Filoctetes a abandonar la lid por la mucha sangre que perdía, y hasta su antigua herida estaba al parecer próxima a abrirse de nuevo y renovar sus dolores con los esfuerzos hechos para pelear; porque los hijos de Esculapio no habían podido curarle enteramente a pesar de su divina ciencia. Ya iba a caer sobre un montón de cadáveres; mas en el momento en que Adrasto le hubiera hecho perecer a sus pies le retiró Arquidamo, el más diestro y valiente de todos los ebalios que le acompañaran para fundar la ciudad de Petilia. Nada osaba resistir a Adrasto ni retardarle la victoria: sucumbían todos o huían cual de un torrente que habiendo salido de madre arrastra furioso mieses, rebaños, aldeas y pastores.

Percibió Telémaco la gritería de los vencedores, y advirtió el desorden de los confederados, que huían delante de Adrasto como la manada de tímidos ciervos cuando perseguida por el cazador atraviesa dilatadas llanuras, bosques, montañas, y hasta los ríos de más rápido curso.

Estremeciose Telémaco: apareció la indignación en sus ojos, y dejó los lugares en donde combatiera largo tiempo con tanta gloria como riesgo.

Voló a socorrerlos, avanzando por entre una multitud de enemigos a quienes dejó tendidos, y lanzó un grito que hirió los oídos de todos los guerreros.

Había dado Minerva a su voz un sonido terrible, que repitieron las vecinas montañas, más espantoso que la del fiero Marte cuando invoca la guerra y la muerte en los montes de Tracia. Su voz excitó la audacia y el valor en el corazón de todos sus guerreros, y cubrió de espanto a los enemigos, avergonzándose el mismo Adrasto al observarse lleno de turbación. Estremecíanle funestos presagios, y animábale la desesperación más bien que el valor. Tres veces vacilaron sus trémulas rodillas; tres veces retrocedió sin saber lo que hacía: cubrió sus miembros un frío sudor y una palidez mortal: su voz ronca e incierta no podía acabar las palabras, y llenos los ojos de un fuego sombrío parecía iban a saltar de sus órbitas: agitábanle como a Orestes las furias, y todos sus movimientos eran convulsivos. Entonces comenzó a creer que existían los dioses, imaginándose verlos irritados y escuchar su voz que salía de lo profundo del abismo para llamarle al oscuro Tártaro. Todo le hacía sentir una mano celeste e invisible que iba a descargar sobre su cabeza, y retardaba el golpe para herirle con mayor fuerza: había desaparecido la esperanza de su corazón, y disipádose la audacia como la luz del día cuando el sol se oculta en las olas del océano y cubren a la tierra las sombras de la noche.

El impío Adrasto, tolerado largo tiempo por los dioses si no les hubiera sido necesario como instrumento de su justicia; el impío Adrasto se aproximaba a su última hora, corriendo a su inevitable destino, y llevando en pos de sí horror, remordimientos, furor, consternación, desesperación y rabia. Descubre a Telémaco, y al momento cree ver abierto el Averno y las llamas que arroja el oscuro Flegeton que van a consumirle. Exclama, y queda abierta su boca sin que pueda articular una sola palabra, semejante al que duerme y hace esfuerzos dormido para hablar, sin que la voz le salga. Con mano trémula y acelerada arroja el dardo a Telémaco: mas este se cubre con el escudo con aquella intrepidez que distingue a los favorecidos de los dioses, y, cual si la Victoria le defendiese con sus alas, descúbrese la corona del triunfo sobre su cabeza: se ven en sus ojos el valor y la serenidad, y obra con tal prudencia en medio de tan grandes peligros, que podía considerársele cual si fuese la misma Minerva. Rechaza su escudo el dardo arrojado por Adrasto, y apresúrase este a desnudar la espada para evitar que aquel le lance el dardo, y al advertirlo Telémaco desnuda también la suya.

Cuando los demás guerreros los vieron dispuestos a pelear, depusieron las armas para observarlos silenciosos, esperando del éxito de aquella lid el destino de la guerra. Cruzábanse muchas veces los dos aceros brillando como la chispa que produce los rayos, multiplicando golpes inútiles sobre las bruñidas armas que resonaban al recibirlos: separábanse y se aproximaban, se abatían, volvían a levantarse hasta que por último se asieron. La hiedra, que nace al pie del olmo, no estrecha tanto el tronco duro y nudoso entretejiéndose hasta las más elevadas ramas, como ambos combatientes se oprimían uno a otro. Conservaba Adrasto toda su fuerza, y Telémaco aun no había desplegado la suya. Hizo el primero esfuerzos repetidos para sorprender y abatir a su enemigo procurando apoderarse de la espada del joven griego; pero en vano, porque al momento mismo de procurarlo le levantó y le tendió sobre la tierra. Entonces manifestó un cobarde temor a la muerte aquel impío que siempre despreciara a los dioses, y aunque avergonzándose de pedir la vida no pudo menos de manifestar que deseaba conservarla, procurando excitar la compasión de Telémaco. Hijo de Ulises, le dijo, ahora conozco la justicia de los dioses: me castigan cual merezco: solo la desgracia abre al hombre los ojos a la verdad: yo la veo, ella me condena. Pero el infortunio de un rey desgraciado traiga a vuestra memoria la de vuestro padre, todavía lejos de Ítaca, y este recuerdo mueva vuestro corazón.

Jamás he apetecido otra cosa que la victoria y la paz de las naciones, en cuyo auxilio vengo, respondió Telémaco teniéndole bajo su rodilla y con el acero levantado para degollarle: no deseo derramar sangre. Vivid, pues, Adrasto, pero sea para reparar vuestras faltas: restituid cuanto habéis usurpado: restableced la tranquilidad y la justicia en la costa de la grande Hesperia que habéis manchado con tantos homicidios y traiciones: vivid y sed desde hoy otro hombre. Enseñeos vuestra caída que los dioses son justos. ¡Infeliz el malvado que se engaña buscando la felicidad en la violencia, en la inhumanidad y la mentira! Por último, nada es más lisonjero y venturoso que la virtud: dadnos, pues, como rehenes a vuestro hijo Metrodoro y doce personajes de los principales de vuestra nación.

Dichas estas palabras dejó a Adrasto levantarse ofreciéndole la mano sin desconfiar de su mala fe; mas al momento arroja Adrasto a Telémaco otro dardo pequeño que ocultaba, tan agudo y arrojado con tanta destreza, que hubiera atravesado su armadura a no haber sido fabricada por manos divinas, y al mismo tiempo se guareció Adrasto tras el tronco de un árbol

para evitar le persiguiese el joven griego. Daunios, exclamó este, ya lo veis: la victoria es nuestra: este impío se salva por medio de la traición: el que no teme a los dioses teme a la muerte: por el contrario, ninguna otra cosa que los dioses inspira temor al que teme a ellos.

Se adelantó Telémaco hacia los daunios haciendo seña a sus soldados que se hallaban a la otra parte del árbol para que interceptasen el paso al pérfido Adrasto que, temiendo ser sorprendido, aparentó retroceder con intención de salvarse por entre los cretenses que se lo impedían; pero cayó sobre él repentinamente Telémaco, con la celeridad que se desprende del rayo que la diestra del padre de los dioses lanza desde el alto Olimpo para herir las cabezas de los delincuentes, y asiéndole con mano victoriosa le tiende en tierra cual el fuerte aquilón a la tierna espiga que descuella en el campo y, sin escucharle, sin embargo de que aún se atreve a abusar de su bondadoso corazón, introduce el acero en su cuerpo precipitándole en las hogueras del oscuro Tártaro, castigo digno a sus maldades.

Libro XXI

Muerto Adrasto tienden los daunios la mano a los aliados en señal de paz, y les piden permiso para elegirse un rey de su propia nación. Inconsolable Néstor por la muerte de su hijo, no asiste al consejo que celebran los jefes en cuyo consejo opinan algunos por que se reparta el país de los vencidos y por ceder a Telémaco el territorio de Arpi, pero lejos de aceptar este el generoso ofrecimiento les hace ver que conviene al interés común de los aliados elegir a Polidamante como monarca de los daunios y dejarles sus tierras. Persuade luego a estos pueblos para que le den la comarca de Arpi a Diomedes, y practícase uno y otro.

Apenas dejó de existir Adrasto, regocijaronse todos los daunios por su libertad, en vez de llorar su derrota y la pérdida de su caudillo, y ofrecieron la mano a los confederados en señal de paz y reconciliación. Huyó cobardemente Metrodoro, hijo de Adrasto, a quien educara este en las máximas de simulación, inhumanidad e injusticia: mas un esclavo, cómplice de sus infamias y crueldades, colmado de riquezas después de haberle hecho libre, y el único a quien confió su fuga, le sacrificó a su propio interés, y dándole muerte le cortó la cabeza y la condujo al campo de los confederados prometiéndose grandes recompensas por este delito que terminaba la guerra, mas causó horror aquel malvado y pereció en el suplicio. Al ver Telémaco la cabeza de Metrodoro, joven de maravillosa hermosura, de buen carácter, y a quien habían corrompido los placeres y el mal ejemplo, no pudo contener sus lágrimas. ¡Ay!, exclamó: he aquí los efectos que produce el veneno de la prosperidad en un príncipe joven: cuanto es mayor su elevación y vivacidad, tanto más se le extravía y se le aleja de los sentimientos que inspira la virtud. Tal vez me vería yo como él, si las desgracias en que he nacido (merced al favor de los dioses) y las instrucciones de Méntor no me hubieran enseñado a moderarme.

Reunidos los daunios exigieron, como la única condición para la paz, que se les permitiese elegir un rey de su nación que borrarase con sus virtudes el oprobio con que el impío Adrasto había cubierto el reino. Tributaron gracias al cielo por haber derrocado al tirano: venían en tropel a besar la

mano de Telémaco, que se tiñera en la sangre de aquel monstruo, y era para ellos su derrota un verdadero triunfo. De esta manera cayó en un momento el poder que amenazaba a toda la Hesperia, y hacía temblar a tantos pueblos; semejante a aquellos terrenos firmes y sólidos al parecer, pero que se socavan poco a poco por sus cimientos, burlan por largo tiempo el débil trabajo que los destruye, no se debilita su fuerza, permanecen unidos, nada les conmueve, y sin embargo se arruinan lentamente hasta hundirse y presentar un abismo. De esta manera el poder injusto y falaz abre un precipicio a sus pies, cualquiera que sea la prosperidad que se procure por medio de la violencia; pues el fraude y la inhumanidad minan con lentitud los fundamentos más sólidos de la autoridad legítima; se la admira y teme, se tiembla delante de ella hasta el momento mismo en que ha dejado de existir: cae por su propio peso, y nada basta a levantarla de nuevo, porque ha destruido con su propia mano el verdadero apoyo de la buena fe y de la justicia, que proporcionan la confianza y el amor.

Reuniéronse a la mañana siguiente los caudillos del ejército para conceder rey a los daunios. Complacíanse al ver confundidos los dos campos con amistad inesperada, y que ambos ejércitos componían uno solo. No pudo asistir a la asamblea el sabio Néstor, porque el dolor y la senectud oprimían su corazón a la manera que la lluvia abate y marchita por la tarde la flor que durante la mañana y al amanecer la aurora fue gloria y ornato de la verde pradera. Convertidos sus ojos en dos fuentes de lágrimas que no podían agotarse, huía de ellos el benéfico sueño que calma las penas más acerbadas: había desaparecido de su corazón la esperanza, verdadera vida del corazón humano: a aquel anciano desgraciado le era amargo el alimento, odiosa la luz, y su alma pedía solo abandonar el cuerpo para sumergirse en la eterna noche del imperio de Plutón. Procuraban en vano sus amigos consolarle: negábase su abatido corazón a la amistad cual el enfermo a los mejores alimentos, y a cuanto le decían para mitigar su dolor no daba otra respuesta que suspiros y gemidos. ¡Pisístrato, Pisístrato!, decía de tiempo en tiempo: ¡hijo mío Pisístrato, tú me llamas! Yo te sigo, tú me harás agradable la muerte. ¡Oh querido hijo mío!, no deseo otro bien que volverte a ver en las orillas de la Estigia. Trascurrían horas enteras sin pronunciar una sola palabra; pero gimiendo, levantando las manos al cielo y con los ojos anegados en llanto.

Entre tanto esperaban reunidos los príncipes a Telémaco, que se hallaba cerca del cadáver de Pisístrato, esparciendo sobre él flores a manos

llenas, olorosos perfumes y amargas lágrimas. ¡Querido compañero!, decía: jamás olvidaré haberte visto en Pilos, seguido a Esparta y vuelto a encontrarte en las costas de la grande Hesperia: te soy deudor de mil y mil cuidados: te amaba, tú me amabas también. Conocí tu valor que hubiera sobrepujado al de muchos griegos célebres. Él te ha hecho perecer con gloria; mas ¡ah!, también ha privado al mundo de una virtud naciente que hubiera sido igual a la de tu padre. Sí, tu cordura y elocuencia hubieran sido en la edad madura semejantes a las de ese anciano a quien admira toda la Grecia. Adornábate ya aquella dulce persuasión a que nada resiste cuando habla, aquellas maneras francas para referir, aquella prudente moderación que aplaca como un encanto el enojo, aquella autoridad que proporcionan la prudencia y la fuerza de los buenos consejos. Cuando hablabas, prestaban todos el oído, te oían con prevención y deseaban hallar la razón en tu discurso, y tus palabras, sencillas y sin ostentación, penetraban en los corazones cual el rocío en la tierna yerba. ¡Ah!, ¿por qué perdemos para siempre tantos bienes que poseíamos hace pocas horas? Pisístrato, a quien abracé esta mañana, ya no existe; solo nos queda de él un triste recuerdo. Si al menos hubieras tú cerrado los párpados de Néstor antes que nosotros cerrásemos los tuyos, no vería lo que hoy ve, no sería el más desventurado de los padres.

Luego que dijo estas palabras hizo lavar la sangrienta herida que se veía en el costado de Pisístrato, y que extendiesen el cadáver sobre un lecho de púrpura, en el cual, inclinada la cabeza desfigurada con la palidez de la muerte, presentaba la imagen del tierno árbol que después de haber cubierto con su sombra la tierra, y dirigido hacia el cielo sus ramas floridas, se ve abatido por la cortante hacha del leñador, y no hallando apoyo en la tierra, madre fecunda que nutrió sus tallos, pierde el verdor, vacila, llega a caer, y vienen a arrastrarse entre el polvo, secas y marchitas, aquellas ramas que ocultaban el cielo, convirtiéndose en un tronco despojado de todos sus adornos. De esta manera Pisístrato, presa de la muerte, era conducido por los que debían colocarle en la hoguera fatal. Ya la llama se elevaba hacia el cielo, y le conducía pausadamente una tropa de pilios con los ojos bajos y bañados en lágrimas, llevando las armas en señal de duelo; puesto en la hoguera y consumido en breve el cadáver por el fuego, fueron colocadas sus cenizas en una urna de oro que confió Telémaco cual un tesoro inestimable a Calímaco, ayo de Pisístrato, diciéndole: Guardad esas cenizas, tristes pero preciosos restos del que tanto amabais: guardadlas para su padre; mas esperad a presentárselas cuando haya recobrado fuerzas bastantes para pedir las, pues lo que aumenta el

dolor en una ocasión lo templa en otra.

En seguida entró Telémaco en la asamblea de los reyes confederados, en la cual guardaron todos silencio luego que se presentó deseosos de escucharle. Se ruborizó y no pudieron hacerle hablar; porque los elogios que le daban y las aclamaciones públicas, sobre todo por lo que acababa de ejecutar, aumentaron su vergüenza y hubiera deseado poder ocultarse: esta fue la primera ocasión en que se le vio turbado e indeciso. Por último, pidió como una gracia que no le tributasen ningún elogio, diciendo: No porque yo no los aprecie, señaladamente cuando los dan tan buenos jueces, sino porque temo apreciarlos demasiado, y sé que corrompen al hombre llenándole de orgullo y haciéndole vano y presuntuoso. Es preciso merecer los elogios y huir de ellos, porque los exagerados son semejantes a los no merecidos. Los tiranos se hacen elogiar más que nadie por los aduladores, sin embargo de ser los mayores malvados. ¿Qué placer puede proporcionar el ser elogiado como ellos? Los elogios verdaderos serán aquellos que me deis cuando no esté presente, si tengo la fortuna de llegar a merecerlos. Si me creéis verdaderamente bueno, debéis creer también que deseo ser modesto y que temo la vanidad: omitidlos, pues, si me estimáis, y no me elogiéis por creerme deseoso de escucharlo.

Acabó de hablar Telémaco, y no dio respuesta alguna a los que continuaban ensalzándole, porque les impuso silencio el aire de indiferencia que manifestó. Comenzaron a temer se disgustase, y por lo mismo terminaron los elogios; pero acrecentose su admiración al saber su ternura hacia Pisístrato, y su esmero en tributarle los últimos deberes: todo el ejército admiró más estos rasgos de bondad que los prodigios de valor y prudencia de que acababan de ser testigos. Es prudente y valeroso, se decían unos a otros, favorecido de los dioses y el verdadero héroe de nuestro siglo: es sobrehumano: cuanto obra es maravilloso y nos llena de sorpresa. Humano, bondadoso, amigo fiel y tierno, compasivo, liberal, benéfico, consagrado todo a los que debe amar, forma las delicias de cuantos viven con él, y ha desaparecido de su carácter la altivez, indiferencia y arrogancia: así cautiva nuestros corazones y nos convence de sus virtudes, y he aquí la causa de que estemos todos dispuestos a sacrificar por él nuestras vidas.

No retardaron por más tiempo tratar de la necesidad de elegir rey de los daunios. Opinaron la mayor parte de los príncipes que concurrían al congreso debía dividirse entre ellos el país como conquistado, y ofrecieron

a Telémaco la fértil comarca de Arpi, que produce dos veces al año los ricos dones de Ceres, los agradables presentes de Baco, y el fruto siempre verde de la oliva consagrado a Minerva. Este país, le decían, debe haceros olvidar la pobre isla de Ítaca, sus cabañas, las espantosas rocas de Duliquio y las escabrosas selvas de Zacinto. No penséis ya en Ulises, que habrá perecido sin duda en las aguas del promontorio Cafareo, víctima de la venganza de Nauplio y en desagravio de Neptuno, ni en Penélope, a quien poseen sus amantes desde vuestra partida, ni tampoco en vuestra patria, cuya tierra no es favorecida del cielo como la que os ofrecemos.

Escuchaba tranquilo Telémaco estos razonamientos; pero no son más sordas las rocas de la Tracia y de la Tesalia, ni más insensibles a las quejas del desesperado amante, que lo eran sus oídos a tales ofertas. Ni me mueven, dijo, las riquezas ni las delicias: ¿de qué sirve poseer gran porción de terrenos y mandar considerable número de hombres? De mayor embarazo y menos libertad. Demasiadas desgracias acompañan la vida del hombre más sabio y moderado para añadirle todavía el trabajo de gobernar a otros hombres indóciles, inquietos, injustos, engañosos e ingratos. Cuando se aspira a ser señor de los hombres por amor propio, sin atender a otra cosa que a la autoridad, placeres y gloria, se llega a ser impío, tirano, azote de la especie humana. Por el contrario, si se les quiere gobernar para su bien, siguiendo las verdaderas reglas, se llega a ser tutor más que dueño, y entonces cuesta infinito trabajo, pero es preciso no abrigar el deseo de extender los límites de la autoridad; porque el pastor que no se come el rebaño, que le defiende del carnívoro lobo con peligro de su vida, que vela noche y día para conducirlo al saludable pasto, no aspira a aumentar el número de las reses ni a arrebatarse las de su vecino, pues en tal caso aumentaría también su trabajo y su cuidado. Aunque nunca goberné, las leyes, y los hombres sabios que las dictaron, me han hecho conocer cuán penoso es regir los imperios y las ciudades. Me contento, pues, con la pobre isla de Ítaca, por más que sea pequeña y pobre: harta gloria me cabrá si llego a reinar en ella con justicia, valor y piedad, aunque recelo que siempre será demasiado pronto para llegar a ocupar el trono.

¡Plegue a los dioses burle mi caro padre el furor de las olas, y reine hasta la más extremada senectud para que su ejemplo me enseñe a vencer las pasiones y moderar las de todo un pueblo!

¡Príncipes aquí reunidos!, escuchad lo que a mi entender conviene a vuestros intereses. Si dais a los daunios un rey justo, los regirá con justicia y les enseñará a conocer la utilidad de conservar la buena fe, y de no usurpar nunca las tierras de sus vecinos, ventajas que no han podido disfrutar bajo el cetro del impío Adrasto; y mientras sean regidos por él nada tendréis que temer, porque os serán deudores de un buen monarca, y de la paz y prosperidad en que vivan, y lejos de atacaros os bendecirán sin cesar, por cuyo medio el rey y su pueblo vendrán a ser obra de vuestras manos. Si por el contrario, aspiráis a adjudicaros el país, ved aquí las desgracias que os presagio. Desesperado, este mismo pueblo volverá a comenzar la guerra, peleará con justicia por su independencia, y en su favor estarán los dioses, enemigos de la tiranía; y si estos le protegen, llegaréis a ser confundidos tarde o temprano, disipándose cual el humo vuestra prosperidad, faltará a vuestros caudillos el consejo y la prudencia, huirá el valor de vuestras banderas, y la abundancia de vuestras campiñas. Podréis lisonjearos, seréis temerarios en vuestras empresas, impondréis silencio a los hombres honrados que quieran decir la verdad. Sin embargo, caeréis repentinamente, y dirán de vosotros: ¿Son acaso estos aquellos pueblos florecientes que debían dictar leyes al universo?, y en el día huyen delante de sus enemigos, hechos ludibrio de todas las naciones que los desprecian hoy: he aquí la obra de los dioses, he aquí el castigo merecido de las naciones soberbias e inhumanas. Considerad además que si tratáis de repartiros el país conquistado, todos se unirán contra vosotros, y llegará a hacerse odiosa la liga formada en defensa de la independencia común de la Hesperia contra el usurpador Adrasto, y de este modo os acusarán con razón de aspirar a la tiranía universal.

Pero supongo alcancéis la victoria contra los daunios y contra todas las demás naciones: la misma victoria os destruirá: he aquí la razón. Esta empresa introducirá la discordia entre vosotros; porque como no está apoyada en la justicia, careceréis de regla para establecer límites a las pretensiones de cada uno: cada cual deseará que la conquista sea proporcionada a su poder; y ninguno tendrá autoridad bastante para hacer la distribución pacíficamente, y este será el origen de una guerra que no verán terminada vuestros nietos. ¿No vale más ser justos y moderados que seguir los consejos de la ambición arrojando tantos peligros y a través de tantas desgracias inevitables? La paz, los placeres inocentes y agradables que la acompañan, la venturosa abundancia, la amistad de las naciones vecinas, la gloria inseparable de la justicia, la autoridad que se adquiere haciéndose árbitro de los pueblos extranjeros por medio de la

buena fe, ¿no son bienes más apetecibles que la vanidad insensata de una conquista injusta? ¡Reyes, veis que os hablo por vuestro interés, escuchad pues al que os ama bastante para contradeciros y desagradaros haciéndoos conocer la verdad!

Mientras hablaba Telémaco de esta suerte, cual si fuera un ser más que humano, y admiraban suspensos los reyes la sabiduría de sus consejos, hirió sus oídos un confuso rumor que difundiéndose por todo el campo llegó a penetrar hasta el sitio en donde se hallaban reunidos. Acaba de arribar, decían, a estas costas un extranjero acompañado de varios hombres armados: este desconocido es de alta estatura, y todo parece en él heroico: se advierte ha padecido largo tiempo, y que el valor le ha hecho superior a sus padecimientos. Al principio han querido rechazarle como enemigo los naturales del país que defienden la costa recelando viniese a invadirlo; pero después de desnudar la espada con intrepidez, ha manifestado sabría defenderse si le hostilizaban, aunque solo pedía la paz y reclamaba la hospitalidad. Al momento ha presentado una rama de olivo en señal de paz; le han escuchado, ha exigido le condujesen a la presencia de los que gobiernan en esta costa de Hesperia, y le traen aquí para que hable con los reyes que se hallan reunidos.

Apenas fueron informados de esta novedad, se presentó a ellos un incógnito que les llenó de sorpresa, y hubieran podido creer fácilmente ser el dios Marte cuando reúne sus sanguinarias tropas en las montañas de Tracia.

¡Oh vosotros, comenzó a decir, pastores de vuestros pueblos, reunidos aquí sin duda, ora para defender la patria contra sus enemigos, ora para hacer observar las leyes más justas: escuchad a un hombre a quien persigue la fortuna! ¡No permitan los dioses padezcáis nunca los infortunios que me agobian! Soy Diomedes, rey de Etolia, que hirió a Venus en el sitio de Troya. La venganza de esta deidad me persigue por todas partes, y Neptuno, que nada puede rehusar a la celestial hija de los mares, me ha entregado al furor de los vientos y de las olas, que repetidas veces han hecho zozobrar los bajeles en que navegaba. Venus inexorable me ha privado de la esperanza de regresar a mi reino, de abrazar a mi familia, y de ver aquella hermosa luz del país do comencé a existir. No, jamás verán mis ojos lo que me era más caro sobre la tierra. Después de tantos naufragios, vengo a buscar en estas costas desconocidas un albergue seguro para vivir con algún descanso. Si teméis a los dioses, y

sobre todo a Júpiter protector de los extranjeros, si sois compasivos, no me neguéis en estos dilatados países una corta porción de tierra inculta, algún desierto, arenal o roca escarpada para fundar con mis compañeros una ciudad que a lo menos sea imagen de la perdida patria. Solo pedimos un pequeño espacio que sea inútil para vosotros: viviremos en paz y estrecha alianza: vuestros enemigos lo serán nuestros, tomaremos parte en vuestros intereses sin exigir otra cosa que la libertad de vivir según nuestras leyes.

En tanto que Diomedes hablaba de esta suerte, mirábale Telémaco dejándose ver en su rostro las diferentes pasiones que le agitaban, y cuando aquel comenzó a referir sus largos infortunios se prometió fuese Ulises; mas luego que declaró su nombre se alteraron sus facciones, cual se marchita la flor al recibir el soplo del helado aquilón. Las palabras de Diomedes, quejándose del prolongado enojo de una divinidad, conmovieron su corazón recordándole iguales desgracias padecidas por él y por su padre: bañaron sus mejillas lágrimas de dolor y de gozo, y se arrojó a los brazos de Diomedes.

Soy, le repuso, el hijo de Ulises a quien habéis conocido, y que no os fue inútil cuando tomasteis los famosos caballos de Reso. Los dioses le han tratado sin compasión como a vos. Si los oráculos del Érebo no son falaces, vive todavía; mas ¡ay, no vive para mí! Abandoné a Ítaca para correr en busca suya, y ni he podido hallarle ni regresar a Ítaca: juzgad, pues, por mis desgracias la compasión que excitarán en mi corazón las vuestras. Esta es la única ventaja que proporciona el ser desgraciado: saber compadecer las desgracias de otro. Aunque extranjero en este país, puedo, ¡oh gran Diomedes! (porque, sin embargo de las miserias que agobiaron a mi patria durante mi infancia, no ha sido tan descuidada mi educación que ignore cuánta sea vuestra gloria en las lides), puedo, digo, ¡oh el más invencible de los griegos después de Aquiles!, ofreceros algún socorro. Los monarcas que veis, son humanos y saben que no hay virtud, verdadero valor ni gloria duradera sin humanidad. El infortunio añade nuevo lustre a la gloria de los hombres grandes: les falta alguna cosa cuando nunca fueron desgraciados; pues carece su vida de ejemplos de firmeza y sufrimiento, porque la virtud perseguida conmueve todos los corazones que aún respetan el nombre de ella. Dejados el cuidado de procuraros consuelo: toda vez que los dioses os conducen entre nosotros, es un presente que nos ofrecen, y debemos creernos dichosos al poder dulcificar vuestras penas.

Mirábale Diomedes atentamente lleno de admiración, y sentíase conmovido al escucharle: abrazáronse ambos como si largo tiempo les hubiese unido estrecha amistad. ¡Hijo digno del sabio Ulises!, exclamó Diomedes, reconozco en vuestras facciones las tuyas, la elegancia en las palabras, la elocuencia, la generosidad de sus sentimientos y la sabiduría de su recto juicio.

Al mismo tiempo abrazaba Filoctetes al célebre hijo de Tideo, y referíanse ambos sus tristes aventuras. Sin duda, dijo Filoctetes, os complacerá ver al sabio Néstor: acaba de perder a Pisístrato, el último de sus hijos, y solo le resta en la carrera de la vida un camino de lágrimas que le conduce al sepulcro. Venid a consolarle; porque un amigo desventurado es más a propósito que otro alguno para aliviar su dolor. Al momento pasaron a la tienda de Néstor, que pudo apenas conocer a Diomedes: tan abatido se hallaba su espíritu. Lloró con él al principio, y su entrevista aumentó el pesar del anciano; mas poco a poco fue templando su corazón la presencia de aquel amigo, y llegó a conocer que la satisfacción de referirle sus padecimientos y escuchar los de Diomedes daba alivio al mal que le aquejaba.

Reunidos entre tanto los reyes con Telémaco, se ocupaban de lo que debían ejecutar. Aconsejábales este adjudicasen a Diomedes la tierra de Arpi, y eligiesen a Polidamante rey de los daunios por ser de su nación. Era este un famoso capitán a quien nunca había querido emplear Adrasto por envidia, temiendo le atribuyesen los éxitos cuya gloria apetecía para sí solo, y que más de una vez le advirtiera en secreto exponía demasiado su vida por la salud del estado en aquella guerra contra tantas naciones, intentando atraerle a que observase con sus vecinos una conducta más recta y moderada. Mas por desgracia los hombres que aborrecen la virtud aborrecen también a los que se atreven a decirla, sin que les mueva su sinceridad, celo y desinterés. Endurecía el corazón de Adrasto una prosperidad falaz contra los consejos más saludables, y desoyéndolos triunfaba cada día de sus enemigos; porque el orgullo, la mala fe y la violencia le proporcionaban siempre la victoria, y porque nunca llegaban las desgracias que hacía tanto tiempo le anunciara Polidamante. Por lo mismo burlábase de la prudencia tímida que preveía siempre inconvenientes, y le era insoportable Polidamante: le alejó de los empleos, y le dejó padecer solitario en la pobreza.

Esta desgracia agobió a Polidamante al principio; mas le proporcionó

aquello de que carecía, convenciéndole de la vanidad de las grandes fortunas: llegó a ser sabio, y se regocijó de su desgracia: aprendió a callar, a vivir con poco, a cultivar las virtudes privadas, más apreciables aún que las ostensibles; y por último, a no depender de los hombres. Moraba al pie del monte Gargano en un desierto, sirviéndole de techo la bóveda imperfecta de una roca: apagaba su sed un cristalino arroyo que se precipitaba de la montaña: dábanle frutas algunos árboles: tenía dos esclavos que cultivaban una escasa porción de tierra, y trabajaba con ellos: recompensaba la tierra con usura su trabajo, y nada le faltaba. No solamente no carecía de frutas y legumbres en abundancia, sino de toda especie de flores, y allí deploraba las desgracias de los pueblos que arrastra a la ruina la insensata ambición de un monarca; y esperaba que los dioses, justos aunque pacientes, derrocasen el poder de Adrasto. Cuanto más aumentaba su prosperidad tanto más próxima e irremediable le parecía su caída, porque la imprudencia, feliz en sus errores, y el poder llevado al último grado de absoluta autoridad, son precursores de la destrucción de los reyes y de los imperios; y cuando supo la derrota y muerte de Adrasto no se manifestó gozoso ni de haberla previsto, ni de encontrarse libre de aquel tirano: únicamente se lamentó temiendo cayesen los daunios en la servidumbre.

Este fue el hombre a quien propuso Telémaco para elevarle al trono. Hacía ya tiempo que conocía su valor y sus virtudes; porque siguiendo los consejos de Méntor no cesaba de informarse de las cualidades buenas o malas de todas las personas que ocupaban algún empleo considerable, no solo en las naciones confederadas que concurrían a aquella guerra, sino en las enemigas. Su principal cuidado era averiguar qué hombres poseían algún talento o virtud particular en dondequiera que estuviesen.

Manifestaron alguna repugnancia al principio los reyes confederados acerca de colocar en el trono a Polidamante, diciendo: Hemos experimentado cuán temible sea un rey que apetece la guerra y la sabe hacer. Polidamante es gran capitán, y puede acarreamos muchos peligros. Cierto es, respondió Telémaco, que Polidamante conoce el arte de la guerra, pero desea la paz, y he aquí las dos circunstancias que podéis desear; porque persuadido de las desgracias, riesgos y dificultades de aquella, es más capaz de evitarla que el que ninguna experiencia tiene de ellos. Habitado a gozar las delicias de una vida tranquila, ha condenado las empresas de Adrasto y previsto sus funestas consecuencias. Más temible os debe ser un príncipe débil, ignorante y falto de experiencia, que

el que conocerá y decidirá por sí todas las cosas. El primero lo verá todo por los ojos de un favorito apasionado, o de un ministro lisonjero, inquieto o ambicioso, y este príncipe ciego se empeñará en la guerra sin querer hacerla. Jamás podréis vivir seguros de él, porque no podrá estarlo de sí mismo: faltará a su palabra, y en breve os reducirá a la extremidad sensible que haga indispensable, bien que le destruyáis, bien que él os destruya. ¿Y no es más útil y seguro, y al mismo tiempo más justo y más noble, corresponder fielmente a la confianza de los daunios dándoles un rey que sea digno de regirles?

Logró persuadir a cuantos le escuchaban. Lo propusieron a los daunios, que esperaban llenos de impaciencia, y al oír el nombre de Polidamante dijeron: Ahora nos convencemos de que los reyes confederados obran de buena fe, y quieren establecer una paz perpetua, pues nos dan rey tan virtuoso y capaz de gobernarnos. Si nos hubieran propuesto un hombre afeminado, cobarde e inexperto, habríamos creído que procuraban abatirnos y corromper la forma de nuestro gobierno, y esta conducta artificiosa hubiese producido un secreto resentimiento en nuestros corazones; mas la elección de Polidamante nos hace conocer el candor con que proceden. Sin duda nada se prometen de nosotros que no sea justo y noble, pues nos conceden un rey incapaz de obrar contra la libertad y gloria de nuestra nación. Por lo mismo, protestamos a la faz de los justos dioses que antes retrocederán las aguas de los ríos hacia sus fuentes que dejemos de amar a tan benéficos monarcas. ¡Ojalá que nuestros últimos nietos no olviden jamás el beneficio que hoy nos hacen, y que se renueve de generación en generación la paz del siglo de oro en toda la extensión de las costas de Hesperia!

En seguida propuso Telémaco concediesen a Diomedes la comarca de Arpi para establecer en ella una colonia, diciendo: Este nuevo pueblo os será deudor de su establecimiento en un país que no ocupáis. Acordaos de que todos los hombres deben amarse mutuamente, de que la tierra es demasiado dilatada, de que es preciso tener vecinos, y que son preferibles aquellos que están obligados desde su fundación. Muévaos la desgracia de un rey que no puede regresar a su país. Unidos Polidamante y Diomedes por los vínculos de la virtud y de la justicia, que son los únicos duraderos, viviréis en paz y os haréis temibles a todos los pueblos vecinos que aspiren a engrandecerse. ¡Daunios!, ya veis que os hemos dado un rey capaz de hacer llegue vuestra gloria hasta el cielo: dad vosotros también, pues os lo pedimos, la tierra que os es inútil a un monarca

acreedor a toda clase de auxilios.

Respondieron los daunios que nada podían negar a Telémaco, pues a él debían un rey como Polidamante, e inmediatamente partieron a buscarle al desierto para colocarle en el trono; pero antes de partir adjudicaron a Diomedes las feraces campiñas de Arpi para que estableciese un nuevo reino. Esto llenó de complacencia a los confederados, porque la nueva colonia griega podría auxiliarlos poderosamente, si alguna vez intentaban los daunios renovar la usurpación de que había dado Adrasto el mal ejemplo.

Ya no pensaron los reyes más que en separarse. Partió Telémaco con su tropa derramando lágrimas, después de haber abrazado afectuosamente al valeroso Diomedes, al sabio e inconsolable Néstor, y al célebre Filoctetes, digno heredero de las flechas de Hércules.

Libro XXII

Arriba Telémaco a Salento y sorpréndese al ver tan bien cultivada la campiña y tan poca magnificencia en la ciudad. Explícale Méntor la causa; le hace notar los defectos que impiden comúnmente que florezca un estado, y le propone por modelo la conducta y el gobierno de Idomeneo. Descúbrele el hijo de Ulises su inclinación a Antíope, hija de este rey, y su designio de pedirla por esposa. Apruébalo Méntor; elogian ambos sus buenas cualidades y le asegura que los dioses se la tienen destinada; pero que por entonces su único pensamiento debe ser tornar a Ítaca y librar a Penélope de las persecuciones de sus pretendientes.

Deseaba con impaciencia el hijo de Ulises volver a reunirse con Méntor en Salento, y embarcarse en su compañía para Ítaca adonde esperaba arribaría en breve su padre. Luego que se aproximó a Salento le sorprendió hallar cultivados, convertidos en jardín y poblados de labradores todos los campos inmediatos a la ciudad, conociendo ser obra de la sabiduría de Méntor; y dentro ya de sus muros advirtió ser más escaso en ella el número de artesanos dedicados a proporcionar los goces delicados de la vida, y desterrada en parte la antigua magnificencia. Llamó esto su atención, porque su carácter le inclinaba a todo aquello que tenía las exterioridades de opulencia y cultura; pero ocuparon su imaginación otras ideas. Descubrió de lejos a Idomeneo y a Méntor, y al momento conmovieron su corazón el gozo y la ternura. Sin embargo del éxito de sus empresas durante la guerra contra Adrasto, temía no estuviese Méntor satisfecho de su conducta, y a medida que se acercaba a él procuraba descubrir en su semblante si algo tendría que reprenderle.

Abrazó Idomeneo a Telémaco cual pudiera hacerlo con su propio hijo y en seguida se arrojó Telémaco a los brazos de Méntor bañándole con sus lágrimas. Me hallo satisfecho de vos, le dijo Méntor: habéis cometido grandes yerros; pero os han servido para conoceros y desconfiar de vos mismo. Muchas veces proporcionan mayor fruto los errores que las bellas acciones; porque estas envanecen al hombre inspirándole una presunción peligrosa, al paso que aquellas le hacen conocer su interior y le

proporcionan la prudencia que perdiera protegido por la fortuna. Solo os falta alabar a los dioses, y no desear que vuestros semejantes os alaben. Grandes cosas habéis hecho; pero confesad la verdad, no habéis sido vos solo quien las ha ejecutado. ¿No es cierto que al obrarlas habéis conocido proceder de una causa extraña que obraba dentro de vos mismo? ¿No erais incapaz de ejecutarlas por vuestra impetuosidad y falta de prudencia? ¿No conocéis que Minerva os ha transformado al parecer en otro hombre superior a lo que sois para obrar lo que habéis ejecutado? Esta deidad ha suspendido los efectos de vuestros errores, como aplaca y suspende Neptuno las tempestades y las irritadas olas.

En tanto que Idomeneo preguntaba con curiosidad a los cretenses que habían regresado de la guerra, escuchaba Telémaco los sabios consejos de Méntor, y mirando a todas partes lleno de admiración decía a este: He aquí un cambio cuya causa no comprendo: ¿ha ocurrido alguna calamidad en Salento durante mi ausencia? No veo metales ni piedras preciosas; los trajes son sencillos; los edificios menos vastos y adornados; desfallecen las artes, y la ciudad ha llegado a ser comparable con la soledad.

¿Habéis observado, respondió Méntor sonriendo, el estado de los campos inmediatos a ella? Sí, replicó Telémaco, por todas partes he visto honrada la labranza, y entrados en cultivo los campos. ¿Y qué vale más, volvió a decir Méntor, una ciudad opulenta en mármoles y ricos metales, cuyos campos se hallen descuidados y estériles, o una campiña bien cultivada y fértil con una ciudad mediana, y en cuyas costumbres resplandezca la modestia? Una gran ciudad bien poblada de artesanos que se ocupen en debilitar las costumbres, proporcionando delicias a la vida, cuando su territorio sea pobre y esté mal cultivado, puede compararse a un monstruo cuya cabeza sea de enorme tamaño, y el cuerpo extenuado por falta de alimento y sin ninguna proporción con ella. El número de la población y la abundancia de los alimentos, forman la fuerza y riqueza verdadera de un rey. En el día cuenta Idomeneo con un numeroso pueblo, infatigable en el trabajo que ocupa toda la extensión de su país. Este forma una sola ciudad, cuyo centro es Salento. Hemos trasportado a la campiña los brazos que faltaban en ella y eran superfluos en la ciudad, y atraído además a este país muchos pueblos extranjeros. Mientras más se multipliquen estos, más multiplicarán también los frutos de la tierra con su trabajo; y esta multiplicación, tan agradable como pacífica, proporcionará mayor aumento a su reino que las conquistas. Hemos arrojado de la ciudad las artes superfluas que alejan al pobre del cultivo de la tierra que

sufraga a sus necesidades verdaderas, y corrompen al rico entregándole al lujo y la molicie; pero sin perjudicar a las bellas artes y a los que poseen talentos para cultivarlas, y por este medio es más poderoso Idomeneo que cuando admirabais su magnificencia, porque aquel brillo ocultaba la flaqueza y miseria que en breve hubieran destruido su imperio. Ahora es mayor el número de hombres, y los alimenta con más facilidad; y acostumbrados todos ellos al trabajo, al sufrimiento y al desprecio de la vida, por su adhesión a las buenas leyes, están dispuestos a pelear en defensa de la tierra que cultivan con sus propias manos. El estado que hoy creéis abatido, será en breve maravilla de la Hesperia.

Acordaos, Telémaco, de que en el gobierno de los pueblos hay dos cosas perniciosas que rara vez procuran remediarse: una la autoridad injusta y demasiado violenta de los reyes, otra el lujo que corrompe las costumbres.

Cuando se acostumbran los monarcas a obrar sin otras leyes que su voluntad, y no ponen freno a sus pasiones, todo lo pueden; pero al mismo tiempo debilitan el fundamento de su poder, porque careciendo de regla y máxima cierta para gobernar, no rigen pueblos sino esclavos, cuyo número disminuye diariamente, a pesar de que todos les adulan a porfía. ¿Y quién les dirá la verdad? ¿Quién opondrá diques a este torrente? Todo sucumbe: huyen los sabios, y se ocultan lamentando las desgracias públicas; y si acaso una revolución repentina y violenta hace entrar en sus antiguos límites el poder que los había traspasado, no pocas veces le conduce a su ruina el golpe mismo que pudiera salvarle. Ninguna cosa amenaza la funesta caída como la autoridad que llega a ser ilimitada, porque puede compararse a un arco cuya cuerda se estira con exceso, que llega a romperse de repente si aquella no se afloja; mas ¿quién osará hacerlo? Hallábase Idomeneo corrompido hasta el fondo de su corazón por la autoridad que le lisonjeaba tanto, y aunque caído de su trono no había llegado a desengañarse. Ha sido, pues, necesario que los dioses nos enviasen aquí para que olvidase el abuso del poder ciego y opresivo que no conviene a los hombres, y aun así ha sido preciso también obrar maravillas para convencerle.

El otro mal, poco menos que incurable, es el lujo; porque así como la excesiva autoridad seduce a los reyes, seduce el lujo a las naciones. Suponen que este proporciona subsistencia al pobre a expensas del rico, como si aquel no pudiera hallarla con mayor utilidad multiplicando los frutos de la tierra, sin debilitar al rico extraviándole en la sensualidad. Se

acostumbra una nación entera a considerar las cosas superfluas como necesarias a la vida: se inventan diariamente estas, y no pueden vivir sin lo que era desconocido treinta años antes, y a esto se da el nombre de buen gusto, perfección de las artes y cultura de la nación. Elógiase como virtud este vicio que acarrea otros muchos, y comunica su contagio desde el monarca hasta la plebe. Quieren los deudos de aquel imitar su opulencia, la de estos los grandes del estado, rivalizar con estos las clases medianas, porque ¿quién se hace justicia a sí mismo?, y a estos quieren igualarse los pobres. Hacen todos más de lo que pueden, unos por fasto y por prevalerse de sus riquezas, otros por vergüenza mal entendida y por ocultar su pobreza, y aun aquellos que son bastante cuerdos para desaprobare el desorden, no lo son para corregirle los primeros, dando ejemplos opuestos. Arruínase la nación, y se confunden todas las clases. El deseo de adquirir bienes para sostener gastos inútiles corrompe las más puras almas, y solo se trata de ser ricos, porque la pobreza es infamia. El sabio, el hábil, el virtuoso, el que instruye a sus semejantes, el vencedor en las batallas, el que salva la patria, el que sacrifica todos sus intereses, será despreciado si la opulencia no hace brillar sus talentos. Hasta el que nada posee quiere aparecer rico: gasta cual si tuviese: contrae deudas, engaña, y para conseguirlo se vale de mil artificios indignos. ¿Y quién remediará tantos males? Preciso es trocar el gusto y las costumbres de una nación, y darla leyes nuevas. Pero ¿quién podrá verificarlo sino un monarca filósofo que con el ejemplo de su moderación sepa avergonzar a los inclinados a gastos superfluos, y alentar al sabio, que adquirirá influencia sobre el pueblo viviendo en la honrosa frugalidad?

Escuchaba Telémaco a Méntor como el que despierta de un profundo sueño: conocía la verdad de sus palabras, y se grababan estas en su corazón a la manera que el escultor diestro imprime los rasgos que quiere sobre el mármol, dándoles vida y movimiento. Nada respondía; pero recordaba lo que le acababa de decir, y observaba con la vista los cambios ejecutados en la ciudad, y en seguida decía de esta suerte.

Por vos ha llegado a ser Idomeneo el más sabio de los reyes: le desconozco y también a su pueblo. Confieso que lo que habéis hecho vale infinitamente más que nuestras victorias; porque la casualidad y la fuerza tienen gran parte en los éxitos de la guerra, y por lo mismo debe ser el soldado partícipe de la gloria en las batallas, al paso que vuestra obra procede de una sola cabeza, y ha sido preciso hayáis trabajado solo para corregir al rey y a su pueblo. Los sucesos de la guerra son siempre

odiosos y funestos, y aquí todo es obra de una sabiduría divina, todo es agradable, puro, amable, y en todo ello se ven rasgos de un poder superior al del hombre. Cuando este apetece la gloria, ¿por qué no se la procura empleándose en ejecutar el bien? ¡Ah, qué mal la comprenden cuando la buscan asolando la tierra y derramando sangre humana!

Manifestó Méntor su gozo al advertir desaprobaba Telémaco las victorias y las conquistas, sin embargo de hallarse en una edad en que era muy natural le alucinase la gloria que acababa de adquirir.

Cierto es, dijo Méntor, que cuanto veis aquí es bueno y laudable; pero sabed que podrían hacerse cosas todavía mejores. Idomeneo modera sus pasiones y se esfuerza en gobernar con justicia. Sin embargo, no deja de padecer algunos errores, consecuencias desgraciadas de los que antes ha cometido; porque cuando el hombre quiere huir el mal, le persigue este al parecer por largo tiempo, pues el hábito enerva su carácter con errores inveterados y prevenciones casi incurables. ¡Feliz el que jamás se extravió! Solo él puede obrar el bien con perfección. Telémaco, los dioses exigirán de vos más que de Idomeneo, pues habéis conocido la verdad desde la juventud, y jamás os entregasteis a las seducciones de una excesiva prosperidad.

Idomeneo, continuó Méntor, es prudente e ilustrado; pero se ocupa demasiado en los detalles, y no medita bastante sobre la generalidad de los negocios para formar planes. La habilidad de un monarca, superior a los demás hombres, no consiste en hacerlo todo por sí mismo; porque es grosera vanidad esperar conseguirlo o intentar persuadir al mundo de tener capacidad para ello. El rey debe gobernar eligiendo y dirigiendo a los que gobiernan bajo su autoridad, sin que sea preciso ejecute los pormenores, porque sería hacer lo que toca a estos; sino exigir le enteren de su ejecución y saber bastante para verificarlo con discernimiento. Elegir y aplicar según sus talentos a los que gobiernan es hacerlo maravillosamente; pues el gobierno supremo y perfecto consiste en gobernar a los que gobiernan. Para ello es preciso observarlos, experimentarlos, moderarlos, corregirlos, animarlos, elevarlos o abatirlos, cambiarlos de lugar y no dejar nunca de vigilarlos. Aspirar el monarca a examinarlo todo por sí mismo, es pequeñez, desconfianza, entregarse a los detalles, que absorben el tiempo y la libertad del entendimiento que requieren las cosas de importancia; porque para formar grandes proyectos, debe estar el entendimiento libre y reposado, y pensar con

quietud, separado absolutamente de la expedición de los negocios delicados. El talento agobiado con los pormenores puede compararse con las heces del vino que carecen de fuerza y no agradan al paladar, y el que gobierna por ellos se ocupa de lo presente sin entrar en las miras de un porvenir remoto; y arrastrados siempre por el negocio del día, cual su única ocupación, se contrae demasiado a ella y hace limitado su entendimiento, porque no se juzga bien de los negocios sino cuando se les compara en globo, ordenándolos para que tengan consecuencia y proporción. Desviarse de esta regla es imitar al músico que se contentase con hallar sonidos armoniosos sin tomarse el trabajo de unirlos y ordenarlos para componer una música agradable, o al arquitecto que creyese haberlo hecho todo aglomerando hermosas columnas y piedras bien labradas, sin pensar en el orden y proporción de los adornos del edificio; pues al levantar un salón no prevé ha de ser necesaria la escalera, y cuando edifica el todo del edificio no cuida del portal ni del patio. Su obra será una aglomeración confusa de partes magníficas que no convendrán unas con otras, y lejos de hacerle honor será un monumento que perpetuará su oprobio; porque hará ver que no pensó con bastante extensión para concebir a la vez el plan general de la obra, carácter propio de un entendimiento escaso. El que ha nacido con entendimiento limitado a los pormenores, solo es apto para ejecutar dirigido por otro. No lo dudéis, Telémaco; el gobierno de un reino requiere cierta armonía como la música, y justas proporciones como la arquitectura.

Si todavía queréis que me sirva de la comparación de estas dos artes, os haré conocer cuán medianos son los hombres que gobernando se ocupan de los detalles. El músico que solo canta en un concierto, por bien que lo ejecute nunca será otra cosa que un cantor; pero el que le dirige y ordena a la vez todas sus partes, es el verdadero maestro de capilla. Del mismo modo es operario o peón el que labra las columnas o levanta una parte del edificio, mientras que el que ha ideado la totalidad de él, tiene en la cabeza todas sus proporciones, es el verdadero arquitecto. Por igual principio son los que menos gobiernan aquellos que se ocupan en el mayor número de negocios; porque el verdadero genio que rige el estado es el que no ejecutando nada, hace se ejecute todo, el que medita, inventa, penetra en lo futuro, retrocede a lo pasado, arregla, proporciona, prepara de lejos, se concentra sin cesar para luchar contra la fortuna como el nadador contra el torrente de las aguas, y cuida noche y día de no fiar nada a la casualidad.

¿Pensáis, Telémaco, trabaje asiduamente un célebre pintor desde la

mañana hasta la noche para concluir sus obras con más prontitud? No: esta tarea agotaría el fuego de su imaginación; no inventada, porque es preciso hacerlo todo con irregularidad y por rasgos, según los produce el gusto y los excita el entendimiento. ¿Juzgáis que pase el tiempo en moler los colores y preparar los pinceles? Tampoco; porque esta ocupación es de aprendices, y él se reserva el cuidado de meditar, y se dedica a ejecutar rasgos atrevidos que den a las figuras vida, pasión y nobleza. Tiene en su cabeza los conceptos, los sentimientos de los héroes que quiere representar, se trasporta a los siglos en que florecieron y a las circunstancias en que se hallaron; y a esta especie de entusiasmo debe reunir capacidad para retenerle en su imaginación, y para que todo sea verdadero, correcto y proporcionado. ¿Y creéis sea preciso menos ingenio y menos esfuerzos del entendimiento para formar un gran monarca que un célebre pintor? Concluid, pues, que la ocupación de un rey debe ser crear grandes proyectos, y elegir hombres a propósito para ejecutarlos.

Creo comprender todo lo que me decís, respondió Telémaco; pero en tal caso se vería engañado muchas veces el monarca no tomando parte en los detalles. Vos sí que os engañáis, replicó Méntor; lo que impide ser engañado es el conocimiento general del gobierno. Los que no conocen los negocios ni tienen verdadero discernimiento van siempre a ciegas, y la casualidad solamente impide que se engañen; porque ni saben lo que buscan ni lo que deben buscar, y sin hacer otra cosa que desconfiar, desconfían más bien del honrado que les contradice que del engañoso que les adula. Por el contrario, los que conocen el arte de gobernar y aquello de que es capaz el hombre saben lo que pueden prometerse de ellos y los medios de conseguirlo: penetran bastante, cuando menos en globo, si aquellos que les auxilian son instrumentos a propósito para sus planes, y si entran en sus miras para lograr el objeto que se proponen; y como además no entran en los pormenores penosos, se halla más libre su entendimiento para penetrar de un golpe de vista el todo de la obra, y si se dirige al fin principal. Si son engañados, no es en lo esencial; y superiores a la envidia propia de almas bajas y talentos limitados, conocen que es imposible dejar de ser engañados en los negocios importantes, porque es imposible dejar de ocupar en ellos a los hombres que con tanta generalidad son engañosos. Pero se pierde mucho más en la irresolución que produce la desconfianza, que se perdería en dejarse engañar alguna vez; y es demasiada fortuna ser solo engañado en las cosas de poca monta, porque las importantes no dejan de presentarse y esto es lo único que debe preocupar a un hombre grande. Preciso es reprimir con

severidad el engaño cuando se descubre; pero también debe tolerarse algún engaño para no ser verdaderamente engañado. El artesano todo lo ve y ejecuta por sí mismo; mas el monarca no puede hacerlo y verlo todo, pues solo debe ejecutar lo que ningún otro pueda hacer bajo su dirección, ocupándose únicamente en la decisión de cosas importantes.

Finalmente, dijo Méntor a Telémaco, los dioses os protegen y preparan un reinado lleno de sabiduría. Cuanto aquí veis, lo hacen menos por la gloria de Idomeneo que para instruiros. Los establecimientos sabios que admiráis en Salento son una sombra de lo que haréis algún día en Ítaca, si corresponden vuestras virtudes al alto destino que os aguarda. Tiempo es ya de que pensemos en partir: Idomeneo tiene preparado un bajel al efecto.

Inmediatamente le abrió Telémaco su pecho, aunque con repugnancia, acerca de la causa que le hacía sensible dejar a Salento. Tal vez, dijo, vituperaréis que me sea tan fácil en dejarme llevar de mis inclinaciones en los lugares por donde paso; pero serían continuos mis remordimientos si os ocultase que amo a Antíope, hija de Idomeneo. Querido Méntor, no es esta una pasión ciega como aquella de que me curasteis en la isla de Calipso: he conocido bien la profundidad de la herida que abrió el amor inspirado por Eucaris, y todavía no puedo pronunciar su nombre sin sentirme agitado: ni el tiempo ni la ausencia han podido cicatrizarla, y esta funesta experiencia me ha enseñado a desconfiar de mí mismo. Pero en nada es semejante a aquella mi inclinación a Antíope: no es un amor apasionado, sino estimación, afecto, persuasión de que seré feliz si vivo con ella. Si alguna vez me restituyen los dioses a mi padre, y me permiten elegir una esposa, lo será Antíope. Lo que me inclina a ella es su modestia, reserva, retiro, asiduo trabajo, perfección en las labores de lana y brocado, aplicación a los cuidados domésticos después de perdida su madre, su desprecio a los vanos adornos, y el olvido e ignorancia de su hermosura que sobresale en ella. Cuando la encarga Idomeneo dirigir las danzas de jóvenes cretenses al compás de la música, podría equivocársela con Venus risueña, acompañada de las Gracias: cuando la lleva en su compañía a la caza, se presenta llena de majestad, y maneja con destreza el arco cual Diana en medio de sus ninfas: todos la admiran; solo ella ignora lo que vale. Si entra en los templos, llevando sobre la cabeza los canastillos que contienen las ofrendas sagradas, pudiera creerse es la divinidad misma que habita en ellos. ¡Con qué temor y respeto religioso no la vemos ofrecer sacrificios, y aplacar el enojo de los dioses, cuando es necesario expiar alguna falta o vencer un funesto

presagio! Por último, al verla rodeada de mujeres con la aguja de oro en la mano, parece a Minerva que tomando forma humana inspira las bellas artes al hombre. Anima a todos al trabajo, dulcificando su tarea con los encantos de su voz cuando canta la historia maravillosa de los dioses, y aventaja a la más exquisita pintura la delicadeza de sus bordados. ¡Venturoso el hombre que una a ella un dulce himeneo! No tendrá que temer otra cosa que perderla y sobrevivirla.

Querido Méntor, pongo a los dioses por testigos de que me hallo dispuesto a partir; porque si bien amaré a Antíope mientras viva, no por ello dilataré mi regreso a Ítaca. Si otro alguno debiera poseerla, trascurriría el resto de mis días triste y desconsolado. Sin embargo, me apartaré de ella aunque supiese que la ausencia podía hacérmela perder. No quiero hablar a ella ni a su padre de mi amor, pues solo a vos debo hacerlo hasta tanto que, sentado Ulises sobre el trono, preste su consentimiento. Por lo que acabo de decir podéis persuadiros de cuán diferente es este afecto, de aquella pasión hacia Eucaris que tanto me obcecó.

Telémaco, respondió Méntor, conozco la diferencia. Antíope es amable, prudente y sensible; sus manos no desdeñan el trabajo; prevé de lejos y acude a todo; sabe callar y obrar sin precipitación: se la ve ocupada a todas horas, y lo hace todo con oportunidad, formando sus delicias el arreglo doméstico, que la adorna más que su propia hermosura; y sin embargo de extender su cuidado a todo, y de estar encargada de corregir, negar y economizar (cosas que producen odiosidad), se ha hecho amable a los ojos de todos, por no encontrar en ella parcialidad, ligereza ni obstinación como en las demás, pues de una sola mirada se hace entender, y temen todos desagradarla. Ordena con precisión, y solo aquello que puede ser ejecutado; reprende bondadosa, y al hacerlo alienta a los que la obedecen. Descansa en ella Idomeneo, a la manera que el fatigado viajero a la sombra sobre la verde yerba; y en efecto, tenéis razón en decir que Antíope es un tesoro digno de ser buscado en los países más remotos. Ni su entendimiento ni su cuerpo se adornan jamás con ostentación; y aunque de imaginación viva, es discreta, habla solo por necesidad, y cuando llega a abrir los labios corren de ellos la persuasión y la ingenuidad: hace callar a todos, y se ruboriza de ello; y si advierte que la escuchan con atención, falta poco para que olvide lo que intentaba decir. Así es que apenas hemos oído su voz.

¿Os acordáis, Telémaco, del día en que su padre la hizo venir al sitio en que nos hallábamos? Se presentó con la vista baja, cubierta con un velo, y solo habló para templar el enojo de Idomeneo que deseaba castigar rigurosamente a uno de sus esclavos. Al principio tomó parte en su pesadumbre, y después la calmó: por último le manifestó cuanto podía disculpar a aquel desgraciado, y sin dar a entender al rey que se había dejado arrastrar demasiado de su enojo, le inspiró sentimientos de compasión y de justicia. No aplaca Tetis con más dulzura las irritadas olas cuando adula al viejo Nereo. Un día dirigirá Antíope el corazón de su esposo, sin procurarse autoridad alguna ni prevalerse de sus gracias; a la manera que hoy toca la lira cuando pretende producir en sus cuerdas agradables consonancias. Vuestro amor, Telémaco, vuelvo a decir, es justo: los dioses la destinan a vos: la amáis razonablemente, y es preciso aguardar a que os la otorgue Ulises. Alabo no hayáis osado descubrir vuestras intenciones; mas sabed que si hubieseis procurado hacerlo, las hubiera desechado y dejado de estimaros, porque nunca se ofrecerá a nadie: dejará que su padre la otorgue, y no se enlazará con el que no tema a los dioses y posea virtudes. ¿No habéis observado que se deja ver menos, y baja más la vista después de vuestro regreso? Sabe los acontecimientos felices que os han ocurrido en la guerra, vuestro nacimiento, vuestras aventuras, y cuanto los dioses han hecho en vuestro favor, y esto la hace más reservada y modesta. Partamos, Telémaco; partamos a Ítaca: no me resta otra cosa que proporcionaros el encuentro con Ulises, y poneros en estado de obtener una esposa digna de la edad del siglo de oro. Y aun cuando fuese pastora en el frío Álgido, en vez de hija del rey de Salento, seríais demasiado feliz en llegar a poseer a Antíope.

Libro XXIII

Sintiendo Idomeneo que se verificase la partida de sus huéspedes, intentó retardarla, diciéndole a Méntor que le era imposible despachar sin su consejo una multitud de negocios de gran consideración. Propónele Méntor las reglas que debía observar para ello, e insiste en tornar a Telémaco a su patria. Proyecta Idomeneo detenerlos excitando la pasión que el hijo de Ulises tenía a su hija y les convida al efecto a una cacería a la que también debía concurrir Antíope, y en la que fue salvada por su amante de los riesgos de ser despedazada a que la expuso un jabalí. Resístese de nuevo Telémaco a partir, empero triunfa Méntor y verificase la partida.

Idomeneo, que temía la partida de Méntor y de Telémaco, se ocupaba únicamente de retardarla. Manifestó a Méntor no podía arreglar sin su consejo cierta discordia suscitada entre Diófanes, sacerdote de Júpiter Conservador, y Heliodoro que lo era de Apolo, acerca de los presagios que se extraían del vuelo de las aves y de las entrañas de las víctimas.

¿Por qué, respondió Méntor, os mezcláis en las cosas sagradas? Dejad la decisión a los eturios, que poseen la tradición de los oráculos más antiguos, y se hallan inspirados para ser intérpretes de los dioses; y emplead solamente vuestra autoridad en sofocar en su origen tal discordia. Pero sin manifestar parcialidad ni prevención, y contentándoos con apoyar la decisión cuando haya recaído. No olvidéis que el monarca debe estar sometido a la religión, y no entrometerse jamás a arreglarla; porque viene de los dioses y es superior a los reyes. Cuando estos quieren hacerlo, la esclavizan en vez de protegerla; pues son tan poderosos, y tan débiles los demás hombres, que si se les dejase intervenir en las cuestiones relativas a ella, todo correría el riesgo de ser trastornado a su voluntad. Dejad, pues, en libertad a los favorecidos de los dioses para que decidan, y limitaos a reprimir a aquellos que no obedezcan su juicio luego que haya sido pronunciado.

En seguida se lamentó Idomeneo de la perplejidad en que se hallaba sobre gran número de procesos entre varios particulares que le instaban

para que los decidiese.

Hacedlo, respondió Méntor, resolviendo todas las cuestiones nuevas que hayan de establecer máximas generales de jurisprudencia o para interpretar las leyes; pero nunca toméis a vuestro cargo juzgar los casos particulares, pues acudirán todos de tropel, seréis el único juez de vuestro pueblo, e inútiles los demás jueces: os agobiarán los negocios de poca entidad, distrayéndoo de los de grande importancia, y no os será posible arreglar el pormenor de ellos. Guardaos bien de dar lugar a esto; remitid los negocios particulares a los magistrados ordinarios; no hagáis sino lo que ningún otro pueda hacer para aliviaros, y de este modo llenaréis las funciones verdaderas de rey.

También me estrechan, decía Idomeneo, a que haga varios matrimonios; porque las personas distinguidas que me han acompañado a la guerra, y perdido grandes bienes de fortuna por servirme, desearían encontrar alguna recompensa enlazándose con ciertas jóvenes ricas, y solo una palabra mía basta a procurarles el establecimiento que apetecen.

Cierto es, replicó Méntor, que solo os costaría una palabra; pero también lo es que esta podría costaros muy cara. ¿Queríais privar al padre y a la madre de la libertad y consuelo de elegir yernos, y de consiguiente herederos? Sería poner a todas las familias en la esclavitud más rigurosa, y seríais además responsable de las desgracias domésticas de vuestros ciudadanos. Hartas espinas tiene en sí el matrimonio, sin agravarle con esta pesadumbre. Si tenéis servidores fieles que recompensar, dadles tierras incultas, añadidles honores proporcionados a su condición y a sus servicios, y aun algún numerario tomado de los fondos destinados a otros gastos; pero no paguéis jamás vuestras deudas sacrificando a las jóvenes ricas contra la voluntad de sus padres.

De esta cuestión pasó Idomeneo con brevedad a otra, diciendo: Se quejan los sibaritas de que hemos usurpado las tierras que les pertenecen, y dádolas como campos incultos a los extranjeros establecidos aquí: ¿cederé yo a sus pretensiones? Si lo hago, creerán todos estar autorizados para hacerlas en perjuicio nuestro.

No es justo, respondió Méntor, creer a los sibaritas en causa propia; mas tampoco lo es creerlos en la vuestra. ¿A quién creeremos pues?, replicó Idomeneo. A ninguna de las dos partes, prosiguió Méntor. Preciso es elegir como árbitro un pueblo que no sea sospechoso a unos ni a otros: tales son

los sipontinos, que ningún interés tienen contrario al vuestro.

¿Pero acaso, respondió Idomeneo, estoy yo obligado a someterme a un árbitro? ¿No soy rey? ¿Deberá someterse un soberano a los extranjeros acerca de los límites de su dominación?

Pues no queréis ceder, prosiguió Méntor, debéis juzgar ser bueno vuestro derecho. Por otra parte tampoco lo harán los sibaritas sosteniendo ser cierto el suyo, y en tal oposición o ha de aveniros un árbitro elegido por ambas partes, o ha de decidir la suerte de las armas: no hay término medio. Si entraseis en una república en que no hubiese magistrados ni jueces, y en la cual se creyeran autorizadas las familias para hacerse justicia por medio de la fuerza, lamentaríais su desventura y os causaría horror tan espantoso desorden, pues se armarían unas contra otras. ¿Y creéis que los dioses no miren con el mismo horror al mundo entero, que no es otra cosa que la república universal, si cada pueblo, que es una gran familia, se cree con derecho a hacerse justicia a sí mismo por medio de la violencia contra los demás pueblos? El particular que posee un campo como patrimonio de sus progenitores, no puede mantenerse en él sino por la autoridad de las leyes y el juicio de los magistrados; y si pretendiese conservar por la fuerza lo que le ha dado la justicia, sería castigado con severidad cual sedicioso. ¿Juzgáis que los monarcas puedan emplear la fuerza para apoyar sus pretensiones, sin haber tentado antes los medios suaves y humanos? ¿No es aún más sagrada la justicia, y más inviolable para los reyes con relación a la totalidad de otros países, que para las familias relativamente a algunos terrenos cultivados? ¿Será injusto y raptor cuando se apodera únicamente de cortas porciones de tierra, y justo y héroe si ocupa provincias? Si se previene y lisonjea, si se ciega en los pequeños intereses del particular, ¿no deberá temerse todavía más que suceda así en los grandes intereses del estado? ¿Se creará a sí mismo en lo que hay tantas razones para desconfiar del juicio propio? ¿No temerá engañarse en los casos en que el error de un solo hombre produce consecuencias terribles? El error de un monarca que se lisonjea en sus pretensiones, causa muchas veces estragos, hambres, mortandades, pérdidas, depravación de costumbres, cuyos funestos efectos se transmiten a edades remotas. ¿Y no temerá lisonjearse en tales ocasiones el rey que siempre está rodeado de lisonjeros? Si conviene en algún árbitro que termine su diferencia, manifiesta equidad, moderación y buena fe; publica las razones sólidas en que se apoya su derecho, y el árbitro elegido es un mediador amigable, no un juez riguroso. Mas no se somete ciegamente a

sus decisiones, sino que se le mira con deferencia: no pronuncia la decisión como juez soberano, hace proposiciones, y por sus consejos se sacrifica algo para conservar la paz. Si a pesar de sus cuidados por conservarla sobreviene la guerra, le tranquiliza al menos el testimonio de su conciencia, goza la estimación de sus vecinos y la protección del cielo. Convencido Idomeneo, consintió en que los sipontinos fuesen mediadores entre él y los sibaritas.

Viendo el rey eran inútiles todos sus esfuerzos para detener a los dos extranjeros, procuró conseguirlo por un vínculo más fuerte. Había observado que Telémaco amaba a Antíope, y se prometió lograrlo excitando su pasión: con este objeto la hizo cantar muchas veces durante los festines; y aunque lo ejecutó por obediencia a su padre, fue con tanta modestia y disgusto que no podía desconocerse el que experimentaba al obedecerle: y aun llegó Idomeneo a pretender cantase la victoria alcanzada sobre Adrasto y los daunios; pero no pudo resolverse a celebrar las alabanzas de Telémaco: negose con respeto, y no osó insistir en ello su padre. Penetraba su agradable voz en el corazón del hijo de Ulises: escuchábala absorto; e Idomeneo, que no apartaba de él la vista, se regocijaba al observar su turbación. Sin embargo, aparentaba Telémaco no conocer los designios del rey. No le era posible en ciertas ocasiones dejar de conmoverse; mas la razón era superior a sus sentimientos: ya no era aquel Telémaco a quien una tiránica pasión cautivara en otro tiempo en la isla de Calipso. Mientras cantaba Antíope guardaba el mayor silencio, y cuando había acabado se apresuraba a atraer la conversación a cualquier otro objeto.

No pudiendo el rey lograr por este medio su designio, se resolvió a preparar una gran cacería para complacer a su hija. Lloró Antíope no queriendo concurrir a ella, mas fue preciso ejecutar la orden terminante de su padre. Montó un fogoso caballo, semejante a los que domaba Cástor para las lides; y le guiaba sin dificultad, siguiéndola una tropa de hermosas doncellas, entre las cuales aparecía cual Diana en las florestas. La vio Idomeneo y no se cansaba de mirarla, y al verla olvidaba todos sus infortunios: viola también Telémaco, y más le conmovió la modestia de Antíope que su destreza y sus gracias.

Perseguían los perros a un jabalí enorme, y tan furioso como el de Calidón, cuyas largas y erizadas cerdas eran semejantes a los dardos: centelleábanle los ojos, y sus bufidos se percibían a larga distancia cual el

ruido de los vientos cuando los encierra Eolo en su gruta para calmar las tempestades: cortaba los troncos con el corvo colmillo del mismo modo que pudiera hacerlo la hoz del segador: despedazaba a los perros que osaban aproximarse a él, y los más atrevidos cazadores temían esperarle al perseguirle.

Mas no temió acercarse a él Antíope corriendo con la velocidad del viento: le arrojó un dardo y quedó herido en el lomo; y comenzando a correrle la sangre, se aumentó su furor y corrió hacia la mano que le había herido. Estremecido el caballo de Antíope, retrocede a pesar de su fiereza, arrójase a él el jabalí cual la pesada máquina cuyo golpe estremece las murallas más sólidas, vacila el caballo, cae, y queda tendida en tierra Antíope sin arbitrio para evitar el fatal golpe del colmillo del jabalí deseoso de vengar su herida. Pero a este tiempo ya había descendido Telémaco del caballo, cuidadoso por el peligro que pudiera correr Antíope, y con la celeridad del rayo se coloca entre el caballo y la fiera, e introduce por el costado de esta un dardo que la hizo caer llena de furor.

Divide al instante del cuerpo la cabeza que todavía inspiraba temor al verla de cerca, y cuya magnitud sorprende a los cazadores: preséntala a Antíope, ruborízase esta, y procura descubrir en los ojos de su padre lo que debía hacer, e indícale este la acepte, complacido al verla fuera de peligro después de haberle llenado de espanto la situación en que se viera. Recibo de vos llena de gratitud, dijo Antíope a Telémaco al recibirla, otro don más grande, pues os debo la vida; y apenas hubo acabado de decir estas palabras, temió haber dicho demasiado, bajó la vista, y al observar Telémaco su turbación no se atrevió a hablar cual deseaba, y solo la dijo estas palabras: ¡Venturoso el hijo de Ulises, pues ha conservado vida tan preciosa!, pero todavía más venturoso si pudiese pasar la suya a vuestro lado. Oyole Antíope, y sin darle respuesta se incorporó precipitadamente con las demás jóvenes que la acompañaban, y volvió a subir a su caballo.

En aquel momento mismo hubiera Idomeneo ofrecido su hija a Telémaco; pero quiso estimular su pasión dejándole en la incertidumbre, y aun creyó retenerle en Salento por el deseo de asegurar su enlace. Así pensaba Idomeneo; mas los dioses burlan la sabiduría humana, y lo que debía detener a Telémaco fue precisamente el motivo que aceleró su partida, pues lo que comenzaba a sentir en su corazón introdujo en él una desconfianza justa de sí mismo.

Redobló su solicitud Méntor para inspirar a Telémaco un deseo impaciente de regresar a Ítaca, instando al mismo tiempo a Idomeneo para que les dejase partir. Ya se hallaba dispuesto el bajel; porque Méntor, que dirigía todos los momentos de la vida de Telémaco para elevarle al más alto grado de gloria, no le permitía permanecer en lugar alguno sino en cuanto le era necesario para ejercitar sus virtudes y proporcionarle lecciones de experiencia, y había tenido cuidado de preparar el navío desde su regreso del campo confederado.

Idomeneo que con tanta repugnancia le viera preparar, cayó en una mortal tristeza y en un desconsuelo que causaba compasión cuando vio iban a abandonarle los dos huéspedes que tantos auxilios le proporcionaran. Encerrábase en los sitios más retirados del palacio, y en ellos desahogaba su pecho sollozando y vertiendo lágrimas: olvidó el alimento, huyó el sueño de sus párpados y consumíale la inquietud: semejante al corpulento árbol cuyas pobladas ramas proporcionaran sombra a la madre tierra, respetado en otro tiempo por el hacha del leñador y nunca estremecido por los huracanes; pero que, comenzado a roer por el gusano que se introdujera en los canales por donde circulaba la nutridora savia, llega a convertirse en un tronco vestido de corteza y poblado de secos tallos, porque debilitándose sin causa conocida, se marchitó y perdió el adorno frondoso de su hoja: tal era el estado de Idomeneo.

Enternecido Telémaco no osaba abrir los labios: temía la hora de la partida, buscaba pretextos para retardarla, y hubiera permanecido largo tiempo en tal incertidumbre si no le hubiese dicho Méntor: Me complace veros tan demudado: nacisteis de carácter duro y altanero: no afectaban vuestro corazón sino las comodidades e intereses propios; mas por fin habéis llegado a ser hombre, y por la experiencia de los males propios comenzáis a compadecer los ajenos. Sin esta compasión no hay bondad, virtud, ni capacidad para gobernar a los hombres; pero es preciso no llevarla al extremo ni caer en la flaqueza. Hablaré gustoso a Idomeneo para que nos permita partir, y os evitaré la turbación consiguiente; pero no quiero que la vergüenza y la timidez dominen vuestro corazón, porque debéis acostumbraros a hermanar el valor y la firmeza con la tierna y sensible amistad, temiendo afligir al hombre cuando no sea necesario, tomando parte en sus penas cuando no puedan evitarse, y dulcificando en lo posible el golpe que no esté en vuestras manos evitar. Por eso mismo, respondió Telémaco, sería para mí preferible supiese Idomeneo por vos

nuestra partida.

Os engaños, replicó Méntor, querido Telémaco: habéis nacido como los hijos de los reyes, nutridos entre púrpura, que pretenden se haga todo a su gusto, y que la naturaleza entera obedezca su voluntad, pero sin tener ánimo para resistir a persona alguna cara a cara; no porque desprecien a los hombres, ni porque llenos de bondad teman afligirles, sino porque deseosos de su propia comodidad no quieren ver en torno suyo al melancólico ni al descontento. No les afectan las miserias y calamidades humanas cuando no se hallan a su vista, y si oyen hablar de ellas se entristecen considerándolo inoportuno, pues para agradarles siempre ha de decirseles que viven todos contentos; y en tanto que se entregan a los placeres, nada quieren ver ni oír que pueda interrumpirlos. Si es preciso reprender, corregir, desengañar a alguno, resistir a las pretensiones o injustos deseos de hombres importunos, lo encargan a otro; y en vez de hablar por sí mismos con entereza y agrado en tales ocasiones, permitirán les arranquen gracias las más injustas, y perjudicarán los negocios de mayor interés, por no decidir contra el parecer de aquellos con quienes tratan diariamente. Esta flaqueza que experimentan en sí mismos, hace que cada cual procure aprovecharse de ella: se les insta e importuna, se les agobia, y haciéndolo se llega a obtener lo que se apetece. Lisonjéaseles y se les inciensa al principio para insinuarse; pero luego que se ha obtenido su confianza, y se está cerca de ellos en empleos de alguna categoría, se les subyuga: láméntanse de ello y desean sacudir el yugo: sin embargo, arrástranle toda su vida. Aparentan celo por no ser gobernados; mas lo son siempre, y no pueden dejar de serlo, semejantes al débil tallo de la vid, que careciendo de apoyo propio lo busca en el tronco de algún árbol robusto.

No permitiré caigáis en tal flaqueza, que hace al hombre imbécil para el gobierno. La ternura que impide os atreváis a hablar a Idomeneo, desaparecerá luego que estéis fuera de Salento; porque no es su dolor lo que os estremece, sino que os embaraza su presencia. Id, hablad a Idomeneo; aprended en esta ocasión a ser a la vez tierno y animoso: manifestadle vuestro sentimiento por apartaros de él; pero al mismo tiempo hacedle ver con tono decisivo la necesidad de nuestra partida.

No se atrevía Telémaco a resistir a Méntor ni a presentarse a Idomeneo: ruborizábase de su timidez; mas no tenía valor para hacerse superior a ella: vacilaba, y dando algunos pasos retrocedía inmediatamente para

alegar alguna excusa que lo retardase. Sin embargo, una sola mirada de Méntor le imponía silencio y desaparecían todos los pretextos. ¿Sois vos, decía Méntor sonriendo, el vencedor de los daunios, el libertador de la grande Hesperia, el hijo del sabio Ulises, que después de los días de este ha de ser oráculo de la Grecia? ¡No os atrevéis a decir a Idomeneo no seros posible retardar más vuestro regreso a la patria para abrazar al que os dio el ser! Pueblo de Ítaca, ¡cuán desventurado serás si algún día llegas a tener un rey dominado por la mal entendida vergüenza, y que sacrifica los mayores intereses a sus debilidades en las cosas de menos importancia! Ved aquí, Telémaco, cuánta diferencia media entre el valor necesario en las lides y el que es propio de los negocios: no os inspiraron temor las armas de Adrasto, y teméis a la tristeza de Idomeneo. He aquí lo que deshonra a los príncipes que ejecutaron las mayores hazañas: después de haber obrado cual héroes en la guerra, lo hacen como el menos capaz en las ocasiones ordinarias en que otros se mantienen con esfuerzo.

Penetrado Telémaco de la verdad de estas palabras, y ofendido de las reconvenciones de Méntor, partió con celeridad; pero apenas se presentó en el lugar en que se hallaba sentado Idomeneo con la vista en el suelo, desfallecido de tristeza, temiéronse uno a otro y no se atrevió a mirarle. Entendíanse sin hablar palabra, y temían recíprocamente romper el silencio: comenzaron a llorar uno y otro, y por último, arrebatado Idomeneo por el exceso de su dolor, exclamó: ¡De qué sirve buscar la virtud si recompensa tan mal a los que la estiman! ¡Después de haberme hecho ver mis flaquezas, me abandonan! Incidiré de nuevo en el infortunio: no se me hable más de gobernar bien: no, no puedo hacerlo: me hallo ya cansado de los hombres. ¿A dónde queréis ir, Telémaco? Vuestro padre no existe: le buscáis inútilmente: Ítaca es presa de vuestros enemigos, y os sacrificarán si regresáis a ella: vuestra madre se habrá entregado ya a los brazos de otro esposo. Permaneced aquí: seréis mi yerno y mi heredero: reinaréis después de mis días y aun durante mi vida será aquí absoluto vuestro poder: no tendrá límites mi confianza. Pero si sois insensible a todas estas ventajas, dejadme al menos a Méntor, que es mi único apoyo. Hablad, respondedme; no se endurezca vuestro corazón: tened piedad del más infeliz de los hombres. ¡Qué! ¡Nada respondéis! ¡Ah!, comprendo cuán desapiadados son para mí los dioses: sí, los veo todavía más rigurosos que cuando en Creta traspasé el pecho de mi propio hijo.

No soy mío, respondió Telémaco con voz tímida y turbada: los destinos me

llaman a mi patria; y Méntor, que posee la sabiduría de los dioses, me manda partir en nombre de ellos. ¿Qué queréis que haga? ¿Renunciaré al padre, a la madre, y a la patria que debe serme todavía más cara? Nacido para ocupar el trono, no me hallo destinado a una vida tranquila y agradable, ni a obrar según mis inclinaciones. Más rico y poderoso es vuestro reino que el de Ulises; pero debo preferir el que me destinan los dioses al que tenéis la bondad de ofrecerme. Me contemplaría feliz si tuviese por esposa a Antíope sin la esperanza de sucederos en el reino; mas para hacerme digno de ella, debo ir adonde me llama mi deber, y debe ser también mi padre el que pida su mano para mí. ¿No me prometisteis enviarme a Ítaca? ¿No he peleado por vos contra Adrasto en el ejército confederado en virtud de esta promesa? Tiempo es ya de que repare las desgracias domésticas. Los dioses que me han dado a Méntor, han encomendado también a este el hijo de Ulises para que le haga cumplir sus destinos. ¿Queréis que pierda a Méntor después que lo he perdido todo? Ni poseo bienes de fortuna, ni tengo adonde retirarme, ni padre, ni madre, ni patria segura: solo me queda un hombre sabio y virtuoso, don el más precioso de Júpiter. Juzgad vos mismo si puedo renunciar a él y consentir en que me abandone. No, antes moriré. Arrancadme la vida, que nada es, y no me dejéis sin Méntor.

A medida que hablaba Telémaco, era más vigorosa su voz, y desaparecía su timidez. No hallaba Idomeneo qué responderle, ni podía convenir en lo que le decía el hijo de Ulises; y cuando no le era posible hablar, procuraba al menos excitar su compasión con sus gestos y miradas. Entonces vio aparecer a Méntor, que le dijo con gravedad:

No os aflijáis: os dejamos; mas permanecerá a vuestro lado la sabiduría que preside a los consejos de los dioses: pensad solamente que habéis sido demasiado feliz en que nos haya enviado Júpiter para salvar vuestro reino y sacaros del extravío en que vivíais. Filocles, a quien os hemos restituido, os servirá fielmente, y permanecerán siempre en su corazón la inclinación a la virtud, el amor al pueblo y la compasión al desgraciado. Escuchadle: servíos de él lleno de confianza y sin envidia. El mayor servicio que puedo haceros es obligarle a que os haga ver vuestros errores sin contemplación; pues el mayor valor de un buen monarca consiste en buscar amigos verdaderos que le digan sus defectos. Si tenéis ánimo para ello, en nada os perjudicará nuestra ausencia y viviréis feliz; pero si la lisonja, que se desliza cual la serpiente, vuelve a encontrar camino para introducirse en vuestro corazón, estáis perdido. No dejéis que

os abata el dolor, y esforzaos a seguir la virtud. He dicho a Filocles cuanto debe hacer para aliviaros y para no abusar jamás de vuestra confianza: yo os respondo de él, pues os le han dado los dioses como me han dado a mí a Telémaco. Cada cual debe seguir animoso su destino: inútil es afligirse; si alguna vez tenéis necesidad de mí, volveré después que haya restituido a Telémaco su padre y su patria. ¿Qué podría yo hacer más agradable para mí? No busco bienes de fortuna ni autoridad sobre la tierra, solo quiero ayudar a los que desean la virtud y la justicia. ¿Cómo podré yo olvidar la confianza y amistad con que me habéis tratado?

Este razonamiento cambió repentinamente la situación de Idomeneo: sintió aplacado su corazón, a la manera que Neptuno aplaca con su tridente las olas embravecidas y las tempestades. Experimentaba únicamente un dolor pasivo, que era más bien tristeza y efecto de ternura que aflicción; y comenzaban a renacer en su pecho el valor, la confianza, la virtud y la esperanza de ser auxiliado por los dioses.

Pues bien, mi querido Méntor, dijo Idomeneo: lo perderé todo resignado; pero al menos acordaos de mí cuando hayáis llegado a Ítaca, en donde vuestra sabiduría os conducirá a la prosperidad. No olvidéis ha sido obra vuestra Salento, en cuya ciudad dejáis un rey desgraciado, que ninguna esperanza tiene sino en vosotros. Partid, digno hijo de Ulises, ya no os detengo más; no pretendo resistir a los dioses que me habían proporcionado tan inestimable tesoro: partid vos también, oh Méntor, el más grande y más sabio de los hombres (si es que la humanidad puede hacer lo que vos habéis ejecutado, y si acaso no sois divinidad que haya adoptado la forma humana para instruir a los débiles e ignorantes); conducid al hijo de Ulises, más venturoso aún por poseeros que por la victoria alcanzada contra Adrasto. Partid ambos: no me atrevo a deciros más; perdonad mis suspiros. Id, viváis felices juntos: nada me resta sobre la tierra sino la memoria de que hayáis vivido conmigo. ¡Venturosos días, cuyo precio no he conocido nunca bastante bien, días transcurridos con demasiada rapidez, ya no volveréis, ya mis ojos no volverán a ver lo que ahora miran!

Aprovechó Méntor para la partida este momento: abrazó a Filocles, que sin poder hablar una sola palabra le bañó con su llanto. Quiso Telémaco dar la mano a Méntor para libertarse de las de Idomeneo; pero colocándose este entre los dos, se dirigió con ellos hacia el puerto. Mirábalos, suspiraba, comenzaba a hablar; mas no podía acabar palabra alguna.

Entre tanto percibieron en la playa la confusa gritería de los marineros: prepararon estos las jarcias, izaron las velas y comenzó a soplar un viento favorable. Despidense del rey Telémaco y Méntor llorosos, estréchales por largo tiempo entre sus brazos Idomeneo, siguiéndoles con la vista mientras pudo divisarlos.

Libro XXIV

Durante la navegación hace Telémaco que le explique Méntor varias dificultades que acerca del modo de gobernar se le ofrecían. Al finalizar la conversación obligoles el mar a abordar en una isla en donde se encontraba Ulises recientemente arribado. Telémaco le ve y le habla sin conocerle; mas una secreta conmoción que siente al mirarle partir de nuevo, sin atinar la causa le tiene confuso hasta que Méntor se la explica consolándole con la idea de que pronto verá a su padre. Retardada la partida para hacer un sacrificio a Minerva, abandona esta la figura con que hasta entonces se había ocultado, y desaparece. Arriba Telémaco a su patria y encuentra a Ulises en la casa del fiel Eumeo.

Hínchase las velas, levantan las anclas, y la tierra empieza a huir al parecer de su vista. Percibe de lejos el experimentado piloto los montes de Léucade, cuyas cimas se ocultan entre un torbellino de heladas escarchas, y los Acroceraunios, que ostentan su orgullosa frente humillada tantas veces por el rayo celeste.

Durante la navegación decía Telémaco a Méntor: Ahora me parece comprendo las máximas de gobierno que me habéis explicado. Parecíanme un sueño al principio; mas poco a poco se van desarrollando en mi entendimiento, presentándose con claridad, a la manera que todos los objetos aparecen sombríos y en confusión al amanecer y cuando brillan los primeros crepúsculos de la aurora, y saliendo de un caos al lucir la luz que crece insensiblemente, se les distingue dándoles las figuras y colores naturales. Estoy bien persuadido de que lo esencial en el que gobierna es distinguir los diferentes caracteres del entendimiento para elegir y aplicar a cada uno según sus talentos; pero réstame saber de qué manera puede conocerse a los hombres.

Es preciso estudiarlos para conocerlos, respondió Méntor; y para conocerlos, verlos y tratarlos. Los reyes deben hablar con los súbditos, consultarlos, experimentarlos en los empleos de poca importancia, de los cuales hagan les den cuenta para cerciorarse de si son capaces de otros más elevados. ¿Cómo es, mi querido Telémaco, que en Ítaca adquiristeis

conocimientos de las buenas o malas propiedades de los caballos? A fuerza de observarlos y observar sus defectos o perfecciones junto a gente experimentada. Del mismo modo llegaréis insensiblemente en lo posible a conocer las buenas o malas cualidades de los hombres, hablando con los sabios y virtuosos que por largo tiempo hayan estudiado sus caracteres. ¿Quién os ha enseñado a distinguir los poetas buenos de los malos? La frecuente lectura y las reflexiones de personas que conocen la poesía. ¿Por qué medios habéis adquirido discernimiento en la música? Aplicándoos a observar varios músicos. ¿Cómo podrá esperarse gobernar bien a los hombres sin conocerlos? ¿Y cómo se llegará a conocerlos no habiendo vivido jamás con ellos? Porque no es vivir con ellos verlos en público, cuando solo dicen cosas indiferentes o preparadas con estudio, sino tratarlos en particular, extraer del fondo de sus corazones los secretos que encierran, tantearlos y sondearlos para descubrir sus máximas. Mas para juzgar de ellos perfectamente, ha de conocerse primero lo que deben ser, y el mérito sólido y verdadero, para distinguir a los que le tienen de los que carecen de él.

Sin conocer el mérito y la virtud, se habla continuamente de uno y otro, que para la mayor parte de los hombres no son otra cosa que palabras que se honran de pronunciar a toda hora. Pero es preciso tener principios ciertos de justicia, de razón y de virtud para conocer al justo y virtuoso, y poseer las máximas de un gobierno sabio y bueno para distinguir al que las profesa del que se aleja de ellas por medio de sutilezas ingeniosas. Por último, para pesar muchos cuerpos es indispensable un peso fijo; y para juzgar, principios constantes a que se reduzcan todos nuestros juicios, y penetrar con exactitud el objeto de la vida humana y qué fin se debe buscar al gobernar a los hombres. Este objeto único, esencial, es no apetecer jamás la autoridad y el poder para sí; porque en este caso arrastrará la ambición a satisfacer el orgullo tiránico; sino sacrificarse a las infinitas penalidades del gobierno para hacer al hombre bueno y feliz. De otro modo se camina a ciegas por la senda de la vida, entregándose a la casualidad, a la manera que el bajel surca los mares sin piloto, sin consultar los astros, y desconociendo las inmediatas costas: necesariamente ha de naufragar.

Por ignorar muchas veces los príncipes en qué consiste la verdadera virtud, ignoran también lo que deben buscar entre los hombres. A sus ojos se presenta la verdadera virtud con cierta aspereza; les parece demasiado austera e independiente; les espanta y disgusta, y dan oídos a la lisonja:

desde este momento ya no pueden hallar sinceridad ni virtud, y corren en pos de un fantasma de falsa gloria que les hace indignos de la verdadera. En breve se acostumbran a juzgar que no existe virtud sólida sobre la tierra; pues así como el bueno conoce al malo, desconoce este a aquel y no se persuade de que exista ninguno. Tales príncipes solo saben desconfiar de todos; se ocultan, se aíslan, envidian las cosas de menor importancia, y a todos temen mientras de todos son temidos. Huyen la luz, procurando no aparecer cuales son: sin embargo, aspirando a no ser conocidos no pueden lograrlo, porque la maligna curiosidad de los súbditos todo lo penetra y adivina. Complácense al verles inaccesibles las personas interesadas que les rodean; porque saben que siéndolo a los hombres lo son también a la verdad, y por lo mismo se esfuerzan a oscurecer el mérito con relaciones infames para alejar de su lado a los que pudieran abrirles los ojos. Los monarcas que obran de esta suerte, pasan la vida en una grandeza estúpida, en la cual temiendo a cada paso ser engañados, llegan a serlo inevitablemente, y merecen serlo; porque desde el momento que no hablan sino a un corto número de personas, se obligan a recibir el influjo de las pasiones y preocupaciones de estas, y hasta los buenos tienen defectos y prevenciones. Además se entregan al arbitrio de los chismosos, raza infame y maligna que se alimenta de veneno, que emponzoña las cosas más inocentes, abulta las pequeñas, inventa el mal antes de dejar de perjudicar, y se goza por interés propio en sembrar la desconfianza e indigna curiosidad en el corazón de un príncipe débil y suspicaz.

Conoced, pues, mi querido Telémaco, conoced a los hombres: examinadlos haciendo que hablen unos de otros; experimentadlos poco a poco sin entregaros a ninguno. Aprovechaos de vuestra experiencia cuando hayáis sido engañado en vuestros juicios; porque lo seréis alguna vez, y porque los malos poseen demasiado bien el arte de sorprender al bueno por medio del fingimiento. Aprended por tales medios a no juzgar bien ni mal con precipitación: lo uno y lo otro es igualmente peligroso; y así os instruirán con utilidad los yerros padecidos. Cuando encontréis talentos y virtud en un hombre, servíos de él sin desconfianza; porque el hombre de bien apetece sea reconocida su rectitud, y aprecia más la estimación y la confianza que los tesoros. Pero cuidado de no corromperlos dándoles un poder ilimitado; porque tal vez siempre habría sido virtuoso el que no lo es por haberle dado demasiada autoridad y excesivas riquezas. Bastante favorecen los dioses al que encuentra en un reino dos o tres amigos verdaderos, de bondad y sabiduría constantes; pues en breve halla por su

medio personas semejantes a ellos que ocupen los empleos inferiores. Confiándose el monarca a los buenos, conoce lo que no es posible conozca por sí mismo.

¿Pero será preciso, decía Telémaco, servirse de los malos cuando son hábiles, como he oído decir tantas veces? Es necesario hacerlo frecuentemente, respondió Méntor; porque en una nación agitada y en desorden, se hallan hombres injustos y artificiosos que ya tienen poder, que poseen empleos de importancia de que no puede despojárseles, y que han adquirido la confianza de ciertas personas poderosas con quien es preciso contemporizar; y debe hacerse también porque se les teme como malvados capaces de trastornar la sociedad. Indispensable es servirse de ellos por algún tiempo; mas debe cuidarse de que poco a poco lleguen a ser inútiles. Guardaos bien de depositar en ellos jamás vuestra íntima y verdadera confianza; porque pueden abusar de ella y sujetaros a pesar vuestro, por la importancia del secreto que les confiéis, cadenas mucho más difíciles de romper que las de hierro. Servíos de ellos para cosas de poca importancia, tratadlos bien, empeñadlos por su propio interés en que os sean fieles; único medio de lograrlo; mas no les deis parte en vuestras secretas deliberaciones. Tened siempre dispuesto un resorte que obre según vuestra voluntad; pero sin darles jamás la llave de vuestro corazón. Y cuando el estado goce de quietud, regido por hombres sabios y de probidad, de quienes estéis seguro, irán siendo inútiles los malvados que os fuera preciso emplear. Entonces continuad tratándoles bien, porque nunca es lícito ser ingrato aun con los malvados; pero tratándolos bien, procurad sean buenos, sin olvidaros de que es necesario tolerar ciertos defectos a la humanidad, recobrando sin embargo la autoridad poco a poco, y evitando los males que harían si no se les reprimiese. Es un mal producir el bien valiéndose del malo, y aunque aquel sea inevitable muchas veces, debe procurarse que desaparezca. Un monarca sabio, que solo apetece la justicia, llegará a conseguirla con el tiempo sin el auxilio de hombres corrompidos y engañosos, y encontrará hombres de bien, dotados de la aptitud necesaria.

Pero no basta encontrarlos: preciso es formar otros nuevos. Eso, respondió Telémaco, debe producir grandes dificultades. Ninguna, replicó Méntor, porque dedicándoos a buscar hombres hábiles y virtuosos para ensalzarlos, excitaréis y animaréis a los que posean valor o talentos, y todos se esforzarán en merecerlo. ¡Cuántos yacen en una oscura ociosidad, que serían grandes hombres si les estimulase al trabajo la

emulación o la esperanza! ¡Cuántos a quienes la miseria o la imposibilidad de medrar por la virtud arrastra a lograrlo por el delito! Si destináis las recompensas y los honores al talento y a la virtud, ¡cuántos formaréis adornados de uno y otra! ¡Y cuántos haciéndoles ascender de grado en grado desde los primeros empleos hasta los de mayor importancia! Ejercitaréis sus talentos, experimentando la extensión de ellos y la sinceridad de su virtud; y los que lleguen a los más elevados, habrán servido a vuestra vista en los inferiores, y juzgaréis de ellos no por sus palabras sino por la serie de sus acciones.

En tanto que discurrían de esta suerte Méntor y Telémaco, descubrieron un bajel feacio que había recalado en cierta isla pequeña, inculta y desierta, rodeada de espantosos peñascos; y al mismo tiempo cesaron de soplar los vientos, suspendiendo al parecer sus agradables soplos: serenose el mar cual un espejo: no podían las velas dar movimiento al bajel, y eran inútiles los esfuerzos de los fatigados remeros. Fue preciso arribar a la isla, que era más bien un escollo que propia para habitarla los hombres. En tiempo de menos calma no habrían podido arribar a ella sin gran peligro.

Los feacios, que aguardaban el viento para partir, no se hallaban menos impacientes de continuar su viaje que los salentinos: acercose a ellos Telémaco por entre aquellas escarpadas riberas, y preguntó al primero a quien halló si había visto a Ulises, rey de Ítaca, en el palacio del rey Alcínoo.

No era feacio el que casualmente fue preguntado por Telémaco, sino un extranjero desconocido, de semblante majestuoso, aunque abatido y triste; pensativo al parecer apenas escuchó al principio lo que le preguntaba Telémaco; mas al fin le respondió: No os engañáis: Ulises fue recibido en el palacio del rey Alcínoo, como asilo en donde se teme a Júpiter y en donde se ejerce la hospitalidad; mas ya no está allí, y le buscaríais inútilmente: partió para Ítaca, si es que los dioses aplacados ya, permiten pueda saludar a sus penates.

Apenas hubo pronunciado el extranjero estas tristes palabras, se introdujo en un pequeño bosquecillo que señoreaba una roca, desde el cual miraba atentamente las aguas, huyendo de los hombres afligido al parecer por no poder partir.

Tenía Telémaco fija la vista en él, y se aumentaba su conmoción y

sorpresa cuanto más le miraba. Este desconocido, decía a Méntor, me ha respondido como el que apenas escucha lo que le dicen por hallarse lleno de pesadumbre: compadezco a los desgraciados desde que lo soy, y siento que se interesa mi corazón por este hombre sin conocer la causa. Me ha recibido mal, apenas se ha dignado escucharme y responderme: sin embargo, no me es posible dejar de desear el término de sus desgracias.

He ahí, respondió Méntor sonriendo, el fruto de los infortunios de la vida: hacer a los príncipes moderados y sensibles a los padecimientos del hombre. Cuando solo han gozado el veneno halagüeño de la prosperidad, se consideran dioses, quieren que para satisfacer sus deseos humillen sus cumbres las montañas, desprecian a los hombres, y se burlan de la naturaleza entera. Si oyen hablar de padecimientos ignoran lo que sean considerándolos como un sueño; pues jamás han visto la distancia que media entre el bien y el mal. El infortunio solamente puede hacerlos sensibles y cambiar sus corazones de peña en corazones humanos. En este caso llegan a conocer que son hombres, y cómo deben tratar a sus semejantes. Si un desconocido excita tanto vuestra compasión, porque como vos va errante por esta costa, ¿cuánta deberá excitaros el pueblo de Ítaca cuando le veáis un día padecer, considerando que os le confiaron los dioses cual el rebaño al pastor, y que será tal vez desgraciado a causa de vuestra ambición, lujo o imprudencia? Porque no padecen las naciones sino por culpa de los reyes que deberían vigilar para impedir que padeciesen.

Mientras hablaba así Méntor, hallábase Telémaco melancólico y disgustado; mas al fin le respondió algo conmovido: Si todas esas cosas son ciertas, bien infeliz es el rey; porque llegará a ser esclavo de los que manda: nacido para ellos, a ellos debe consagrarse enteramente. Encargado de sus necesidades, será padre del pueblo y de cada individuo: deberá acomodarse a sus debilidades, corregirles cual padre y hacerlos sabios y felices. La autoridad que tiene no es al parecer suya, sino de aquellos: nada puede hacer para su gloria ni para sus comodidades. Únicamente reside en él la de las leyes; ha de obedecerlas para dar ejemplo a los vasallos; y hablando con propiedad, es el defensor de ellas para hacerlas obedecer. Para mantenerlas ha de velar y trabajar incesantemente; porque goza menos libertad y quietud que los demás, y es un esclavo que sacrifica su reposo y libertad por la libertad y felicidad públicas.

Cierto es, respondió Méntor, que el rey lo es únicamente para cuidar de su pueblo, como el pastor del rebaño, o cual el padre de la familia; pero ¿pensáis Telémaco que sea infeliz por tener que hacer bien a tanto número de personas? Corrige al malo castigándole, alienta al bueno con la recompensa, y representa a los dioses conduciendo por el camino de la virtud a todo el género humano. ¿No le cabe bastante gloria en hacer observar las leyes? La de hacerse superior a ellas es una falsa gloria que merece desprecio y horror. Si es malo no puede dejar de ser infeliz, porque no sabrá hallar paz en el seno de la vanidad y de las pasiones; y si bueno debe gozar el más puro y sólido de todos los placeres, trabajando en obsequio de la virtud y esperando de los dioses la recompensa eterna.

Agitado interiormente Telémaco, parecía no haber llegado a persuadirse jamás de estas máximas, a pesar de enseñarlas a los otros. Contra estos sentimientos le suministraba la melancolía cierto espíritu de contradicción y sutileza para resistir las verdades que le explicaba Méntor, oponiendo a ellas la ingratitud tan común entre los hombres. ¡A qué, decía, esforzarse a costa de tantas fatigas para hacerse amar de ellos, cuando acaso no os amarán nunca! ¡A qué hacer bien a los malvados que se servirán de los beneficios para causaros daño!

Debe contarse con la ingratitud de los hombres, respondió Méntor con serenidad; pero sin dejar por ello de hacerles beneficios, pues ha de ejecutarse así, menos por amor hacia ellos que por satisfacer a los dioses, porque nunca es perdido el bien que se hace: si llegan a olvidarle los hombres, los dioses lo recompensan. Además, si la multitud es ingrata, siempre se encuentran algunos virtuosos que se interesan por la virtud; y aun la multitud misma, aunque caprichosa e inconstante, no deja de hacer justicia tarde o temprano al virtuoso.

Pero si aspiráis a evitar la ingratitud de los hombres, no os ocupéis únicamente en hacerlos poderosos, ricos, temibles por sus armas, felices por la variedad de placeres; porque esta gloria, esta abundancia de delicias llegarán a corromperles, y al paso que se aumentará su maldad, crecerá su ingratitud. Esto es hacerles un presente funesto; ofrecerles un veneno delicioso. Aplicaos a mejorar sus costumbres, a inspirarles sentimientos de justicia, de sinceridad, de temor a los dioses, de humanidad, de fidelidad, moderación y desinterés; y haciéndolos buenos, impediréis sean ingratos: les proporcionaréis el verdadero bien, que es la virtud; y si es sólida, les inclinará al que se la haya inspirado. De esta

suerte os haréis bien a vos mismo dándoles bienes ciertos, y no deberéis temer su ingratitud. ¿Por qué ha de causar sorpresa que sean ingratos los hombres para con un príncipe que solo les ha ejercitado en la injusticia, ambición, envidia, inhumanidad, altivez y mala fe? No debe prometerse el príncipe otra cosa de sus vasallos, que lo que les ha enseñado a hacer. Si emplease su poder y su ejemplo en hacerlos buenos, encontraría el premio de sus fatigas en las virtudes de aquellos, o al menos hallaría en las suyas y en el favor de los dioses motivos de consuelo en sus errores.

Apenas terminó su discurso Méntor, se acercó Telémaco presuroso hacia los feacios del bajel que se hallaba detenido en aquella costa; y dirigiéndose a un anciano, preguntole de dónde venían, a dónde se dirigía su navegación, y si habían visto a Ulises.

Venimos de la isla de Feacia, respondió el anciano, y navegamos hacia el Epiro en busca de mercancías. Ulises, como ya os han dicho, pasó a nuestra patria; mas partió de ella. ¿Y quién es, añadió Telémaco, ese hombre poseído de tristeza, que busca los lugares más apartados mientras vuestro bajel se da a la vela? Es, contestó, un extranjero a quien no conocemos: dicen se llama Cleómenes, natural de Frigia, y que un oráculo había presagiado a su madre, antes que él naciese, sería rey con tal que no permaneciera jamás en su patria; y que si permanecía, experimentarían los frigios el enojo de los dioses sufriendo una peste cruel. Luego que nació le entregaron sus padres a unos marineros que le condujeron a la isla de Lesbos, y allí fue alimentado en secreto a expensas de su patria, tan interesada en que permaneciese lejos de ella. Pronto llegó a ser vigoroso, robusto, afable, y diestro en todos los ejercicios corporales, y aun se aplicó gustoso a las ciencias y nobles artes; pero no pudieron sufrirle en ningún país. La predicción le hizo célebre; fue conocido en breve por donde quiera que iba, y causaba temor a todos los reyes, que recelaban les arrebatase la corona. Así vaga desde la juventud, sin hallar lugar alguno en que pueda permanecer. Ha transitado por varias naciones muy lejanas de la suya; mas apenas llega a una ciudad, descubren su nacimiento y el oráculo anunciado, y cree conveniente ocultarse y elegir en cada lugar un género de vida oscura: sin embargo, en todas partes sobresalen sus talentos a pesar suyo, según dicen, ora en la guerra, ora en las letras, ora en los negocios de mayor importancia; porque en cada país se presenta alguna ocasión imprevista que le obliga a ser conocido del público. Su mérito le hace desdichado; pues por él es temible y se ve desterrado de todas las naciones en que quiere morar. Su destino

le hace digno de estimación y de aprecio; pero le aleja de todos los países conocidos. No es ya joven, y sin embargo aún no ha podido hallar ninguna costa del Asia ni de la Grecia en donde le hayan permitido vivir con reposo. No le seduce la ambición, ni corre tras la fortuna: se consideraría feliz si el oráculo no le hubiese anunciado jamás la corona. Ninguna esperanza le queda de volver a su patria; porque sabe no podría llevar a ella sino duelo y lágrimas a todas las familias. La misma corona, causa de sus padecimientos no le parece apetecible: corre tras ella a su pesar, arrastrado por la fatalidad, de nación en nación, mientras aquella huye de él para gozarse en su desgracia hasta la senectud. ¡Presente funesto de los dioses que llena sus días de inquietud, y le causa pesares en la edad en que debilitado el hombre solo ha menester el reposo! Corre, dice, hacia la Tracia en busca de algún pueblo salvaje e insociable para reunirlo, civilizarle y regirle por algunos años; y después de haber cumplido el anuncio del oráculo, nada tendrán que temer de él las naciones más florecientes, y se promete retirarse a una aldea de la Caria para dedicarse a la agricultura, que aprecia con pasión. Es sabio y moderado, teme a los dioses, conoce a los hombres, y sabe vivir en paz en medio de ellos sin estimarlos. He aquí lo que refieren de ese extranjero por quien me preguntáis.

Durante esta conversación volvía la vista Telémaco repetidamente hacia el mar, que comenzaba a agitarse. Elevaba el viento las olas, que venían a estrellarse contra las rocas y las cubría de espuma, e improvisadamente prosiguió el anciano: Me es preciso partir: no pueden esperarme mis compañeros; y al decir estas palabras corre a la orilla, se embarca, y solo se percibe la confusa gritería de los marineros que desean con impaciencia continuar su viaje.

El desconocido a quien llamaban Cleómenes había andado errante algún tiempo por lo interior de la isla, subiendo a la cumbre de las rocas y contemplando el espacio inmenso de los mares con semblante melancólico, sin perderle de vista Telémaco y observando todos sus pasos. Había interesado su corazón aquel hombre virtuoso, errante, desgraciado, destinado a los más grandes hechos, y convertido en blanco de la rigurosa fortuna lejos de su patria. Al menos, decía Telémaco, yo veré tal vez a Ítaca, pero Cleómenes jamás podrá regresar a Frigia. El ejemplo de un hombre aún más desgraciado que él, mitigaba las penas de Telémaco. Por último, viendo preparado su bajel, el hombre descendió de las rocas escarpadas con tanta agilidad y ligereza como el mismo Apolo en

las selvas de la Licia, tras recoger el rizado cabello, pasa a través de los precipicios para herir con sus flechas a los ciervos y jabalíes. Llegó el desconocido al bajel, y cortando este las aguas comenzó a alejarse de la tierra.

Entonces se apoderó del corazón de Telémaco una secreta impresión: afligíase sin conocer la causa, lloraba, y llorando hallaba consuelo. Al mismo tiempo descubrió a los marineros de Salento tendidos sobre la yerba y entregados al sueño. Hallábanse cansados y abatidos, y el benéfico sueño se había insinuado en sus miembros, derramándose sobre ellos los narcóticos de la noche en medio del día por el influjo de Minerva. Maravilloso Telémaco al observar la pereza de los salentinos, mientras diligentes y atentos los feacios habían aprovechado el viento favorable; pero todavía se hallaba aún más ocupado en observar el bajel feacio, próximo a desaparecer entre las olas, que de acercarse a los salentinos para despertarlos de su profundo sueño. Una admiración y agitación interior le arrastraban a seguir con la vista el bajel, del cual solo descubrían las velas que blanqueaban algún tanto sobre el campo azulado de las aguas. Ni aun escuchaba a Méntor que le hablaba; y fuera de sí, era su agitación semejante a la de las Ménades cuando con el tirso en la mano hacen resonar sus gritos en las riberas del Hebro, y en las montañas de Ródope y de Ismaro.

Por último volvió de la especie de encanto en que se hallaba, y comenzaron a correr de nuevo sus lágrimas. No me maravilla, dijo entonces Méntor, veros llorar: la causa de vuestro dolor, que os es desconocida, no la ignora Méntor: la naturaleza habla y se hace sentir, y ella entornece vuestro corazón. El desconocido que ha producido en vos tan viva inquietud es el grande Ulises; y cuanto os ha referido de él el anciano feacio bajo el nombre de Cleómenes es una ficción dirigida a ocultar con más seguridad el regreso de Ulises a su reino. Va en derechura a Ítaca, ya se halla cerca del puerto, y vuelve por fin a ver aquellos lugares tanto tiempo deseados. Le habéis visto según os predijeron en otro tiempo; pero sin conocerle: en breve le veréis, le conoceréis y él os conocerá; pero los dioses no podían permitirlo ahora fuera de Ítaca. No ha estado su corazón menos agitado que el vuestro; pero es demasiado prudente para descubrirse a mortal alguno en unos lugares en que pudiera verse expuesto a las asechanzas de los crueles amantes de Penélope. Ulises es el más sabio de los hombres; su corazón es semejante a un profundo pozo, del cual no podría extraerse el secreto.

Ama la verdad, y jamás dice lo que puede ofenderla; pero solo dice lo necesario, y la prudencia tiene cerrados sus labios cual un sello para articular palabras inútiles. ¡Cuán agitado se hallaba mientras os habló! ¡Cuánta violencia se hizo para no descubrirse! ¡Cuánto ha padecido al veros! He aquí la causa de su tristeza y abatimiento.

Lloraba Telémaco mientras Méntor hablaba, y los sollozos le impidieron responder en mucho tiempo. Por último exclamó: ¡Ah, mi querido Méntor! no en balde experimentaba yo que este desconocido alteraba mis entrañas. ¿Mas por qué, conociéndole, no me habéis dicho que era Ulises antes que partiese? ¿Por qué le habéis dejado partir sin hablarle y sin manifestar que le conocíais? ¿Qué misterio es este? ¿Seré yo siempre desgraciado, o querrán los dioses, irritados contra mí, tenerme lleno de agitación como a Tántalo sediento, embelesado con una agua engañosa que huye sin cesar de su abrasado labio? ¡Ulises! ¡Ulises! ¿Os habré perdido para siempre? ¡Acaso no le volveré a ver! ¡Acaso también le harán caer los amantes de Penélope en los lazos que me tendían! Si al menos le siguiese, moriría con él. ¡Ulises! ¡Ulises! Si las tempestades no os conducen a algún nuevo escollo (porque todo lo temo de la enemiga fortuna), tiemblo al considerar si os aguardará en Ítaca suerte tan funesta como la de Agamenón en Micenas. Mas, querido Méntor, ¿por qué me habéis privado de tanta dicha? En este momento le abrazaría, me hallaría con él en el puerto de Ítaca, y pelearíamos ambos para vencer a nuestros enemigos.

He ahí, respondió Méntor sonriendo, cómo son los hombres, mi querido Telémaco: os halláis desconsolado por haber visto a Ulises sin conocerle. ¿Cuánto habríais dado ayer por tener seguridad de que existía? Sin embargo, asegurado hoy por vuestros propios ojos de que vive, os causa pesadumbre lo que ayer habría colmado de gozo vuestro corazón. De esta manera desprecia el corazón del hombre lo que más deseaba luego que lo posee; y así se atormenta a sí mismo sobre lo que aún no ha poseído.

Para ejercitar vuestro sufrimiento, obran de este modo los dioses; y mientras consideráis perdidos estos momentos, sabed son los más útiles de vuestra vida, pues os empleáis en la más necesaria de todas las virtudes para el que debe mandar. Porque para ser el hombre dueño de sí mismo y de los demás, debe ser sufrido; pues la impaciencia, que se reputa como vigor del alma, es una flaqueza, una impotencia para sobrellevar las penas. El que no sabe aguardar y padecer, puede

compararse al que no sabe callar un secreto: ambos carecen de firmeza para reprimirse, como el que corre en un carro sin fuerza bastante para contener a los briosos caballos, que desobedeciendo el freno, se precipitan arrastrando en su caída al hombre débil cuya mano no obedecen. El hombre impaciente se ve arrastrado a un abismo de desgracias por sus propios deseos; y cuanto mayor es su poder, más funesta le es la impaciencia. Nada le contiene; todo lo violenta para satisfacerse; rompe las ramas del árbol para coger el fruto antes de maduro; destroza las puertas antes que aguardar a que se las abran, y quiere segar la mies cuando la siembra el labrador prudente. Cuanto hace con precipitación y fuera de tiempo, tiene tan poca duración como sus inconstantes deseos. Tan insensato es el hombre que todo cree preverlo y se entrega a deseos impacientes abusando de su poder. Para enseñaros a sufrir ejercitan los dioses vuestra prudencia, y se gozan al parecer en la vida errante e incierta en que siempre os tienen. Si os presentan los bienes que apetecéis, y huyen cual el sueño, es para enseñaros que aquello que cree el hombre tener en la mano desaparece en un instante. Las lecciones más sabias de Ulises no serían tan útiles para vos como su larga ausencia y las penas que padecéis por buscarle.

Todavía quiso Méntor poner a prueba el sufrimiento de Telémaco de un modo más fuerte. Cuando corría a estrechar a los marineros para que apresurasen la partida, le detuvo Méntor para que ofreciese a Minerva un sacrificio; y con la mayor docilidad lo ejecutó. Prepararon dos altares de césped, ardió el incienso y corrió la sangre de las víctimas. Dirigió Telémaco al cielo fervorosas súplicas, y reconoció la poderosa protección de la diosa.

Acabado el sacrificio siguió Telémaco a Méntor por las sendas sombrías de un pequeño bosque, y observa alteradas repentinamente las facciones de su amigo; y a la manera que borra Aurora las sombras de la noche cuando al abrir las puertas de oriente inflama el horizonte, así desaparecen las arrugas que afeaban su rostro: bórrase el colorido de sus ojos, y resplandece en ellos un fuego celestial en vez de la austeridad de sus miradas: huye la descuidada y blanca barba, y admira Telémaco las facciones de una mujer de aspecto majestuoso y agradable al mismo tiempo; y en su tez, más fresca y hermosa que aparece la tierna flor que se abre al nacer Apolo, descubre el albor del lirio y el carmín de la rosa. Sobresalían en su rostro juventud permanente, sencillez y majestad: exhalaba ambrosía el flotante cabello, y veíanse brillar en las vestiduras

los vivos colores que pinta el sol al comenzar su carrera en las oscuras bóvedas del firmamento y en las nubes que dora. El pie de la deidad no descansaba en tierra: vagaba por los aires cual el ave de ligera pluma, y empuñaba una lanza que causaría temor a las ciudades y naciones más guerreras, y aun al mismo Marte. Su voz era sonora y agradable; pero introducíanse sus palabras cual el rayo en el corazón de Telémaco. Brillaba en su pecho la terrible égida, y aparecía sobre el casco el ave de Atenas.

Estas señales hicieron conocer a Telémaco que era Minerva, y exclamó: ¡Oh diosa! ¡Sois vos la que os dignáis conducir al hijo de Ulises por amor hacia su padre!.... Más quería decir; pero faltóle la voz, y esforzábese en vano para expresar las ideas que cual un raudal le presentaba el entendimiento. La presencia de la diosa le sobrecogía, y hallábase como el que oprimido por el sueño no puede articular palabra alguna por la agitación que entorpece su labio.

Hijo de Ulises, dijo por último la diosa, escuchadme por la postrera vez. A ningún mortal he instruido con tal solicitud como a ti: te he conducido por la mano a través de los naufragios, guerras sangrientas, tierras desconocidas, y cuantos males pueden poner a prueba el corazón del hombre. Te he hecho ver por medio de la experiencia las máximas verdaderas y falsas para reinar, y tus errores no te han sido menos útiles que las desgracias; porque ¿cuál es el hombre que pueda gobernar sabiamente si nunca ha padecido ni aprovechádose de los padecimientos a que le han arrastrado sus errores?

Semejante a tu padre han llenado la tierra y los mares tus tristes aventuras: ya eres digno de seguir sus huellas. Ve: nada te falta sino la corta y fácil travesía hasta Ítaca, adonde tu padre arriba en este momento: pelea a su lado y obedécele como el último de sus vasallos: da ejemplo a estos. Será Antíope tu esposa, y vivirás feliz con ella por haber buscado menos la belleza que la virtud y la sabiduría.

Cuando ocupes el trono, cifra tu gloria en renovar el siglo de oro: escucha a todos, cree a muy pocos; guárdate de creerte a ti mismo: teme engañarte; pero nunca temas conozcan que has sido engañado.

Ama al pueblo y nada omitas para hacerte amar; porque el miedo solo es necesario cuando falta el amor, y debe únicamente emplearse con disgusto como remedio violento y el más peligroso.

Considera en todas ocasiones las consecuencias de tus empresas, previendo los mayores inconvenientes, persuadido de que el verdadero valor consiste en prever los peligros y arrostrarlos cuando son inevitables. El que no quiere verlos carece de ánimo para sobrellevarlos con tranquilidad; y el que los ve todos y evita los que puede, arrostrando los demás con esfuerzo, es el sabio y magnánimo.

Huye la molicie, el fasto y la profusión, cifrando tu gloria en la sencillez. Las virtudes y las buenas acciones sean el ornato de tu persona y de tu palacio, y la guardia que te custodie: aprendan todos en ti a conocer en lo que consiste el verdadero honor.

No olvides nunca que los reyes no reinan para su propia gloria, sino para el bien de sus pueblos: que los beneficios que hacen se transmiten a los más remotos siglos, y los males que causan se multiplican de generación en generación a la remota posteridad; pues un mal rey produce a veces calamidades para muchos siglos.

Sobre todo está siempre alerta contra tu genio, enemigo que llevarás hasta el sepulcro, y que tomará parte en tus decisiones, y te engañará si le escuchas. Él te hará perder las ocasiones más importantes, producirá inclinaciones o aversiones semejantes a las de la niñez, en perjuicio de tus verdaderos intereses: él decide los negocios de mayor consecuencia por razones frívolas; y él por último oscurece los talentos, abate el valor, y hace al hombre inconsecuente, débil, infame e insoportable. Desconfía pues de este enemigo.

¡Teme a los dioses, oh Telémaco! Este temor es el mayor tesoro del corazón humano: a él acompañan la sabiduría, la justicia, la paz, el gozo, los placeres puros, la verdadera libertad, la agradable abundancia y la gloria sin mancha.

¡Hijo de Ulises!, yo te dejo; pero nunca te abandonaré mi sabiduría con tal que no olvides jamás que nada puedes sin ella. Ya es tiempo de que aprendas a marchar solo. No me separé de ti en Egipto y en Salento sino para acostumbrarte a la privación de mi compañía, a la manera que se desteta al infante cuando ha llegado el tiempo de suministrarle alimentos más sólidos.

Luego que la diosa terminó este discurso se fue remontando en el aire, y ocultándose en una nube de oro y azul, desapareció. Maravillado

Telémaco se prosternó lloroso y alzando las manos al cielo. Fue después a despertar a sus compañeros; se apresuró a partir, corrió a Ítaca, y reconoció a su padre en casa del fiel Eumeo.

François Fénelon



François de Salignac de la Mothe, más conocido como François Fénelon (Sainte-Mondane, 6 de agosto de 1651 - Cambrai, 7 de enero de 1715), fue un teólogo y obispo católico, poeta y escritor francés. Fénelon es más recordado por su novela *Las aventuras de Telémaco*, una escabrosa crítica a las políticas de Luis XIV, probablemente publicada en 1699. La influencia literaria de esta novela política fue considerable durante los dos siglos siguientes.

De familia noble, Fénelon fue elegido Arzobispo de Cambrai, en 1695, y fue preceptor del duque de Borgoña (el nieto del rey Luis XIV). La publicación de una de sus obras, la Explicación de las máximas de los santos, fue condenada por la Santa Sede y Fénelon fue despojado de sus títulos y rentas, y confinado en su diócesis. Fénelon inmediatamente declaró que él estaba sometido a la autoridad del Papa y que dejaba de lado su propia opinión para aceptar el juicio de Roma.

Fénelon estudió sus primeras letras en el Castillo de Fénelon con un tutor privado, que le proporcionó sólidos conocimientos de griego antiguo y de los clásicos. En 1663, a la edad de 12 años, es enviado a la Universidad de Cahors, donde estudia retórica y filosofía. Cuando manifiesta su intención de tomar la carrera eclesiástica, su tío el marqués Antoine de Fénelon (un amigo de Jean-Jacques Olier y de Vicente de Paúl) lo envía a estudiar al Colegio de Plessis, donde los estudiantes de teología reciben la misma enseñanza que los de la Sorbona. Ahí conoce a Antoine de Noailles, quien más tarde sería cardenal y arzobispo de París. Fénelon demuestra talento en el Colegio de Plessis, dando su primer discurso público a la edad de quince años. Se graduó exitosamente.

A partir de 1672, a la edad de veintiún años, estudia en el Seminario de Saint-Sulpice, regentado por los jesuitas. Por sus bellos discursos, Fénelon es designado en 1678 por el arzobispo de París, director del Instituto de los Nuevos Católicos (Institut des Nouvelles Catholiques), un internado parisiense dedicado a la reeducación de hijos de familias protestantes cuyos padres se hubiesen convertido al catolicismo.